LA LEALTAD DEL GUERRERO

ENCARNA MAGÍN

Selecta

La lealtad del guerrero

Encarna Magín

Selecta

Prólogo

Castillo de Bridgeman, 15 de octubre de 1080

Stephen estaba nervioso. Corría de un lado a otro terminando sus tareas. Su padre Oliver Brent, el barón de Bridgeman, le había prometido llevarlo de caza, pues había que abastecer las despensas de carne fresca. Stephen contaba con diez primaveras y amaba a su progenitor por encima de cualquier otra persona. Él era su héroe, su ancla y su consuelo. No había nada ni nadie en el mundo que pudiera empañar la adoración que sentía por el barón. Oliver era consciente, casi podía decirse que su hijo era el único que le guardaba respeto. Se había convertido en el hazmerreír de sus plebeyos, y el motivo eran las infidelidades de su esposa Cecily, la baronesa de Bridgeman.

Por más que el barón intentaba disimularlo, sufría cada día una tortura de desesperación, visible a ojos de su tierno hijo, que era demasiado consciente de las risas y de las burlas a espaldas de su padre. Y también era demasiado consciente de los escarceos sexuales de su madre, a la que aborrecía.

Cecily era hermosa como ninguna otra dama, el barón se había enamorado de ella nada más la vio por primera vez en un banquete, y había conseguido su mano en una justa. Se casaron y ella había cumplido con su de deber dándole un heredero. Sin embargo, su

esposa no lo quería; en su corazón no albergaba ni un mínimo de afecto por él. Empezó a yacer con todos, menos con el barón, a pesar de amarla y de demostrárselo a la menor oportunidad. Aun así, la perdonaba una y otra vez para desesperación de su gente. Era tan grande su frustración por el desamor de Cecily, que había desentendido sus obligaciones, y, en consecuencia, el castillo había perdido el esplendor de antaño.

Oliver reconocía que era un comportamiento indigno de un barón arrastrarse de esa manera por una mujer, que estaba siendo su perdición. Si sus enemigos se enteraban de las malas condiciones en las que estaba Bridgeman y de lo mucho que Cecily le importaba, lo utilizarían para hacerse con el control de una fortaleza que había perdido toda su fuerza, sin desenvainar siquiera las espadas. Los habitantes de su feudo lo sabían, y por ello no lo respetaban y lo increpaban cuando tenían oportunidad de hacerlo. En el fondo entendía que como represalia se burlasen: era su manera de vengarse.

Stephen trató de no pensar en lo mucho que detestaba a su madre por su comportamiento indigno y, a zancadas largas, fue a reunirse con su padre en el gran salón. Sin embargo, no estaba y lo encontró extraño, ya que habían acordado reunirse ahí para salir de caza, y su progenitor nunca se olvidaba de sus promesas. La estancia se hallaba vacía, era por la mañana y todo el mundo estaba en sus quehaceres diarios, por lo que no podía preguntar a alguien si lo había visto. En el momento que se disponía a buscarlo, los chillidos de su padre y de su madre retumbaron en incesantes ecos por las paredes de roca de la torre del homenaje. El niño dedujo que debía provenir de alguna de las alcobas de la planta superior. Dudó si subir o no, y decidió esperar a que terminara la discusión; de hecho, no era la primera vez que gritaban hasta quedarse roncos.

Sin embargo, lejos de acabar, las voces cada vez fueron más intensas, además estaban cargadas de violencia y recriminaciones. Entonces se oyó el grito cortante de su madre pidiendo ayuda, y al niño se le contrajo el estómago. De pronto, se hizo un silencio lóbrego que asustó a Stephen como nunca antes; un escalofrío le recorrió la espina dorsal de arriba abajo.

Con pasos lentos, casi obligando a sus pies a moverse, subió los peldaños de la escalera de piedra con forma de caracol. La puerta de

la alcoba de su madre estaba entornada, apoyó la palma de la mano en la batiente y empujó para abrirla del todo.

El corazón del niño dejó de latir unos segundos. Su rostro quedó pálido, casi sin vida, estaba paralizado de pies a cabeza. Contempló la escena que se desplegaba ante él, deseando no estar despierto, sino sumido en una pesadilla. Sobre el lecho, en medio de un charco de sangre que empapaba la colcha, se hallaba el cuerpo inerte de su madre, con la cara vuelta hacia él. Sus párpados estaban abiertos, y sus ojos inexpresivos mostraban que la vida había escapado de sus entrañas. A sus pies, en el suelo, yacía su padre, agarraba con las manos una daga que tenía clavada en el corazón. Reconoció el arma, se trataba del regalo de uno de los amantes de su madre; un puñal con el mango de oro y con incrustaciones de piedras preciosas.

Gruesas lágrimas recorrieron las mejillas de Stephen. Torrentes de desesperación nacían en su interior desecho de dolor y salían por sus ojos como una cascada imposible de detener. Las rodillas empezaron a temblarle y creyó que se caería. A duras penas pudo mantenerse enderezado, se obligó a caminar y, con lentitud, fue acercándose al lecho. Miró a su padre y a su madre alternativamente, sabía que ya era tarde para salvarlos. Estaban muertos. Muertos.

—Papá, papá... —sollozaba Stephen mientras se arrodillaba a su lado, alargó la mano y con dedos temblorosos le acarició el rostro—. No puede ser que estés muerto. ¡Mamá no merecía tu sufrimiento, no valía la pena! —gritó lanzándole una mirada rápida a Cecily—. ¡Ojalá se pudra en el Infierno!

No tardaron en aparecer las gentes que habían escuchado el grito de auxilio de la baronesa. Entraron en la alcoba en tropel, y todos se quedaron en silencio. El niño seguía llorando y su llanto fue lo único que se escuchó entre las cuatro paredes. Margaret, la tía de Stephen, se hizo paso a empujones entre la gente y se acercó a su sobrino, que seguía llorando arrodillado frente a su padre; no podía parar de derramar su tristeza por los ojos. Margaret contempló a su hermano y a su cuñada muertos, se llevó una mano a la boca para tapar el grito que subía por su garganta. No era momento de derrumbarse, por lo que tragó saliva y sacó fuerzas de donde pudo. Entonces agarró a su sobrino por los hombros y lo instó a que se levantara, cogió su mano y se lo llevó a su alcoba.

—Ahora eres el señor de Bridgeman, Steph, el nuevo barón. Tu padre no querría verte así... —farfulló la mujer, aguantándose las lágrimas que empezaban a salir por sus ojos verdes.

El niño alzó la vista para contemplar el rostro de su tía y eso le dio fuerzas. Ella era bajita y él muy alto para su edad, y quedaban a la par. Margaret era una madre para él, había enviudado joven y su padre había requerido su presencia el día en que había nacido Steph. Cecily, la mujer que lo trajo al mundo, se había negado a cuidarlo. De hecho, nunca había mostrado amor por nadie, salvo por ella misma. A nadie le extrañó que su propio hijo no la reconociera como su madre.

El muchachito se secó enérgicamente las lágrimas con la manga de su camisa de debajo de su veste blanco y negro. Sobre su pecho estaba bordado el blasón de los Bridgeman: una espada con la punta hacia arriba, culminada con una corona de rosas rojas, y en cuya afilada hoja había enrollada una serpiente de oro.

Le llevó varios días al niño tomar conciencia de que sus lágrimas no le devolverían a su padre. No obstante, la adoración que sentía no había muerto con él, sino que lo llevaría siempre en su corazón. En cambio, a Cecily la recordaría como a una mujer infame, a la que nunca había considerado su madre, y la culpable de haber provocado tanto dolor y de arruinar Bridgeman. Juró que nunca jamás la belleza de una fémina conquistaría su alma para destruirla, tal como había hecho su madre con su padre.

—Después del entierro me iré, tía —informó, respiró profundamente mientras miraba la daga que había causado la muerte de su padre y de su madre; a pesar de su dolor tenía claro su futuro y se esforzó para que no le temblara la voz—. Papá iba a enviarme en breve a la corte, ya que quería que iniciara mi aprendizaje como caballero. Anhelaba que me convirtiera en un guerrero que no le fallara a su gente, como había hecho él. Me confesó muchas veces que deseaba llevar a cabo sus planes antes de que yo heredara Bridgeman tras su muerte. —Hizo una pausa, respiró profundo—. Pero ha muerto antes de cumplir su deseo.

Ella abrió los ojos, sorprendida. Su sobrino había madurado de golpe y no sabía hasta qué punto eso podía ser bueno para él. No le gustaba lo que veía en su mirada, su corazón parecía que se endurecía a cada minuto que pasaba.

—¿Estás seguro, Steph? —Agarró las manos del pequeño y se las apretó con cariño—. Para tomar decisiones que te marcarán el resto de la vida, necesitas reponerte del sufrimiento que veo en tus ojos.

Él retiró la mirada a fin de que su tía no viera más de lo que estaba dispuesto a enseñar.

—No regresaré hasta haberme convertido en el mejor guerrero del rey, y entonces seré el barón de Bridgeman. Juro que le devolveré el esplendor que ha perdido por culpa de mi madre.

Lo dijo con tal reverencia que dejó a su tía muda. Solo pudo contemplar cómo abandonaba la estancia con la espalda erguida. Estaba preocupada, y no pudo evitar sentir pena por su sobrino, pues lo conocía. El rencor que albergaba contra su madre parecía que se estaba haciendo grande en su corazón y estaba echando raíces como una mala hierba. Trató de no inquietarse, ya que había heridas que necesitaban tiempo para sanar. Pero si no curaban le impediría conocer a una buena muchacha con la que casarse algún día. No soportaría ver al muchacho sufrir porque era incapaz de amar.

La dama se pasó, con desesperación, una mano por su cabello castaño con sombras rojizas. Ya había padecido suficiente viendo a su hermano Oliver sumido en la desesperación para terminar sus días contemplando a su sobrino odiar a su esposa por el simple hecho de ser una mujer que le recordara a su madre. No lo soportaría, quería a Steph como si fuera su propio hijo. Ella no los tenía, se había quedado viuda cuando llevaba un año de casada y no le había dado tiempo a concebir.

Margaret se sentó en el lecho, abatida como nunca antes. Y entonces se permitió dejar libre el llanto que había retenido delante de su sobrino.

Steph, ajeno al padecimiento de su tía, necesitaba aire, y se fue a observar el mar desde de la torre del homenaje. El aire salino hinchaba sus fosas nasales, siempre lo había tranquilizado ese aroma. Pero desde que muriera su padre nada parecía apaciguar su corazón alterado. Observaba el horizonte sin verlo, pues estaba enfrascado en sus pensamientos. La tristeza lo acechaba como una sombra y se obligó a reprimir las lágrimas. No, no volvería a llorar nunca más. De nada servía lamentarse cuando había mucho en juego. Su futuro estaba decidido y partiría a la corte para convertirse en el mejor de los

guerreros. Trabajaría duro y aprendería rápido para convertir Bridgeman en un referente. Quería que su padre, desde el cielo, se sintiera orgulloso de él.

Llegó el día de la partida de Steph. Lo acompañaba un caballero amigo de su padre. El senescal se quedaría al mando de los soldados, que protegerían la fortificación en su ausencia. Se despidió rápido de su tía, ya que temía no poder controlar las lágrimas y había jurado no llorar nunca más. Solo se volvió para admirar Bridgeman desde lo alto de la colina. El castillo era una visión majestuosa, se erguía imponente encima de una rocosa cumbre de la costa marítima. Sin duda, convencía a posibles atacantes de la futilidad de conquistarlo. Sus grandes muros eran sólidos, totalmente infranqueables. Una punzada de satisfacción recorrió el joven cuerpo del muchacho.

Se prometió volver hecho un hombre duro e implacable.

Capítulo 1

Londres, octubre de 1101

El otoño estaba siendo muy benigno y en el cielo lucía un sol hermoso que presagiaba que ese sería un buen día. Stephen Brent cabalgaba por las calles de Londres camino a la corte. Al alba, había enviado una avanzadilla para anunciar su llegada al rey de Inglaterra, Henry I, que precisaba urgentemente de sus servicios. Steph no sabía el motivo, pero lo que tenía claro era que lo ayudaría en lo que fuera. Le había jurado lealtad un año atrás, cuando había sido coronado rey de Inglaterra al fallecer su hermano Guillermo II en circunstancias extrañas en una cacería. Las habladurías decían que había sido asesinado, incluso que Henry I estaba implicado, puesto que se encontraba en la partida de caza. Sin embargo, no había ninguna prueba de que este hubiera atentado contra su hermano. Henry I se había apresurado a reclamar el trono, aprovechando la ausencia de su hermano mayor Roberto, duque de Normandía, que no había regresado de las cruzadas. No tardó en conseguir la aprobación de los nobles; por otra parte, los hombres de la Iglesia, tan importantes como los mismos nobles, expresaron en crónicas que la muerte de Guillermo II había sido un castigo divino para un rey malvado. El tema de la sucesión se zanjó más pronto que tarde y quedó en manos de Henry I.

A pesar de todo, Steph no dudaba de la honorabilidad del actual rey. Lo conocía bien, habían entrenado juntos en la infancia, habían compartido secretos, travesuras y risas. También habían compartido castigos, desde luego, demasiados, pero todo ello había fortalecido una amistad que se había cocinado a fuego lento. Una sonrisa se dibujó en sus labios al recordar tiempos pasados. Mas no solo se trataba de los buenos momentos vividos, sino que sus ideologías eran similares, como la de impartir justicia en un país atormentado por disputas, venganzas y codicias. «Será un buen rey», se dijo Steph.

Era media mañana y las calles estaban muy transitadas de gente. Orfebres, granjeros, panaderos... exponían sus mercancías y asaltaban a posibles compradores con el fin de vender lo máximo posible. Steph montaba a Hércules, su gran semental color azabache, lo flanqueaban sus tres caballeros. Eran hombres de honor, leales, y no dudaría en poner su vida en sus manos, sabiendo de antemano que no lo defraudarían. Nígel, con veinticinco años, era el más joven del grupo: rubio y de ojos azul claro con los que solía seducir a las mujeres. Su constitución robusta evidenciaba que sus antepasados eran vikingos. Morris, un año más que Nígel, poseía una expresiva mirada ambarina y un cabello rojizo rebelde. Era el hijo menor de un barón. Y Alfred, de la misma edad que Steph, treinta y un años, tenía sangre italiana corriendo por sus venas: su media melena castaña, perfectamente peinada, y sus ojos grises le otorgaban a su persona un aire intelectual. Los tres eran caballeros, y habían conocido a Steph en las cruzadas. Habían luchado valerosamente, y no solo habían conseguido grandes tesoros, sino que las leyendas sobre sus hazañas teñidas de sangre se contaban por toda Europa y causaban temor en unos y admiración en otros. Incluso habían apodado a Steph como el Lord Feroz, por su fiero comportamiento en el campo de batalla. Lo cierto era que se había ganado a pulso su fama: sus soldados, sus caballeros y él habían devorado Tierra Santa y habían dejado a su paso devastación y muerte. Cuando los cuatro regresaron a su patria, no se separaron; y los tres caballeros se convirtieron en los hombres de confianza de Steph, el temido barón de Bridgeman.

Era tal el gentío que circulaba por las calles empedradas de Londres que los cuatro guerreros se vieron obligados a avanzar con lentitud. A su paso, las murmuraciones en voz baja de que pasaba

Lord Feroz provocaron que las madres agarraran a sus hijos y corrieran a esconderse, que los ancianos se santiguaran como si pasara frente a ellos el demonio y que los hombres agacharan las cabezas en un intento de pasar desapercibidos. Todos se apartaron al paso de los guerreros y el camino quedó libre de transeúntes. Los gritos típicos de un día normal dejaron paso a un silencio espeso que se apoderó del ambiente. El repicar de los cascos de los caballos en el duro suelo fue el único sonido que se alzó por encima de ese silencio.

Steph y sus caballeros nunca fueron recibidos como héroes a su regreso y se habían acostumbrado a esas puestas en escena. Formaban parte de su día a día, y ya les era completamente indiferente. En parte, Steph entendía que los vieran como monstruos; no eran unos santos, sino curtidos guerreros, implacables y sanguinarios si era necesario. Habían matado con la espada y con sus propias manos tantas veces que habían perdido la cuenta. Nunca habían mostrado compasión en la refriega de una batalla, y esa había sido la clave de sus éxitos en Tierra Santa.

Cuando llegaron a la corte, el chambelán del rey los esperaba. El hombre, de pelo canoso y estatura baja, acompañó a Steph hasta el rey; los tres caballeros fueron llevados al salón de invitados para servirles bebida y comida. Como siempre sucedía cuando se reunían, el rey atendía a Steph en una estancia privada. La sala real era demasiado grande y pomposa, y demasiado expuesta a cotillas y espías. A Henry I le gustaba recibir a sus amigos en un lugar más íntimo, donde pudiera hablar con franqueza y libertad, lejos del riguroso protocolo que conllevaba su estatus.

El chambelán abrió la puerta, anunció la llegada de Steph mientras se inclinaba frente al rey, después se apartó un lado para que el barón pasara; la puerta se cerró tras él mientras se acercaba al monarca. Hizo ademán de querer arrodillarse y besar el sello real de su dedo, pero Henry I se lo impidió.

—¡Por Dios, Steph, ya sabes que en privado no hace falta que muestres tantas formalidades!

El rey estaba de espaldas al hogar, en cuyo interior chisporroteaba un buen fuego; su semblante era majestuoso, realzado por las ropas de calidad, con detalles en oro que evidenciaba su condición. Emanaba fuerza y respeto; sin embargo, no era tan corpulento ni tan alto como

Steph, y a su lado ese aire majestuoso, típico de la realeza, parecía no tener mucho efecto en un lord con infinidad de batallas cargando en su espalda.

—Sentémonos al lado del fuego —pidió el rey, señalando una de las dos butacas que se hallaban frente a la chimenea—. Gracias por apresurarte a acudir.

—Parecía urgente —respondió Steph ya sentado, al tiempo que se acomodaba los cojines de su espalda, meditó en lo cómodas que eran las butacas y pensó que le gustaría tener un par de ellas en Bridgeman, pero no estaba ahí para hablar de muebles, así que fue directo al grano—. Estoy intrigado, sabes que te ayudaré si estás en un apuro.

—Eres un gran amigo, siempre lo has sido, incluso cuando éramos niños... —murmuró en un suspiro—. Te debo mucho, pero primero quiero agradecerte el vino que me enviaste de Borgoña. ¡Es excelente! —mencionó alargando sus labios finos en una larga sonrisa.

—Sabía que te gustaría.

Henry I empezaba a dar rodeos, y Steph pensó que no era buena señal: lo conocía demasiado bien. Por su rostro contraído parecía que el problema era grave. Siempre que su buen amigo dudaba, solía recurrir a él. El monarca decía que su manera de evaluar los problemas y de juzgar a los demás a menudo le proporcionaba puntos de vista que no había tenido en cuenta.

—Por cierto, ¿cómo está la reina? —preguntó el guerrero.

—Bien, muy bien. —Se le dibujó una tierna sonrisa en los labios, apenas hacía un año de su enlace con Matilde de Escocia—. Deseando tener un hijo. ¿Qué tal tu tía? ¿Y Bridgeman?

—Mi tía, bien; y Bridgeman ya ha recuperado el esplendor de siempre —informó en un tono complaciente.

—Eres un ejemplo para los demás barones, has conseguido hacer de Bridgeman el mejor feudo de la zona.

Steph sonrió, pero decidió dejar a un lado toda cortesía y miró con el entrecejo fruncido al monarca.

—Vamos, Henry, no te andes con rodeos y dime de una vez qué quieres.

El rey apoyó la espalda en el respaldo de su asiento, se preparaba para lo que se avecinaba, y Steph alzó una ceja al darse cuenta.

—Partirás inmediatamente hacia la abadía de Canterbury —

ordenó con determinación—. Allí está hospedada lady Eleonora de Galloway, y la desposarás inmediatamente.

—¿Estás loco? —ladró Steph, levantándose bruscamente, ignorando que estaba insultando al mismísimo rey—. ¡No! ¡Ni lo sueñes!

—Ya me has oído, esta vez no te lo pido, ¡te lo ordeno! —dictaminó colérico.

—Hace un año acordamos...

—¡Sé lo que te prometí hace un año! —interrumpió el monarca, levantándose de su butaca tan bruscamente que casi cae al suelo, se enfrentó a su amigo sin prestar atención a su altura y corpulencia un tanto intimidatorias—. Te dije que buscaras esposa, tu feudo necesita una señora y un heredero. Te prometí que no me inmiscuiría en tu elección por el aprecio que te tengo y porque te debo mucho. Pero las cosas han cambiado.

—Entonces, ¿a qué viene ese cambio? ¡Explícate! —aulló cada vez más iracundo.

El monarca se empezó a pasear de un lado a otro, Steph lo observaba tenso.

—Se trata de Roberto —dijo al fin su majestad.

Roberto era el hermano de Henry I. Cuando el anterior rey murió, él se encontraba en las cruzadas, al igual que Steph. Que Henry aprovechara la ausencia de su hermano —al que le pertenecía el trono por ser mayor— para convertirse en rey no había agradado a Roberto. Por más que este había reclamado el trono a su vuelta, no había tenido el apoyo suficiente de los nobles y se vio obligado a dejarlo estar. Tuvo que reconocer a regañadientes a Henry I como el legítimo soberano de Inglaterra. Al final, ambos llegaron a un acuerdo: el rey le concedió a su hermano una pensión suculenta. Sin embargo, Roberto, en la intimidad, nunca lo perdonó y no paraba de buscarle problemas.

—¿Qué relación tiene lady Eleonora de Galloway con Roberto?

—Mi hermano busca venganza y se reúne a escondidas con mis enemigos. Esta vez ha acudido a un noble caído en desgracia, que lo ha perdido todo por su mala gestión y me echa la culpa. Se trata de un barón galés llamado lord Barnard Smyth. ¿Lo conoces?

—Personalmente no, pero sé que está arruinado y que lo ha perdido todo.

—Roberto lo ha animado, y el barón pretende renacer de nuevo recurriendo a la mentira y al asesinato. Se hizo con el castillo de Galloway, según él eran traidores. Hay pruebas contundentes en contra de Rufus y Laurence. Y Eleonora está sola, que es lo que pretendía desde un principio lord Smyth.

—¿Y tú sospechas que Barnard ha amañado las pruebas?

—¡No solo lo sospecho, de hecho estoy completamente seguro! —clamó muy firme su majestad—. Mi hermano Roberto ha debido proporcionarle el dinero a Barnard para comprar los falsos testimonios de dos testigos que dicen haber visto cómo Rufus y Laurence pasaban información delicada de Inglaterra a un espía francés a cambio de dinero.

—Galloway está entre la frontera de Inglaterra y Escocia. Es una fortificación estratégicamente muy importante. Si lord Barnard consigue el apoyo del rey Edgar de Escocia, podrías tener problemas, que es lo que busca Roberto para, por fin, hacerse con el trono.

Henry asintió y volvió a sentarse en su butaca, alargó las manos al fuego para que entraran en calor.

—Eleonora vino hace cinco días para pedirme ayuda. —Hizo una pausa, a los pocos segundos continuó—: Laurence es un caballero fuerte y valeroso, excepcional, de grandes cualidades, ahora que lo pienso… —Hizo una pausa, y le echó un vistazo rápido al barón—. ¡En realidad se parece a ti! —El comentario le provocó una sonrisa a Steph—. Laurence ayudó a su hermana a escaparse, y ella jura y perjura que su padre y su hermano no son traidores a la corona y que los testigos mienten.

Steph notó el tono triste del monarca, esa muchacha le importaba.

—Y quieres que me case con ella para protegerla —arguyó este—. Sabes que bajo mi protección nadie osará tocarla. Los rumores acerca de lord Smyth no son muy halagüeños: su reputación de hombre cruel con las mujeres recorre toda Inglaterra y supera con creces las habladurías sobre su ruina. —Hizo una mueca de desagrado—. Sus dos esposas murieron de las palizas que él les propinaba.

—Rufus y Laurence corrieron la misma suerte —informó Henry I, cabeceando de frustración.

—¿Están muertos?

—Sí. —El monarca alzó la vista hacia él—. Barnard los sorprendió

mientras escapaban por una ruta secreta. Laurence cayó al río con una herida de flecha en el pecho. Se sospecha que se ahogó. Rufus... —suspiró—, el galés lo torturó, después lo arrastró atado a un caballo, lo evisceró vivo y lo descuartizó. Su cabeza la tiene clavada en una estaca en la torre del homenaje de Galloway, como aviso a posibles traidores. Rufus era un buen hombre, no merecía ese final —mencionó con tristeza.

—Aun así puedes casar a su hija con otro. Tienes caballeros valientes a tus órdenes que estarán deseosos de complacerte, y la mantendrán a salvo.

—¡Pero es a ti a quien todos temen! —le espetó mirándolo sin pestañear—. Contigo ella estará segura y Galloway te pertenecerá. Según mis espías, lord Smyth está de camino a la abadía de Canterbury para casarse con ella y convertirse en el nuevo señor de Galloway.

Steph le sostuvo la mirada. Evaluaba cada mueca, cada gesto involuntario de sus mejillas, la posición de sus cejas... Cuando luchó en las cruzadas, en la ciudad de Nicea, conoció a dos judíos que le enseñaron a ver en los ojos las intenciones de las personas. Y estaba siendo toda una sorpresa advertir que su rey no podía ocultar en su mirada su preocupación por la muchacha y su deseo de salvarla.

—Es hermosa, es muy joven, tiene veinte años, y sé que será de tu agrado —comentó el rey, en un intento por convencer al guerrero—. Los bardos recitan poemas sobre su belleza. Cuando la conocí me di cuenta de que no exageraban.

Steph apretó los labios al recordar la belleza de su madre, que solo había traído mentiras, amargura y muerte en Bridgeman. Además, había vivido algunos periodos en la corte y conocía lo intrigantes y libertinas que eran las mujeres de la nobleza.

—Las damas hermosas son criaturas intrigantes —mencionó el barón con la mandíbula tensa; cuando se dio cuenta, se obligó a relajarse.

—Te aseguro que esta dama está por encima de la maldad femenina. Su padre y su hermano la sobreprotegieron, ahuyentaron de la vida de la muchacha las malas influencias. La colmaron de amor y de todas las comodidades posibles. Necesito que la protejas, y que Galloway no caiga en malas manos. Yo no puedo hacerlo, bien sabes

que la tregua con mi hermano pende de un hilo, y ese tal Barnard es amigo suyo. Es cuestión de tiempo que intente quitarme el trono y no puedo ponérselo fácil protegiendo a la hija de un supuesto traidor. Tendría la excusa perfecta para ponerme en contra a los nobles.

Hubo unos segundos de silencio, y ambos se sostuvieron la mirada. Henry I no tuvo reparo en suplicarle con la mirada al percibir que sus palabras no lo habían ablandado lo suficiente.

—Está bien, me casaré con ella y la mantendré a salvo —capituló el guerrero—. Después de la boda reclamaré el castillo de Galloway como mío, y lord Barnard Smyth tendrá que devolvérmelo si no quiere que se lo quite a la fuerza.

Lo cierto era que no podía hacer otra cosa. Había llegado el momento de engendrar un heredero legítimo para Bridgeman, y solo casándose lo tendría. Ya era razón suficiente para no hacerse de rogar más. Además, tampoco deseaba que Barnard asesinara a más personas inocentes. Por su parte, el monarca dejó que el aire que retenían sus pulmones saliera en un largo suspiro de alivio, su cuerpo se relajó. «¡Por fin!», pensó. No pudo reprimir una carcajada, imaginando a su amigo casado y con hijos.

—No hace gracia. No hagas que me arrepienta —aseveró Steph intentando disimular la risa.

La presión entre ellos desapareció y dio paso a la distensión.

—Nunca, te debo una, Steph. Incluso la reina le ha cogido cariño, le regaló varios vestidos y le ofreció una de sus doncellas. Prometo que investigaré este caso desde el anonimato. Tengo a un grupo de hombres leales en busca de esos dos testigos.

El barón asintió. Que se tomara tantas molestias decía mucho de cómo era. Sin duda, sería un monarca justo.

—¿Cuáles son tus órdenes? —preguntó Steph tomando una pose seria.

—Vas a partir inmediatamente a la abadía de Canterbury, si te apresuras llegarás antes que Barnard. Ten en cuenta que ella no sabe nada de la muerte de su padre y ni de la de su hermano. Ordené que nadie la informara de nada. Sé considerado, te conozco y sueles tener la delicadeza de un patán.

—Lo intentaré —dijo en un tono despreocupado, achicando los ojos como reprimenda al insulto.

Sin embargo, en eso Steph no le llevaría la contraria. De hecho nunca había sido amable con ninguna dama; no deseaba ser cortés con ellas. En más de una ocasión había ofendido a las féminas que se le acercaban, y jamás había tenido la necesidad de conquistarlas, por muy bellas y apetecibles que fueran. En Tierra Santa había gozado de harenes, donde mujeres expertas lo habían complacido como nunca nadie había hecho. Dudaba mucho que existiera alguna dama inglesa que lo excitara más que aquellas muchachas de piel tostada y cuerpos perfectos cubiertos por sedas y tules transparentes que solía recordar en más de una ocasión, sobre todo cuando su deseo pulsaba en su entrepierna. Entonces, buscaba el cálido cuerpo de una plebeya bien dispuesta que quisiera satisfacerlo a cambio de un puñado de monedas.

—Te casarás con o sin el consentimiento de la dama —estableció el rey—. Dudo que te reciba con los brazos abiertos si le cuentas la verdad de sus seres queridos, se resistirá, es demasiado cabezota. Si es necesario, recurre a las mentiras para que no cometa la locura de rechazarte. El fin justifica los medios. —Hizo una pausa cuando Steph asintió—. Necesito las actas matrimoniales y la prueba de consumación, dos de mis soldados te acompañaran para que me lo traigan sin demora.

—Bien. Tenemos que asegurarnos de que Barnard no pueda pedir la anulación.

—Exacto, quiero que no tenga posibilidad alguna.

El rey se acercó a la ventana a examinar el cielo.

—En el horizonte se están formando nubes de tormenta. Pronto entraremos en la época de lluvias, eso te dificultará la vuelta a casa.

—Estoy habituado a las inclemencias. Espero que mi futura esposa lo soporte —mencionó, meneando la cabeza, pues no albergaba esperanza de que una dama perteneciente a la nobleza fuera fuerte.

Por otro lado, la palabra «esposa» escocía en sus labios; no negaría que la idea no le gustaba, a decir verdad no le agradaba nada. Si bien siempre había tenido la certeza de que tarde o temprano tendría que casarse, lo había visto como algo lejano, ajeno a él. Aun así tenía que mentalizarse de que el día había llegado. Y por muy hermosa que fuera lady Eleonora de Galloway, no podía permitirse enamorarse tal como lo hiciera su padre.

—Mantén los ojos bien abiertos, Steph. Los espías de Barnard están por todos lados y tramarán en tu contra. Y una vez que te cases con la muchacha intentará quitártela a cualquier precio.

El guerrero asintió. Consciente de que no podía perder ni un segundo más, se despidió y marchó junto a sus caballeros a la abadía de Canterbury.

***

Lady Eleonora de Galloway estaba en su alcoba, frente a la ventana. Sus ojos miraban el paisaje otoñal mientras se peinaba con vigor su melena ondulada, de un color rubio claro con sombras de miel dorada. Le gustaba hacerlo ella misma, y había enviado a su doncella a que fuera a preguntarle al padre Francis si tenía noticias sobre el rey Henry I. Su criada, una muchacha de su misma edad, de cabello y ojos castaños, poseía un rostro de facciones suaves, que le confería a su mirada un halo de bondad. A decir verdad sus maneras eran dulces, y Eleonora no tardó en verla más como una amiga que como doncella.

La lady había conocido a Mary cinco días atrás, cuando había acudido a Londres a pedir ayuda a su rey. Este y la reina se habían mostrado muy comprensivos, incluso la monarca le regaló varios vestidos, pues con las prisas de la huida no había podido coger nada, ya que se había visto obligada a escapar solo con lo puesto.

Lady Eleonora de Galloway casi podía asegurar, sin equivocarse, que se había salvado de caer en las manos de lord Barnard Smyth por muy poco. Lo había conseguido gracias a su hermano y a su padre, estaba a salvo, y le tocaba a ella hacer todo lo posible por salvarlos. Tampoco nadie la había acompañado en su escapada, todo se había tenido que decidir tan deprisa que habían improvisado sobre la marcha, por lo que la reina también le había ofrecido a Mary una de sus doncellas.

Como la soberana era más alta y corpulenta que Eleonora, Mary y ella misma habían tenido que arreglar todos los vestidos.

Eleonora seguía en su tarea de peinarse su melena cuando fue interrumpida por su doncella.

—¡Milady! —gritó Mary con la respiración agitada, debido a que había subido los escalones demasiado deprisa—. El padre Francis me ha ordenado que viniera a buscaros. Está en la capilla y no está solo.

Eleonora dejó de peinarse.

—¿Te ha comentado para qué?

—No, milady, solo escuché no sé qué de unas órdenes reales.

—¡Oh Dios mío! —farfulló la lady, dejando el cepillo sobre la repisa de la ventana—. Tengo el presentimiento de que tiene que ver con Laurence y papá. Deben traerme noticias sobre su paradero. Seguro que me van a llevar a la corte, ellos estarán allí esperándome.

La cara se le iluminó de felicidad, se acercó al espejo del tocador y se aseguró de estar presentable. Mary la contemplaba con ojos compasivos. No era bueno ser tan optimista, pensaba. Había reconocido a lord Stephen y a sus tres caballeros, los había visto en la corte cuando servía a la reina, pero no se atrevía a comentarle nada. Era consciente de que la mención de Lord Feroz provocaba miedo y pánico; y muy a su pesar se había encariñado con su nueva señora. Estaba acostumbrada a la tiranía de las damas nobles, y más cuando estas eran hermosas. Había supuesto toda una sorpresa darse cuenta de que no todas eran iguales: lady Eleonora de Galloway era una beldad sin igual, y una excepción entre tanta miseria moral. Se sintió triste al verla sonreír, a decir verdad era la primera vez que lo hacía desde que la había conocido.

Eleonora se giró y miró a su criada, se acercó a ella y le cogió las manos.

—Mary, me has sido de gran ayuda. Contigo he sobrellevado mejor la angustia de mi corazón —le agradeció, terminó dándole un sonoro beso en la mejilla.

—Milady...

La doncella se había quedado sin palabras, nunca sus anteriores dueñas le habían agradecido nada. Se limitaban a ordenarle y, ¡ay!, pobre de ella si se atrevía a llevar a cabo mal su cometido.

—¡Bah! Dejémonos de sentimentalismos. ¿Cómo estoy? —preguntó la dama alisándose la falda larga de su vestido azul cielo de terciopelo, ribeteado en las mangas acampanadas y el dobladillo con cenefas plateadas.

—Estáis espléndidamente para recibir visitas —balbució Mary con

lágrimas en los ojos.

Tomó aire para decirle que abajo estaban Lord Feroz y sus caballeros. Quizá el rey los había enviado para llevarla junto a sus seres queridos y condenarlos a todos por traición. Estaba acostumbrada a las malas artes de los nobles; siempre actuaban por interés, y no porque quisieran hacer justicia o porque quisieran hacer honor a la verdad. Pero razonó que tanto el rey como la reina habían percibido la bondad de esa muchacha. Jamás le hubiera enviado a esos guerreros para lastimarla, sino para ayudarla.

Sin embargo, no podía sacarse de la cabeza los relatos que circulaban sobre las atrocidades de lord Stephen de Bridgeman. Ponían los pelos de punta, incluso a los más acostumbrados a las crueldades. La razón por la que ningún noble le recriminaba nada era porque contaba con la amistad del rey. Solo esperaba no estar equivocada, y que de verdad el monarca quisiera ayudarla.

***

El padre Francis se paseaba nervioso frente al altar. Era un hombre mayor, con el rostro arrugado, papada y cabellos canosos; vestía con sotana oscura, que hacía resaltar la cruz de oro que llevaba colgada en el cuello. Con aire humilde oraba en voz baja, pues Steph lo había acorralado y no negaría que las piernas le temblaban. En un principio se había rehusado a mantener a la dama en la ignorancia en lo referente a la muerte de sus dos seres más queridos. Pero terminó por acceder cuando el barón lo amenazó elegantemente para que se mantuviera en silencio. Sabía que tenía que callar, de hecho no le quedaba alternativa, ya que el rey Henry I le retiraría la ayuda económica que tanta falta hacía para mantener la abadía a flote. Solo esperaba que Dios se hiciera cargo de la situación y lo perdonara. Según el barón de Bridgeman, era por el bien de la muchacha. Y a eso apeló cuando su conciencia empezó a recriminarle.

Lady Eleonora de Galloway entró en la capilla, a su espalda la seguía Mary. La dama se detuvo de golpe, al lado izquierdo del altar se encontraban cuatro guerreros que quitaban el aliento. Pero quien le

causó un efecto demoledor fue el hombre más alto y corpulento. Siempre había dado por hecho que no había en Inglaterra varón más imponente que su hermano; en ese instante se dio cuenta de cuán equivocada había estado.

Todavía ellos no habían advertido su presencia, por lo que aprovechó para estudiar al más grande y soberbio, pues parecía el líder. Se fijó primero en los cabellos castaños con reflejos rojizos largos hasta los hombros. Poseía los ojos verdes más espléndidos que hubiera visto jamás. La mirada era astuta y enigmática, y no la dejó indiferente. Fue bajando hasta los labios, de pronto sintió un hormigueo en las entrañas. Pero apartó rápidamente los ojos al sentir cómo la vergüenza la inundaba de pies a cabeza. No pudo evitar alzar el rostro y observar con disimulo su vestimenta. Las botas color tórtola le llegaban a las rodillas. Las calzas negras se ajustaban a una robusta musculatura. Debajo del veste asomaba una camisa de un blanco inmaculado, que contrastaba con el gris frío de la cota de malla. Todo parecía de excelente calidad, sin duda no era un cualquiera y se trataba de un soldado bien remunerado, incluso podría tratarse de un caballero que gozaba de la confianza del rey. Contempló el emblema bordado en su tabardo azul oscuro: una espada coronada por una corona de rosas, y en cuya hoja había una serpiente enrollada. Tuvo la tonta sensación de que el filo de esa arma le cortaría la garganta y se llevó instintivamente la mano al cuello para asegurarse de que tenía la cabeza en su sitio. El frío cubrió su cuerpo y empezó a temblar. Se dijo que eran los nervios, se esforzó en apartar de su mente el miedo y se mentalizó de que esos soldados traían buenas noticias. Así que empezó a andar, y los presentes advirtieron su presencia y la de su doncella.

—¡Santo Dios! —exclamó Morris—. ¡Es la criatura más hermosa que he visto jamás!

—¡Caballero! ¿Y su educación? —lo regañó el clérigo, dirigiéndole una mirada ceñuda—. ¡Un poco de respeto en la casa del Señor!

—Disculpad a mi caballero, padre —se disculpó Steph mientras se fijaba en lo ruborizada que estaba ella.

Quiso reprender a Morris en ese instante; sin embargo, cuando giró el rostro hacia sus hombres, la mandíbula se le desencajó al verlos impresionados por la belleza de la dama. Chasqueó la lengua mientras meneaba la cabeza y la giraba en dirección a ella. Tenía

claro que él no se dejaría embaucar por esos ojos azul índigo, tan cautivadores que parecían los de un ángel. La dama era bella, la más bella que había visto en la vida, dotada con un cuerpo de dulces formas, el rostro de Venus y una piel blanca inmaculada como la espuma de mar. Su cabello era de un tono rubio, relucía tanto que parecía que un halo de luz la rodeaba. El rey estaba en lo cierto, y aún se había quedado corto cuando le había asegurado que ella era hermosa y que le agradaría. Pero solo se trataba de una mujer de carne y hueso, como cualquier otra, que solo utilizaría para que le diera herederos... ¿A quién quería engañar?, se dijo enfadado consigo mismo. Le gustaba, la deseaba, y su miembro endurecido se encargó de hacérselo notar dolorosamente. No veía el momento de poseerla, de enterrar su hombría entre sus muslos abiertos.

Ella estaba a un par de metros de ellos, su corazón martilleaba de miedo y se esforzó en ocultarlo levantando la barbilla. Steph posó su mirada verde sobre la azul de ella y fue su perdición. Esa muchacha era todo dulzura e inocencia, y aunque quisiera ocultarlo estaba muerta de miedo. Tuvo el impulso de acercarse y estrecharla en sus brazos, susurrarle palabras tranquilizadoras y acariciarle una mejilla para sosegarla. Tenía la necesidad de protegerla, y cuando se dio cuenta se reprendió mentalmente.

—Milady, os pido disculpas —se excusó Morris dando un paso hacia ella, pero Eleonora dio otro hacia atrás y el caballero se quedó quieto al darse cuento de que la asustaba, se limitó a inclinarse en señal de respeto.

A la muchacha no le salían las palabras. Estaba impresionada, tragó saliva pesadamente, temiendo haberse quedado sin voz. Miro al padre Francis intentando tranquilizarse.

—Padre, yo... yo...

Notaba cómo le ardían las mejillas; no solo se había quedado sin voz, sino que su mente era un lienzo en blanco. Se le encogió el corazón y quiso llorar de impotencia.

—Milady —habló con suavidad Steph para no asustarla, hizo una breve reverencia—. Soy Stephen Brent, el barón de Bridgeman... —Quiso continuar con las presentaciones de sus caballeros, pero se detuvo al ver la cara de pavor de la joven.

A Eleonora empezó a darle vueltas la cabeza. Estaba tan

impactada que no consiguió hacer reverencia alguna. ¿Acaso el rey había enviado a Lord Feroz para matarla?, se preguntaba, ¿qué haría primero, dejaría que sus caballeros la violaran en la capilla, delante del padre Francis antes de abrirle las entrañas, o se compadecería y la mataría de una sola estocada ahorrándole sufrimiento y humillación? Deseó salir corriendo y ponerse a salvo, pero los pies se mantuvieron pegados al suelo, para su desesperación. Su cuerpo se negaba a obedecer a su mente.

—¿Vos... vos... sois Lord Feroz? —preguntó la dama, le temblaba la voz, aun así no intentó disimularlo debido al pánico.

A Steph no le gustó escuchar su apodo salir por esos labios tentadores, se irguió cuan largo era. No le cupo duda alguna de que la dama estaba al corriente de las habladurías que circulaban sobre él.

—Sí —confirmó en un tono duro el barón.

La afirmación había sonado dentro de la capilla como el estruendo de un volcán en erupción. Eleonora fue retrocediendo presa del pánico, estaba demasiado asustada para darse cuenta de que tenía a Mary detrás y chocó con ella.

—¡Milady! —gritó la doncella para advertirla.

Eleonora se tambaleó y por poco cae al suelo, si no hubiera sido porque Steph reaccionó como un águila y la agarró de la cintura. La pegó a su cuerpo, era tan menuda que tuvo que controlar su fuerza para no partirle los huesos, casi aseguraba que podía cogerla con un solo brazo y alzarla. Pero a Eleonora no le hacía falta la fuerza bruta para hacer tambalear a todo un guerrero, pues cuando él sintió el cálido aliento de ella cerca de su rostro, se sintió desfallecer. Se separó maldiciéndola en silencio, todavía no se había casado con esa dama que ya ejercía un poder peligroso sobre su persona. Percibió que sus caballeros se habían dado cuenta de su reacción, hablaban entre risitas irónicas: se estaban burlando de él. Los miró con severidad, y no dejó de hacerlo hasta que consiguió el grado de seriedad que quería para llevar a cabo su plan.

—Disculpad a mis caballeros, milady —mencionó Steph al darse cuenta de que ella también había advertido sus risitas—. Estos son sir Nígel Lucy, sir Morris Glenham y sir Alfred Osteler. —Los presentó señalando a cada cual con su nombre.

—Milady... —murmuró el sacerdote, interponiéndose entre ellos

—, el barón y sus caballeros están aquí...

—Padre Francis, yo mismo explicaré a la dama las órdenes reales —interrumpió a bruscamente Steph a la espalda del clérigo.

No permitiría que el sacerdote diera ninguna explicación. De hecho no se había mostrado muy favorable a los planes del rey, y no quería que se le escapara nada sobre el triste final de los familiares de la dama. Las mentiras eran pecados, lo sabía, y más cuando se pronunciaban en la casa del Señor; entonces la falta era más grande y difícil de perdonar. Pero serían dichas impulsadas por un motivo noble: salvar a Lady Eleonora de Galloway de un final tan terrible como el de sus seres más queridos. El fin justificaba los medios, le había dicho el rey, y él no podía estar más de acuerdo.

Eleonora miró de soslayo a su doncella, estaba blanca como la leche y pensó que ella estaría igual. Aun así debía sacar fuerzas para continuar, pues deseaba perder de vista a esos guerreros cuanto antes.

—¿Mi hermano y mi padre están bien? —preguntó Eleonora, mirando al cura, ya que era incapaz de observar a Steph sin que el miedo la dejara paralizada—. Deseo verlos, ocupan mis pensamientos en todo momento.

El clérigo giró el rostro y miró a Steph rogándole compasión con los ojos, el guerrero lo ignoró, se acercó a ella y quedó a escasos centímetros. El padre Francis se mantuvo quieto a su espalda. Eleonora alzó la vista, ¡se sentía tan poca cosa y tan vulnerable, no le llegaba ni a los hombros! El barón era un oso gigante, todo él era enorme: espalda, brazos, tórax, piernas, brazos... casi podía decirse que la madre naturaleza se había dedicado en cuerpo y alma a crear a un guerrero excepcional, para que lidiara en la batalla casi sin despeinarse. Y aunque le aterrara, admitía que poseía un atractivo irresistible: el olor a mar que desprendía, una combinación de sal y algas, revolucionó su interior. Se sintió avergonzada por sus pensamientos y los apartó a un lado de inmediato.

—Por favor, milord, necesito saber dónde están mi padre y Laurence —insistió ella, recobrando la compostura, y añadió a la petición—: Quisiera una respuesta franca, necesito apaciguar la angustia que cubre mi corazón.

Él sopesó las consecuencias de decirle la verdad. No debería importarle tanto, ya que se trataba de cumplir el mandato real; nada

más debería tenerse en consideración. Pero se sorprendió de sus propios sentimientos cuando se dio cuenta de que no quería forzar a la muchacha a un enlace, y tampoco deseaba coger a la fuerza su virginidad. Le sonrió y los labios de la mujer se entreabrieron levemente por la sorpresa. Comprendió que la paciencia y la consideración serían sus aliados en esa misión. Sin embargo, nunca había tenido paciencia en cuanto a mujeres se refería, y tenía claro que recurriría a las amenazas si ella se negaba a casarse.

—El barón y su hermano se encuentran en la corte —mintió Steph. Ella no pudo reprimir un suspiro de alivio—. Antes de que podáis reuniros con ellos, el rey quiere que cumpláis con sus órdenes. O si no, no veréis nunca más a lord Rufus y sir Laurence de Galloway.

Aunque empleó un tono de voz no muy severo para no asustarla, no pudo evitar que sonara a amenaza. Ella sintió cómo la rabia prendía en su interior y abrió la boca para rebelarse, pero su parte razonable salió en su ayuda y guardó silencio. Lo miró con recelo, sospechó de inmediato que nada bueno se avecinaba. Ese guerrero tenía fama de ser invencible. Las historias de sus hazañas estaban envueltas de sangre y destrucción. Había masacrado ciudades enteras en las cruzadas. Se decía que Steph y sus caballeros torturaban a las esposas e hijas de sus enemigos para que confesaran, y que dejaba que sus hombres violaran a las mujeres delante de sus maridos antes de matarlas de la manera más horrible posible. No tenía piedad con las féminas, era como el demonio personificado. No entendía cómo el rey Henry I podía confiar en él, y mucho menos entendía que lo hubiera enviado para ayudarla. Cerró los ojos diciéndose que todo saldría bien. Lo único que debía importarle era que su padre y su hermano estaban vivos: lord Smyth no los había podido matar.

—Y bien, milord, ¿cuáles son las órdenes reales? —preguntó ella, sacando fuerzas de flaqueza.

—El rey Henry ha ordenado que nos unamos en matrimonio. Y supongo que no querréis desobedecerlo. Así que será mejor que no perdamos más tiempo.

En su tono duro estaba implícita la amenaza, a nadie de los presentes le pasó inadvertido y todos miraron a la dama. Ella había abierto sus ojos desmesuradamente, y el azul profundo de su mirada se había ensombrecido por nubes de tormenta.

—¿Matrimonio? —vociferó apretando los puños a los costados.

Steph se acercó a la muchacha, la agarró de la muñeca y a la fuerza la arrastró ante el cura.

—Sí, matrimonio —escupió Steph, perdiendo la paciencia, era consciente de que Barnard no tardaría en llegar y debía consumar el plan antes de que fuera demasiado tarde—. El rey proporcionará su ayuda, siempre que cumpláis con sus órdenes —añadió con autoridad, ignorando los forcejeos de ella por liberarse de sus dedos, que agarraban su muñeca como una tenaza.

—¡Me estáis haciendo daño! —se quejó ella, revolviéndose, lo fulminó con la mirada—. ¡Todo lo que dicen de vos es cierto, sois un malnacido que fuerza a mujeres y tortura a niños!

—¡Lady Galloway! —exclamó el clérigo al tiempo que se santiguaba—. Sus modales empiezan a ser preocupantes.

La dama agachó la mirada verdaderamente avergonzada.

—Lo siento, perdonadme, padre.

Steph apretó los labios y la soltó. Él estaba atento a las reacciones de la muchacha, y el rey estaba en lo cierto cuando le había dicho que era tozuda. Empezó a preguntarse si no sería mejor decirle la verdad y obligarla a casarse a punta de espada. No había nada más disuasorio que el frío del filo de un arma en el cuello.

—Entonces, si estáis al tanto de las habladurías que circulan sobre mí, sabréis que siempre consigo lo que quiero, milady —declaró el guerrero, sonrió con ironía—. Os guste o no, seréis la esposa de Lord Feroz —sentenció.

Para su sorpresa, ella no le replicó. Al contrario: su expresión era de resignación, además se esforzaba por mantenerse serena. Al menos no le había dado un ataque de histeria, pensó, pues no deseaba lidiar con una esposa débil y sensible, con la que tuviera que controlarse para no ofenderla. Ella hizo una mueca torcida mientras lo miraba, y él dedujo que estaba meditando sobre el asunto. No pudo evitar desear besar esos labios exuberantes, deliciosamente carnosos. La boca se le hizo agua al imaginar su mano tocar su piel y comprobar si era tan suave como aparentaba. De pronto, ella, con la punta de la lengua, se humedeció los labios. Fue un gesto inocente, pero tan seductor que él tuvo que controlar su instinto de hombre.

—Accedo a casarme con vos —aceptó al fin la dama.

Capítulo 2

La tensión era grande y se palpaba en el ambiente. Los caballeros y el clérigo suspiraron de alivio, habían esperado un torrente de lágrimas por parte de la lady, algo que Steph no soportaba. Habían temido una boda a la fuerza y que ella se desmayara durante la ceremonia.

—Entonces empecemos con la formalidad ya mismo —dispuso el barón.

Eleonora emitió un pequeño grito.

—Cumpliré mi palabra, pero antes de casarme con vos quiero ver a mi padre y a mi hermano. —Miró al clérigo en busca de ayuda, pero este negó con la cabeza, se dio cuenta de que estaba sola, aun así no se dio por vencida—. Debo asegurarme de que ellos están bien.

A esas alturas, Steph ya había perdido la paciencia. No quería que la situación se le escapara de las manos, y era mejor dejarle claro de que se trataba de una orden real de inmediato cumplimiento.

—No creo que sea posible, el rey Henry ha precisado sus intenciones. —Su voz carecía de dulzura, cada sílaba era pronunciada con la dureza de un guerrero dispuesto a cumplir con su deber—. Nos casaremos vos y yo, inmediatamente. Consumaremos la unión y mañana al alba partiremos hacia el castillo de Bridgeman.

—¿Cómo decís? —preguntó ella, intentando no perder la compostura bajo la fría mirada del guerrero.

—Me habéis oído perfectamente, milady —aseveró con voz helada, entre tanto cruzaba los brazos a la altura del pecho.

—Solo será un encuentro breve —arguyó ella a la desesperada—. Y luego me someteréis a cualquier orden sin ninguna queja. Lo prometo.

—No.

Steph no quería permanecer más tiempo del necesario en la abadía de Canterbury. Una vez que estuvieran seguros en Bridgeman, conquistaría la confianza de Eleonora. Sería entonces, y no antes, cuando le confesaría el destino de sus parientes. Teniéndola dentro de la protección de las murallas, podría controlar y vigilar su dolor; su intención era evitar males mayores. La dama parecía no darse cuenta de la gravedad del asunto queriendo retrasar una orden real, y él estaba perdiendo la paciencia.

Ella bajó el rostro, de esa manera podía ocultar sus lágrimas sin parecer una cobarde. Pero a Steph no lo engañó y sintió una oleada de culpa. Se acercó a ella y le levantó la barbilla con el dedo. Las espesas pestañas se alzaron y contempló la tormenta azul de sus ojos. Necesitó aliviar su dolor y sus pulgares secaron las lágrimas de sus mejillas. Ella quiso retroceder, pero él se lo impidió deslizando su mano grande por la pequeña cintura de la dama.

—¡Padre! —vociferó Steph, agarrando a la novia con dureza—. ¡Cásenos ahora mismo!

Era media tarde, y en menos de diez minutos habían intercambiado los votos y firmado las actas matrimoniales. Había prisa, y no hubo el beso de rigor que sellaba, de alguna manera, un enlace para toda la vida. Pronto el sol se pondría, y Steph era consciente de que Barnard no tardaría en aparecer, por lo que no podía perder ni un segundo más. De modo que ordenó a su esposa que se preparara para consumar la unión. Ella no podía negarse, era su deber, aun así obedeció a regañadientes y se encaminó a su alcoba.

No le llevó mucho tiempo arreglarse, Mary la ayudó a ponerse el camisón y se marchó de inmediato. Las danzarinas llamas bailaban ajenas al desconsuelo de la nueva baronesa de Bridgeman. A la par de la chimenea se hallaban una mesa y dos sillas, y a la derecha había un lecho con el cabezal pegado a la pared. Se trataba de un ambiente austero, estaba acostumbrada al lujo de su alcoba en el castillo de

Galloway. Sin embargo, no echaba de menos las comodidades, su corazón necesitaba el calor del amor de su hermano y de su padre.

Eleonora miraba por la ventana. Tenía un codo apoyado en el alféizar, y sobre el dorso de su mano descansaba su cabeza, por la barbilla. En el exterior se había desatado la peor de las tormentas: truenos y relámpagos se cernían en el cielo, que se había abierto para dejar caer una lluvia torrencial. Su estado de ánimo no estaba en mejores condiciones, no entendía cómo el rey podía haberla entregado a un guerrero con tan mala reputación. Sus manos eran tan grandes y fuertes que si alguna vez le pegaba, no sobreviviría a las palizas.

Se preguntó si Laurence y su padre estaban al tanto del enlace. Los conocía bien para saber que no hubieran dado su consentimiento, y seguramente habían hecho todo lo posible para hacer cambiar de parecer al monarca. Quizá por eso Steph se había negado a que los viera... casi lo daba por seguro. Porque ellos le habían prometido que no la obligarían a casarse con un hombre que no aceptara, y jamás hubieran deshonrado su promesa. Un fuerte trueno le hizo dar un respingo. Nunca le habían gustado las tormentas, le daban miedo, pero más miedo le provocaba Lord Feroz.

Su futuro era incierto, ya que si las habladurías sobre él eran ciertas, le pegaría con el látigo cuando no obedeciera. La obligaría a bañar a sus caballeros y a complacerlos en el lecho. La trataría como a una esclava, porque por algún motivo que desconocía, odiaba a las damas y las trataba sin ninguna consideración. No podía albergar ninguna esperanza en su matrimonio, pues las mujeres eran, simplemente, propiedades de los hombres. Primero de los padres; en ausencia de estos, de los hermanos, tíos o primos, para luego convertirse en una posesión de los esposos.

Sin embargo, ella había sido educada para lo contrario. Su hermano y su padre le enseñaron a opinar sin temer a nada ni a nadie. Siempre habían tenido en cuenta sus sugerencias cuando había que tomar decisiones sobre Galloway. Sin duda era feliz con su vida, la respetaban y se había acostumbrado a ser la señora del castillo en ausencia de su madre, que murió cuando era niña.

Miró la cortina de lluvia, deseando estar en cualquier lugar menos ahí. No quería estar casada con Lord Feroz, anhelaba decidir su futuro. Quizá podía negarse a consumar el enlace y pedir la anulación, pero él

no se lo permitiría, y el rey la represaliaría. Cuando se dio cuenta de que no tenía escapatoria, se quedó sin aire y quiso huir. Tenía que tomar una decisión, la única que valía para ella: debía ir a la corte para reencontrase con sus seres queridos y huir todos juntos a un lugar donde nadie los encontrara. A pesar del mal tiempo, podía intentarlo, nunca había sido una cobarde. Bueno, casi nunca, si no contaba las tormentas. Por mucho miedo que le dieran, le resultaba más halagüeño cabalgar con relámpagos y truenos sobre su cabeza que lidiar con la crueldad de su esposo.

Fue a buscar un vestido adecuado cuando el tamborileo en la puerta la detuvo en seco. La batiente se abrió dando paso al hombre que la tomaría como su esposa. Ella tendría que cumplir, porque era su obligación. No pudo sentir otra cosa más que rabia y apretó los puños a los costados al comprender que ya era tarde para escapar. Sin embargo, aún no estaba todo perdido.

Él también se había cambiado y se había ataviado con una larga túnica con el emblema de los Bridgeman grabado en el pecho. Sus ojos verdes la miraban con un deseo que la incomodaba. En una mano llevaba un odre con vino y en la otra dos copas de oro.

—He traído este vino para compartirlo con vos —mencionó él.

El guerrero se acercó a ella. El aroma a primavera que desprendía el cuerpo de su esposa fue una caricia para sus sentidos, pero disimuló lo mucho que lo complacía. Llenó las dos copas y le ofreció una a ella. Eleonora se quedó mirando el reflejo del líquido granate en un intento de sacar fuerzas.

—Quiero haceros una petición, milord —murmuró ella a duras penas.

El barón no estaba para demandas y quiso negarse, pero la angustia del bello rostro de su dama lo ablandó.

—Os escucho, milady.

—Antes de partir hacia Bridgeman deseo pasar por la corte para ver a mi padre y a mi hermano.

Steph era consciente de que debía negarse dadas las circunstancias, pero pensó que no quería una novia que se resistiera cuando la poseyera. Era su primera vez, ella era menuda y él muy grande, sabía que le dolería y necesitaba que estuviera tranquila y relajada. Por nada del mundo quería lastimarla, no era tan salvaje y

nunca había forzado a ninguna mujer. Por tanto no tuvo reparos en mentirle de nuevo.

—Haremos una parada en Londres de camino a Bridgeman —sentenció.

Ella le sonrió y él no pudo hacer otra cosa que aguantar la respiración y admirar la belleza de su esposa. La expresión feliz de su rostro le otorgaba a sus facciones una sensualidad magnética, capaz de subyugar a cualquier hombre que la mirara. Y sabía, por experiencia, que esa belleza era más peligrosa que los filos de mil espadas. El recuerdo de su madre y de su padre se mantenía vivo en sus entrañas.

Eleonora no escondió su dicha, tal vez no haría falta escaparse. Levantó su copa, esperó a que él hiciera lo mismo, y brindaron, tal como si estuvieran pactando un asunto de importancia. Las copas repicaron en el aire, ella pensaba que si yacer con ese hombre era el precio a pagar por reencontrarse con Laurence y su padre, lo haría, sin dudar ni un momento de que estaba haciendo lo correcto. Sus miradas se cruzaron cuando ambos bebían de sus copas. Entre los aleteos sensuales de sus pestañas, él sabía lo que rumiaba, lo leía en el azul índigo de sus ojos, no le gustaba la idea de hacer el amor con él; sin embargo, se sometía gustosa a cambio de que le concediera su deseo. No quiso imaginar qué sucedería si le decía la verdad. Entonces se alegró de haberle mentido.

Steph dejó su copa encima de la mesa, cogió la de Eleonora y la depositó también sobre la superficie de madera. El momento había llegado: su cuerpo estaba expectante y su hombría, dura como su espada. Se puso nervioso al advertir que no sabía si tendría la disciplina necesaria para controlar su excitación. Porque la deseaba. Más de lo que había reconocido ante sus caballeros. Era consciente de que si la tomaba con rudeza, cabía la posibilidad de que lo rechazara las veces siguientes y se convertiría en un suplicio engendrar un heredero, que era lo único que le interesaba de su matrimonio.

De hecho había estado con muchas mujeres, las poseía y las olvidaba. Saciaba sus instintos y nada más. Nunca había tenido la necesidad de algo más, pero con ella anhelaba que todo fuera diferente a sus anteriores escarceos. Desde luego que quería evitarlo, ya que se limitaría a hacerle la cópula fácil; y derramar su semilla en su interior era lo único que debía importarle. Pero mientras la

contemplaba no podía evitar que su deseo creciera a pasos agigantados.

Durante un largo rato se sostuvieron la mirada. Él deslizó los dedos por la nuca de su esposa, inclinó la cabeza y posó su boca en la de ella, la notó suave y cálida, y profundizó el beso. Ella dio un respingo, no sabía qué esperar y quiso darse la vuelta y cortar el contacto, pero él percibió sus temores y la sujetó. Degustó el delicado sabor de sus labios, moviéndolos, obligando a que ella los abriera. Fue entonces cuando la lengua de Steph penetró en su boca en una acometida profunda, buscaba que ella reaccionara y lo consiguió. Las lenguas se unieron en un baile sensual, que, poco a poco, se intensificó.

Steph le rodeó la cintura con una mano, era tan grande que casi abarcaba el pequeño talle de ella. La atrajo a su cuerpo, acarició su espalda de arriba abajo, y terminó posando sus dos manos en los glúteos de ella, entonces apretó la pelvis femenina en su hombría. Eleonora pudo percibir la dureza de su erección, se separó como si ese hombre estuviera cubierto de llamas, y jadeó en busca de aire.

—¿Nunca nadie te había besado? —le susurró él cerca del oído.

—No... —murmuró Eleonora, sonrojándose.

—¿Y acariciado cómo yo ahora mismo? —preguntó con la voz ronca de deseo mientras le rozaba las nalgas, la espalda, los pechos...

Ella se había quedado sin voz debido a la sorpresa de sentir un cosquilleo de excitación entre sus piernas, por lo que negó con la cabeza. El tono carmesí de la timidez en su rostro creció en intensidad.

Steph no pudo reprimir una sonrisa. Estaba eufórico con su mujer al saber que nadie la había tocado. Él sería el primero, y el último, se aseguraría siempre de que así fuera. Ella era suya, le pertenecía y no entendía por qué su pecho se hinchaba de felicidad solo de pensarlo. Dejó a un lado sus pensamientos, y se centró en la mujer que tenía delante. Deslizó un brazo por las rodillas de ella y la alzó sin ningún esfuerzo. La dejó con mimo en el centro del mullido lecho, le desató los lazos delanteros del camisón y se lo quitó. Eleonora se mordió el labio inferior para ahogar el grito de queja que pugnaba por salir de su garganta. Estaba desnuda y se sentía vulnerable, avergonzada e indefensa. Giró el rostro a un lado, sobre la almohada, y cerró los ojos

con el corazón desbocado, era incapaz de mirarlo a los ojos.

Sin embargo, toda la atención de Steph estaba fija en el cuerpo de su esposa. Ella era una pequeña flor de primavera, tan perfecta que relucía como ninguna otra. Su cabello dorado eran reflejos de sol esparcidos por la almohada. Sus pechos altos, redondeados y plenos, culminados por unos pezones rosados, se le antojaron el mejor de los dulces. Paseó la mirada por su cintura, por las esbeltas piernas para centrarse en la unión de sus muslos. Ella los mantenía unidos, pero sabía que escondido entre el rizado vello rubio estaría oculto el mejor de los manjares.

Eleonora sentía la mirada de su esposo acariciar su cuerpo, a la par que escuchaba su agitada respiración. Cada vez la notaba más anhelante, incluso se le escapaba algún que otro jadeo, y tuvo miedo. Se incorporó para cubrirse con el cubrecama, pero Steph se lo impidió, agarrándola de la muñeca.

—No debe haber vergüenza entre nosotros. Estamos casados y es lo más normal del mundo que desee verte desnuda, es algo que pienso hacer muy a menudo.

Ella lo miró al tiempo que se formaba una sonrisa nerviosa en sus labios. Su cuerpo ardía de vergüenza y empezó a tener calor. Steph se acomodó a su costado, apoyándose en el codo.

—Si sigues sonrojándote de esa manera, esta cama arderá en llamas —dijo él con humor.

—Lo siento, milord —se disculpó entre carraspeos nerviosos—. No puedo evitarlo.

—No te disculpes por algo que no puedes controlar. Te acostumbrarás a estar desnuda frente de mí, entonces los sonrojos desaparecerán —mencionó acariciando con el dedo de la mano libre la clavícula de ella—. A propósito, llámame Steph. No quiero formalismos entre nosotros, yo te nombraré Nora.

Ella asintió, pues era incapaz de hacer cualquier otra cosa. Él pretendía que se relajara, pero empezó a temblar cuando su palma acarició su cintura y su vientre. Estaba tan tensa que se percibía a simple vista, pues toda su musculatura se mantenía dura y se aferraba a las sábanas, incluso sus nudillos estaban blancos de la fuerza que empleaba. Sin duda, antes de avanzar tenía que tranquilizarla, solo así conseguiría que su cuerpo se relajara. El problema era que no podía

perder el tiempo, si quería enviar con los soldados del rey las actas matrimoniales y la prueba de consumación del matrimonio antes de que Barnard apareciera. Aun así creyó que todavía disponía de unos minutos, ya que la fuerte tormenta que se había desatado retrasaría la llegada de su enemigo. Necesitaba saber hasta qué punto ella conocía sobre la unión entre un hombre y una mujer. Según el rey había estado criada entre algodones, la habían alejado de las malas influencias, y temió que creyera que una mujer se quedaba encinta por obra divina.

—Dime, Nora, ¿sabes lo que va a ocurrir entre nosotros? —preguntó en un tono cuidado para no asustarla más de lo que estaba.

Eleonora se quedó inmóvil, sintió una punzada de añoranza en sus entrañas, pues solo su hermano y su padre la llamaban «Nora». Tragó saliva para apartar las lágrimas a un lado, y se reconfortó al pensar que dentro de poco se reencontraría con sus seres queridos.

—Sí.

—¿Quién te ha explicado lo que ocurre entre un hombre y una mujer?

—Nadie... —dijo escondiendo la cabeza bajo el mentón del hombre para no tener que mirarlo a la cara.

—¿Nadie? —Con el dedo le alzó la barbilla—. Entonces, ¿cómo lo sabes?

Ella se sentía incómoda, apenas hacía poco más de una hora que conocía a ese hombre. Quiso negarse a contestarle, pero meditó que no sería inteligente enfrentarse a él cuando tenía todas las de perder.

—Vi a mi hermano —contestó al fin la dama.

—¿Y qué viste?

—Hace dos años, yo dormía en mi habitación. Era una noche de tormenta y los truenos me despertaron. Nunca me han gustado las tormentas, tenía miedo y decidí ir a la alcoba de mi hermano, que estaba al final del pasillo, para que me dejara quedarme con él hasta que pasara el mal tiempo. —Retorció la sábana con un dedo—. Abrí la puerta sin hacer ruido, ¡se pone de muy mal humor cuando lo despiertan de golpe!, y entonces lo vi en su cama con una de las sirvientas, ambos estaban desnudos, jadeaban y...

Ella no pudo continuar con el relato, y Steph adoró la inocencia de su esposa. Sin duda era un rayo de luz en un mundo oscurecido por

la maldad. Rio a carcajadas, no porque se burlara de ella, sino porque seguía sonrojándose de pies a cabeza.

—Y tú, mi dulce Nora, te quedaste espiando un buen rato —repuso imaginando la cara de su esposa ante la escena.

—¡Ohhh! Solo un poco.

Ella cerró los ojos y pegó el rostro en el pecho de él mientras este estalló en carcajadas. ¿Cómo había adivinado que había espiado a su hermano fornicando con una mujer? ¿Qué pensaría de ella?

—¿Y tu hermano te descubrió?

—Al principio, no. Pero estuve días sin poder mirarlo a la cara ni dirigirle la palabra. Mi padre creyó que estaba enferma, porque me sonrojaba muy a menudo, y fue a buscar a la curandera. Al final tuve que confesar, y Laurence me riñó.

—¿Te castigaron?

Ella echó la cabeza hacia atrás y lo miró.

—No, papá y Laurence nunca me han castigado, ni tampoco me pegaron. Mi padre siempre me decía que ya era suficiente castigo crecer sin el cariño de una madre. Papá sermoneó a Laurence por no atrancar la puerta, y con el tiempo todo quedó en una anécdota divertida para recordar de vez en cuando.

Steph miró la piel inmaculada de su esposa, blanca como un lienzo preparado para sus manos como si se trataran de un pincel. Sin duda, sería imperdonable golpear ese cuerpo creado para el placer y no para el dolor. Le acarició la espalda y se sintió complacido al percibir que se había relajado. Había conseguido que los pensamientos de su esposa fueran en otra dirección. En el fondo, era demasiado inocente, el rey no lo había engañado, pues había crecido rodeada de amor, caprichos y lujos, ajena a las maldades cotidianas. No sabía cómo podría contarle la verdad de Laurence y su padre sin herirla en lo más profundo de su corazón. No deseaba por nada del mundo lastimarla, sino protegerla y cubrirla de atenciones. Su corazón empezó a latir desenfrenado al darse cuenta de que la nueva lady Eleonora de Bridgeman le importaba de una manera que empezaba a aterrarlo.

—¿Te asustarás si me quedo desnudo? —preguntó él, siguiendo adelante con su plan de seducción.

Eleonora abrió los ojos como naranjas, negó con un leve

movimiento de cabeza. Él se levantó y se quitó la túnica por la cabeza, después se volvió a colocar junto a ella, agarró su muñeca y la instó a que posara su mano en su torso ligeramente velludo. La joven acarició su curtida piel con las puntas de los dedos, Steph se estremeció y cerró los ojos mientras ella reseguía la línea recta de vello que cruzaba su vientre. Eleonora se negó a mirar hacia abajo, pero sus ojos no obedecieron a su mente y se quedaron clavados en el enorme miembro que apuntaba hacia arriba. Entonces, de golpe, lo vio todo claro y apartó la mano del cuerpo de su marido.

—Creo que... tú... y... yo... no... somos compatible —murmuró ella, en un tono de voz asustado.

—Nada de eso, pequeña —susurró él atrapándola de la cintura para que no escapara—. Yo me encargaré de que tu cuerpo esté listo para el mío. Aunque para una virgen es doloroso la primera vez, acabará gustándote, te lo prometo.

Cogió la mano de su esposa y la posó sobre su erección.

—Soy de carne y hueso, como tú, pero con algunas diferencias. No tengas miedo, yo te lo facilitaré.

Con timidez, Eleonora tanteó la longitud y el grosor de la hombría de su esposo. Él disfrutaba de la calidez de la mano femenina y se le cortó el aliento cuando ella cerró su palma en su erección.

—Es suave y caliente. Creo que no me lastimará —dijo ella, fascinada con lo que veía y tocaba.

Steph gimió. De no haber estado tumbado, se hubiera desplomado de placer. Acercó su boca a la oreja de ella y le susurró palabras tiernas. Instó a que soltara su miembro, hizo que se tumbara de espaldas al lecho y él se colocó entre las piernas de ella. Le besó la frente, la mejilla, el cuello... al tiempo se apoyaba sobre una mano y con la libre le acariciaba los pechos. Sustituyó los dedos por su boca, lamió los pezones, los mordisqueó mientras ella se aferraba a sus cabellos castaños en un intento por mantenerlo pegado, para que siguiera chupando sus sonrosados montículos. Notaba un hormigueo en su bajo vientre que se expandía entre sus piernas como si fuera la más maravillosa de las sensaciones. Fue entonces que comprendió que deseaba a ese hombre. Quería más de él, y se arqueó buscando algo que desconocía.

Steph se dio cuenta de la agonía de la mujer que tenía debajo y

alargó su mano al sexo de su esposa. Apenas tuvo que rozar los pétalos hinchados para que ella gimiera desesperada. Deslizó los dedos por el lugar y siseó al notar la humedad tibia empapar sus dedos. Introdujo uno y ella abrió más la piernas, la necesidad de sentirlo había ganado la partida y ya no se comportaba como la muchacha virginal de hacía un momento. Era tal el frenesí que la embargaba que clavó las uñas en la espalda de su esposo. Él sabía lo que ella quería, pero necesitaba prepararla un poco más, a fin de que su miembro resbalara entre los tiernos pétalos sin problema. De modo que introdujo un dedo más, evitando romper la barrera de su virginidad, y los movió para conseguir que se dilatara el interior. Estaba siendo tan delicioso que empezó a sudar de anhelo.

—Dios, eres tan estrecha y estás tan resbaladiza que yo...

Las palabras se ahogaron entre los jadeos de su placer. No pudo aguantar más cuando ella empezó a retorcerse de deseo, se aferró a sus hombros conteniendo el aliento, sin saber lo que le estaba pasando. Quería más, quería que no dejara de tocarla, quería que la besara por todas partes...

—Steph...

—Sí, pequeña, sé lo que quieres.

Él sonrió complacido por la respuesta de su esposa. Observó su cuerpo, era una visión tan excitante... Sus labios estaban magullados por sus besos, sus pezones poseían el sonrojo de la pasión, y sus dedos resbalaban por una humedad que quería saborear. Si no fuera por lo inocente que todavía era, habría enterrado su cara en el lugar y lo hubiera acariciado con su lengua hasta saciar la necesidad de saborear su esencia de mujer. Pero no quería asustarla, y se consoló al pensar que tenía toda la vida para cumplir con sus fantasías.

—Mírame, pequeña —pidió el esposo, el momento había llegado. Ella abrió los ojos y obedeció—. Ahora entraré en ti. Dolerá al principio, solo un poco, después vendrá el placer.

Había ternura en la mirada verde de Steph, y eso sorprendió a su esposa. Pero no meditó en ello, pues estaba demasiado excitada y su cuerpo temblaba, buscaba algo que solo él podía darle.

Entonces, el guerrero asió su miembro y empezó a penetrarla con lentitud. Estaba tan caliente que tuvo que hacer acopio de todas sus fuerzas para no entrar de una sola embestida. No tardó en toparse con

la barrera de su virginidad, sabía que solo había una manera, por lo que salió y se hundió con fuerza, desgarrando el himen a su paso.

Eleonora gritó de dolor, y no pudo evitar que las lágrimas recorrieran sus mejillas. Ya no deseaba seguir e intentó apartarlo. Pero era demasiado grande y fuerte, y ni tan solo logró que se moviera un milímetro. Steph, para calmarla, besó su rostro con ternura.

—Pronto pasará... —le aseguró él en un susurro ronco.

Sin embargo, no fue así; era como tener un hierro al rojo vivo en su interior, y le quemaba y escocía. No había placer en aquella sensación, sino dolor.

—¡Me duele, quiero parar! —clamó ella.

Era demasiado tarde para detenerse, y Steph lo sabía. No le hizo caso y no se movió de encima de ella. Jadeaba por el esfuerzo que le suponía dominar su deseo de embestirla. Ella le golpeó el torso con los puños y empezó a retorcerse bajo él. Sus movimientos provocaban que su miembro entrara más profundamente, apretó los dientes porque estaba perdiendo el control, por lo que tuvo que agarrarla de los hombros para mantenerla quieta.

—¡No te muevas! —le ordenó él con aspereza—. Si sigues revolviéndote de esta manera perderé el poco control que me queda.

Ella miró el rostro contraído de su esposo, su frente perlada de sudor y su mandíbula rígida, y supo que decía la verdad. Se quedó inmóvil, como si fuera una estatua de piedra, respiró hondo para calmarse y fue entonces cuando notó que el dolor iba menguando.

—¿Te sigue doliendo? —preguntó el hombre con la voz entrecortada.

—No, me siento mejor... —contestó entre un largo suspiro de alivio.

Era todo lo que necesitó sentir Steph para moverse; salió y entró, una y otra vez, a un ritmo lento para que se fuera acostumbrando a su tamaño. Ella comenzó a jadear cuando el deseo empezó a hormiguearle por todas partes, su instinto provocó que rodeara con sus muslos la cintura de él, y se arqueó buscando que entrara por completo. Él gruñó desesperado ante la invitación y la embistió con toda la dureza que le exigía su propio deseo desenfrenado. La hizo suya de una manera tan desbocada que nunca creyó que fuera posible. Entraba, salía, entraba, salía... ajeno a los truenos y relámpagos del

exterior. Él tenía todos los sentidos puestos en satisfacer su instinto, y su pelvis se movía rápido y con dureza.

Oleadas de placer inundaron a la pareja cuando Steph la embistió por última vez, derramando su semilla en ella. Entonces, el mundo dejó de existir, el suficiente tiempo para que creyeran que habían tocado el cielo con las puntas de los dedos. Se quedaron sin aire debido al placer demoledor que cubrió sus cuerpos durante unos segundos más. Tomaron conciencia de que seguían vivos cuando la necesidad de respirar se hizo imperiosa. Al cabo de poco menos de un minuto habían recuperado el aliento.

Eleonora no podía creerse lo que acababa de suceder. Nunca creyó posible que lo que pasaba entre un hombre y una mujer fuera algo tan maravilloso, tenía los ojos tan abiertos que ni tan solo parpadeaban debido a la impresión. No pudo evitar sonreír de oreja a oreja, una sonrisa que no le pasó inadvertida a Steph. Este se apoyó sobre las palmas de las manos y se alzó lo suficiente para no aplastarla con su peso.

—¿De qué te ríes? —preguntó él arqueando una ceja.

—Ahora entiendo las sonrisas de las criadas cuando pasan frente a mi hermano, ¡y los guiños de él!

Steph soltó una carcajada, pero su diversión se evaporó rápido al tomar conciencia de que Eleonora no vería nunca más al muchacho que parecía amar con todo su corazón. No había tiempo para lamentarse, y menos cuando Barnard debía estar a las puertas de la abadía.

Se levantó del lecho y se acercó al tocador, donde había una jofaina y una jarra. Vertió un poco de agua y sumergió un paño de lino. Ella lo miraba embobada, su esposo tenía una espalda ancha y le fascinaba la manera en que todos los músculos de su cuerpo se contraían y expandían, mostrando una fuerza que había logrado a base de horas de entreno, que había perfeccionado en el combate cuerpo a cuerpo en el campo de batalla. Dejó su escrutinio cuando él se acercó, le abrió las piernas y la limpió. Acto seguido la ayudó a ponerse el camisón; ya con la prenda puesta le dio un beso en la frente y le sonrió. A ella la sorprendían las muestras de afecto y consideración, y empezó a dudar de los relatos que circulaban sobre su crueldad.

Eleonora se acercó a la chimenea, el calor de la pasión había desaparecido de su cuerpo y tenía frío. Mientras, él se limpiaba los restos de sangre de su miembro erecto. Tuvo que controlarse para no sisear de placer, pues las ganas de poseerla de nuevo mantenían esa parte de su cuerpo dura. Pero era consciente de que ella estaría dolorida, además no podía arriesgarse hasta llegar a Bridgeman, donde su esposa estaría segura, lejos de las zarpas de Barnard. Y cuando sucediera, no saldrían de la alcoba hasta engendrar un heredero. Trató de no pensar en el después, ya que era consciente de que Eleonora le importaba, y debía mantenerse alejado de su tentador cuerpo para evitar males mayores. No solo porque no quería terminar como su padre, sino porque si sus enemigos se enteraban de que su mujer significaba algo en su vida, la utilizarían en su contra. Él mismo en Tierra Santa había conseguido derrotar a algunos de sus contrincantes capturando a las esposas que estos amaban. No podía permitir que a él le sucediera.

Se puso la túnica y se acercó de nuevo al lecho, arrancó de un tirón la sábana que lo cubría, donde había la prueba ensangrentada de la virginidad perdida. Se dio cuenta de que ella lo miraba, y advirtió la pregunta en sus bellos ojos azules. Dobló la prenda antes de hablar.

—Esta sábana y a las actas matrimoniales tienen que ser entregadas al rey. No puede haber duda sobre la legalidad de nuestro apresurado enlace.

—Pero...

Él acortó la distancia que los separaba y la acalló apoyando el dedo índice en los labios femeninos.

—Nada de preguntas. Enviaré a Mary para que te ayude a vestirte. Después, reúnete conmigo para cenar.

Hizo ademán de salir, pero ella lo detuvo agarrándolo de la manga de su túnica.

—Steph, por favor —pidió desesperada, con la esperanza de que él la escuchara—. Creí que partiríamos de inmediato hacia la corte para reunirnos con mi padre y mi hermano. La tormenta empieza a remitir y aún queda un par de horas de luz.

Él le acarició la mejilla, quiso besar sus labios, pero ella volteó el rostro. A él no le gustó su rechazo, agarró su barbilla y la giró para darle el beso que ella le negaba.

—Obedéceme y todo irá bien —le soltó Steph en un todo duro.

Ella no podía creerse que el hombre tierno de momentos antes se hubiera transformado en un bárbaro.

—Me hiciste una promesa —le increpó su esposa, con los brazos en jarras.

Steph arrugó el entrecejo visiblemente colérico.

—Sé lo que te prometí.

—Entonces, ¿por qué te niegas? —Hizo una pausa y torció la boca, como si de pronto tomara conciencia de su situación—. Podría haberme imaginado que Lord Feroz nunca cumpliría una promesa —soltó sin intentar disimular su desprecio.

Steph no la increpó; si eso se lo hubiera dicho cualquier otro, sin duda estaría mordiendo el polvo del suelo. Se limitó a sonreírle con ironía, y dejó que ella viera la furia que cubría sus ojos. De hecho no articuló ninguna palabra más y se marchó dejándola sola y frustrada.

***

Steph suspiró aliviado cuando vio alejarse a los dos soldados del rey en sus monturas. Llevaban consigo el acta matrimonial y la sábana hacia la corte real. La tormenta empezaba a dar sus últimos coletazos, pero una insistente lluvia seguía cayendo. Por el color grisáceo del cielo daba por hecho que seguiría lloviendo unas horas. Sonrió al pensar que las huellas de los dos hombres desaparecerían de inmediato, y en el caso de que alguno de los mercenarios de Barnard saliera a la caza de ellos, no lograría descifrar el camino que habían cogido. Sabía que había ganado una batalla, la primera de muchas que vendrían, desde luego, pero siempre era una satisfacción empezar con ventaja. Solo esperaba que el rey se apresurara en las pesquisas para encontrar los testigos que había contra Laurence y Rufus. Era la única manera en que podría asediar Galloway sin poner en un aprieto al monarca. Estaba deseando acabar con el maldito Barnard; solo Dios sabía lo que le habría hecho a Eleonora en el caso de que hubiera caído en sus manos.

Steph se sentía preocupado. Antes de la partida de los soldados

del rey le habían informado que Barnard estaba cerca, y hubiera deseado que su esposa hubiera estado en la seguridad del campamento que tenía a varias leguas dirección al sur. Pero ya era tarde, y le resultaría más fácil lidiar con el galés dentro del edificio de piedra de Canterbury que a campo abierto, donde los podrían rodear sin problema. No era que le supusiera un problema luchar con varios hombres a la vez, de hecho lo había hecho tantas veces que ya había perdido la cuenta, sino que viajaría con su esposa y temía no poderla proteger mientras él luchaba.

Sin más dilaciones, puso rumbo al salón donde lo esperaban sus caballeros. Estaban sentados deleitándose con el vino y los dulces que les habían ofrecido. Entre sorbo y sorbo, reían sobre las anécdotas que habían sucedido en los campos de batallas. Por supuesto que no faltaron los comentarios hacia las bellas mujeres de los harenes.

—Aquellas sí que eran hembras —mencionó Nígel, un conquistador nato, aún no había encontrado mujer que se le resistiera —. Aunque nunca nadie superará a la hija del emir. —Su mirada azul brilló de anhelo al recordar las noches de pasión.

—Nos trajo muchos problemas tu estupidez —le recriminó Alfred fulminándolo con sus ojos grises, su acento italiano se marcaba más de lo habitual, y Steph lo achacó al alcohol—. Conseguimos escapar de milagro cuando su padre se enteró. ¿A quién se le ocurre tocar a la hija del emir?

—Solo se le ocurre a un cerdo libidinoso que no controla lo que le cuelga en la ingle —arguyó Morris chasqueando la lengua.

Nígel se levantó y Morris hizo lo mismo, ambos sacaron pecho y se desafiaron con sus miradas. Pero terminaron por reírse a mandíbula batiente. Lo cierto era que pocas peleas acababan a golpes; la camaradería que compartían había provocado que se dijeran lo que pensaban sin pelos en la lengua. Levantaron sus copas y brindaron por las mujeres que estaban por venir, y se bebieron el contenido de un golpe.

—Ya basta de beber vino —exigió Steph cerrando la puerta de un golpe, se acercó a ellos y apartó la jarra lejos del alcance de sus caballeros—. Tenemos que mantenernos despiertos, la noche puede complicarse si aparece el hijo de perra de Barnard.

—¿Ya has terminado? —Quiso saber Morris, haciendo alusión a la

consumación del enlace.

—Sí, y las pruebas están de camino a Londres.

Los tres caballeros sonrieron.

—Bien —señaló Nígel—. Barnard ha perdido.

—Todavía no podemos darlo por vencido —corrigió el barón—. Luchará, lo intuyo, y más vale que estemos preparados para cuando llegue.

—¿Hace falta que vaya al campamento a por refuerzos? Calculo que estaremos aquí al alba —dijo Alfred—. Solo tenéis que resistir hasta entonces.

—No, Barnard está a punto de llegar con una pequeña tropa. Lucharemos si intenta alguna estupidez.

—¿Y tu esposa? —preguntó el más joven de sus caballeros.

—Le he dicho a Mary que no la deje salir de la alcoba.

—¿No hubiera sido más efectivo encerrarla bajo llave? —sugirió Nígel.

—Tal vez, pero no quiero que sienta que está presa. Ahora hay que prepararse, tenemos solo unos minutos para trazar un plan.

Los tres asintieron. Se ataviaron con las cotas de malla larga hasta las rodillas, después acomodaron la capelina de lino blanco sobre el cabello y la ataron a la barbilla. La prenda protegía la cabeza del almófar, una capucha flexible de malla que se colocaron sin problema, ya que era algo que hacían tan a menudo que lo podrían haber ejecutado con los ojos cerrados. Sobre esta se colocaron el yelmo abierto con protección nasal. Encajaron el gambesón acolchado en su torso y encima el veste. Se ajustaron el cinturón, donde colgaba la espada dentro de su vaina, y para terminar se pusieron los guantes de cuero.

Y después solo quedaba que apareciera el enemigo. Mientras lo esperaban, trazaron un plan por si Barnard decidía desafiarlos allí mismo. De hecho, no era la primera vez que luchaban en una contienda estando en inferioridad numérica.

Capítulo 3

Mary ayudaba a Eleonora a peinarse y a vestirse con un vestido azul. Cuando ya casi habían acabado con la tarea, oyeron unos fuertes gritos. Ambas se miraron.

—Provienen del vestíbulo —mencionó Eleonora.

Hizo ademán de andar, pero su doncella la detuvo.

—Milady, no es prudente, y su esposo ha ordenado que no salga de la alcoba. Espere a que él venga y le explique.

—Mi esposo no me contará nada. —Se acordó de las últimas palabras que cruzó con él y su enfado creció de intensidad—. Es incapaz de cumplir una promesa, y encima pretende que obedezca sin quejarme. No voy a tolerar que me mantenga al margen.

Eleonora salió de la estancia y cruzó el pasillo con rapidez. Siguió las voces que resonaban en las paredes de piedra. No entendía nada de lo que decían, aun así creyó reconocer la voz de trueno de su esposo alzarse por encima de las demás. Bajó los escalones, el vocerío creció en intensidad a medida que se acercaba, y cuando llegó al vestíbulo sintió cómo la sangre se helaba en sus venas. Steph y sus caballeros se habían ataviado para una batalla y temió lo peor. Se hallaban pegados entre ellos formando un muro humano infranqueable ayudados por los escudos oblongos. Agarraban, con las manos enguantadas, las empuñaduras de sus respectivas espadas, que colgaban de un cinturón

que rodeaba las caderas. No podía ver las expresiones de sus miradas, porque estaban de espaldas a ella, pero el tono de sus voces indicaba que estaban furiosos. Enfrente de estos permanecía Barnard, poseía unos rasgos duros, un pelo negro rizado como una noche sin luna, y en sus ojos castaños habitaba la oscuridad. Si bien no era alto y corpulento como Steph, su aspecto malvado asustaría al mismísimo diablo, y miraba a los caballeros que tenía delante con auténtico desprecio. Lo acompañaban diez hombres, que por sus cotas de malla descuidadas y oxidadas, por las expresiones adustas de los rostros y por sus miradas crueles, supo que se trataban de mercenarios.

Steph tenía puestos todos sus sentidos en su enemigo; y a pesar de la tensión del momento, percibió una presencia a su espalda. Giró el rostro, y cuando vio a su esposa no pudo hacer otra cosa que maldecir en voz baja. Tendría que haber hecho caso a Nígel al sugerirle que la encerrara bajo llave.

Ella no se dio cuenta de que contenía la respiración hasta que Barnard la miró, sus ojos castaños eran buitres volando hacia ella. Dio un paso atrás mientras él la escrutaba de arriba abajo, se relamió los labios de excitación. Eleonora sintió arcadas y no pudo reprimir un pequeño grito de miedo. Se sentía ridícula por mostrarse cobarde, bien lo sabía, pero intentó recomponerse rápido de la impresión.

—No me ha engañado cuando me ha dicho que he llegado tarde, milord —mencionó Barnard con retintín, mirando a Steph con soberbia; a continuación contempló a Eleonora y le sonrió—. Huelo la lujuria desde aquí: sus labios están rojos por los besos y sus mejillas tienen el color de la pasión.

Steph se colocó delante de su esposa, para protegerla con su gran cuerpo de las miradas ávidas de su contrincante y de sus mercenarios. Porque no solo sus ojos castaños mostraban un deseo enfermizo, sino que esos sucios hombres, que tenían sus espadas desenfundadas, manifestaban las ganas de saltar sobre ella y poseerla con hambrienta lujuria.

—Os lo advierto, barón, no insultéis a mi esposa mencionando vuestros asquerosos pensamientos delante de ella —bramó colérico Steph, le costaba tratarlo con el respeto de su rango.

Se le revolvían las tripas solo de imaginar lo que le hubiera hecho ese engendro del demonio si hubiera llegado antes que él.

Seguramente la hubiera tomado sin ninguna consideración; y después de casarse con ella y asegurarse Galloway solo para él, la hubiera entregado a sus hombres para que hicieran con Eleonora lo que les hubiera dado la gana. Saltarían, como una manada de machos desesperados, sobre una delicada mujer que no sobreviviría a los crueles instintos de unos bárbaros.

—Es más hermosa de lo que imaginaba —replicó con contundencia Barnard—. ¡El rey se ha equivocado entregándoosla a vos!

—El rey ha hecho lo correcto —sentenció Steph.

Notaba los temblores de su esposa detrás de él, incluso escuchaba sus sollozos. Sin duda estaba muerta de miedo. Quería volverse y calmarla, pero no podía darle la espalda a su enemigo, y mucho menos debía mostrarle a Barnard que su pequeña flor de primavera le importaba. Tenía que obligarlo a que se marchara, porque también corría el peligro de que hablara más de la cuenta, y su esposa todavía no podía enterarse de lo acontecido con su padre y su hermano.

—¡Ella me pertenece ahora que el barón Rufus de Galloway y su heredero han muerto! —gritó Barnard desenvainando su espada, su sonido se asemejó al siseo de una serpiente. Estaba furioso por no haber llegado antes, nunca había imaginado que el rey se le había adelantado y había enviado a su mejor hombre—. No pienso renunciar a la fortaleza, a sus tierras y a ella. Moriréis a mis manos, milord, tarde o temprano, igual que su padre y su hermano.

Steph rezó para que Eleonora no hubiera escuchado la verborrea de su contrincante, pero sabía que era imposible, porque gritaba y cada palabra era repetida por el eco. De soslayo vio que Mary se había acercado a Eleonora.

—Mary, acompaña a mi esposa a su alcoba. En un momento me reuniré con ella —ordenó Steph en un intento desesperado de alejarla de Barnard.

Eleonora ignoró la mano de Mary que tiraba de ella con fuerza y salió de detrás de su esposo, se colocó frente a él y lo agarró desesperada de sus brazos, ignorando el tacto frío de la cota de malla.

—Por favor, dime que Barnard está mintiendo... —pidió la mujer en voz tan baja que solo escuchó él. Pero no obtuvo confirmación, y temió lo peor; aun así no podía creérselo y la esperanza siguió

palpitando en su corazón. Soltó a su esposo y se giró para fulminar a Barnard con sus ojos azules—. Es evidente, milord, que mentís, mi hermano y mi padre están a salvo. Sois el hombre más despreciable y cruel que he conocido, asaltasteis mi hogar bajo unas acusaciones falsas y pagaréis por ello.

El aludido echó la cabeza hacia atrás y soltó una sonora carcajada, Steph había engañado a su esposa, lo veía tan claro como el agua de un manantial. Se le había presentado la oportunidad de desquitarse, y si bien no le serviría para matarlo y llevarse a la dama, al menos le amargaría el día. Entrecerró los ojos, cosa que provocó que ella diera un paso atrás, chocó contra su esposo y este la agarró por los hombros.

—Milady… —dijo Barnard haciendo una reverencia burlona—, lord Bridgeman os está mintiendo. Vuestro hermano y padre han pasado a mejor vida, esta es la única verdad.

Se rio como si hubiera pronunciado algo gracioso. Steph maldijo a ese hombre; sin embargo, sus pensamientos eran para su esposa; sabía que la situación se le estaba escapando de las manos. En otras circunstancias hubiera desenvainado su espada y hubiera retado a su oponente a fin de que no continuara hablando. Pero no podía estando ella delante, pues no quería que viera su peor versión: la que sacaba cuando luchaba, donde la ferocidad guiaba cada uno de sus movimientos. Seguramente le cogería miedo y no quería una esposa que se estremeciera cuando se acercara a ella, que le tuviera que arrancar una caricia o un beso, y que engendrar un heredero se convirtiera en una tarea nada gozosa. Tampoco deseaba que presenciara una lucha que, tal vez, acabaría teñida con la sangre y muerte de todos los mercenarios allí presentes. Su inmediato objetivo era alejarla de allí; por lo que le dio la vuelta, acercó su boca a su oreja y le susurró:

—Sube a tu alcoba, pequeña. Después contestaré a todas tus preguntas, te lo prometo.

Aunque su tono era dulce, ella no se fiaba, porque ya había incumplido la promesa de llevarla a la corte a reunirse con su familia. Y la sensación de que algo malo les había sucedido a su padre y a su hermano crecía en sus entrañas a pasos agigantados, por lo que se negó a obedecer.

—No hasta saber la verdad, ¿quién miente de los dos? —preguntó con su mirada color índigo humedecida por lágrimas.

El corazón de Steph golpeaba fuerte en sus costillas al no poder ofrecerle la respuesta que ella ansiaba. Hizo rechinar los dientes al comprender que debía mostrar autoridad sobre Eleonora. A fin de cuentas era su esposa y debía obedecerlo, y si no lo hacía por las buenas, sería por las malas. Entonces, agarró con fuerza el codo de Eleonora y tiró de ella hacia sus hombres.

—¡Morris, acompaña a mi esposa a sus aposentos y asegúrate de que se quede allí hasta que yo me reúna con ella! —ordenó a su caballero.

Morris asintió y dio un paso hacia la dama, pero Eleonora se sacudió del agarre de su esposo y puso distancia.

—¡No hasta saber la verdad! —espetó ella.

La risita histriónica de Barnard atrajo la atención de todos.

—Milord, vuestra esposa necesita disciplina... —mencionó el hombre alargando las palabras—. Un buen látigo hace milagros.

En ese instante apareció el sacerdote, y cuando vio el panorama, su rostro mostró estupor, se apresuró a santiguarse. Quiso intervenir y poner paz, pero Eleonora se percató de su presencia y se acercó a él con rapidez.

—Padre Francis, ¿vos sabéis la verdad?

—¿Qué verdad? —preguntó el hombre de Dios, sin saber a qué se refería.

—Sobre el paradero de mi padre y de hermano.

El sacerdote miró alternativamente a Steph y Barnard.

—Milady, vuestro padre y vuestro hermano están muertos —confesó el párroco, consciente de que no debía mentirle más.

—¿Vos lo sabíais? —susurró ella llorando, al dar por hecho que el clérigo había sabido la verdad desde el principio, y aun así había permitido un enlace basado en la mentira.

El sacerdote agachó la cabeza, avergonzado.

—Ya sabéis que al rey no se le pude desobedecer —pronunció con pena, era lo único que pudo argumentar como explicación a su mentira.

—Si dudáis de mí, milady —alegó Barnard—, podéis acompañarme a Galloway y comprobar con vuestros ojos cómo cuelga

la cabeza de vuestro padre de la torre más alta. Y vuestro hermano murió ahogado después de caer al río con una herida de flecha en el hombro.

En el rostro de Eleonora dejó de circular la sangre y se quedó lívido. A Steph le afectó el dolor que advirtió en los ojos de su dama, ella se tambalea y se agarró al brazo del clérigo. Estaba a un suspiro de desmayarse, y decidió terminar con la trifulca ya mismo. Con un movimiento rápido como el rayo, dejó el escudo en el suelo al tiempo que sacaba la daga que llevaba escondida en su cinturón y arrinconó a Barnard de cara a la pared. Con el brazo izquierdo bloqueó las extremidades de su oponente en su espalda, con la otra mano sostuvo el filo de la daga en el cuello. Inmediatamente se escuchó cómo los mercenarios desenvainaban sus espadas, pero los caballeros hicieron lo mismo y los mantuvieron a distancia. Después, un silencio tenso cubrió el lugar, que solo duró unos pocos segundos.

—Tenéis dos alternativas —bramó Steph lleno de ira—. Una es que salgáis por esa puerta y os marchéis. La otra es que os quedéis y luchéis conmigo a muerte. Hacedme feliz y escoged la segunda. Juro por lo más sagrado que colgaré vuestras vísceras y vuestra cabeza en una estaca para que todos aprendan a no tocar lo que me pertenece —advirtió masticando cada palabra con furia.

Barnard intentó zafarse, pero no pudo. Lo había sorprendido y lo había acorralado. A pesar de que sentía la hoja de la daga en su garganta, giró el rostro todo lo que pudo para mirar a su contrincante, y advirtió con estupor, en sus ojos verdes, que cumpliría sus palabras. Entonces empezó a sudar, ya que todos conocían la furia del barón de Bridgeman, no era casualidad que lo llamaran Lord Feroz, y supo que si no se retiraba no vería nacer el próximo día.

—¿Qué escogéis? —voceó Steph apretando la daga en su garganta y provocando un pequeño corte.

—Me marcharé, pero no sin antes advertiros que regresaré más fuerte. Ella es mía. Galloway, también.

—Estáis equivocado. Eleonora es mi esposa, el matrimonio ha sido consumado y nunca pediré la anulación.

Lo soltó tan rápido que Barnard estuvo a punto de caerse al suelo. Hizo un gesto con la mano a sus mercenarios, estos enfundaron sus espadas y empezaron a marcharse.

Eleonora miraba la escena como si la contemplara a través de otra persona. Era como si el mundo se hubiera detenido, y los gritos y sonidos los escuchaba cada vez más lejos. Se tambaleaba, e hizo acopio de todas sus fuerzas por no desmayarse; no quería parecer débil, pero el vestíbulo empezó a dar vueltas. Sus músculos se agarrotaron y tomó aire como un último esfuerzo por no desplomarse.

Steph maldijo para sus adentros a Barnard en cuanto lo vio desaparecer por la entrada. Enseguida, se centró en su esposa, se estaba tambaleando, en cualquier momento se desmayaría. Sin perder un segundo, se acercó a ella, deslizó los brazos por debajo de las rodillas y la alzó sin ningún problema.

—Mary, ve a la cocina y prepara una infusión de valeriana.

—Sí, milord.

En el rostro de la doncella se apreciaba la preocupación, y obedeció consciente de que no podía hacer mucho más.

Steph subió los escalones, entró en la alcoba y depositó con cuidado a Eleonora en el lecho. Le acomodó un par de cojines en la espalda y la cubrió con el cubrecama hasta la cintura. Después arrastró una silla cerca de la cama y se sentó a su lado. Sabía que cuando despertara tendría que explicarle la verdad, era algo que hubiera deseado hacer en su hogar, donde su esposa estuviera segura de todo mal. Pero los acontecimientos se habían precipitado, y ya nada se podía hacer.

Le acarició el rostro y se dio cuenta de que su mano temblaba, le sorprendió, pues nunca le pasaba eso. Su esposa le importaba; ya desde el primer momento que la había visto, algo dentro él se estremeció. No quería darle importancia, y lo atribuyó a la belleza de la dama. Cualquier hombre se sentiría complacido de tener una esposa tan hermosa, pero la sensación de que ella se estaba colando en su corazón crecía a cada minuto que pasaba a su lado, y esa revelación lo asustaba. Se había jurado no amar nunca a ninguna mujer, tal sentimiento era como una daga clavada en el corazón. La memoria de su padre estaba demasiado viva en su interior y debía esforzarse por no terminar como él.

Aun así, comprendía el dolor que ella debía estar soportando, y no pudo evitar susurrarle palabras tiernas. La mujer empezó a abrir los ojos, alentada por esa voz tan suave. Abrió los párpados y se encontró

con el hombre que quería lejos de ella. Los labios empezaron a temblarle y su respiración se agitó. Steph apreció que la tristeza invadía su hermosos ojos, también fue consciente de que el azul triste de su mirada se oscureció hasta convertirse casi en un negro colérico. Ella quiso sentarse, pero la cabeza le daba vueltas y tuvo que quedarse donde estaba.

—Deja que te explique... —dijo Steph sabedor de que no deseaba su presencia.

Él intentó cogerle las manos, pero ella las retiró. Eleonora tenía claro que no quería nada de ese guerrero, ni su compasión ni sus disculpas. La había engañado desde el principio, y solo deseaba gritarle que se marchara para siempre. No verlo nunca más era lo que más anhelaba en ese instante, y concentraría todos sus esfuerzos para que así fuera en el futuro. No podía dejar de pensar en su padre y en su hermano: ellos no habían tenido ninguna oportunidad de salvar sus vidas, y eso le quemaba en las entrañas. Estaba sola en la vida, no tenía a nadie en quien confiar. Todo le había sido arrebatado, incluso su virtud, de la que se habían apropiado con mentiras, y todo con la inestimable cooperación del rey y la reina. Se sintió estúpida por haber confiado en los monarcas. No tendría que haber escuchado a su padre y a Laurence cuando la ayudaron a escaparse para buscar su ayuda. Su deber era haberse quedado en Galloway y defenderlo, tal como habían hecho su padre y su hermano, aunque hubiera supuesto perecer junto a ellos. De hecho lo hubiera preferido antes que el futuro que le esperaba junto a un hombre al que nunca amaría. Incapaz de aguantar las lágrimas de desolación, le dio la espalda a su esposo y lloró. Poco importaba que él fuera testigo de su humillación, pero estaba rota por dentro, rota en mil pedazos.

En ese instante entró Mary; detrás de ella apareció Morris, portando el cuenco de madera con la tisana. La doncella se acercó a la cama y le tocó el hombro con delicadeza.

—Milady, os traigo una tisana. Bebed, os sentará bien.

Eleonora seguía llorando, por lo que negó con la cabeza. Se limpió las lágrimas con las manos y tragó aire para recomponerse.

—Deseo estar sola —pronunció en un tono seco.

—Tenemos una conversación pendiente, esposa —dijo Steph mientras Nígel dejaba la tisana en la mesa—. Debemos aclarar

nuestros asuntos y es mejor hacerlo cuanto antes.

Eleonora se sentó en el lecho, por suerte la cabeza no le daba vueltas. Aun así le faltaron las fuerzas para levantarse, tenía escalofríos, pero no le importó. Alzó los ojos y miró a su esposo con desprecio.

—Creo que vos y yo no tenemos nada que aclarar —espetó ella.

Después de la pasión que habían compartido en ese mismo lecho, al barón le disgustaba que la formalidad volviera entre ellos. Era como si ella renegara de lo ocurrido y se sintió decepcionado.

—Milady, debemos hablar de lo que ha sucedido en el vestíbulo —insistió él.

A Eleonora los labios le temblaban, pero se negó a callar.

—Mentisteis cuando dijisteis que mi padre y Laurence estaban en la corte. ¡Vos no sois mejor que el asesino de Barnard!

Steph emitió un gruñido de disgusto. No debería permitirle que le hablara de ese modo, y menos delante de los demás. Pero también era consciente de que era el dolor quien ponía en los labios de su esposa tales palabras. Concluyó que tal vez era mejor dejarla sola, para que se mentalizara de lo sucedido y aceptara su nuevo futuro. Además, no quería emprender el viaje de regreso a Bridgeman con Eleonora estando tan deprimida. Solo hacía falta ver cómo su cuerpo temblaba, y la lividez de su rostro y sus ojos carentes de vida, para tener la certeza de que caería enferma, y no podía permitirlo.

—Tendremos esta conversación cuando vos os encontréis mejor —capituló Steph, utilizando un tono formal—. ¿Necesitáis alguna otra cosa más antes de retirarme, milady?

Tampoco podía hacer mucho más. Ella estaba alterada y era mejor dejarla tranquila. Sin embargo, Eleonora deseaba gritarle y hacerle pagar por todas sus mentiras. ¿Cómo podría seguir casada con un hombre que aborrecía por su falsedad? Se sentía atrapada en un camino sin salida, y a ciencia cierta supo que no podía seguir unida a ese guerrero, por lo que no le quedaba más remedio que librarse de él.

—Sí, necesito solo una cosa —mencionó ella, si retirar su mirada de la él.

El barón arrugó el entrecejo, estaba intrigado.

—¿Que deseáis, esposa?

—La anulación —soltó con claridad, sin pestañear, en un tono

capaz de helar la sangre a cualquiera. Ella era consciente, entonces se acordó de su padre: siempre le había enseñado que la furia no era buena consejera, y que la diplomacia conseguía ganar disputas sin derramar ni una sola gota de sangre. La realidad era que su esposo no iba a ponérselo fácil, pero no perdía nada por intentarlo, de modo que tomó aire y se aclaró la garganta para suavizar sus palabras—. Ha sido una boda impuesta, vos tenéis buena relación con el rey. Entenderá que no deseemos estar unidos en un matrimonio que supone una carga para ambos. Podéis alegar que no puedo daros un heredero, o que poseo alguna tara. Vos podréis seguir con vuestra vida sin la obligación de estar casado con una mujer que no os quiere y... —Se detuvo al ver nubes de tormenta en la mirada verde de él.

Las aletas de la nariz de Steph se abrieron peligrosamente mientras enderezaba la espalda. Mary se tapó la boca incapaz de creerse que su señora fuera tan atrevida, y Morris cabeceó al comprender que Eleonora había desatado la furia de Steph.

Los dedos del barón aferraron los brazos de su esposa como un ave rapaz cayendo sobre un ratón. Ella dio un grito de sorpresa, sintió al instante cómo el agarre fuerte de su esposo impedía que la sangre circulara por sus brazos. Se mordió el labio inferior para esconder su dolor, se negaba a mostrar debilidad ante él. Steph la alzó apenas sin esfuerzo y quedaron cara a cara. El yelmo abierto con protección nasal confería a los ojos del guerrero una dureza extrema. Aun así ella le mantuvo la mirada.

—Creo que no, esposa. Estamos casados y hemos consumado el matrimonio. La prueba está de camino a la corte con dos de los soldados del rey. Y referente a la posibilidad de que poseáis alguna tara, solo hace falta miraros para que cualquiera se dé cuenta de que es imposible tal cosa.

A pesar de la ira que veía en los ojos de su esposo, ella lucharía por su libertad. De hecho no tenía nada que perder, pues ya se lo habían arrebatado todo, salvo su propia vida, por la que lucharía con uñas y dientes.

—Yo también sé jugar a las mentiras, milord. Negaré que hemos consumado la unión.

Steph rio de manera burlona, provocando que a ella se le erizara la piel.

—Exigiré que una comadrona escogida por el rey os examine para que no haya dudas.

Eleonora seguía sosteniéndole la mirada, ya que no tenía intención de amedrentarse, pero la dureza que vio en las pupilas abiertas de su esposo le demostraba que decía la verdad y que la humillaría de esa manera. Entonces tembló, él la soltó de golpe y la mujer cayó de rodillas al lecho. A Steph no le gustaba mostrar su verdadera naturaleza ante ella, pero no le había dejado alternativa y se mantendría firme con el fin de evitar males mayores. La dama se restregó los brazos por los que habían dejado de circular sangre debido a la fuerte presión de los enormes dedos de su esposo. Aun así lo desafió con sus ojos azules y con una expresión rebelde muy marcada en su rostro.

Pero no fue buena idea, porque Steph no tuvo piedad de ella.

—Estáis sola, no os queda ningún pariente vivo. De hecho no tenéis nada, salvo la protección que os ofrezco como mi esposa.

A Eleonora le dolieron sus palabras, se levantó y se colocó frente a él.

—Os apodan Lord Feroz, milord. Vuestro nombre es el que pronuncian las madres para que sus retoños obedezcan. ¡¿Qué clase de protección puede ofrecerme un salvaje como vos?!

—¿Y por qué creéis que el rey me escogió a mí en vez de a otro? —contraatacó él—. Todos me temen. Deberíais estar agradecida por tener mi protección.

—No os equivoquéis, milord. Tal vez os sorprenda lo bien que me puede ir sin vos.

—Nadie os querrá bajo su techo siendo la hija de un traidor —espetó él, furioso—. El rey os ha hecho un gran favor, podría haberos entregado a lord Smyth, o incluso haber ordenado que os ahorcaran por conspiradora. Los familiares de los traidores son severamente castigados.

—¡No eran traidores! —gritó ella.

—¡Las pruebas que existen os desmienten, milady!

—¡Los testigos mienten!

Steph se limitó a sonreírle con sorna. Ella no se lo ponía fácil, y la culpa la tenían su padre y su hermano por haberla tenido envuelta entre algodones. No era consciente del peligro que correría si vagaba

sola por la vida. Y pensaba darle una dosis de realidad ya mismo a fin de que recapacitara.

—Yo soy vuestra mejor opción. No sobreviviréis mucho tiempo sin dinero y sin hogar. Una mujer hermosa sola, vagando de aquí para allá, es víctima de la lujuria de los bárbaros.

El corazón de la joven se llenó de angustia al imaginarse las escenas. Se sentó en el lecho en cuanto notó que sus rodillas no podían sostenerla. Cerró los ojos y sintió cómo las fuerzas la abandonaban. No podía hacer nada salvo aceptarlo como esposo, y él no le concedería ni un ápice de compasión, y mucho menos cariño. Porque era la hija de unos traidores y se lo recordaría siempre. Estaba segura de que la mantendría viva hasta que le diera un heredero. Y después se desharía de ella de una manera que no levantaría sospechas.

—Me niego a aceptaros como esposo... —susurró en un hilo de voz, con la cabeza gacha.

—Lo que vos deseáis no me importa —soltó Steph, en un tono tan frío que era capaz de congelar el aire al instante—. Si me obedecéis, viviréis, y si no... que Dios os coja confesada si no lo hacéis.

A Eleonora le tembló la barbilla, sucumbió al llanto y se cubrió la cara con las manos. Mary se acercó a ella, se sentó a su lado y la abrazó.

—Milady, no lloréis. Dios cierra puertas, pero abre otras.

—Ni tan siquiera he podido dar sepultura a mi padre y a mi hermano —mencionó entre sollozos.

La necesidad de Steph de consolarla se hizo grande en su corazón. Sin embargo, no podía rendirse al hechizo que su esposa parecía haberle lanzado la primera vez que la vio. De acuerdo que le había prometido al rey Henry I que la protegería, pero si ella supiera que la necesidad de mantenerla a su lado obedecía solo a lo mucho que le importaba, sin duda estaría perdido para siempre y terminaría en el Infierno junto a su padre. La mano de Morris apretando su hombro lo sacó de sus pensamientos.

—Steph, deja que se desahogue, necesita llorar la muerte de sus seres queridos.

El barón pensó que su compañero tenía razón y asintió. Se pasó las manos por el rostro, como si estuviera agotado. En realidad, el llanto de su esposa lo estaba afectando y solo anhelaba abrazarla y

calmar su dolor. Pero la razón acudió en su ayuda y decidió que era el momento de salir de allí. Debía asegurarse de que Barnard y sus mercenarios se habían marchado.

—Tenemos que inspeccionar los alrededores —dijo Steph a Morris —. No quiero sorpresas.

—Será mejor que vayamos cuanto antes. Está a punto de anochecer. No me fío de ese malnacido de Barnard, no es de los que juega limpio, y recurrirá a cualquier ardid.

—No estaré tranquilo hasta llegar al campamento —manifestó observando a su esposa y prometiéndose en lo más hondo del corazón que Barnard jamás la tocaría; miró a la doncella para captar su atención—. Mary, tengo que ausentarme un rato, no dejes a la señora sola hasta que yo regrese.

—Sí, milord, podéis iros tranquilo.

Los dos guerreros se reunieron con Nígel y Alfred.

—¿Crees que Barnard lo dejará estar? —preguntó Alfred a Steph mientras caminaban hacia la salida.

—No —contestó, una mueca de desprecio se esbozó en sus labios —. Roberto odia a su hermano por haberle usurpado el trono, y lo pondrá en problemas hasta buscar una oportunidad para sacarlo de allí. A Barnard le financia los mercenarios, por suerte él no sabía de los planes del rey y se ha sorprendido de vernos aquí. Creyó que encontraría a Eleonora sola y sin protección. Supongo que debe tener un pequeño ejército escondido en algún lugar y ha ido a buscarlos para sorprendernos cuando nos marchemos de aquí.

Todos los caballeros de Steph sonrieron al captar su plan. La camaradería que se había instalado entre ellos los había dotado de un lenguaje a base de gestos, miradas y sonrisas que solo conocían ellos, y que tantas batallas les había hecho ganar.

—¿Qué harás si tu esposa se empecina en anular el matrimonio? —preguntó Morris mientras preparaban los caballos.

—¿Crees que lo permitiré? No importa lo que ella quiera. Yo soy su señor, y como su señor tendrá que obedecerme.

Las comisuras de la boca de Nígel se arquearon formando una mueca burlona, miró a Steph y este supo que se aguantaba la risa.

—No cederé ni un ápice —mencionó el barón, consciente de que no podía permitirse ninguna debilidad.

—He visto cómo la miras, estoy seguro de que Alfred y Morris también se han dado cuenta. —Los aludidos no dijeron nada mientras montaban sobre sus caballos—. Aunque callen sé que ven lo mismo que yo —profirió Nígel fulminándolos con sus ojos azul claro—. Las mujeres como Eleonora son muy tentadoras, cualquiera vendería su alma al diablo con tal de poseerla —farfulló al tiempo que montaba a su équido.

Fue entonces cuando se dio cuenta de que Steph tenía los brazos cruzados a la altura del pecho y lo miraba con ojos desafiantes.

—Sabes que tengo razón —se defendió el caballero—. Ese tipo de hembras traen problemas.

El barón arrugó el ceño, conocía a su caballero y la opinión que tenía de las mujeres. En realidad no era muy diferente a las suyas. Montó a Hércules, su semental color azabache, no sin antes resoplar sonoramente. Nígel era un conquistador nato, nunca había bajado sus defensas ante una fémina. En eso también se parecía a él, pero la diferencia estribaba en que Eleonora era su esposa y merecía un respeto. Aun así no era momento para peleas cuando había tanto por hacer.

—Sé lo que intentas explicarme —reconoció Steph—. Pero no olvides que Eleonora es mi esposa. Si te sirve de consuelo, su belleza y delicadeza no me dominarán.

—Le has mentido, Steph, reconoce que no te has comportado con honor —intervino Alfred, en la mirada gris del caballero se advertía la censura—. Un matrimonio que empieza mal nunca puede acabar bien.

—Le mentí para protegerla —se excusó el barón.

—¿No crees que le debes una explicación?

Steph se estaba enfadando. Alfred siempre había sido el intelectual del grupo, y en cierto modo, la sabiduría que había aprendido en Tierra Santa le había otorgado una sensatez que algunas veces lo irritaba, como en aquel momento.

—El deber de toda esposa es satisfacer a su esposo y darle hijos. Esa es la única explicación que necesita mi dama —aseveró el barón mientras agarraba las riendas con fuerza, su semental se puso nervioso y aflojó su agarre—. Prometí sobre la tumba de mi padre que ninguna mujer tendría el control de mi razón.

Dicho esto, espoleó a su caballo, dando por finalizada la

conversación. Los tres caballeros emprendieron inmediatamente la marcha tras él y fueron a revisar los alrededores. Encontraron rastros de que Barnard y sus hombres habían cogido la ruta que llevaba al castillo de Galloway. Steph estaba seguro de que, a mitad de camino, debía tener apostado un campamento, y que se disponía a concentrar a todos sus mercenarios para sorprenderlos.

Aun así no se fiaba, y registraron hasta el último rincón. Tal como había supuesto, detectaron a tres hombres de Barnard, que se habían quedado a hacer guardia escondidos. Seguramente, tendrían órdenes de avisarlo si se marchaban antes del alba, y alguno de ellos los seguiría para no perderlos de vista. Steph no necesitó desenfundar su espada para terminar con todos, lo hizo con sus propias manos, y antes de que la luna asomara en el cielo, ya yacían con sus cuellos rotos sobre la tierra mojada.

—Ahora podremos marchar sin que nadie avise a Barnard —dijo el barón, sonrió satisfecho al imaginarse la cara de furia de su enemigo cuando no los encontrara en la abadía—. Y cuando llegue mañana con todos sus hombres al completo, nosotros ya estaremos cerca del campamento. No le dará tiempo a alcanzarnos.

Mientras tanto, Eleonora había conseguido deshacerse de su doncella con un vil engaño. La conciencia la reprendió en su interior por portarse de aquella manera, y más cuando Mary la había tratado tan bien, era más una amiga que una doncella, sin duda. Solo esperaba que la perdonara. Su razón para actuar de aquella manera fue porque no podía conformarse, actuar como si nada hubiera pasado. No pensaba descansar hasta recuperar Galloway y anular su matrimonio, así le costara la vida.

El tiempo era oro para ella, por lo que corrió hacia los establos. La luna redonda asomaba por entre las últimas nubes que había dejado la tormenta. Suspiró de alivio, ya que eso facilitaría la huída. Aun así, el paso de la lluvia había provocado que la temperatura descendiera deprisa. Arrugó la nariz al sentir el aire frío golpear su rostro. Sin embargo, la reina le había regalado ropas de calidad, que la abrigarían lo suficiente para que los dientes no le castañetearan.

Ignoró los sonidos de la noche, la sobresaltaban, y entró rauda en el establo. En uno de los pesebres descansaba su hermosa Loti. La luz de la luna llena se filtraba por la puerta abierta del establo y

provocaba que el pelaje blanco del animal reluciera como el nacarado de una perla. Habían vivido muchas aventuras juntas, pero los años empezaban a pasarle factura: ya no era tan rápida ni tal ágil como antes. Se prometió que, en cuanto recuperara Galloway, le daría una vida de descanso donde pudiera ser feliz los últimos años. Quería para ella prados verdes y las aguas cristalinas de un estanque o río. Su adorable Loti fue un obsequió de su padre, y Laurence se encargó de su adiestramiento. Era lo único que le quedaba de su vida pasada, y que no quería olvidar. La respiración se cortó en sus pulmones al intentar aguantarse las lágrimas. Nunca más vería a sus seres queridos, y aquella realidad era como una daga al rojo vivo clavada en su corazón.

—Loti, vamos... —susurró Eleonora sacándola del pesebre—. Tenemos que apresurarnos antes de que llegue Steph.

El équido movió el cuello, como si estuviera asintiendo, y provocó que su dueña sonriera. La olisqueó y movió los belfos sonoramente, mostrando su regocijo al tenerla cerca. Con rapidez colocó las bridas, pero le resultó imposible hacer lo mismo con la silla, pues pesaba demasiado. Concluyó que tendría que cabalgar sin ella, de hecho de niña montaba a pelo; pero cuando creció, su padre y su hermano la obligaron a utilizarla. «Las damas no montan sin silla, y tú eres toda una dama, Nora», la regañaban. Otra vez las lágrimas amenazaron con desbordarse, pero logró retenerlas en su interior.

Sacó a Loti de los establos. La luna llena rielaba en un gran charco que se había formado con la tormenta. Tuvo que rodearlo, después buscó una piedra alta, a la que se subió para montar a Loti; y cuando lo consiguió, no pudo sentir otra cosa que un gran alivio. Se puso la capucha negra y palmeó el cuello del animal mientras le decía:

—Vamos, Loti, galopa tan rápido como el día que conseguimos salir de Galloway.

El día que escaparon de las garras de Barnard, Loti demostró ser una yegua muy capaz a pesar de sus años. La llevó a Londres más rápido de lo que nunca hubiera creído posible; era como si el animal hubiera intuido el peligro que rodeaba a su familia y hubiera querido ayudarla. Esperaba que, en ese momento, se comportara de igual manera.

Y así fue. Cabalgaron hacia el oeste tan frenéticamente a través

del bosque que su capucha cayó hacia atrás. El aire frío de la noche golpeaba su rostro, pero no le importó pasar por eso si conseguía su objetivo. Tampoco prestó atención el malestar que sentía en sus partes íntimas. Era la consecuencia de haber yacido por primera vez con un hombre. La vergüenza por cómo su esposo la había engañado tiñó sus mejillas de rojo. Entonces la necesidad de huir bien lejos y esconderse se hizo más imperiosa.

Eleonora no se permitió reducir la marcha hasta que se cercioró de que estaban lejos de la abadía de Canterbury. Fue entonces cuando se paró y dejó que su animal recuperara el aliento. Reemprendieron la marcha y acarició el cuello de Loti en un gesto de agradecimiento. Sin embargo, tuvo que detenerse un par de veces más, tanto ella como su montura necesitaban recuperar el temple.

Ya empezaba a amanecer cuando atravesaron una dehesa; y si bien los primeros rayos de sol proyectaban suficiente luz, no conseguía ver por dónde pisaban debido a la ligera niebla que empezaba a cubrir el paisaje. No había contado con ese imprevisto y decidió descansar un poco, a fin de dar tiempo a que la niebla se disipara un poco por efecto del sol de la alborada. Se restregó las manos enguantadas, sus dedos estaban entumecidos debido al frío, que cada vez era más intenso. De los ollares de Loti salía un vaho compacto, pues su respiración se hallaba agitada. Era evidente que su montura estaba cansada, y Eleonora tomó la determinación de no reanudar la marcha durante un buen rato para darle tiempo a su yegua para que se recuperara. A sus pies tenía un tronco caído y decidió sentarse. Bufó abatida, en aquel instante deseaba estar en cualquier parte menos allí. Tenía veinte años y sentía como si hubiera cumplido cincuenta de golpe. Sus extremidades pesaban y estaban torpes, además notaba piedras en el pecho, como si sus pulmones fueran dos enormes rocas y no la dejaran respirar. Echó de menos las noches cuando, en el salón familiar, se sentaba frente a la chimenea junto a su padre y a su hermano y explicaban las anécdotas de la jornada. Trató de no emocionarse, pero le resultó imposible. Los momentos vividos en el pasado junto a los suyos habían significado tanto para ella… Otra vez las lágrimas nublaron su mirada. Bien sabía que tardaría tiempo en hacerse a la idea de que ya no los vería más. La injusticia de un hombre avaricioso se había llevado por delante a

dos hombres buenos y justos. Y ni la fe que tenía en su Dios aliviaba su dolor.

De pronto, unos ruidos que salían de la espesura del bosque y se adentraban en la dehesa alertaron a la mujer. Se limpió las lágrimas con los dedos entumecidos por el frío e ignoró el dolor que la sacudió. Los aullidos de unos lobos hicieron que se levantara rápido del tronco. Por entre la niebla atisbó las sombras de una manada de cánidos. Utilizó el mismo tronco en el que había descansado para montar a la yegua. Esta pareció oler el peligro, porque sin que su dueña se lo ordenara, empezó a cabalgar. Pero el animal estaba cansado, y pronto la manada de lobos la rodearon, y se vio forzada a detenerse.

Un sentimiento de pánico creció en el interior de la mujer. Loti resopló sonoramente y pisoteó el suelo en un intento de asustar a los lobos, pero no dio resultado. Los carnívoros gruñían y se movían rápidamente de un lado a otro, evitando que el animal pudiera escapar. Loti entró en pánico y se encabritó, ese gesto cogió desprevenida a Eleonora, que cayó al suelo. La yegua daba coces con las patas traseras, de una fuerte sacudida se deshizo de la mordedura de uno y terminó por desbocarse. Los lobos no la siguieron, sino que se quedaron allí, rodeando a la mujer. Ella, cuando se dio cuenta de que estaba a merced de los cánidos, gritó como nunca en su vida.

Capítulo 4

Steph y sus caballeros regresaron a la abadía para prepararlo todo y marcharse de inmediato. Al barón no le complacía tener que obligar a Eleonora a emprender un viaje tan precipitado, que si bien no sería largo, sí que le resultaría incómodo debido a que estaría cansada, triste y dolorida debido a los últimos acontecimientos. Pero no le quedaba más remedio si querían despistar a Barnard.

Después de desmontar, los guerreros pusieron rumbo al interior de la abadía. Ya en el vestíbulo, se tropezaron con Mary y otra sirvienta, ambas portaban una bandeja, cada una de ellas repleta de humeante comida. Steph arrugó el entrecejo, había alimento suficiente para tres personas y no le gustó lo que imaginó.

—¿Para quién es todo esto? —preguntó el barón con voz agitada, pues sospechaba la respuesta.

—Para vuestra esposa, milord —farfulló Mary con temor.

—¿Suele tener tanto apetito?

—No, al contrario. Pero me dijo que llorar le da hambre... —Se detuvo al tomar conciencia de lo estúpida que sonaba su explicación, y tuvo la sensación de que todo había sido un engaño de Eleonora para que la dejara sola—. ¡Oh, Dios mío, creo que se ha escapado!

Steph torció la boca al tiempo que su rostro empezaba a quedarse rojo de furia, a Mary empezó a temblarle la bandeja.

—¡Maldita sea! ¿No te ordené que no te separaras de ella? —rugió Steph.

Dicho esto giró sobre sus talones, sus caballeros hicieron lo mismo. En menos de dos minutos todos estaban sobre sus monturas y emprendieron la búsqueda. Steph estaba colérico, sus peores temores empezaron a aflorar en su mente como serpientes devorando su buen juicio. No podía creerse que hubiera emprendido la huida sola, y tenía la certeza de que moriría si no daba con ella. Lo peor de todo era que sospechaba que su esposa desearía morir antes de que la encontrara, por lo que se escondería para que no diera con ella.

Como el camino estaba embarrado, no tardaron en dar con su rastro.

—Va a caballo —dijo Morris, se había apeado y miraba las huellas que había dejado la montura de la mujer.

—Entonces tenemos que darnos prisa antes de que nos tome mucha ventaja —habló Nígel—. Según mis cálculos debe llevar dos horas cabalgando sin parar.

Morris montó de nuevo. Durante un buen rato nadie dijo nada, los tres caballeros miraban a Steph, que había desmontado y se había puesto en cuclillas para inspeccionar las huellas.

—Dudo que vaya a Londres, ya no se fiará del rey —mencionó el barón.

—Solo le queda Galloway —arguyó Alfred desde arriba de su caballo.

—Intentará buscar apoyo entre los barones cercanos —manifestó Steph, montando a su semental de nuevo—. Pero si cabalga por campo abierto, la interceptarán los mercenarios de Barnard —declaró entre dientes, consciente de que su esposa poca cosa sabía de luchas y estrategias.

Sabiendo del peligro que corría su dama, y ya con la seguridad de que había cogido el camino que llevaba a Galloway, los guerreros espolearon sus équidos. Cuando llevaban varias leguas recorridas, Steph se dio cuenta, al no encontrar ningún rastro, de que su esposa debía haber elegido otra ruta para llegar a Galloway. Tuvieron que regresar sobre sus pasos, cosa que los llevó a perder varias horas.

Tomaron otro camino, se detuvieron más veces de las necesarias: unas para que sus monturas recuperaran el aliento, y otras para buscar

huellas; de este modo se aseguraban de que la seguían. Fueron pasando las horas, no tardaría en amanecer, pero no lograban dar con ella, Steph estaba desesperado y furioso. Sus hombres percibieron su estado y mantuvieron la boca cerrada por prudencia. Cualquier comentario lo enfurecería, y conocían sus estallidos.

Fue entonces que captaron los aullidos de unos lobos y los gritos de una mujer. Espolearon enérgicamente a sus équidos para que fueran hacia los chillidos. Salieron de entre los árboles, y a Steph se le heló la sangre en las venas al ver a su esposa rodeada de lobos mientras su yegua desbocada desaparecía. Sin perder un segundo, los cuatro guerreros se dirigieron hacia ella. Saltaron por encima de la manada y rodearon a la mujer, protegiéndola de los cánidos como si fueran escudos protectores. Los lobos, animales listos que sabían cuándo habían perdido la oportunidad de cazar para alimentarse, se marcharon gruñendo y desaparecieron entre los árboles.

Eleonora se levantó y se restregó la zona lumbar. Había caído sobre un charco y su vestido y la capa estaban sucios de barro y mojados por algunas partes. Steph desmontó de un salto sin dejar de mirar a su esposa. Sus ojos sombríos y su expresión adusta asustaron a la mujer más de lo que habían hecho los lobos. Tragó saliva e hizo ademán de salir corriendo, pero él la agarró por los hombros y pegó su rostro al de ella.

—¡No vuelvas a huir nunca más! —gritó colérico él—. ¿Sabes lo que hago con los que me desobedecen?

Eleonora empezó a temblar, los tres caballeros habían desmontado y se miraron, Steph había estallado y eso no era bueno. Fue Morris el que tomó la iniciativa, se acercó al barón, ya que temía por esposa de este.

—Steph, debemos marchar. No estamos seguros en este lugar tan abierto —dijo en un intento de apaciguarlo.

—¡No me interrumpas! —gritó.

Tal como había deducido, el barón estaba en pleno estallido de furia, y cuando eso sucedía era mejor salir de su vista, porque arrasaba con todo lo que se le ponía delante, de modo que se acercó a Nígel y a Alfred.

—No te preocupes, en el fondo, la dama merece una buena reprimenda —susurró Nígel—. Lo mejor para ella es que aprenda cuál

es su lugar antes de que sea tarde y cometa otra locura.

—Tal vez sí —reflexionó Alfred—. ¿Crees que la atará a un poste y la azotará como hace con los que lo desobedecen?

Morris meneó la cabeza y se dispuso a contrariarlos.

—Están equivocados, no le pondrá un dedo encima.

—¿Equivocados? No lo creo —insistió el más joven de los caballeros.

Alfred entornó sus ojos grises antes de contestar.

—Esta vez, la furia de Steph está relacionada con un miedo que jamás ha experimentado.

Nígel no pudo evitar soltar una risita sarcástica.

—Steph nunca ha tenido miedo de nada —soltó con dureza.

Morris era mayor que Nígel, por tanto tenía más experiencia de la vida, y empezó a comprender lo que Alfred insinuaba.

—Steph no quiere que le suceda nada malo a su esposa, y con su huida le ha desencadenado un torrente de emociones nuevas.

—Veo que me has entendido, Morris... —mencionó complacido Alfred, en ese acento tan suyo italiano.

Los gritos del barón provocaron que dieran por finalizada la conversación y se centraran en la pareja.

—¿Te das cuenta de que has estado a un paso de ser devorada por los lobos? —gritó Steph, olvidándose por completo de la formalidad que se había instalado entre ellos.

Eleonora se sentía aturdida; el golpe en el lumbago le dolía, y el frío húmedo de sus ropajes mojados incrementó dicha sensación. La barbilla empezó a temblarle debido a que se estaba aguantando las ganas de llorar.

—¡Me has mentido desde el primer momento! —lo increpó ella mientras le golpeaba el tórax con los puños, le daba igual que su piel se lastimara debido a la cota de malla—. ¡No puedo seguir casada contigo y olvidarme de la injusticia que se le ha hecho a mi familia, quiero recuperar Galloway y vivir en mi hogar!

Steph refunfuñó con furia, sabía que ella estaba fuera de sí, pero él tampoco estaba en mejores condiciones. Agarró las muñecas de su esposa y detuvo los golpes. Al instante, la arrastró hasta su semental, pero ella se revolvió. Con un movimiento brusco, él la apretó contra su cuerpo, deteniendo sus movimientos.

—No me causes más problemas, esposa, o sabrás de lo que soy capaz.

—No te tengo miedo —soltó desafiándolo con la mirada—. Juro que te haré la vida imposible si seguimos casados.

Se oyó el silbido largo y agudo de unos de sus caballeros, como si anunciara el estallido de un volcán.

—Lo soportaré —declaró él en un tono de burla—. Y cuando me canse hay unas mazmorras muy acogedoras en Bridgeman. ¡Nada me gustaría más que encerrarte y tirar la llave!

Ella jadeó sorprendida por el comentario. En un primer momento pensó que no sería capaz llevar a cabo la promesa; sin embargo, cambió de opinión al instante, él era Lord Feroz, una máquina de matar, y no le cupo duda alguna de que sería capaz de tratarla como a un maldito prisionero.

Steph la llevó junto a su montura, hizo el gesto de subirla, pero ella lo detuvo, poniendo una mano en su torso.

—No me toques, puedo apañármelas sola —protestó la mujer, mirándolo con sus ojos azules, brillantes de ira.

Sin embargo, cuando se dio cuenta de que el semental de Steph era enorme —el tipo de montura para un hombre corpulento, alto y feroz como su esposo—, no supo cómo proceder. Puso un pie en el estribo para empujarse y subir con la mayor dignidad posible, pero sus zapatos estaban llenos de barro y patinó. Su esposo tuvo que agarrarla para que no diera con sus huesos en el suelo.

Alfred, Morris y Nígel no pudieron aguantarse y soltaron unas risillas ahogadas. Steph mantenía una expresión neutra para no ofenderla, y cuando ella hizo un segundo intento quiso ayudarla disimuladamente para que no perdiera la poca dignidad que le quedaba. Sin embargo, meditó que ese sería un buen castigo por lo mucho que lo había hecho sufrir con su huida y dejó que se las apañara sola.

Eleonora lo intentó una tercera vez, y una cuarta...; no obstante, se negaba a pedir ayuda a su esposo. Fue al quinto intento que él, mientras injuriaba entre dientes, agarró a su mujer por las nalgas —ignoró la sonora exclamación de ella— y la alzó para que pudiera acomodarse sobre los lomos de su montura.

—No es nada decoroso que me toques de esa manera delante de

tus hombres —lo regañó ella roja de vergüenza—. ¿Qué van a pesar?

—Querida esposa, tengo tus uñas clavadas en mi espalda. Te he visto desnuda y te he poseído, de momento, una sola vez. —Sonrió complacido, tanto que en sus comisuras se cincelaron unas arrugas dotando al rostro de una expresión traviesa, daba a entender que habría más veces—. Creo que mis hombres son plenamente conscientes y no se escandalizan porque sobe las nalgas de mi esposa.

Ella abrió los ojos de par en par, incapaz de creerse que Steph tuviera tan poca delicadeza. Sentía sus mejillas arder y en un acto de valor miró a los caballeros de su esposo mientras rezaba para que no lo hubieran escuchado. Nígel observaba el cielo como si acabara de descubrir que era azul. Morris se limpiaba las botas tan enérgicamente que si seguía de esa manera las agujeraría. Y Alfred revisaba las herraduras de su montura sin darse cuenta de que estaba centrado solo en una. ¡Los muy... estaban disimulando! Cerró los ojos y, aunque fuera pecado, maldijo para sus adentros. Nunca más podría mirarlos a los ojos sin sentir vergüenza. Eso hizo que sus entrañas ardieran de indignación, volvió el rostro hacia Steph.

—Solo un bruto y un canalla se dirigiría a una dama en esos términos, aunque sea su esposa.

Él montó a Hércules, y se colocó detrás de ella.

—Soy Lord Feroz, ¿recuerdas? —le recriminó cerca de su oído—. De hecho no paras de recordármelo.

Eleonora se mordió la lengua. Tenía ganas de contestarle con algún comentario mordaz, pero lo único que conseguiría sería enfadarlo más, y no era famoso por su condescendencia, sino por lo contrario.

—Bien —dijo él, sorprendido porque no le dirigiera alguna palabra punzante.

—¿Bien? —preguntó ella sin entender.

—Estás aprendiendo a callar. El silencio es una virtud, y más en una dama de tu alcurnia.

Eleonora boqueó, como si quisiera decir algo, pero, finalmente, apretó los labios, dejando a su esposo por imposible. Él arrugó el ceño al darse cuenta de que la capa que envolvía a su mujer estaba más mojada de lo que creía. La desató, no prestó atención a los esfuerzos de ella para que no lo hiciera, y la tiró al suelo.

—¿Ahora pretendes matarme de frío? —se quejó Eleonora.

Steph no se dignó a contestarle. Su esposa tenía carácter, y casi lo prefería a que fuera una sumisa a la que tuviera que arrancarle las palabras. Pero en tiempos tan peligrosos como los que estaban viviendo, con Barnard queriéndosela arrebatar, era toda una temeridad. Culpó de nuevo a su hermano y a su padre: sin duda, la habían consentido en exceso y le habían permitido ciertas libertades, libertades que él no le admitiría.

El barón se quitó su capa y arropó a la mujer, después deslizó su mano enguantada por la cintura femenina y pegó su espalda a su torso.

—¿Mejor? —le susurró él al oído.

Ella se estremeció. La sensualidad de su tono y la mano que acariciaba perezosamente su vientre la dejaron sin palabras. Su enfado se diluyó, y se arrebujó en la capa de su esposo. La tela aún conservaba la tibieza de su cuerpo y ella, en secreto, agradeció el calor que le proporcionaba, incluso esbozó una sonrisa, que ocultó inclinando el rostro para que él no la viera. Inspiró la fragancia que desprendía la prenda; esa mezcla a sal y algas era tan agradable que no pudo evitar desear más de él. Cuando se dio cuenta de ello, quiso separarse de su contacto y se irguió todo lo que pudo en su afán por no rozarlo. Era la única manera de controlar el hormigueo que empezaba a cubrir su bajo vientre y que tan nerviosa la ponía.

Los caballeros también ya estaban sobre sus monturas, listos para marchar al campamento que se hallaba al sur.

—Morris, Alfred, id a buscar al caballo de la baronesa y llevadlo a la abadía —ordenó Steph—. Que curen sus heridas, si las tiene, creo haber visto un mordisco en su anca cuando escapaba. Después regresad al campamento.

Eleonora se volteó, lo justo para mirar de frente a su cónyuge.

—Loti ya es mayor, es todo lo que me queda de mi vida anterior —rogaba—. Necesito que esté conmigo, ella fue un regalo de mi padre.

Steph mantuvo fija su mirada en la de ella.

—Si tu yegua está herida no aguantará el viaje, ¿es eso lo que quieres? —repuso él, empleó un tono duro, pues quería que tomara conciencia de la situación.

—Ella es fuerte —mencionó con lágrimas en los ojos—. Por favor, te lo suplico...

Loti significaba mucho para ella, y Steph se dio cuenta, ¡si hasta le estaba rogando! Ese animal representaba una vida feliz que su esposa no quería olvidar. A pesar del enfado que sentía por el efecto que la joven causaba en sus pensamientos, decidió que utilizaría esa concesión en beneficio propio.

—Si Loti no está herida de gravedad nos la llevaremos con nosotros. Si por el contrario no puede viajar debido a sus lesiones, se quedará en la abadía, y en cuanto se recupere prometo que mandaré a alguien en su busca. ¿Estás de acuerdo?

La cara de desolación de su esposa desapareció al tiempo que le contestaba.

—Sí.

—Pero a cambio quiero que me prometas que no intentarás escaparte nunca más.

Eleonora volvió la vista al frente.

—Está bien, te lo prometo.

Si no le estuviera dando la espalda a su esposo, habría visto la sonrisa de satisfacción que se dibujó en el rostro de Steph. Se sentía complacido, no solo porque su vida sería más tranquila sin la preocupación de que intentara huir de nuevo, sino porque era el principio de una especie de tregua entre ambos. Tenía claro que, aunque se lo pidiera un millar de veces, no anularía el matrimonio. Tampoco quería que su vida conyugal fuera un campo de batalla y que engendrar un heredero se convirtiera en todo menos en un acto placentero.

—Alfred, Morris, ya habéis escuchado a mi dama. Examinad bien a Loti cuando la encontréis. Si está herida de gravedad llevadla a la abadía, y si no, la traéis con vosotros.

Ambos caballeros asintieron, apremiaron a sus monturas a que dieran la vuelta y siguieron las huellas de la yegua. Eleonora los vio alejarse y no dejó de hacerlo hasta que desaparecieron devorados por la vegetación del entorno.

Al instante, emprendieron la marcha camino al campamento. Nígel tiró de las riendas y aceleró el paso, tomó la delantera a Steph para inspeccionar el camino y asegurarse de que nadie los

sorprendiera.

Entre la pareja se instaló el silencio, solo los cascos de los caballos, el tintineo de las riendas y los sonidos del bosque llenaban el vacío de las palabras no dichas. Pero a los cinco minutos, una nerviosa Eleonora, que no dejaba de pensar en un asunto que la preocupaba, se cargó de valor y decidió hablar.

—Quisiera pedirte algo más —musitó la mujer. Lo cierto era que no conocía a su esposo, no sabía cómo tantearlo a fin de buscar el mejor momento, pero ya se había lanzado—. Es importante.

—Tienes toda mi atención —concedió él, pero pasaban los segundos y ella no hablaba, por lo que la apremió—: Y bien, ¿qué es lo que me quieres pedir?

Ella volteó el rostro para dedicarle una breve mirada.

—Engañé a Mary para quedarme sola y poder escabullirme de la abadía. No quiero que se la castigue por algo que no tiene la culpa.

El tono de la mujer era tranquilo, aunque por dentro estaba hecha un manojo de nervios.

—Ella tenía órdenes directas de no abandonarte —aseveró de una manera cortante Steph—. La reina te cedió a una de sus doncellas, por tanto debo informar al rey.

Eleonora se mordió el labio en un intento por contener su enfado. Desde luego que no era momento de provocarlo si quería que no castigaran a su doncella. Su mente era un torbellino en busca de una solución; de pronto un pensamiento creció por encima de los demás y creyó dar con la solución.

—Está bien, entiendo que debes informar al rey de los últimos acontecimientos. Sin embargo, yo asumiré el castigo de Mary, sea cual sea. No me quejaré, lo prometo.

Esa declaración cogió a Steph desprevenido. Esbozó una media sonrisa en sus labios, pues nunca hubiera imaginado que una dama de la nobleza defendiera de esa manera a uno de sus vasallos. Normalmente eran capaces de vender a sus propios familiares por dinero y poder. Aun así, se apresuró a esconder la oleada de satisfacción.

—¿Asumes el castigo? —Quiso saber el barón, todavía reacio a la declaración de ella.

Ella asintió con la cabeza.

—Y, ¿cuál será? —preguntó Eleonora con voz temblorosa, su esposo tenía fama de hombre despiadado, y cualquier castigo que le infligiera sería doloroso, estaba segurísima.

Steph percibía el pánico sacudir el cuerpo de su esposa. No pudo hacer otra cosa que sonreír, suerte que estaba de espaldas a él y no podía ver la diversión en sus ojos. Por supuesto que no atormentaría a su pequeña flor de primavera, sería incapaz de hacerlo, pero ella no tenía por qué saberlo. De hecho dudaba mucho que soportara sus escarmientos. Si estaba donde estaba no era por ser blando con sus enemigos o con los que lo desobedecían. Ya le había prometido que no volvería a escaparse, y si de una cosa estaba seguro era de que cumpliría con su promesa. De todos modos no pensaba desaprovechar la oportunidad, a fin de que ella tomara conciencia de que la insubordinación conllevaba consecuencias.

—Hay muchas formas de castigar, Nora. —Notó cómo ella se agitaba—. Yo las conozco todas, las aprendí en Tierra Santa. ¿Sabes que son terriblemente efectivas? ¿Quieres que te cuente, uno por uno, los castigos que he infligido a mis enemigos?

Las palabras de su esposo llenaron de pánico el corazón de la mujer.

—¡No, no quiero saberlo!

—¿Aún conociendo que soy capaz de todo sigues asumiendo el castigo de Mary?

A pesar del miedo que sentía Eleonora, no quería que castigaran a su doncella por su culpa, de modo que no tuvo duda de su respuesta.

—Sí.

—¿No te quejarás?

En su voz dura no había atisbo de compasión. Ella pensó en pedir clemencia, pero sería inútil y solo serviría para humillarse. En realidad, un hombre como él jamás le concedería su perdón, y más valía que se mentalizara. Tomó aire y lo soltó pesadamente mientras decía:

—No, no pienso quejarme. —Guardó silencio, pero la necesidad de saber la empujó a preguntarle—: ¿Qué me harás?

—¿De veras quieres saberlo?

—Sí.

—Me lo tengo que pensar. Quiero que sea algo… inolvidable.

Ella volteó la cabeza y lo miró con el ceño fruncido. ¿Inolvidable? ¿Qué quería decir con «inolvidable»? ¿Tan cruel era? ¿De verdad que la tendría en ascuas hasta que él decidiera el mejor castigo? Necesitaba saber qué le haría para mentalizarse. Pero su esposo quería hacerla sufrir porque disfrutaba con ello. Volvió la vista al frente, indignada, y ahogó sus ganas de insultarlo.

Steph, por su parte, tuvo que hacer un gran esfuerzo para controlar una carcajada. Su intención había sido enseñarle quién era su señor y a quién le debía obediencia. Y lo había conseguido, pues ella se lo pensaría más de una vez antes de desobedecerlo. Meditó que sería demasiado cruel tenerla preocupada por su castigo. La acercó más a su ancho torso, ella se mantenía tensa, sabía que estaba enfadada, aun así introdujo una mano en la capa y la deslizó por la cintura de su esposa. La palma ascendió y acarició con el pulgar los pechos de ella. Eleonora abrió los ojos de par en par y se le puso la piel de gallina, intentó deshacerse del provocativo abrazo, sin lograrlo.

—Estás enfadada, pequeña, solo pretendo ponerte de buen humor —dijo él cerca de su oreja, besó su cuello y ella intentó deshacerse del provocativo abrazo, pero él se lo impidió reteniéndola contra su torso —. No huyas. Tienes un cuerpo hecho para el placer y jamás lo lastimaría.

Ella tuvo que meditar en lo que le decía y creyó comprender.

—Entonces, ¿no vas a castigarme?

—No. Creo que ya es suficiente castigo haberte quedado sin padre y hermano.

En un primer momento, Eleonora pensó que se estaba burlando, pues se acordaba de haberle comentado que su padre no la había castigado cuando espiaba a su hermano, porque consideraba que haberse quedado sin el cariño de su madre ya era suficiente pena. Pero cuando giró el rostro y ahondó en las pupilas abiertas de su cónyuge supo que le decía la verdad, mas aún tenía una duda.

—¿Y mi doncella?

—Tampoco será castigada. No informaré al rey, puedes quedarte tranquila.

—Gracias, milord. —Fue lo único que pudo decir, sorprendida por la consideración con que la trataba.

—Steph, me llamo Steph, utiliza siempre mi nombre. —La agarró

de la barbilla para que no dejara de mirarlo—. Hago esta concesión para que te adaptes a tu nueva vida. Pero a partir de ahora obedéceme o habrá consecuencias, ¿te ha quedado claro?

Eleonora achicó la mirada, nunca se le había dado bien obedecer; sin embargo, no era estúpida y de nada serviría demostrarle lo contrario, por prudencia se mantuvo callada y asintió. Su esposo la soltó y ella volvió la mirada al frente. Durante diez minutos, por lo menos, estuvo callada, pero el golpe en la espalda le dolía y empezó a removerse en busca de aliviar su malestar.

—¿Qué sucede? —preguntó él con cierta brusquedad, harto de que no se quedara quieta.

—Me duele la espalda —dijo llevándose la mano al lugar mencionado—. Solo intento buscar una postura que me alivie.

Steph sintió una punzada de culpabilidad al haberle hablado con rudeza. Sin previo aviso, la agarró de la cadera y, arrancando una exclamación de sorpresa a Eleonora, la colocó de lado.

—¿Mejor? —Quiso saber él.

Ella le sonrió y apoyó su cuerpo en el de él, la espalda se destensó y sintió alivio.

—Sí, mucho mejor. Gracias, Steph.

Como hacía una mañana espléndida, intentó distraerse con el paisaje. Las copas de los árboles tenían los matices del otoño: marrones y rojizos invadían el bosque. De tanto en tanto, un ligero aire provocaba que las hojas cayeran al suelo danzando lentamente, pronto sus ramas quedarían desnudas. El zumbido de algunos insectos la relajó y, sin darse cuenta, apoyó la cabeza en el omoplato de su esposo. A pesar de que estaba cansada y tenía sueño, los últimos acontecimientos mantenían su cuerpo tenso y su mente despierta. Ni tan solo el balanceo del viaje, producido por el trotar del semental, actuó de bálsamo. Además, su esposo se mantenía callado y empezó a aburrirse.

—¿Por qué saliste en mi busca? —preguntó de pronto ella, buscando algún tema de conversación que la distrajera—. Es evidente que no deseas una esposa, qué mejor oportunidad para deshacerse de ella.

—No más que tú un esposo. Pero ahora estamos casados, y mi deber es cuidarte y protegerte. —Hizo una pausa—. Y también salí en

tu busca porque podrías estar esperando un hijo mío —recalcó.

—¿La capacidad de tener hijos es lo único que te importa de una esposa? —soltó de un tirón, se sentía desilusionada por el hecho de que a él solo le importara la posibilidad de darle herederos.

La boca del guerrero se tensó ante el claro tono de reproche de su esposa.

—¿Qué otra cosa me iba a importar de una mujer? Nunca quise casarme, pero no está en mis planes tener hijos bastardos, así que accedí solo por ese motivo.

En Galloway siempre había tenido voz y voto, a pesar de ser mujer en unos tiempos en que una esposa valía menos que un caballo. Darse cuenta de que su rol en su nueva vida sería la de parir hijos sin descanso la puso roja de furia. La cruda realidad era muy poco gratificante y debía ponerle remedio.

—Steph, he prometido no escaparme, pero no quiero vivir en Bridgeman, me niego rotundamente a que me conviertas en tu yegua de cría —declaró ella con voz calmada—. No me puedes obligar. Quiero que reconsideres anular nuestro matrimonio.

Tal idea fue rechazada de inmediato.

—Lo que desees no es importante, esposa —increpó furioso—. Tu lugar está al lado de tu esposo. ¡Y basta de charla! Creo que mi tolerancia para escuchar tonterías ha llegado a su límite.

Steph gritaba tan alto que Nígel volvió la cabeza para asegurarse de que todo estaba bien. Percibió que Eleonora había hecho enfadar a su amigo y no pudo ocultar una mueca divertida que, por suerte, el barón no detectó.

La mujer no pudo aguantar el llanto y estalló. Steph odiaba el sollozo de cualquier mujer, pues siempre ocultaba una intención.

—Tus lágrimas no me harán cambiar de opinión, Nora. Así que déjalo estar.

Pero Steph consiguió el efecto contrario, y el llanto de su esposa creció en intensidad.

—¡Sé... que no... te hará cambiar de... de opinión! —dijo entre vigorosos sollozos, se limpió las lágrimas con el dorso de una mano—. Careces de sensibilidad, solo eres un patán engreído.

Eleonora no sabía de dónde había sacado la valentía para decir tales cosas, pero las había dicho sin pensar y se regañó mentalmente.

La verdad es que no se reconocía, pues había recibido una buena educación y se estaba comportando como nunca debería hacerlo. Ella era toda una dama, y ni Barnard y sus intrigas ni su esposo con sus exigencias podían convertirla en una vulgar mujer asqueada ante todo y con todos.

—Vas a hacer que me arrepienta de mi benevolencia al retirarte el castigo que, sin duda, merecías, como el que mereces ahora mismo —soltó cortante él.

—Lo siento... —Se apresuró a decir ella, consciente de que estaba traspasando los límites de la paciencia de su esposo—. No suelo ser tan impulsiva ni tan descortés, solo estoy alterada.

La humildad de su tono aplacó la furia de su esposo. Ella se acomodó mejor entre sus brazos y él pudo percibir cómo se relajaba. Era un gesto que mostraba confianza y trató de no darle mucha importancia. Las mujeres solían ser volubles, complicadas y cambiaban de opinión a menudo. Nunca sabía lo que pasaba por la mente de una fémina; sin embargo, en ese instante, deseaba saber todos los pensamientos de su esposa.

—¿Qué es lo que te preocupa, pequeña? —preguntó.

Ella vaciló, pero meditó que no tenía nada que perder.

—Es mi dolor por la pérdida de mis seres queridos lo que me tiene tan alterada. Saber que no los volveré a ver más... —Se detuvo al notar las lágrimas aparecer en sus ojos. Respiró profundo y continuó —: Y ahora —no pudo evitarlo y su voz se quebró en mil pedazos— se han ido para siempre y yo no sé qué hacer. Solo tengo ganas de llorar, la vida de los que quiero les ha sido arrebatada, mientras yo sigo viva en un mundo en el que me siento sola.

Steph comprendía su dolor e intentó calmar sus temores.

—Sé que los echarás de menos, pero ahora tu familia soy yo. Te protegeré de Barnard, Nora, no debes tener miedo, además se lo prometí al rey.

Ella soltó un bufido de desesperación.

—¡Oh, Steph, no me trates como a una niña ingenua! —declaró enérgicamente—. No solo me dedicaba a ser la señora de Galloway en ausencia de mi madre, me interesaba por todo lo que le sucedía a mi patria y estaba al tanto de todas las intrigas. Además no soy estúpida: tu relación con Henry es muy estrecha y le has hecho un favor

casándote con esta damisela en apuros. Sé que detrás de Barnard está Roberto, el hermano del rey, que solo intenta buscarle problemas. Está enfadado porque le arrebató el trono. Yo solo soy una pieza de ajedrez que se ha visto envuelta en una conspiración, y mi padre y mi hermano han pagado un precio muy alto.

A Steph no le sorprendió el concepto negativo que tenía de él y del rey, aun así ella tenía parte de razón, y darse cuenta de ello lo hizo sentir culpable. Su esposa merecía una explicación.

—El rey me pidió que me casara contigo para protegerte. Tu padre y Laurence ya estaban muertos y solo le quedó esta opción para mantenerte lejos de las garras de Barnard. Yo no deseaba una esposa, y me negué, pero cuando supe los motivos, accedí. El rey y la reina te tienen en gran estima, no eres solo una pieza de ajedrez para ellos.

—Pero no van a mover un dedo para esclarecer la verdad sobre los testigos que tiene Barnard en contra de mi padre y de Laurence —increpó afligida—. No va a limpiar sus nombres porque no le interesa. Su idea de justicia es muy selectiva.

—El rey no puede implicarse abiertamente porque la relación que hay entre él y su hermano Roberto es muy frágil, puede hacerlo de manera indirecta, sin embargo. Y en ello está; en cambio yo sí puedo jurar sin reservas que vengaré a tu padre y a tu hermano, lograré hacerlo ahora que soy tu esposo y puedes estar segura de que reclamaré la fortaleza de Galloway como mía.

Eleonora lo miraba fijo. Necesitaba saber si le decía la verdad y se quedó sin aire cuando percibió que no había engaño en sus palabras. Algo no encajaba, pues no entendía cómo un guerrero al que tildaban de bárbaro y al que llamaban Lord Feroz podía llegar a ser tan considerado, y no terminaba de creérselo.

—¿En serio que intentarás limpiar el nombre de mi familia? —preguntó ella.

Steph le sonrió, los ojos de su esposa seguían brillantes debido al llanto derramado, e incluso con lágrimas en los ojos y con expresión triste seguía siendo la mujer más bella que hubiera visto jamás. Quizá fuera por eso por lo que estaba actuando de esa manera, ni tan solo a sus hombres explicaba los motivos de sus órdenes. Pero todo su ser clamaba por hacerle a su esposa más llevadero su dolor por sus familiares asesinados, y no podía reprimirse a esa necesidad que lo

ahogaba por dentro.

—No tengo que darte explicaciones de mis actos —mencionó sin apartar la mirada de la joven, y añadió suavizando el tono—, pero creo que esta vez te la merecías, aunque te sugiero que no te acostumbres.

Algo en el interior de Eleonora se conmovió al percibir que él le dejaba ver una parte que escondía ante los demás: su esposo tenía un corazón noble, en ese instante se dio cuenta. Entonces, se dejó llevar por el momento y le dio un beso en la mejilla, fue ligero como una pluma y abrasador como un rayo de sol. A duras penas el guerrero pudo contener su sorpresa y sintió cómo los labios de su esposa quedaban marcados a fuego en su mejilla.

—Gracias... —susurró la mujer.

Un escalofrío de placer recorrió la espalda de Steph cuando ella le brindó la sonrisa más luminosa y sincera que había visto jamás, muy lejos de las sonrisas postizas de las damas de buena cuna con las que se había cruzado alguna vez en la corte. La miró como si la viera por primera vez, como si la verdadera Eleonora, esa que todavía no había visto debido a las circunstancias, saliera de un caparazón de tristeza. La combinación de esperanza y calidez que se reflejaba en su bonito rostro explosionó en su interior como un volcán. Sin poderse resistir a tanta tentación, inclinó la cabeza y besó sus labios como si saboreara el néctar de una flor.

Fue tierno y dulce, y ella abrió su boca, invitándolo a profundizar el beso. Sus lenguas se fusionaron, el ardor viajó por los cuerpos de los amantes. No era un contacto casto, sino que el beso que mantenía las bocas de Eleonora y Steph unidas era el beso de la pasión. Por un instante creyeron estar en un paraíso, Steph hundió los dedos en la melena ondulada de su esposa y la pegó más a su boca. Quería devorarla, marcarla, saborearla... como nunca había hecho con ningunos labios. Steph experimentaba un deseo demoledor, tan descarnado que empezó a temblar, a la par que su erección tomaba unas dimensiones dolorosas. Le costó horrores recuperar el control, y se separó con brusquedad de unos labios que lo habían subyugado con una facilidad que lo asustaba. Era consciente de que no podía permitirse sentir nada por su bella dama. Su rostro debía mostrar más de lo que deseaba, porque ella lo miró frustrada.

—No te gustan mis besos... —farfulló con voz triste.

Él agrandó sus ojos, sorprendido por el comentario. Podría decirle que sí, y ahí acabaría todo, evitaría seguir dándole explicaciones. Pero ella se relamió los labios, como si saboreara el beso que acaban de compartir; entonces se sintió desfallecer, era demasiado. No, no deseaba mentirle.

—Me gustan tus besos, tanto que he tenido que detenerme para no perder el control —declaró él.

—¡Oh! —exclamó su esposa al tiempo que su rostro quedaba colorado de la vergüenza.

Ella le volvió a sonreír, esta vez de manera pícara; su mirada azul brillaba con una intensidad pasional que casi lo hace caer de su semental. Ella no era consciente del poder de seducción que había desplegado, estuvo a punto de acercarse a unos matorrales para poderse ocultar con su esposa y poseerla. Steph hizo rechinar los dientes cuando su miembro vibró entre sus piernas, quejándose por no hacerlo. Eleonora merecía más que un esposo lujurioso que la tomara en cualquier lugar. De pronto, llegar al campamento y darse un baño frío en el río se hizo imperioso, casi le iba la vida en ello.

Eleonora rodeó la cintura de su esposo con los brazos y apoyó la mejilla encima de su corazón. Escuchar su latido la adormeció, pero antes de que los párpados se le cerraran, dijo:

—Creo que empieza a gustarme estar casada con Lord Feroz.

Luego emitió un largo suspiro de cansancio y se quedó dormida. Él esbozó una gran sonrisa de satisfacción, que mantuvo durante todo el resto del trayecto, provocando que Nígel lo mirara como si estuviera borracho. En realidad estaba ebrio, ebrio por el deseo que le provocaba su bella flor de primavera. Cuando se dio cuenta de que a él también empezaba a agradarle estar casado con ella, se sintió perdido, confundido, nervioso... Pero apartó tales pensamientos de su mente. Solo quería disfrutar un poco del momento, pues tenerla entre sus brazos, durmiendo con toda confianza, lo hacía sentirse feliz. Para él era una sensación nueva, pues estaba acostumbrado a que huyeran nada más lo veían. Ya después, mucho después, pensaría en cómo no darle importancia a lo que empezaba a sentir por su dulce esposa.

Capítulo 5

Era mediodía cuando, por fin, atisbaron el campamento en lo alto de un montículo. Estaba ubicado entre el bosque y un riachuelo, y habían talado árboles para dejar espacio a las tiendas. Se distinguían las columnas de humo que desprendía los diferentes fuegos. Eleonora ya se había despertado y la perspectiva de lejos era sorprendente, se restregó los ojos pensando que la vista le jugaba una mala pasada. Pero no, el campamento seguía ahí y daba la falsa ilusión de ser una pequeña ciudad. Le sorprendió la cantidad de soldados que advertía, desde esa distancia parecían pequeños e inofensivos. Pero a medida que se acercaba, iba tomando conciencia de que los guerreros de su esposo tenían un aspecto tan feroz e intimidante como el de él, y no le asombró que tuvieran fama de invencibles.

El campamento bullía de actividad, todos estaban ocupados, pero dejaron a un lado sus quehaceres cuando se percataron de la presencia de su señor. Cuando vieron a Eleonora, la nueva baronesa, se quedaron con la boca abierta y se quisieron acercar disimuladamente para admirarla. Steph y Nígel compartieron una mirada de complicidad, como si ya hubieran sabido el efecto que causaría la dama entre los soldados.

—No les gusto a tus hombres, Steph —murmuró Eleonora a su esposo—. No soy bien recibida, no paran de mirarme. Seguramente

me ven como una traidora.

Agachó la cabeza para poder esconder su expresión de dolor, mientras el silencio que se extendía por el campamento actuaba como una afilada navaja clavada en su cuerpo.

—Creo, querida esposa, que estás equivocada. Sus miradas son de otra naturaleza... —la contradijo con una sonrisa en la boca.

—¿Equivocada? ¿Por qué, si no, me habrían de mirar de esta manera? Yo sé la verdad y es lo que cuenta... —mencionó más para ella misma que para él.

El barón tenía ganas de abrazarla y calmarla, pero no podía mostrar debilidad ante sus hombres. ¿En verdad su esposa no notaba que sus soldados se habían quedado fascinados con su belleza? ¡Incluso habían enmudecido! Ella creía que estaba mancillada por el crimen de la traición; de hecho, su padre y su hermano habían pagado con la muerte. Tendría que sacarle esa absurda idea de la cabeza. Sin duda su esposa era demasiado inocente y muy poco vanidosa. De pronto recordó lo experta que era su madre en embaucar a los hombres simulando una inocencia y una dulzura que no poseía, y que siempre formaba parte de un ardid de seducción. Debía andarse con cuidado si no quería acabar como su padre.

Steph ordenó a Hércules que se detuviera. Bajó del animal y miró a su derredor. Sus hombres seguían embaucados, con los ojos abiertos desmesuradamente, y con la expresión en el rostro de estar contemplando una alucinación. Eso enfadó a Steph, que los fulminó con dureza con sus ojos verdes al tiempo que gritaba:

—¡Volved todos a vuestras obligaciones ahora mismo!

La orden retumbó en el campamento y surtió efecto de inmediato. Sin dilaciones, una marea de soldados corrió a sus quehaceres, y lo hicieron tan rápido que chocaron unos con otros. Si Steph no hubiera estado tan ofuscado habría contemplado la escena con humor y hubiera soltado alguna que otra carcajada.

Después ayudó a su esposa a descender del caballo. No tuvo prisa cuando la cogió de la cintura, pues dejó que su cuerpo resbalara despacio por el suyo. Captó las formas femeninas y sus pupilas oscuras se agrandaron de deseo. Las aletas de la nariz se abrieron y absorbieron el aroma floral que desprendía toda ella.

Pero la dama no se dio cuenta, solo miraba a un lado y a otro.

—¿Dónde está tu tienda? —preguntó, las ganas de esconderse y llorar se estaban haciendo grandes en su persona.

—Es aquella —dijo él, señalando con el dedo una enorme tienda que estaba parada a un puñado de metros de distancia—. Ahora te acompaño en cuanto... —Se detuvo al darse cuenta de que su esposa no le prestaba atención e iba directa al lugar que le había señalado, entregó a toda prisa las riendas a su escudero y fue tras ella.

Eleonora no era consciente de que llevaba la capa de su esposo, mucho más grande y larga que la suya, por lo que no hubo dado dos metros que tropezó y cayó de bruces al suelo. La dama se quedó sin aliento, y una marea de soldados corrió a socorrerla, se empujaban unos a otros, incluso se vio algún puñetazo, y se escuchó también una retahíla de maldiciones.

El barón miraba la escena perplejo, incapaz de creerse que sus hombres, individuos valientes que luchaban dándolo todo en el campo de batalla, se comportaran como críos enamoradizos ante una dama hermosa. Pero esa dama hermosa era su esposa, y pronto su rostro quedó rojo de furia al no poder controlar sus celos. No dejaría que nadie la tocara.

—¡Ya basta! —gritó con ira—. ¡O probaréis la hoja de mi espada!

La amenaza tronó por encima de las copas de los árboles como si un huracán hubiera hecho acto de presencia. El campamento se quedó en silencio mientras todos los soldados miraban a su señor, y cuando vieron la furia arder en sus ojos verdes, se dispersaron con la rapidez de gacelas huyendo de un león.

Steph se acercó a su esposa; esta se peleaba con la capa, que era tan grande que se había envuelto alrededor de su cuerpo, y al más pequeño esfuerzo que hacía por levantarse, parecía enmarañarse más.

—¿Me ayudas o te quedarás mirando como un bobo? —espetó ella enfadada, consiguió ponerse de rodillas, y bufó hacia arriba para apartar un mechón que tapaba uno de sus ojos.

Steph alzó las cejas, su expresión divertida arrancó una carcajada a Nígel, y provocó que ella los mirara alternativamente y esbozara un mohín de disgusto.

El barón se agachó y, sin ninguna dificultad, alzó a su esposa en brazos. En ese mismo instante, por fin ella logró sacar los brazos de la capa y posó sus palmas en el torso de su esposo.

—¡Sé caminar! —le recriminó.

—Lo sé, pequeña, pero parece que ahora mismo tienes dificultades para caminar —mencionó con una musiquita graciosa en el tono—. Quiero ahorrarte otra escena bochornosa.

Pese a que la tienda del barón era la más grande y tenía una entrada amplia, tuvo que agacharse para entrar.

—Seguramente piensas que te has casado con una mujer torpe —repuso ella mientras él la dejaba en el suelo.

Steph echó la cabeza atrás y soltó una sonora carcajada.

—Sí, lo he pensado —confesó—. Teniendo en cuenta que hace poquísimo que estamos casados, ya son dos veces las que te he tenido que recoger del suelo. Pero no temas, me acostumbraré, y te recogeré tantas veces como sean necesarias.

—¿He hecho mucho el ridículo? —preguntó ella, parecía tomar conciencia de que ni un bufón lo hubiera hecho mejor para hacer reír al rey.

—Un poco... —dijo.

Eleonora lo miró, su esposo parecía estar disfrutando, pues en sus ojos bailaba la diversión y en su boca se cincelaba una sonrisa. Ella, contagiada por el momento, también alargó los labios en una sonrisa.

—¡Vaya manera de presentarme ante tus hombres como tu esposa!

Él le acarició la barbilla.

—Si te sirve de consuelo, mis hombres también han hecho un ridículo espantoso —mencionó mientras la despojaba de su capa, la tiró al suelo—. Los has embelesado con tu belleza, y puedo garantizarte que mañana no se acordarán de tu tropiezo.

Eleonora llevó una mano a su mejilla y deslizó los dedos por la piel, como si quisiera palpar la verdad de sus palabras. Su padre y su hermano siempre le habían dicho que era una dama muy hermosa, que nunca tendría problemas para escoger el esposo que quisiera. Pero ellos habían sido su familia, y la querían, por lo que nunca tuvo en cuenta los comentarios de esa naturaleza, sabiendo que el amor que le habían profesado ocultaba sus defectos. Sin embargo, que su propio esposo la viera hermosa la llenaba de satisfacción.

La calidez del ambiente que aportaban dos candelabros de pie de oro macizo con distintos brazos, cuyas velas estaban encendidas, provocó que ella se sintiera cómoda. Echó un vistazo rápido al interior

de la tienda. En el centro había una mesa y dos sillas, en una esquina se hallaba un arcón; sobre este se depositaba una jofaina y un jarrón. En el lado opuesto, se ubicaba una especie de tarima redonda que hacía la función de lecho y que estaba cubierta por un montón de pieles y cojines. Sin duda todo era de su agrado; de repente se llevó la mano a la espalda, tenía pinchazos y no pudo evitar hacer un mohín de dolor, que su esposo captó al vuelo.

—Siéntate —pidió él, retirando la silla, ella obedeció—. Vuelvo en un momento —añadió acariciándole la espalda.

Tan pronto salió de la tienda, llamó a su escudero, lo ayudó a desprenderse del yelmo, el cinturón con la espada, los guantes, el gambesón, el almófar, la cota de malla y la crespina. Después, le ordenó que le llevara agua caliente y comida. Miró al horizonte e hizo una mueca de disgusto: otra tormenta empezaba a echar raíces en el cielo. Eso significaba que los caminos quedarían cubiertos de barro debido a tantos días de lluvia y tormentas, y dificultaría su regreso a Bridgeman. Cuando se disponía a entrar de nuevo a la tienda, de soslayo vio a Nígel sentado en una roca, bebiendo una cerveza; se acercó a él.

—¿Pido que te traigan una? —preguntó el caballero en cuanto se percató de la presencia del barón, se levantó.

—No.

Nígel captó de inmediato su ofuscación, arqueó una ceja rubia.

—¿Sucede algo? Te noto tensó.

—¿Has visto cómo han reaccionado los soldados al ver a mi esposa?

El caballero se encogió de hombros.

—Bueno, son hombres, Steph, y tu esposa es muy hermosa. Hasta tú babeaste cuando la viste en la abadía. Quien no reaccione ante ella, es que no le cuelga nada entre las piernas... —La cara iracunda del barón advirtió al caballero que no siguiera por ese camino—. ¡Dios santo, Steph, no le des tanta importancia! ¡Además, llevan días sin mujeres, ya se les pasará!

—Eleonora es mi esposa —gruñó— y la nueva baronesa de Bridgeman. No toleraré ni miradas lujuriosas ni comportamientos fuera de lugar. Hazles saber que si desobedecen serán castigados.

Nígel, con sus ojos azules, su cabello rubio y facciones bien

proporcionadas, gozaba de un atractivo que volvía loca a las mujeres de todas las condiciones. No entendía los celos de su compañero habiendo tantas féminas en el mundo. Que estuviera casado no lo privaba de copular en otros lechos, incluso era bien visto tener amantes. Si bien él estaba acostumbrado a ir de flor en flor y disfrutaba con el arte del coqueteo, Steph era muy diferente, ya que solo recurría a una mujer cuando la necesidad de desfogarse se hacía imperiosa. En el único lugar donde se permitió disfrutar de la pasión fue en los harenes de Tierra Santa. Pero cuando regresaron a Inglaterra, todo volvió a la normalidad, que unido a su apodo de Lord Feroz y a los exagerados relatos que circulaban sobre él, no hicieron otra cosa que afianzar su decisión de que más le valía estar solo que mal acompañado.

Nígel arrugó el entrecejo mientras observaba el rostro crispado de Steph. Pronto tomó conciencia de que no solo eran los celos los que movían a su compañero. Sabía, porque así se lo habían explicado varias amantes suyas, la historia trágica de su padre y madre, que lo acompañaba desde hacía algo más de tres lustros. Steph nunca había mencionado a sus progenitores en ninguna de sus charlas amistosas; era evidente que aún le dolía y no deseaba recordar. Quizá se estaba enamorando de Eleonora, y en paralelo experimentaba la sensación de miedo al dar por hecho que su esposa podría parecerse a su madre. Si era así, dudaba mucho de que su amigo consiguiera ser feliz en su afán por controlar a todos los hombres que se acercaran a su dama. Quiso comentarle que ese no era el camino, pero la furia de Steph no invitaban a hacerlo, de modo que decidió aplazarlo para en otro momento más adecuado.

Mientras tanto, dentro de la tienda, Eleonora esperaba a su esposo. Bostezó y miró las pieles, le encantaría arrebujarse en ellas y dormir hasta el amanecer del día siguiente. Hizo un mohín de fastidio e intentó buscar algo con que entretenerse, pero no había nada en la tienda que llamara su atención. Se dio cuenta de que en algunas partes su vestido estaba sucio de barro debido a su caída. Un ruido la obligó a levantar la cabeza, en la tienda había entrado un muchacho de ojos negros y pelo castaño oscuro, algo rebelde, pues había un puñado de mechones que iban en dirección contraria a los demás cabellos y eso le confería a su rostro adolescente un aire travieso. Llevaba una

bandeja en la mano a la que no le quitaba la vista, repleta de comida, que lo obligaba a caminar despacio para no volcarla. La depositó en la mesa con cuidado: había dos manzanas, dos jarras de cerveza, un plato de carne asada, queso y pan.

Sin embargo, para sorpresa de Eleonora, la comida no la tentó en absoluto, incluso sintió arcadas. Lo cierto era que llevaba horas sin probar bocado; reconocía que siempre había tenido buen apetito, pero el rumbo que había tomado su vida la tenía demasiado nerviosa. Y esos nervios parecían haberse acumulado en su estómago, llenándolo por completo.

—¿Cómo te llamas? —preguntó Eleonora mientras intentaba sacudirse el barro de la falda de su vestido.

—David, milady —respondió con voz tímida.

—¿Cuántos años tienes, David?

—Catorce, milady. Soy el escudero del barón —manifestó con orgullo.

De vez en cuando, a su tono se le escapaba algún que otro gallo debido a que su voz estaba madurando a la par que su cuerpo. Él lo intentaba disimular con un ligero carraspeo.

—¿Y cuáles son tus obligaciones?

—Atiendo al barón en todo lo que me ordena, milady. También me encargo de sus armas y de su caballo de reserva. En el campo de batalla me ocupo de él si cae herido, y también soy el responsable de sus prisioneros.

—Son muchas obligaciones, David.

—No tantas, milady —repuso él—. Me quedan horas libres para entrenarme. Algún día seré caballero y lucharé junto al barón.

—Oh, seguro que lo consigues, se te ve un muchacho listo. El barón debe estar muy orgulloso, sin duda.

El chico sacó pecho ante el gran elogio. En ese preciso memento apareció Steph. David dejó de prestar atención a Eleonora y se centró en el barón.

—Milord, me falta el agua caliente, ahora la traigo —informó.

Eleonora miró cómo el muchacho le sonreía a su señor, enseñando su dentadura blanca. Entre los dos dientes frontales de arriba había un espacio y eso aún otorgaba al rostro juvenil más picardía, una picardía agradable y seductora a la vista. Sin duda sería todo un

rompecorazones de mayor.

Steph asintió y también le sonrió, David salió a paso ligero de la tienda. El barón se dirigió a la mesa para coger la jarra de cerveza.

—Estoy sediento y hambriento, ¿y tú?

Dicho esto, dio un largo sorbo a la bebida.

—La verdad, no mucho. Solo tengo ganas de dormir.

—Hasta que no comas no dormirás —comentó—. Mañana nos espera un duro día de viaje, si no estás bien alimentada no aguantarás.

Eleonora no tenía hambre, la boca de su estómago permanecía cerrada; aun así, no tenía ganas de discutir. Si bien no tenía mucha información del carácter de Steph, y no sabía todavía muy bien cómo tratarlo, se estaba mostrando gentil con ella. El comentario no debía tomárselo mal, pues en el fondo sabía que él tenía razón. Miró la bandeja con comida y tuvo que tragar saliva para que las arcadas desaparecieran. Pero hizo un esfuerzo y logró comerse una manzana, y un trozo pequeño de queso y otro de carne; la cerveza no se la pudo terminar. En cambio, él devoró el resto y lo hizo deprisa, ella tuvo la impresión de que si le hubieran llevado otra bandeja de comida, la habría devorado a igual velocidad. En parte lo entendía, su esposo era grande y necesitaba comer en abundancia para mantener un cuerpo que sobrepasaba por mucho la media normal.

Luego, Steph fue al arcón. Dejó la jofaina y el jarrón en el suelo y abrió la tapa de madera, sacó lienzos de lino, una pastilla de jabón y un pote con un ungüento. Lo depositó todo sobre el arcón en cuanto lo cerró y llenó la jofaina con el agua caliente que David le llevó en ese mismo instante. En cuanto el adolescente salió con la bandeja vacía de comida y el cubo donde llevaba el agua, se aseguró de que la abertura de la tienda estuviera bien ajustada, y dio órdenes de que no fuera interrumpido.

Después llevó la jofaina, los paños y el jabón a la mesa. Sumergió un pequeño lienzo de lino en el agua y lo enjabonó. Se sentó e instó a Eleonora a que lo hiciera sobre su regazo, y entonces comenzó a limpiar el rostro de su esposa. Ella se sorprendió y no dijo nada, nunca hubiera imaginado que su esposo se tomaría tantas molestias con ella.

Cuando él terminó de limpiarle el rostro, le desató los lazos del vestido y se lo quitó. Ella no opuso resistencia, pues aún llevaba puesta la camisola, los zapatos y las medias, que llegaban hasta la

altura del muslo. No era que fuera mucha ropa, pero no la hacía sentirse desnuda. Sin embargo, cuando su esposo hizo ademán de querer desnudarla por completo, reaccionó.

—¡No! —exclamó ella, apresándole las muñecas en el momento que desataba los cordones de su camisola.

Ella hizo esfuerzos para levantarse del regazo del barón, pero él se lo impidió.

—Soy tu esposo, no debe existir vergüenza entre nosotros —dijo en un tono cariñoso—. Quiero lavarte y echar un vistazo al golpe de tu espalda. —La besó en la mejilla, y lo hizo tan lentamente y con tanta ternura que ella jadeó sorprendida—. Deja que cuide de ti, pequeña.

Ella lo miró a los ojos. Le gustaba su cercanía, le estaba perdiendo el miedo y notaba una satisfacción enorme por haberse casado con él. Aun así, su timidez todavía la frenaba.

—Yo... yo sé lavarme sola —balbuceó la dama.

Él le sonrió con afecto.

—Lo sé. Pero estás agotada y dolorida, y cuanto antes terminemos, antes podrás meterte entre esas pieles y dormir hasta mañana.

—Pero no quiero que me veas desnuda —matizó enrojecida, ocultando su rostro bajo la barbilla ligeramente barbuda de Steph.

—Ya te he visto desnuda, pequeña. ¿O no te acuerdas? —se burló en un intento por suavizar la tensión que palpaba en la musculatura de su esposa—. Ambos hemos estado desnudos y te he poseído. Y memoricé cada porción de tu precioso cuerpo.

Steph hizo un nuevo intento de desnudarla, esta vez ella no opuso resistencia y dejó que la despojara de todas las prendas y de los zapatos. No pudo evitar deleitarse en el cuerpo de su hermosa esposa y su hombría reaccionó. Su piel era blanca como la luna, suave como la seda y cálida como el sol de verano al amanecer. El cabello dorado acariciaba sus pechos, su mirada fue descendiendo al triángulo dorado que protegía su tesoro, un tesoro que era suyo. Pero su exploración pasional se detuvo en sus muslos ligeramente manchados de sangre.

—¿Estás en esos días en que las mujeres sangran? —preguntó él.

Eleonora sentía sus mejillas arder y miró el suelo.

—No es decoroso que hables de estos temas —susurró—. Aunque

sea tu esposa, me siento incómoda.

Él no dejó que se escondiera y le levantó el mentón para que lo mirara.

—Ya te he dicho que entre nosotros no puede haber vergüenza. Además, necesito saber cuándo estás menstruando, o si no, no sabré cuándo puedo o no tocarte.

—No, no estoy en esos días, es por... por...

Ella no pudo acabar, pero Steph no lo necesitaba para comprender que eran las secuelas de cuando yacieron juntos por primera vez. Se sintió culpable: él era demasiado grande y ella demasiado pequeña, y aunque fue cuidadoso, era evidente que no lo había sido lo suficiente. Al menos le quedaba la satisfacción de que le había dado placer, y que el recuerdo que tuviera de su primera vez no sería tan horroroso.

Steph la abrazó, y besó su coronilla.

—Lo siento, pequeña, fui demasiado brusco, ahora me doy cuenta. No pude controlarme.

—No tiene importancia, ya no me duele. Supongo que a todas las mujeres les pasa lo mismo la primera vez.

Steph no pudo darle la razón, pues nunca antes se había acostado con ninguna virgen. Todas las mujeres con las que había copulado antes tenían experiencia. Sobre todo con las que había yacido en Tierra Santa: féminas expertas, versadas en el arte de la seducción. Pero ninguna de ellas lo había excitado más que su esposa. Y que precisamente fuera una virgen quien lo hubiera satisfecho por completo lo llenaban de temor. No quería enamorarse de su esposa, con que hubiera atracción sexual entre ellos tenía más que suficiente.

En ese instante ella lo miró, en lo profundo de sus ojos azules creyó ver el mar surcado por sirenas. Sacudió la cabeza, y concluyó que se estaba dejando llevar por la belleza de su esposa, por la delicadeza de sus formas y de sus gestos, y por la inocencia de su mirada y sonrisa. Pero ¿quién no estaría loco de felicidad por poseer un tesoro como ese? Ella no se podía comparar con los arcones llenos de oro y joyas ni con los caballos de raza que había traído de las cruzadas. Sin duda, su esposa era un regalo del cielo, pero no para él. Había habido una equivocación divina, lo veía tan claro que estaba seguro de que Dios se había confundido de persona. Llevaba a sus espaldas demasiadas vidas segadas, nunca había tenido compasión con

el enemigo y había arrasado con los hogares de muchas familias cuando había sido necesario. No, él no merecía un tesoro como ese. Sin duda su lugar estaba en el Infierno.

Volvió a escurrir el trozo de lienzo, apartó la cabellera de su esposa echándola por encima del hombro y deslizó la tela por la espalda, después por los pechos. Sus pezones se irguieron de inmediato, y ella emitió unos entrecortados jadeos. Él sentía su hombría erecta, pero era consciente de que no podía lastimarla más.

Volvió a sumergir el lienzo y a escurrirlo. Hizo rechinar los dientes cuando llevó su mano a su vientre e introdujo el paño entre las piernas de ella, instándola a que las abriera. Ese lugar tan sensible reaccionó, y el roce de la suave y tibia tela la enloqueció. Eleonora jadeó con desespero, quiso ofrecerle su boca para que la besara con pasión y para que no dejara de tocar su sexo, pero se detuvo justo a tiempo, cuando se dio cuenta de lo descarado de sus pensamientos.

Él gruñó de deseo, notó que su mano temblaba al verse obligado a reprimirse. Cerró los ojos y se exigió mantener la disciplina. Abandonó su intimidad para limpiarle la sangre que había quedado adherida en sus muslos. Steph hubiera deseado deleitarse durante toda la noche en aquella tarea, pero se ordenó terminar, pues su resistencia empezaba a resquebrajarse, y temía sucumbir a su necesidad por poseerla.

Se levantó de la silla con ella a cuestas y la depositó sobre las pieles.

—Date la vuelta, pequeña, quiero verte el golpe en la espalda.

Ella obedeció, se apartó el pelo colocándolo a un costado. Enterró la cara en las pieles, notaba los ojos de su esposo clavados en su cuerpo. Y no estaba equivocada, ya que Steph se estaba deleitando con la forma curvada de su espalda y de su trasero. Pero cuando vio el moretón a la altura de su riñón izquierdo, se sintió culpable. Incluso el golpe parecía algo inflamado. El hombre lo rozó con los dedos, provocando que ella se quejara de dolor.

—Tienes un buen golpe —mencionó él con suavidad.

Steph no pudo impedir preocuparse, ya que al día siguiente aspiraba a emprender el regreso a Bridgeman y esa contusión necesitaba unos días de reposo. Pero no quiso angustiarla y se guardó sus pensamientos. Cogió una de las pieles y la cubrió hasta bajo la espalda, no quería que se sintiera incómoda debido a su desnudez, y

también por él mismo. Ver el trasero redondeado de su esposa no ayudaba a controlar su excitación.

—Te extenderé un ungüento para calmar el dolor y aliviar la inflamación —le explicó mientras alcanzaba el bote con la pasta cremosa, abrió la tapa—. Notarás que está frío.

—¡Ohhh! —exclamó dando un pequeño sobresalto en cuanto notó que la pomada tocaba su piel tibia—. Sí que está frío.

—Si te hago daño, dímelo.

Ella se limitó a asentir con la cabeza y él empezó a masajear la zona con movimientos circulares. La tensión muscular y los puños cerrados de Eleonora indicaron a su esposo que le dolía. Fue más despacio y pareció que su cuerpo se relajaba. Steph no negaría que estaba disfrutando con esa tarea, ella era tan suave como las mejores sedas con las que comerciaba. Sin darse cuenta deslizó la mano por debajo de la piel que la cubría y se encontró masajeando su trasero, cerca de la entrada de su sexo.

Eleonora no lo rechazó, le gustaba, no entendía cómo esa mano enorme, acostumbrada a blandir con fiereza una pesada espada, era capaz de ser tan suave. No tardó a abandonarse a las sensaciones que le producía el masaje relajante. Por lo menos pasaron unos segundos más hasta que notó los dedos de su esposo en su sexo. La necesidad de sentir la instó a abrir las piernas, necesitaba que le diera placer como la primera vez.

El hombre encontró humedad tibia en cuanto sus dedos tocaron el lugar. Quería desnudarse y enterrarse en ella. Pero estaba dolorida, las pequeñas pérdidas de sangre lo evidenciaban y debía esperara unos días. Si la tomaba en ese instante, tal como clamaba su cuerpo entero, podría dañarla más.

Sin embargo, no había nada de malo en hacerle sentir placer de otra manera, por lo que masajeó el lugar de arriba abajo, de derecha a izquierda. Eleonora gritó de deleite, dejó que él la avasallara con sus caricias, solo anhelaba sentirlo un poco, después le pediría que parara. Pero no pudo, pues le gustaba demasiado, y cuando se percató de que ya estaba extraviada en un tornado placentero que la elevaba más y más arriba, perdió la noción de donde estaba. Jadeó una vez detrás de otra cuando él atrapó su punto más sensible entre los dedos. Steph lo masajeó con caricias expertas, y la certeza de que su esposa lo

deseaba, junto con la impaciencia por sentirla, lo llevaron a tocar su miembro con la mano libre, buscando alivio de alguna manera. Notaba sus testículos llenos, y su miembro dolorido le exigía satisfacción.

Siguió dándole placer a ella y a él mismo, utilizó sus dedos frenéticamente, sin detenerse, acrecentado el ritmo a cada segundo. Siguió, siguió y siguió hasta que ella explosionó emitiendo un sonoro grito y él se derramó entre sus propios dedos.

Eleonora reaccionó cuando su propio clamor y el de Steph la sobresaltaron. Todavía su musculatura se sentía borracha por el placer, aun así se dio la vuelta y se encontró a su esposo de pie, delante de la jofaina, limpiándose. No sabía muy bien lo que había sucedido, de hecho no tenía experiencia, pero incluso siendo una inexperta había escuchado por boca de las sirvientas cómo los hombres, cuando no tenían ninguna mujer, buscaban otras maneras de aliviar sus necesidades sexuales. Quiso preguntarle, pero cuando él se dio la vuelta y la miró con intensidad, como si en sus ojos verdes ardiera la pasión, se quedó sin palabras. Su mirada tenía un efecto demoledor sobre ella; ya desde el primer momento que lo vio en la abadía, su cuerpo se sintió atraído por ese guerrero. Steph observó sus pechos y ella advirtió cómo sus pezones se erguían. Si bien anheló que sus manos acariciaran los pequeños montículos, su timidez ganó la partida, y alzó la piel para taparse esa parte, al tiempo que agachaba la cabeza.

Steph sonrió, se acercó a su esposa y se tumbó a su lado, se miraron el uno al otro.

—No sientas vergüenza por lo que acaba de suceder —susurró él cerca de su oído.

—No sé muy bien lo que ha pasado...

—Te he dado placer a ti y a mí al mismo tiempo —mencionó, le acarició el puente de la nariz—. Cuando lleguemos a Bridgeman, te enseñaré a tocarme donde más me duele cuando te tengo cerca.

Ella abrió los ojos como bandejas. Su fragancia a salitre inflamó su deseo. Estuvo muy tentada de pedirle que se lo enseñara en aquel instante, pero en vez de ello, e impulsada por su apremio por sentirlo cerca, le hizo otra petición.

—Bésame como anticipo —musitó sin pestañear, sorprendida por

su osadía.

Steph no esperó a que ella se arrepintiera y asaltó su boca con ferocidad. Primero la lengua de él entraba tierna y suave, Eleonora rodeó con sus manos el cuello masculino, ese gesto provocó que la piel se deslizara hasta la cintura. Lo apretó contra ella, sin importarle que sus pechos desnudos rozaran la tela de su veste. Ese tacto la hizo gemir e instó a su esposo a que la apresara por las nalgas. Su miembro se había excitado de nuevo y se restregó contra ella. Ella se estremeció y tembló entre sus brazos, pero bien sabía que no era de miedo ni de frío, porque en ese momento ella profundizó el beso con posesividad, exigiendo que la boca de él la reclamara con más fiereza.

La respiración del hombre se agitó, ¿quién besaba a quién? Tuvo que echar mano a su fuerza de voluntad para separarse de ella. La miró: los ojos vidriosos de su esposa, los gemidos entrecortados y sus labios hinchados por el beso mostraban a Afrodita en todo su esplendor. ¡Qué hermosa era! ¡Cuánto pecado había en su boca! ¡Cuánta tentación brillaba en el azul índigo de su mirada! Sin duda, quién hizo pecar a Adán debía tener el aspecto de su esposa. Tenía la sensación de que su pequeña flor de primavera se había colado hasta lo más hondo de su ser, para tentarlo con el erotismo que brotaba de cada poro de piel. Se puso nervioso, pues no tardaría en ser un títere en sus manos. No, no podía darle el poder que le había dado su padre a su madre. La historia no volvería a repetirse; o, si no, tendría los días contados.

Se sentó con rapidez, cortando el contacto con su esposa. Ella reaccionó haciendo un mohín triste con los labios, y él la observó; en sus pupilas abiertas se había asentado la decepción. Comprendió que ella daba por hecho que no le había gustado su osadía, casi estaba a punto llorar. Se apresuró a sacarla de su error.

—Me encanta que me beses con tanto ardor, pero si continuo tocándote no podré detenerme, y tú debes descansar —explicó en un tono neutro, esforzándose por que ella no notara más de lo que quería mostrar.

Sacudió la cabeza intentando buscar una explicación a su arrebato por querer hacerle comprender su reacción. Para su desespero, todo en su cabeza eran pensamientos lujuriosos y de ternura hacia su esposa. Rechazarla no entraba en sus planes, porque sería como sentenciarse a

vivir sin respirar.

—Duerme un poco, pequeña —sugirió él—. Cuando lleguen Morris y Alfred traeré tus cosas para que puedas vestirte con ropas secas y limpias. ¿Quieres que te cepille el cabello? No dispones de doncella, así que yo te atenderé.

Eleonora se sentó, con una mano sostuvo la piel para que no se deslizara y dejara al aire sus pechos. Con la otra libre se alisó el pelo con la mano.

—Debo tener un aspecto deplorable —dijo ella—. Pero ya me las apañaré sola.

Él capturó su mano y la acarició con el pulgar, le besó los dedos, uno por uno.

—Estás preciosa despeinada —replicó sonriente.

El fogonazo de un relámpago que se filtró por una rendija que había en la entrada sobresaltó a la baronesa, que dio un respingo. El trueno llegó al poco, como si fuera el gruñido de una bestia; fue tan intensa la descarga de su sonido que las pieles con las que habían confeccionado la tienda se sacudieron.

—Parece que se acerca una tormenta —comentó el barón.

Se levantó y se acercó a la abertura, la apartó a un lado, anochecía y el cielo estaba tan negro que apenas se veía nada. Fue entonces que se escuchó el fuerte repiquetear de las gotas de lluvia chocar contra la tienda. Otro relámpago cortó el cielo; el trueno fue, incluso, más fuerte que el de antes.

—¿Te marchas? —preguntó con voz queda su esposa.

Steph se dio la vuelta y la contempló. La expresión de su rostro le rogaba que no la dejara sola. Se acordó del comentario que le había hecho en la abadía cuando le explicó que había sido por su miedo a las tormentas que había acudido a esconderse a la alcoba de su hermano y se lo encontró yaciendo con una mujer. Le sonrió y se acercó a ella, se sentó a su lado y la envolvió con sus enormes brazos. Ella apoyó la mejilla en el torso de él.

—Gracias —musitó la mujer—. No me gustan las tormentas, siempre me dieron pavor.

Ella no se atrevió a mirarlo por miedo a encontrase con alguna mueca o mirada burlona. Sin embargo, él la abrazó con más fuerza y eso la hizo sentir segura. Sabía que, a su edad, tener miedo de los

truenos y rayos era un comportamiento infantil. Nunca había entendido el motivo, quizá fuera el sonido grotesco de los truenos o la lluvia torrencial que lo inundaba todo, o quizá fuera por los rayos que cegaban por momentos. La cruda realidad era que no le gustaban, que la empujaban a buscar cobijo en algún lugar seguro como en el que estaba en ese instante.

—Me quedaré contigo hasta que te duermas —murmuró con suavidad—. A mi lado no debes temer a nada ni a nadie, ¿entendido?

—Sí.

Emitió un suspiro, pensó que el cobijo que le proporcionaban sus brazos era el lugar perfecto para apaciguar sus miedos, y que nunca más ninguna tormenta la podría asustar. El repiqueteo de la lluvia sobre la tienda adormeció a Eleonora. No tardó en quedarse completamente dormida, él la acomodó sobre el lecho y la tapó, pues empezaba a hacer frío. Salió al exterior: la lluvia se había convertido en granizo, que caía con ímpetu sobre el campamento. Steph temía lo peor, pues el camino de regreso, con toda seguridad, sería más dificultoso de lo que había calculado en un primer momento. Se fue a la tienda que había al lado, la que utilizaban como cuartel general. No tardaron en aparecer Morris y Alfred, justo a tiempo de evitar la fuerte granizada. Informaron al barón de que Loti se había tenido que quedar en la abadía, ya que se encontraba bastante malherida. Sin embargo, la doncella, Mary, había insistido en acompañar a los caballeros para servir a Eleonora y había enviado una carta a la reina para informarla, ya que le había dado permiso para quedarse con la baronesa el tiempo que creyera necesario.

A Steph le gustó la noticia, porque de alguna manera haría menos triste el tener que desprenderse de su yegua durante una buena temporada. Morris y Alfred se fueron a cambiar, pues estaban chorreando. Después, se reunieron los tres caballeros y el barón, había que decidir asuntos importantes que no podían demorarse más. Resolvieron que harían un rodeo por la ruta del este; era un camino rocoso, algo más empinado, pero también era donde encontrarían menos barro.

Ya era entrada la noche cuando Steph volvió a la tienda. La tormenta se había alejado y en el cielo se empezaban a ver las estrellas. Sin embargo, hacía frío, y en el ambiente se percibía que

pronto llegarían los primeros aires polares. Eleonora todavía dormía, no se decía a despertarla. Por un lado estaba su ansiedad de decirle que Mary estaba en el campamento, a fin de darle una alegría. Por otro, hacía demasiado frío para que durmiera sin ropa. Pensó en llamar a la doncella para que la ayudara, pero la muchacha había llegado tan mojada como sus caballeros, y él mismo le había ordenado que se retirara hasta la mañana siguiente, así que en ese momento Mary debía dormir en alguna de las tiendas. Resolvió que lo haría él mismo, a fin de cuentas era su esposa. Además, le resultaba gratificante y tremendamente sensual atenderla, por lo que no perdería la oportunidad.

La despertó y la ayudó a vestirse, incluso la peinó y le trenzó el cabello para que no se enredara durante la noche. Eleonora estaba maravillada: Steph, cuando no estaba rabioso, era el hombre más considerado que había conocido. Y era suyo, completamente suyo. Ese pensamiento hizo que suspirara, pero comprendió que no era un comportamiento digno de una dama.

Ella se volvió a dormir entre los brazos de su esposo. De lo que no era consciente la joven era de que al barón le resultaba imposible descansar. Tener a su esposa a su lado y no poder tocarla como él quería era toda una tortura. La cercanía de su dulce cuerpo lo excitaba, y su temperamento fuerte se acumuló en su ser al no poder liberar su pasión. Su mente daba vueltas a la idea de que su esposa estaba tocando partes de él que no sabía que existieran. En consecuencia, una marea de sentimientos nuevos estaban despertando en su interior, y sus entrañas le dolían por una necesidad a la que no sabía ponerle nombre. Se preguntó si su padre se había sentido así con su madre, si todo había comenzado por culpa de anhelar de una esposa más que su única obligación de darle hijos.

Tenía tantas preguntas, y ninguna respuesta. Entonces fue el temor el que no lo dejó dormir. Y las horas fueron pasando. Seguía sin poder descansar y su mal humor se fue cocinando a fuego lento en su interior.

Ya entrada la madrugada, se levantó tan bruscamente que sin querer golpeó con el codo la cabeza de su esposa.

—¡Ay! —exclamó ella—. ¿Sucede algo? —mencionó con la boca pastosa debido al sueño, casi no podía alzar los párpados, se restregó

el golpe con la mano.

—¡No, y sigue durmiendo! —exclamó en un tono contundente él.

Sus maneras despertaron por completo a Eleonora, que se sentó en el lecho. Las velas de unos de los dos candelabros permanecían encendidas y otorgaban al ambiente una ligera luz, la suficiente para percibir movimientos. Vio a Steph que se calzaba las botas sentado en una de las sillas.

—¿Te vas? —preguntó ella.

—¡Sí!

Él seguía con el mismo tono duro y contundente, pero no impidió que ella siguiera preguntando.

—¿A dónde?

Steph se levantó y la miró. El semblante colérico de su esposo tenía un aspecto más sombrío del habitual, debido a la luz semioscura que proporcionaban las velas. Casi parecía un perro atacado por la rabia.

—¡A un lugar donde pueda dormir! —gritó cogiendo una de las pieles que había sobre el lecho.

Dicho esto giró sobre sus talones y salió a zancadas largas. Eleonora se quedó perpleja mirando la entrada de la tienda, que aún se agitaba por la brusca sacudida de Steph. Reconsideró su opinión respecto a su esposo: el hombre era un bruto arrogante. No entendía el motivo de su enfado, y menos comprendía su cambio, cuando la víspera se había mostrado tan considerado y tierno. Pero no quiso darle más vueltas, tenía sueño; además, él no se merecía ningún desvelo. Así que se tumbó, se tapó y siguió durmiendo.

Steph se dirigía por entre las demás tiendas de camino a la que dormían sus caballeros. Estaba enfadado consigo mismo por no poder controlarse. Nunca había tenido problemas con las mujeres, su dominio siempre había sido férreo en todos los sentidos, pero su esposa despertaba en él una serie de emociones con las que no sabía lidiar. No solo se trataba de su necesidad por poseerla de todas las maneras posibles, sino que una parte de él clamaba por hacerla suya en todos los sentidos. Con dolor, empezaba a comprender que no solo deseaba que entre ellos hubiera solo atracción sexual, como la que parecía haber, pues ella también lo deseaba, y engendrar un heredero sería de lo más placentero para ambos. Quería más de ella y no sabía

qué.

Entró en la tienda donde dormían sus compañeros en unos catres, procuró dejar a un lado sus tumultuosos pensamientos. Extendió la piel en el suelo y se tumbó con las manos entrelazadas detrás de la cabeza.

—¿Problemas? —le preguntó Morris bostezando ruidosamente, despertando a los otros dos.

Steph contestó con un gruñido y nadie se atrevió a curiosear nada más, conscientes de que su mal humor estaba a punto de explotar. Eso sí, no pudieron evitar carcajearse, que si bien intentaron disimularlo, el sonido de risillas burlonas llegó a los oídos de Steph. Pero lo ignoró y les dio la espalda. Y por fin no tardó en quedarse dormido.

Capítulo 6

El día amaneció frío. Sin embargo, el cielo azul, sin mácula alguna, y un sol radiante anunciaban una jornada luminosa que ayudaría a secar el barro de los caminos. Muy diferente de como se había levantado Eleonora, que nada más puso un pie en el suelo, tuvo que contener el pinchazo que le sobrevino en el lugar donde tenía el golpe. Si bien no le molestaba tanto como el día anterior, sus movimientos seguían siendo más lentos de lo habitual. Además, le dolía la cabeza, pues cuando su esposo se marchó sin darle ninguna explicación, tuvo pesadillas. Estaba de mal humor y decidió que no volvería a dirigirle la palabra al hombre hasta que aprendiera modales. Se aseó y se cepilló el pelo, se vistió con una saya ajustada a su cuerpo, del color de sus ojos, con un cinturón trenzado dorado a la altura de las caderas, y se colocó en el cabello una diadema y un velo. Después atravesó la tienda para salir a buscar algo para comer, al menos tenía hambre, no como la noche anterior, que lo poco que había comido fue una bola anclada en su estómago.

Pero no tiempo de salir, porque su doncella entró.

—¡Oh, Mary! —exclamó Eleonora radiante de felicidad, se acercó a ella y la abrazó—. Pensé que nunca más te vería.

—Yo también, milady —manifestó su criada, sorprendida por el recibimiento. No estaba acostumbrada a que la nobleza la tratara con

tanta cordialidad, casi se le saltaron las lágrimas al pensar que la hubiera echado de menos, en el caso de que no se hubieran visto nunca más—. Decidí seguir sirviéndoos, milady, si os parece bien.

—¡Claro que me parece bien! Pero ¿y la reina no reclamará tus servicios? En realidad eres su doncella.

—Le envié una carta para informarla. No creo que ponga inconvenientes, os tiene aprecio, milady.

—Esperemos que no te haga regresar a la corte. Y Loti, ¿vino contigo?

—No, milady, la tuvieron que dejar en la abadía de Canterbury para que se recupere de sus heridas.

—Pobre Loti, yo tuve la culpa, no debí huir —confesó agachando la cabeza—. Tampoco me porté bien contigo, Mary. Siento haberte engañado.

—No os preocupéis —mencionó, agitando una mano en el aire—. Yo no sé qué hubiera hecho en vuestro lugar, la desesperación os hizo tomar una decisión equivocada, pero olvidemos el pasado. —Mary la miró de arriba abajo—. ¿Necesitáis que os ayude a prepararos para el viaje?

Eleonora abrió los brazos.

—Ya ves que estoy ataviada.

—Entonces, si no me necesitáis, iré a revisar que vuestro equipaje esté listo para la partida.

La doncella se marchó en el momento que entraba David con el desayuno.

—Buenos días, milady —saludó el muchacho depositando la bandeja en la mesa—. El barón ha pedido que os traiga el desayuno. Cuando acabéis, me ha dicho que os informe de que os espera fuera.

—¿Entonces no vendrá a desayunar conmigo?

—No, milady, él ya ha desayunado con sus caballeros.

—Está bien, muchas gracias, David —manifestó en un timbre de voz cariñoso.

El adolescente apartó la mirada para clavarla al suelo. Eleonora se dio cuenta de que su rostro estaba rojo, por lo que le preguntó:

—David, ¿qué te ocurre?

El chaval empezó a hacer círculos en el suelo con la punta de su bota derecha.

—Vos... vos sois una dama... tal vez... yo... yo... quería... preguntaros...

Eleonora alzó las cejas, el pobre tartamudeaba, se había quedado sin habla y seguía sin mirarla. Se apiadó de él y le cogió las manos en ademán cariñoso, pero ese gesto desconcertó aún más al muchacho, que quiso retirarlas. Ella se las mantuvo tozudamente agarradas.

—David, no muerdo, dime qué te sucede; y si puedo ayudarte, lo haré.

Esas palabras parecieron calmar al muchacho, que lentamente fue levantando la cabeza hasta que su mirada negra se posó en la de ella.

—Yo quería preguntaros cómo se corteja a una dama. —Carraspeó cuando brotó de su garganta un gallo—. No tengo ni idea y necesito ayuda, vos sois una dama muy hermosa y seguramente os han cortejado muchos candidatos —farfulló de golpe, sin detenerse a coger aire.

—David, ningún caballero me ha cortejado, porque nunca se lo permití a nadie. No me interesaban. —Se golpeó con el dedo índice los labios y puso ojos de estar pensando—. Pero te puedo explicar cómo se corteja a una dama por las conversaciones de las criadas.

El muchacho asintió enérgicamente, estaba expectante.

—A las damas les gustan los obsequios, que se les reciten poemas... —mencionó ella mientras seguía pensando—. Ah, y también les encanta que las alaben con bonitos cumplidos sobre lo hermosas y delicadas que son. Además, si la invitas a pasear o a dar un rodeo a caballo, la harás feliz. ¿He satisfecho tu curiosidad?

—Sí, milady. Gracias.

—¿Hay alguna muchacha que quieras enamorar? ¿Quién es?

David enrojeció hasta los huesos. Sin pronunciar palabra salió de la tienda como si el diablo lo persiguiera. Era evidente que había alguien que había cautivado el tierno corazón del joven. Eleonora se encogió de hombros y suspiró. Le hubiera gustado que Steph la hubiera cortejado antes de verse forzada a casarse con él. Torció la boca en una mueca divertida, no visualizaba a su rudo esposo recitándole poemas o alabándola; soltó una carcajada cuando por fin pudo imaginárselo. Definitivamente él no era hombre de cortejos.

Dejó a un lado sus pensamientos y se sentó a desayunar. El ogro de su esposo la esperaba para partir y no sabía de qué humor estaría

en ese momento, y mejor era no hacerlo esperara mucho más.

Fuera, Nígel, Morris y Alfred estaban atendiendo sus caballos, preparándolos para su partida. Estaban de buen humor, a diferencia del barón, claro.

—¿Dónde está Steph? —preguntó Nígel mientras peinaba con sus dedos su media cabellera rubia dorada.

Le guiñó un ojo a Mary cuando esta pasó cerca, ella le sonrió con timidez. No perdía oportunidad de sacar sus dotes seductoras siempre que podía.

—Deja a la doncella de la baronesa tranquila —lo regañó Morris dándole un tortazo en el cogote—. O tendrás problemas.

—Le gusto —afirmó con una gran sonrisa encantadora, en paralelo se restregaba el golpe.

—Les gustas a todas, pero piensa con la cabeza de arriba en vez de hacerlo con la de abajo.

Antes de que esos dos terminaran a los golpes, Alfred intervino para contestar a la pregunta de Nígel.

—Steph ha ido al río a asearse —informó rebuscando alguna cosa en las alforjas.

—Creo que todos nos hemos dado cuenta de que necesitaba urgentemente un baño frío, ¿verdad? —mencionó Nígel en un tonillo de burla.

Los tres caballeros soltaron una carcajada.

—Su esposa lo está volviendo loco —comentó Alfred revisando los cascos de su montura.

—Yo creo que se está enamorando —dijo Morris.

—Ya iba siendo hora, necesita herederos —habló Alfred—. Nunca le interesó casarse y siempre ha huido de la vida social. Ha estado demasiado ocupado conquistando territorios y ampliando su flota comercial. Ha olvidado lo que es vivir, y Eleonora se lo volverá a enseñar.

Todos eran conscientes de que los ojos del barón chispeaban cuando tenía a la baronesa cerca y delataban que había un deseo más profundo en su interior que su necesidad sexual por ella.

—Se le han dado muy bien los negocios a Steph —expuso el más joven del grupo—. Ha sido capaz de crear nuevas rutas para transportar productos. Pero lo echará todo a perder si se enamora de

su esposa.

Sus dos compañeros lo miraron como si se hubiera vuelto loco.

—Estás equivocado, si se termina enamorando de la baronesa aún se hará más grande —lo contradijo el italiano.

—Estoy de acuerdo con Alfred —mencionó Morris, apoyando a su compañero.

—Sabéis tan bien como yo que el pasado de Steph le pesa como una losa.

—Hablas como si todas las mujeres fueran como la madre de Steph —aseveró el mayor del grupo.

—¿Acaso no son las mujeres criaturas mentirosas por naturaleza? —soltó Nígel—. La baronesa no será una excepción.

—¿Es por esa absurda idea que saltas de lecho en lecho? —le preguntó Alfred con un matiz ácido en la voz que marcó todavía más su acento italiano—. De tanto hacerla servir se te caerá a trozos y entonces te darás cuenta de lo solo que estás.

Nígel lo fulminó con la mirada, no le dio tiempo a replicarle, ya que apareció Steph. Llevaba el pelo mojado, lo que provocaba que los reflejos rojizos de su cabello castaño destacaran mucho más. Ya estaba vestido para el viaje, con unas calzas negras, las botas, la camisa de lino, la cota de malla, el gambesón acolchado y el veste, y sobre los hombros una capa forrada de piel peluda, atada con un broche de oro y piedras preciosas.

—¿Mi esposa está todavía dentro? —preguntó en un tono de voz profundo.

—Sí, eso parece —contestó Morris encogiéndose de hombros mientras miraba la tienda.

—¡Maldita sea! ¿Cuánto tiempo necesita una mujer para prepararse? —estalló el barón, dirigiéndose a zancadas largas hacia el lugar donde seguía su esposa.

—Lo que sí está garantizado es que vamos a estar entretenidos con los recién casados —dijo Alfred con un acento italiano marcado.

Los otros dos sonrieron al mismo tiempo, conscientes de que su compañero llevaba razón.

En el instante que Steph alargaba la mano para apartar la piel, que tapaba la entrada de la tienda, Eleonora hizo acto de presencia. Esta entornó los ojos al ver las facciones de su esposo contraídas y

endurecidas debido al mal humor. Seguía igual que la víspera cuando la despertó con un golpe, y eso la hizo bufar sonoramente.

—¿Crees que tenemos todo el día para que te acicales? —le gritó él.

Ella alzó una ceja. Por dentro, el corazón le latía deprisa, su esposo imponía; sin embargo, no iba a amilanarse con tanta facilidad. Pasó por su lado sin dirigirle la palabra y encaminó sus pies hacia Hércules. A Steph no le gustó sentirse ignorado, se apresuró a cogerla del brazo y a darle la vuelta.

—Te estoy hablando, esposa —dictaminó colérico—. Compórtate o tendré que reprenderte severamente.

Ella se soltó sacudiéndose el brazo, ignoró a los soldados que miraban expectantes la escena y colocó las manos a las caderas en ademán desafiante.

—He decido no dirigirte la palabra hasta que me trates como merezco —recriminó ella—. Ayer noche te portaste como un ogro.

Se giró para alejarse, pero Steph, que no salía de su asombro, no permitió que ella lo dejara con la palabra en la boca otra vez, por lo que la agarró de nuevo del brazo y la arrastró hacia el interior de la tienda para ocultarse de las decenas de ojos que los miraban con verdadero interés.

—Eres un impertinente y un patán —espetó ella—. ¡Acabo de decidir no dirigirte la palabra en toda mi vida!

Steph la observaba. Por primera vez en su vida no sabía qué hacer. Siempre sus amenazas surtían efecto de inmediato, pero ella parecía no darse cuenta del peligro que corría. El barón contempló a su esposa, tenía el rostro de un ángel y sus ojos índigos brillaban como los de una diablesa debido al enfado y prometían fulminarlo de un momento a otro. Escudriñó descaradamente su cuerpo. Llevaba una saya de lana del color de sus ojos, de mangas acampanadas, larga hasta los pies. El cuerpo de la prenda, con ricos adornos dorados, resaltaba sus senos, que subían y bajaban al compás de su rabia. Su mirada fue descendiendo hasta las caderas, donde la tela se ceñía provocativamente y mostraba unas formas sensuales, capaces de hacer pecar a un monje.

Se obligó a dejar de observarla y se centró en su rostro, que se había sonrojado: ella era consciente de su ávido repaso. El enfado de

Steph se diluyó por completo, y perdió el control cuando Eleonora se pasó la lengua por los labios; eso provocó que su cuerpo se tensara hasta el dolor. Y la besó, la besó con ímpetu, amoldando sus labios a los de ella, enredando su lengua en busca de una respuesta feroz. Y así fue porque ambos lo dieron todo en ese contacto, se dejaron llevar por el sabor húmedo de las bocas, por su tibieza adictiva y por su necesidad de sentirse aunque lo negaran.

Pero la sensación de ahogo se fue incrementado y tuvieron que separarse para hinchar sus pulmones de aire.

—Si me besas de esta manera no podré cumplir mi promesa —murmuró ella jadeante, todavía impresionada por el beso.

—¿Cuál promesa?

—La de no dirigirte la palabra en la vida.

—De hecho, creo que agradeceré tener una esposa silenciosa —dijo con humor, mientras sus ojos verdes brillaban burlonamente.

—Entonces hablaré hasta por los codos para hacerte enfadar.

—Oh, prefiero que no me dirijas la palabra.

—¿Estás seguro? —preguntó remolonamente; paseaba el dedo por el veste de su esposo, en ademán juguetón—. A Laurence estuve una semana entera sin dirigirle la palabra, una vez me hizo enfadar muchísimo.

Al barón le resultó fascinante su mirada, pues cuando hablaba de sus familiares le brillaban los ojos como dos soles, toda ella rebosaba amor.

—¿Y qué te había hecho?

—Me había puesto estiércol debajo de mi lecho, estuve días sin saber por qué mi alcoba apestaba tanto.

Steph estalló a carcajadas, incluso se le saltaron las lágrimas.

—Me hubiera caído bien Laurence —dijo él.

—Creo que sí... —mencionó con la voz rota por el dolor.

Steph acunó el rostro de su esposa entre sus palmas.

—Te prometí que vengaría a tu familia. Barnard no se saldrá con la suya.

—Quiero ayudarte a hacerlo —pidió ella.

—No, de ninguna manera. No te vas a poner en peligro innecesariamente.

—Pero...

Él la silencio con un beso.

—No insistas.

Steph decidió terminar con la conversación, no le gustaba ver el dolor reflejarse en los ojos de su dama cuando hablaba de sus familiares fallecidos.

Salieron de la tienda, y el guerrero ayudó a su esposa a montar a Hércules, él hizo lo mismo detrás de ella. Finalmente iniciaron el viaje a Bridgeman; el barón había tomado la decisión de que una parte de soldados se quedaran para el levantamiento del campamento, los demás lo acompañarían. Tenía prisa por llegar a su fortificación, pues su principal preocupación era Eleonora. Su seguridad estaba por encima de todo; si algo le ocurría a su pequeña flor de primavera, no se lo perdonaría. Aparte de Barnard, tenía una buena colección de enemigos que estaban al acecho de una oportunidad para lastimarlo. Y con su esposa viajando con él era más vulnerable. Además habían cambiado la ruta, pues la habitual estaba llena de barro; sin embargo, también se presentarían dificultades en las otras que cogerían, pues siempre había peligros que amenazaban de muchas maneras en los caminos.

***

Poco a poco fueron adentrándose en un espeso bosque de hayas y robles. Había que cruzarlo cuanto antes, pero surgieron inconvenientes, ya que había zonas demasiado espesas donde la densidad verde hacía imposible avanzar. Además, las copas de los árboles eran tupidas y grandes, y los rayos de sol tenían dificultades para atravesar el follaje, por lo que el ambiente semioscuro se cernía sobre ellos como si los advirtiese de que no estaban seguros. El corazón de Eleonora se le subía a la garganta con cada ruido, y terminó por abrazarse a su esposo y apoyar la cabeza sobre su pecho. El latido de su corazón le brindó algo de paz.

A Steph no se le escapaba nada, sus agudos sentidos siempre estaban alerta, y advertía la intranquilidad de su dama. Se le ocurrió que sería un buen momento para iniciar algún tipo de conversación, y

se acordó de lo feliz que se ponía cuando hablaba de su hermano.

—Cuéntame cómo era tu hermano, Nora.

Ella se separó lo justo para mirarlo a la cara, le sonrió.

—Físicamente todos decían que nos parecíamos mucho, teníamos el mismo tono de ojos y de cabello. También era enorme, valiente y atractivo, tanto como tú.

Steph alzó una de las cejas, nunca ninguna mujer le había dicho nada semejante.

—¿Me estás diciendo que soy atractivo?

Eleonora se enderezó y lo miró a los ojos.

—¿Acaso lo dudas?

—Cuando me viste en la abadía por primera vez, tu cara fue de pavor, poco te faltó para salir corriendo.

—Impones, Steph, una mirada tuya amilana a cualquiera. ¿Cómo querías que reaccionara? —Sonrió de manera pícara—. Aunque por dentro pensé que eras hermoso.

—¿Hermoso? Los hombres no son hermosos. Somos fuertes, o valientes, o altos, o bajos, o gordos o delgados... son las damas las hermosas.

—Oh, Steph, no hay nada de malo en que seas hermoso, no por ello te vas a convertir en una mujer.

Su esposa era adorable, en todos los sentidos. No pudo evitar estallar en risas. Zanjó ese tema antes de que ella soltara alguna otra estupidez. Además quería saber más de su hermano, le daba la sensación de que se hubieran hecho muy buenos amigos.

—Y Laurence, ¿cuántos años tenía?

—Veintinueve —comentó ella.

—¿Y aún no estaba casado?

—Lo estuvo, pero su esposa se murió al año de estar juntos —explicó la baronesa con tristeza—. Se quedó embarazada, pero a los cinco meses se puso de parto y perdió al bebé. Ella falleció a los pocos días, debido a una hemorragia severa.

—¿Tu hermano la quería?

—Sí, siempre me decía que Liliane era el amor de su vida y que nunca más amaría a otra. La conoció en Francia, era la hija pequeña de un conde.

Steph no había conocido nunca a Laurence, pero empezaba a

admirarlo. Le daba la sensación de que había sido una persona noble y leal a los suyos. En aquellos instantes era cuando odiaba que los malos se salieran con la suya. Barnard pagaría por la muerte de inocentes.

Vio cómo su esposa bostezaba disimuladamente, sus párpados empezaban a caer. Él la instó a que colocara su cabeza apoyada en el antebrazo, y ella se acurrucó contra él. En menos de un minuto se quedó dormida por completo. El guerrero sonrió y suspiró, la sensación de que empezaba a vivir con Eleonora a su lado cada día tomaba más realidad en su interior. Era como si un fogonazo hubiera encendido sus entrañas y las caldeara de una manera agradable. Y no quería dejar de sentirlo, porque sabía que, en el momento en que ese fuego se apagara, él estaría muerto en vida. Entonces, su padre apareció en su mente, por aquel entonces no entendía cómo se había dejado embaucar por una mala mujer. Estaba seguro de que ese mismo fuego que él notaba, su padre también lo había experimentado. Y un día se apagó y su ausencia lo llenó de dolor, de un dolor tan desgarrador que acabó por cometer una locura.

No quiso pensar en ello y miró a su alrededor. Ya habían salido del bosque y estaban cruzando un valle extenso. La poca hierba que quedaba estaba mustia debido a la llegada de prematuras heladas. De improviso, Hércules se mostró intranquilo: sus ollares se inflamaron, como si oliera alguna cosa diferente. Steph le había dedicado muchas horas y mucha paciencia el adiestramiento de su montura, pues sabía que sin un buen caballo no viviría muchos años. Así que se tomó muy en serio la advertencia que no parecía menguar, pues el nerviosismo del cuadrúpedo aparentaba aumentar por momentos. Llamó a Nígel, por suerte su esposa no se despertó con el grito.

—Creo que hay alguien merodeando por los alrededores —mencionó en voz baja para no despertar a la baronesa.

—¿Crees que se trata de Barnard?

Steph le lanzó una advertencia con la mirada para que tuviera cuidado con lo que decía, pues no quería que Eleonora se asustara si se despertaba y escuchaba la conversación.

—Llévate media docena de soldados e inspecciona la zona —ordenó el barón, barriendo con su mirada verde, astuta y enigmática toda la extensión de su alrededor—. Pronto llegaremos a un río, nos detendremos a descansar y los esperaremos allí.

Por lo general, siempre controlaba los inconvenientes que se presentaban, y tomaba decisiones rápidas que más de una vez le habían salvado la vida a él y a los suyos, pero si eran enemigos lo que Hércules percibía, habría lucha. Miró a su esposa profundamente dormida, se prometió que nadie le haría daño. La acercó más a su pecho amplio, la besó con ternura en la mejilla y la tapó con su capa. Ella abrió los párpados apenas para dedicarle la sonrisa más dulce que hubiera visto jamás, y se volvió a quedar dormida.

Pero Steph no sabía que en el bosque que estaba allende del valle, permanecían ocultos Barnard y sus mercenarios, tumbados sobre el suelo, observando cómo avanzaba el séquito desde hacía un buen rato.

—Ese hijo de perra está bien protegido —dijo el barón galés—. Es imposible atacarlo y salir victorioso.

—¿No va a atacarlo, milord? —preguntó el mercenario que estaba a su costado.

Barnard no tuvo ni que pensárselo. Steph estaba muy bien resguardado, él cabalgaba con su esposa en el mismo caballo. Alrededor de ellos estaban sus fieles caballeros, y a estos los rodeaban cantidad de soldados. Si quería llegar hasta el barón y la baronesa, tendría que abrirse paso entre soldados y caballeros. Era evidente que si lo intentaba se suicidaría.

—No los atacaremos. Debe haber otra manera de acabar con el barón de Bridgeman, solo debemos esperar a una buena oportunidad —susurró Barnard.

De pronto, el galés se dio cuenta de que el grupo se detenía. Steph hablaba con unos de sus hombres, de lejos parecía ser Nígel, pero no estaba seguro. El cuerpo de Barnard se tensó cuando el caballero y un puñado de soldados dejaban al grupo para inspeccionar los alrededores. El barón había detectado su presencia, se preguntó cómo se había dado cuenta, era imposible y resultaba inquietante. Casi parecía poseer poderes.

—¡Ese maldito se ha dado cuenta de que no están solos! —bramó Barnard golpeando el suelo con el puño, en un vano intento por desahogarse.

—¿Cómo es posible que lo haya advertido? A veces pienso que ese hombre no es humano —mencionó el mercenario que tenía detrás de él, de ojos negros y cabellos lacios en un tono rubio oscuro.

Barnard sonrió de goce cuando observó la escena de Steph besando y abrazando a su esposa, que parecía dormir en sus brazos. Una muestra de cariño nada habitual en él.

—Sí es humano. Simplemente tiene más suerte de la habitual —repuso fríamente—. Pero esa suerte acaba de finalizar. Ahora ya sé cómo acabar con él. Tal vez incluso consiga hacerme con Bridgeman con muy poco esfuerzo.

¿Quizá el punto débil de Steph era Eleonora?, se preguntó Barnard. Antes de tomar cualquier decisión, investigaría hasta qué punto era importante el cariño que parecía haberle cogido Steph a su esposa. Sabía que teniéndola a ella dominaría al barón, en el caso de que su esposa le importara más que su vida. Entonces, un plan empezó a fraguarse en su oscura mente. Y después, lo mataría lenta y dolorosamente, y Bridgeman y Galloway serían suyos. No prestó atención a las miradas perplejas que le dedicaban sus mercenarios. Solo eran masas de carne sin cerebro, los muy estúpidos no se habían dado cuenta de lo mismo que él. Pero no les contaría nada de sus planes, si de una cosa estaba seguro era de que lo podían traicionar en cualquier momento, y cuanto menos supieran mucho mejor.

—Marchemos antes de que nos descubran —ordenó.

—¿A dónde?

—A Galloway.

Reptaron por el suelo un buen rato; después de asegurarse de que no serían vistos desde lejos, se levantaron, fueron al lugar donde habían atado sus caballos y se marcharon sin hacer ruido.

Mientras, Steph y sus soldados habían llegado al río. Se detuvieron a pasar la noche. Los animales estaban tan agotados como ellos mismos. Además estaba anocheciendo y era mejor restaurar fuerzas para la jornada siguiente, que sin duda sería más dura de la que acababan de pasar.

Ayudó a Eleonora a descender de Hércules, y como siempre ocurría, lo hizo lentamente, dando tiempo a que su cuerpo impaciente se pegara a las curvas de ella. Después contempló a su esposa dirigirse a la orilla del río para refrescarse. Él permanecía recostado en un grueso tronco, le fascinaba lo bella que era; incluso sus movimientos suaves como el vuelo de mariposas, y a la vez majestuosos como el de un águila, lo tenían embelesado. Desde luego que su esposa no pasaba

desapercibida, y no se extrañaba que hubiera cautivado al rey y la reina, hasta el punto de querer ayudarla para que no sufriera ningún mal. Cualquier hombre podría enamorarse de ella hasta el fin de sus días, y moriría en el lecho con una sonrisa en la boca, sabiendo que en vida había disfrutado del mayor tesoro que podría poseer un hombre. Pero él no era como los demás varones; no había espacio en su corazón para enamoramientos, no podía sucumbir a un sentimiento que, con el tiempo, lo podía destruir como a su padre, en el caso de que Eleonora se pareciera a su madre. De momento, ella era un ser inocente; sin embargo, con el tiempo se daría cuenta de la fascinación que causaba a los hombres, y entonces utilizaría su sensualidad para tenerlos a todos a sus pies. Solo de imaginarlo se le revolvían las tripas, porque si su flor de primavera se parecía a su madre, él temía convertirse en su padre.

Estaba tan sumergido en sus pensamientos que no escuchó a Nígel acercarse, dio un respingo cuando apareció en su campo visual. Su caballero arqueó una de sus cejas rubias, le dedicó una mirada rápida a la baronesa, meditando que ella era la culpable de que el barón bajara la guardia de esa manera tan inconsciente. Hizo rechinar los dientes y no ocultó su preocupación.

—No es propio de ti distraerte, Steph. Podría costarte la vida.

El barón emitió un gruñido de enfado, aunque no tardó mucho en admitir que tenía razón.

—Mi esposa me distrae —reconoció, observando a Eleonora, que permanecía arrodillada en el borde del río, lavándose las manos; su doncella se había acercado a ella y la estaba ayudando, así que se centró en su caballero—. Debo sosegarme y encontrar la manera de apartarla de mi mente cuando la tengo cerca.

—Sí, debes hacerlo —afirmó Nígel—. Antes de que sea tarde.

Steph achinó los ojos, intentaba adivinar qué quería dar a entender Nígel con su último comentario. Él nunca le había explicado a nadie la tragedia de su padre y madre, pero era consciente de las habladurías que circulaban en torno a él, de modo que daba por hecho que sus caballeros lo sabían. Aun así no comentó nada al respecto, pues no le gustaba hablar de lo que todavía le dolía.

—¿Has visto a alguien? —dijo Steph centrándose en lo que era importante en ese instante.

—Sí, así es, estabas en lo cierto. Entre la maleza he visto rastro de cuerpos tumbados, desde donde estaban veían cómo atravesábamos el valle, supongo que buscaban el mejor momento de atacarnos. Por suerte han visto que hubiera sido inútil, nosotros somos muchos más que ellos.

—Barnard está al acecho, y no dejará de hacerlo hasta encontrar una oportunidad.

—¿A dónde crees que han ido?

—A Galloway, a tramar una estrategia y a asegurarse la fortaleza. Sabe que la reclamaré como mía, y si no me la entrega, como legítimo derecho la atacaré para recuperarla. Ni Roberto podrá ayudarlo, por ley me corresponde al ser el esposo de Eleonora. Galloway me pertenece, por mucho que le pese.

Su esposa ya había terminado y se estaba acercando a ellos. Pidió a su caballero zanjar el tema, Nígel entendió que no quería preocupar a la joven. En ese instante se acercaron Morris y Alfred; Eleonora saludó a los caballeros con unas maneras delicadas y elegantes, estos se quedaron embelesados, era como si los hechizara con solo mirarlos. Steph hizo rechinar los dientes, no había varón que se resistiera a los encantos de su esposa. Ya harto de ver la cara de necios de sus hombres, ordenó a Eleonora que se retirara a comer y a descansar. Ella lo observó durante un breve instante, pues no entendía por qué su esposo cambiaba de humor tan a menudo. No quiso discutir, estaba cansada y se marchó junto con Mary. El barón captó la atención de sus caballeros de inmediato a fin de que dejaran de mirar su esposa. Después, se centraron en estudiar el camino que recorrerían al día siguiente.

Eleonora estaba tan cansada que en cuanto comió, se tumbó y se quedó dormida. Su sueño era tan profundo que no notó cuando su esposo se ubicó a su lado, sobre las mullidas pieles, y la abrazó. Él tampoco tardó en quedarse dormido, había que reponer fuerzas, ya que sospechaba que el viaje, al día siguiente, presentaría alguna que otra dificultad que se verían obligados a sortear.

Apenas salieron los primeros rayos de sol, ya se pusieron de nuevo en marcha. La mañana era húmeda, había una ligera niebla que no ocultaba el camino, para satisfacción de todos. Eleonora seguía viajando con su esposo; si bien había caballos de sobra, ni él ni ella

pidieron montar diferentes monturas, era evidente que querían estar juntos. La baronesa no disimulaba su satisfacción, muy diferente a él, que ocultaba su regocijo al tenerla cerca. Se había prometido que una vez que llegara a Bridgeman, su trato con su baronesa cambiaría y se mantendría alejado de ella, a fin de poder desempeñar su trabajo en condiciones.

Sin embargo, ella, ajena a los pensamientos de su esposo, en su boca parecía haberse instalado una sonrisa que no desaparecía ni con los caminos más tortuosos en los que a veces se veían obligados a circular. A pesar de los cambios de humor del hombre, estaba segura de que poseía un corazón bondadoso, y eso la llenaba de alegría.

—Pareces feliz, pequeña —dijo él con un retintín burlón en la voz, como si no diera crédito a que su esposa se mostrara tan contenta.

—Lo estoy —mencionó ella, ensanchó aún más su sonrisa.

—¿Y a qué se debe tanta felicidad? —preguntó.

—He llegado a una conclusión.

Lo miró con sus ojos brillantes de luz, a él se le contrajo el bajo vientre, por un momento quedó a merced de esos ojos maravillosos. Carraspeó y recuperó la compostura rápido.

—¿Cuál conclusión?

—Creo que los relatos que circulan sobre Lord Feroz no son ciertos.

Steph alzó una ceja.

—¿Y cómo lo sabes?

—Aunque tienes un temperamento fuerte, que me has demostrado en más de una ocasión, tú no matarías niños ni mujeres para escarmentar o hacer a hablar a tus enemigos.

—Estás en lo cierto. —Hizo una pausa—. Pero sí que me bebo la sangre de los que mato.

Escandalizada ante la confesión, Eleonora se llevó una mano a la boca.

—¡Eso es horroroso, Steph!

Las carcajadas de su esposo indicaron a la mujer que se estaba burlando. Eleonora, indignada, le golpeó un hombro a modo de reprimenda. Pero no pudo evitar sonreír también.

La jornada pasó rápida; sin embargo, al caer la noche llovió y eso preocupó a Steph, pues, en el peor de los casos, tendrían que hacer

una parada de un par de días para darle tiempo a los caminos a que se secaran. Y en el mejor, podrían circular con más o con menos problemas, pero los retrasaría alargando el viaje un día más.

Llegó un nueva jornada, que se presentaba fría y nubosa. Antes de iniciar el viaje, Steph y sus caballeros quisieron cerciorarse de que los caminos eran transitables. No les llevó mucho tiempo, y tomaron la decisión de continuar, ya que la lluvia que había caído, si bien habían embarrado la ruta, no lo había hecho lo suficiente, y para su alegría podrían continuar. No obstante, tuvieron problema en algunos tramos: el barro acumulado en zonas umbrías los obligó a rodear dichos lugares. Así que no le quedó más remedio que avanzar con lentitud, y por tanto el viaje duraría un día más del previsto. Dentro de lo peor, era la posibilidad menos mala, de modo que todos se alegraron por ello.

Ya cuando se detuvieron para hacer noche, Eleonora empezó a encontrase mal. El golpe en la espalda le empezó a doler de nuevo; supuso que era por las horas que había pasado encima del caballo. Aunque más o menos iba cómoda entre los brazos de su esposo, las sacudidas que experimentó su cuerpo, debido a las maltrechas sendas que se habían visto obligados a transitar, no hicieron otra cosa que agarrotar su musculatura. Había forzado a su cuerpo a tomar posturas para aligerar brazos y piernas, por lo que su espalda terminó resintiéndose. En esos momentos tenía pinchazos en la zona lumbar, y sus miembros le pesaban como si llevara colgando piedras. Su esposo le aplicó ungüento, e hizo efecto cuando se sentó de espaldas al fuego; hasta soltó un gemido de satisfacción cuando el alivio se apoderó de su musculatura. Pero estaba tan cansada que no quiso comer; sin embargo, él la obligó a hacerlo. Después Mary le cepillo el cabello y se lo trenzó para que no se enredara durante la noche. Y cuando se puso a dormir, sus párpados cayeron en un par de segundos.

Capítulo 7

Al día siguiente, Eleonora suspiró de satisfacción cuando su esposo la informó de que a la tarde llegarían a Bridgeman. El viaje estaba siendo agotador, tenía la sensación de que llevaba años viajando. Si no hubiera sido por Stephen, que estaba pendiente de sus necesidades, se habría derrumbado. No era que fuera débil, sino que llevaba semanas sin poder descansar bien, pues desde que Barnard apareciera por Galloway acusando de traición a su padre y a su hermano, su vida había cambiado de la noche a la mañana. Nunca habría imaginado que el desgaste emocional que había experimentado hubiera afectado a su cuerpo hasta desproveerlo de fuerzas. Pero en aquel instante, mientras miraba a su esposo, veía la luz al final de túnel.

Steph ayudó a su esposa a montar a Hércules. Se sentía preocupado por su estado, ya que había notado que en los tres días de viaje su energía se iba apagando. Si bien ella lo disimulaba con mayor o menor eficiencia, sus ojeras eran fiel testimonio de su estado de ánimo, y a nadie le había pasado desapercibido. Ni Mary con su buen hacer había conseguido levantarle el espíritu. Pero su rostro había cambiado en el momento que le había prometido que esa noche dormiría en un mullido lecho de plumas, y en aquel instante parecía que su brío se recuperaba.

Cuando estaban cerca de su hogar, Steph envió una avanzadilla

para informar de su llegada y que estuviera todo listo. Sobre todo agua caliente para que su esposa se pudiera dar un baño.

Era casi última hora de la tarde en el momento que vieron, en lo alto de una colina, Bridgeman desde lejos. La fortaleza, toda de piedra, estaba sobre una rocosa cumbre en la costa, y quitaba el aliento. Nadie en su sano juicio intentaría escalar esa pared de piedra de pronunciadas aristas que cortaban como cuchillos en un intento por colarse en el interior y atacar desde dentro. Las murallas se alzaban majestuosa, y sus torreones tenían aspilleras en el frente y en los laterales, que garantizaban la defensa desde todos los flancos. A los pies del castillo se encontraban las casas de los campesinos junto a las tierras que cultivaban. También había vacas, terneros y una gran cantidad de ovejas que comían los últimos brotes de hierba, que el frío aún no había marchitado, en la dehesa.

Pero lo que le llamó la atención fue un puerto que se hallaba a una distancia corta de la fortificación. Habían amarrados dos grandes barcos, y robustos marineros descargaban las mercancías, que colocaban en carros de transporte para su distribución. Steph le explicó que se había decidido a construir el pequeño puerto ocho años atrás, para transportar por mar la lana de sus ovejas a lugares lejanos. Y cuando la pequeña flota regresaba lo hacía cargado de otros productos. Sus expectativas fueron superadas, y ya se había convertido en un centro comercial. Había llegado a acuerdos con otros barones de la zona para que dejaran cruzar por sus tierras los carros repletos de mercancías preciadas para que fueran repartidas por Inglaterra. Entre los productos había aceite de oliva y cuero de Castilla; azúcar y cereales de Sicilia; vidrio y plata de Venecia; alfombras de Constantinopla; seda, especias, piedras preciosas y tintes de Oriente. Poco a poco, Bridgeman se había convertido en un lugar próspero, y eran muchas las gentes que llegaban de lugares lejanos para establecerse.

A medida que se iban acercando al castillo, miles de sensaciones se agolparon en el corazón de Eleonora. Pero había una por encima de las demás que la tenía temblando, y era el pavor al pensar que la gente de Bridgeman la rechazaría por las mentiras que Barnard había arrojado sobre su familia. Llegaron a la barbacana, había varias casetas donde estaban apostados soldados; y cuando traspasaron el

puente levadizo, el rastrillo ya estaba alzado. Miró hacia arriba y creyó ver los grandes dientes de una bestia. Sacudió la cabeza en un intento por apaciguarse, pero no lo conseguía: estaba aterrada. Era tal su miedo por ser rechazada que no pudo reprimir que las lágrimas afloraran de sus ojos.

—¿Qué le sucede a mi bella baronesa? —preguntó él al darse cuenta de sus temblores y lágrimas.

Ella respondió deslizando sus brazos por la cintura y lo abrazó.

—Nada... —susurró al borde del llanto.

Por supuesto que él no la creía, de modo que se ayudó del dedo índice para levantarle la barbilla. Cuando vio sus preciosos ojos vidriosos por el llanto, se le encogió el cuerpo. No tardó en comprender que la perturbaba no ser querida por los suyos. Necesitaban que la aceptaran, que la quisieran para superar el dolor de todo lo que había perdido en los últimos días. Necesitaba un nuevo lugar en el que echar raíces.

—Aquí todo el mundo te estimará —se apresuró a calmarla él—. No lo dudes, pequeña.

—Si lo hacen será obligados por el temor de que los expulses. Disimularan su odio hacia mí.

—Creo en mi gente. —Le acarició la mejilla—. Cree tú también en ellos, eres su señora y debes concederles un margen de confianza. ¡Cuando te conozcan pensarán que no podrían tener una mejor baronesa!

Steph la miraba con dulzura, sus palabras susurradas con ternura, junto a la sonrisa que le dedicó, casi provoca que se le pare el corazón. Notó cómo se animaba y su cuerpo dejó temblar. No había nadie en toda la Tierra que la confortara más que su esposo. De repente, cayó en la cuenta de que en su alma empezaba a germinar un sentimiento que jamás había experimentado. Steph le aceleraba la sangre, no podía evitarlo, no era tan feroz, ni despiadado ni de sentimientos oscuros, como insinuaban las leyendas sobre sus gestas. Había en su interior mucha luz, e intuía que a nadie más que a ella le había dejado ver esa parte que ocultaba a todos.

Cruzaron el patio y fueron directamente a la entrada de la torre del homenaje, la más alta y grande, donde residían Steph y la poca familia que le quedaba. Estaba rodeada por otra muralla gruesa

reforzada con contrafuertes, sin ventanas, para impedir que sea conquistada por los invasores. Sin duda era la zona más segura de la fortificación. Se acedía por el patio de armas, por una puerta pequeña en la muralla que había ordenado construir Steph con el objetivo de que no pudieran entrar muchas personas a la vez. De este modo, en el caso de ser atacados, sus enemigos no podrían ingresar en tropel y se haría mucho más difícil su conquista.

Steph instó a Hércules a que se detuviera frente a la pequeña puerta y que se diera la vuelta. El patio de armas estaba a rebosar de gente: soldados, granjeros, el herrero, el panadero, el carpintero, sirvientes… El barón paseó su mirada verde por todos y cogió la mano de su esposa y la alzó.

—¡Os presento a lady Eleonora de Bridgeman! —Mantenía la mano de ella en alto, a fin de enfatizar lo que exclamaba con tanto brío—. ¡Mi esposa y vuestra baronesa! —Se oyeron vítores de punta a punta del patio, él bajó la mano de su esposa y los gritos cesaron—. ¡Confío en que le guardéis tanta lealtad como a mí, no espero menos de vosotros!

Otra vez resonaron gritos de alegría. Steph desmontó y ayudó a su esposa a descender de Hércules, mientras su gente empezó a ovacionar a la baronesa. Ella lucía una sonrisa eufórica, nunca hubiera imaginado un recibimiento como ese después de cómo había caído en desgracia su familia.

—¿Ves como no te engañaba? —mencionó él, ofreciendo su brazo para que ella posara su mano encima a fin de cruzar, como matrimonio, por la puerta de la muralla que circundaba la torre del homenaje—. Mi gente, ahora tu gente, te querrá. No lo pongo en duda.

Ella le sonrió y caminaron; cuando atravesaron la puerta, Eleonora se fijó que la capilla estaba entre la torre del homenaje y la atalaya, en lo alto había un centinela. En un lateral, en un edificio separado, estaban las cocinas. En el otro había unos pequeños establos, supuso que eran para Hércules y los caballos de Nígel, Morris y Alfred. Los principales los había visto en el patio de armas, junto a la herrería.

A Eleonora no le pasó inadvertido un enorme hogar que había pegado a la torre, detrás de las escaleras donde se quemaba paja.

—Steph, ¿por qué queman paja esos hombres aquí fuera?

—Cuando lleguemos a nuestros aposentos lo notarás. —Le dirigió una sonrisa traviesa.

—No me tengas en ascuas, mi curiosidad demanda ser saciada de inmediato —mencionó en un tono burlón.

—¿No hay nada más que necesite ser saciado? —preguntó provocativamente cerca de su oreja, para que solo lo escuchara ella.

A Eleonora se le sonrojaron las mejillas, él soltó una carcajada. La timidez de su esposa provocaba aún más esa parte de su anatomía, que necesitaba mucho más que pensamientos obscenos. Apartó sus ideas calenturientas y decidió darle una explicación.

—El humo de la paja encendida discurre bajo el solado a través de unos conductos que se extienden por nuestra zona privada, para finalmente salir al exterior. El humo, en su recorrido, calienta el suelo, que a su vez templa el ambiente y hace que no sea tan frío.

—Muy inteligente —dijo ella, muy sorprendida—. Supongo que es algo que conociste en otras patrias. Me encanta saber cómo es el mundo fuera de Inglaterra.

Él asintió con la cabeza.

—Este es un sistema que utilizan en Castilla llamado «gloria». En uno de mis viajes lo conocí. Me explicaron que los romanos lo utilizaban en las termas y en los hogares de los más ricos. Era conocido como «hipocausto», aunque los griegos fueron quienes lo utilizaron con anterioridad y quienes merecen nuestro agradecimiento.

—Has aprendido mucho en tus viajes —manifestó la mujer, ávida por conocer más.

—Desde luego que sí, tanto malo como bueno. Por desgracia, la maldad existe en todos los rincones.

Sin más, atravesaron un patio; en lo alto de las escaleras adosadas, por las cuales se accedía a la torre del homenaje, los esperaba Margaret, la tía de Steph. Su cabello castaño con sombras rojizas, recogido en un tocado con velo, estaba salpicado por canas, y en sus ojos verdes asomaban las arrugas de la vejez. Aun así, en su mirada cristalina seguía brillando la bondad, la misma bondad que había visto Steph toda su vida. De hecho, hizo de madre cuando la propia se había desentendido de él, de modo que le sonrió con afecto al verla.

Margaret se precipitó escaleras abajo, con lágrimas en los ojos,

abrió los brazos para rodear a su sobrino; él la besó en la mejilla como siempre solía hacer.

Eleonora recordó las veces que había recibido a su hermano y a su padre en Galloway, cuando estos se ausentaban varios días. Tragó saliva para que el dolor no aflorara por sus ojos y se centró en el presente. Se dio cuenta de que no sabía nada de la familia de su esposo. Él no le había contado nada, y a ella no se le había ocurrido preguntar. De pronto necesitó saber todo del barón. Se consoló al meditar que tendría toda la existencia para preguntarle sobre su vida antes de que se casara con ella. Por el afecto que parecía haber entre esa mujer algo mayor y él, pensó que era su madre; sin embargo, de inmediato el barón la sacó de su equivocación.

—Nora, te presento a mi tía lady Margaret de Thorp —manifestó con felicidad, mientras deslizaba una mano por su pequeña cintura y la acercaba a su cuerpo.

Su tía había conservado el apellido de su esposo por motivos emocionales. Lo había amado desde el primer día que apareció en Bridgeman, en una cena que había organizado sus abuelos para que se conocieran. Desde esa noche se hicieron inseparables, y se casaron muy pronto. Su matrimonio duró un año, pues él murió al caer enfermo. Sin embargo, para Margaret, ese año de convivencia fue el más feliz de su vida. Sus recuerdos habían sido tan fuertes que nunca nadie pudo volver a conquistar un corazón que ya tenía dueño.

La tía le dedicó una sonrisa afectuosa a la que sería su sobrina a partir de ese instante.

—Milady… —saludó Eleonora con voz suave.

Con movimientos elegantes se inclinó para hacerle una reverencia, pero Margaret se lo impidió cogiéndola por los codos e instándola a que recuperara la postura.

—Oh, no, por favor… —dijo la tía, las miradas de ambas se cruzaron, Margaret sonrió con afecto sincero—. Ahora sois vos la señora del castillo. Soy yo quien tiene que haceros una reverencia. Y llamadme Margaret.

—Gracias por tan caluroso recibimiento —comentó la baronesa—. Y quiero que sea recíproco el trato entre ambas. Por favor, llámame Eleonora.

Margaret no podía sentirse más complacida. Esa muchacha era

cándida en aspecto y trato. Miró a Steph, la contemplaba con devoción; y su corazón dio un vuelco, pues por primera vez desde que encontrara a sus padres muertos, veía en sus ojos verdes ilusión por vivir.

—Tengo que felicitarte, querido sobrino —mencionó Margaret mirando al barón—. Tu esposa es muy bella, y tengo la sensación de que lo es también de corazón. Estoy feliz... —Miró a la baronesa, le agarró las manos en un gesto cariñoso—. Ahora tengo una sobrina, así que si en vez de utilizar Margaret prefieres llamarme tía, para mí será todo un honor.

—¡Oh, me encantaría, tía! —exclamó apretando sus manos con cariño.

Eleonora contuvo un grito de euforia: la aceptaban, era una más de esa gran familia, y se sintió ridícula de haber pensado lo contrario. De hecho, no le habían pasado inadvertidas las miradas de calidez que le habían dispensado a Steph las gentes de la fortaleza; desde el primero al último. Lo apreciaban, y eso se debía a que gestionaba Bridgeman a la perfección. Solo hacía falta ver el puerto para darse cuenta de que todos estaban progresando y que nadie pasaba hambre; la felicidad se les dibujaba en los rostros.

De modo que la baronesa apartó todos sus temores. En ese momento solo podía sentirse agradecida y esperanzada, tanto que no le salían las palabras. De pronto, le llamó la atención una jovencita de unos trece años de cabello rojizo, ojos verdes y mejillas salpicadas por pecas que corría hacia Steph. Vestía un sencillo vestido batista de color amarillo resaltando las trenzas rojizas que caían por su espalda hasta la cintura. Rebosaba alegría y vida por cada poro de su piel blanca. La muchachita poseía una belleza rebelde que atraería a más de un varón cuando tuviera edad para casarse.

David estaba detrás de su señor, siempre permanecía atento a cualquier cosa que necesitara, y cuando vio aparecer a la jovencita, sus mejillas se sonrosaron como manzanas rojas; al instante su mirada negra se suavizó y su boca dibujó una sonrisa. Eleonora arqueó las cejas ante ese cambio repentino; observó al escudero y a la jovencita alternativamente. Arrugó el entrecejo al recordar la conversación que había mantenido en la tienda y cayó en la cuenta de que el muchacho estaba prendado de esa belleza pelirroja. Entonces, una mirada de

complicidad surgió cuando los iris de David y la baronesa se cruzaron. El escudero aún enrojeció más al sentirse descubierto, a ese paso en sus mejillas saldrían llamas.

Eleonora suspiró pensando que un amor tan joven y tierno podía dar enormes frutos en el futuro. Se centró de nuevo en la muchacha, esta se lanzó sobre Steph, sin prestar atención a nadie más que a él. Este la alzó y dio varias vueltas sobre sí mismo, apoyado por los talones, arrancando más risas a la muchacha. Se detuvo y la dejó en el suelo, no sin antes darle un sonoro beso en la frente. Ella se tocó el lugar, como si quisiera atraparlo entre sus dedos. Fue entonces cuando reparó en Eleonora, y se la quedó mirando fijamente.

—¿Quién es ella, Steph? —preguntó en un tono tan duro que la baronesa se sorprendió.

—Es mi esposa Eleonora —dijo, atrayéndola a su cuerpo por la cintura.

La baronesa se acercó a la muchacha para saludarla, pero se detuvo en cuanto la jovencita dio un paso atrás para evitar que la tocara. Hasta Margaret se quedó estupefacta, nada acostumbrada a los arrebatos de esa muchachita. Por su parte, Steph la miró como si le hubieran salido dos cabezas.

—Joana, saluda a tu nueva baronesa —mencionó la tía, acercándose a la jovencita; posó una mano en su hombro.

Joana también se deshizo del contacto de Margaret en un gesto desdeñoso y que dejó a todos los presentes pasmados.

—¡Creí que te casarías conmigo cuando fuera más mayor! —gritó mirando a Steph, con enormes lágrimas saliéndole por los ojos—. ¡Yo te quiero!

Y corrió escaleras arriba mientras lloraba con brío. Steph quiso salir tras ella para reprenderla, pero su esposa lo detuvo. Y David agachó la cabeza en un intento de no mostrar su desilusión.

—Déjala, si la regañas me echará la culpa, no quiero que me odie —pidió Eleonora—. Yo hablaré con ella cuando se calme.

Steph adoró a su esposa, y la miró con sus ojos verdes chispeantes de felicidad. Otra, en su lugar, le estaría pidiendo que la echara del castillo.

—Por favor, discúlpala... —pidió Margaret, acercándose a la que consideraba su sobrina—. Creo que confunde amor con adoración,

¡adora a Steph! Es demasiado joven para entender la diferencia todavía. Se llama Joana Gage, sus padres eran campesinos y murieron ahogados durante unas lluvias torrenciales que los cogieron desprevenidos. Ella era una cría de meses y mi sobrino la rescató y la acogió bajo su protección. Desde entonces vive con nosotros y forma parte de nuestra familia.

Eleonora miró a su esposo. En ese instante supo que el sobrenombre de Lord Feroz era un invento de los que le tenían envidia. Nadie habría mostrado compasión con una cría de meses, y la hubiera entregado a cualquiera para deshacerse de ella.

Entraron en la torre del homenaje, Margaret le explicó a la baronesa que estaba compuesta por el sótano, donde se almacenaba la comida y la bebida, y tres plantas. En la primera se ubicaba el gran salón. En la segunda se hallaban los aposentos del barón y la baronesa y una sala familiar. Y en la tercera se encontraban tres alcobas: una la ocupaba ella, otra Joana, y la tercera estaba vacía. La tía no pudo evitar comentar que ya la llenarían con los hijos de ella y él. Las damas estallaron en risas, Eleonora no podía estar más de acuerdo. También, en esa misma planta, se encontraba un salón privado para Steph, que utilizaba para hablar con sus hombres de confianza cuando había que tomar decisiones importantes que incumbían a toda su gente o a la seguridad de la fortaleza.

Cuando Eleonora entró en el gran salón, se quedó boquiabierta por lo enorme que era; sin duda ese recinto debía ser el centro de reunión de todos los habitantes de Bridgeman. Ofrecía ostentación por todos lados: había dos chimeneas grandes incrustadas a ambos lados, que proporcionaban calor a la estancia. El suelo estaba cubierto por juncos limpios, que habían aromatizado con hojas de menta. Las mesas, tableros con caballetes, estaban dispuestas en forma de u; las de ambos lados se habían rodeado con bancos y taburetes, y perpendicular a estas, y encima de una tarima de madera, se hallaba la otra mesa con sillas señoriales. Eleonora supuso que era el lugar destinado para el barón, la baronesa y su familia. Le asombraron y agradaron, desde luego, los manteles color azul que cubrían los tableros de las mesas; sobre la superficie había jarrones con plantas silvestres de la zona. Era del todo evidente la mano femenina de Margaret en los detalles y adornos. Como señora del castillo hasta la

fecha, había desempeñado sus obligaciones a la perfección.

Deslizó la mirada hacia las ventanas, se trataban de vidrieras artesanas que debían ser muy costosas. Eleonora observó el techo con vigas de roble, de donde pendían estandartes con la espada culminada con una corona de rosas rojas, y en cuya hoja había enrollada una serpiente de oro. Siguió con su escrutinio y concentró la atención en los bellos tapices que colgaban de las paredes de piedra, adornados con intrincados motivos de batallas y de trabajo en el campo. Llegó a la conclusión de que ese lugar no tenía nada que envidiar al palacio del mismísimo rey, y que a Steph le importaba la comodidad de su familia y sus gentes. Margaret se había encargado de ayudarlo.

Eleonora se acordó de su padre. Siempre había alardeado de lo bien que llevaba el hogar, pero en aquel momento pensó que si hubiera visto la eficiencia de la tía, se hubiera quedado sorprendido, pues la mujer había dedicado esfuerzo en los pequeños detalles y en la comodidad. Pensó que aún le quedaba mucho por aprender, y que le pediría a Margaret que le enseñara.

No tardaron en aparecer los sirvientes con bandejas de comida, que depositaron en las mesas. Había mucho que celebrar esa noche, Nígel, Morris, Alfred y muchos otros se sentaron e hicieron buena cuenta de los alimentos. Pero Eleonora y Steph estaban agotados y solo deseaban descansar, por lo que pidieron que les subieran una bandeja con algo de comida y bebida. Margaret se encargó de acompañar a la pareja a su alcoba. Durante el trayecto, la tía le narró a la baronesa anécdotas de las travesuras de su sobrino. Cuando era un crío y apenas había empezado a andar, tomó la costumbre de beber leche en el mismo cuenco de los gatos que había en los establos, como si él fuera también un felino. Las carcajadas resonaron por los pasillos mientras Steph intentaba cambiar de tema sin mucho éxito.

Eleonora suspiró de tranquilidad al llegar a la alcoba que compartiría con su esposo. Margaret ordenó que llevaran agua caliente. La idea de tomar un baño relajante iluminó los ojos de la nueva baronesa. Después de que llenaran la bañera de madera de agua, Margaret se retiró y dejó a la pareja sola. Steph contemplaba a su esposa mientras esta observaba la estancia. Por cómo brillaban sus ojos azul índigo se sentía complacida.

Y el barón no se equivocaba, pues ella estaba maravillada. Los

aposentos de su esposo eran magníficos, había detalles lujosos en todos los rincones. Los candelabros eran de oro, el suelo estaba cubierto por mullidas alfombras de calidad, la enorme cama de madera labrada estaba cubierta por un dosel de gasa blanca con bordados en oro. Debajo de la ventana había tres arcones de madera bellamente tallados con motivos religiosos. Contuvo la tentación de acercarse y abrirlos para descubrir sus tesoros. Había un hogar en un rincón, donde crepitaba un suave fuego. De hecho la estancia estaba tibia debido al sistema de calefacción que había construido el barón después de hacer un viaje comercial a Castilla, pero la chimenea proporcionaba la calidez hogareña que tanto había echado de menos durante el viaje. En la repisa de la chimenea había dos cálices de oro con piedras preciosas incrustadas de todos los colores. En paralelo, y a una cierta distancia para que no se prendiese fuego, había una mullida piel con cojines. Era el lugar idóneo para tomarse un descanso y contemplar, abstraído, danzar las llamas entre los troncos. Detrás de ese rincón tan perfecto, había una mesa y dos sillas. Separada por unas cortinas de tul estaba la bañera de madera con agua humeante, y Eleonora se dirigió hasta allí.

—¡Oh, qué ganas de darme un baño! —exclamó ella en un tono apremiante.

—Voy a buscar a Mary para que te ayude —mencionó él, detrás de ella—. Yo tengo que asegurarme de que todo esté bien. —Su esposa se dio la vuelta—. Volveré en un rato para cenar contigo.

En los labios de Eleonora se insinuó una cándida sonrisa. Steph no pudo resistirse y le depositó un beso en la boca, tan ligero y suave como una pluma. Él se marchó y ella se sentó en el borde de la bañera; aún se sorprendía por la delicadeza que era capaz de mostrar un guerrero tan temible como Steph. Desde donde estaba podía contemplar el lecho, era tan magnífico como todo lo demás y se sonrojó al pensar en los ratos placenteros que, seguramente, experimentaría con él. Ahí engendrarían a sus hijos, y la palabra «familia» le dejó un sabor agridulce. Por un lado nada la haría más feliz que formar la suya propia, pero por otro lado no podía desprenderse de los recuerdos del pasado. Su otra familia seguía viviendo en su corazón, y no se permitiría olvidarlos, se los habían arrebatado de una manera demasiado cruel, utilizando la mentira y la

manipulación. Apretó los puños cuando el rostro malvado de Barnard se alzó por encima de los demás pensamientos. Steph le había prometido que se vengaría por ella; solo deseaba que Barnard recibiera su merecido, y su padre y su hermano quedaran limpios de toda culpa.

Un ruido en la puerta la sacó de sus pensamientos. Era Mary, que había acudido a ayudarla. Se tomó el baño tan deseado, y pareció renovarle su espíritu. La doncella le lavó el cabello, después se permitió descansar con su cuerpo sumergido por completo en el agua caliente. El efecto del calor sobre su piel provocó que su musculatura aliviara la tensión debido al viaje. Incluso el dolor del lumbago parecía diluirse. Se escuchó suspirar más de una vez, y salió de la bañera cuando el agua se enfrió por completo.

Luego, Mary le peinó su cabellera y la ayudó a ponerse un camisón blanco, tan delgado que sus pezones y el vello púbico quedaban a la vista. Mary sonrió con picardía y Eleonora se sonrojó; nunca hubiera imaginado que llegaría a ser tan atrevida.

—¿No crees que es demasiado indecente, Mary? —preguntó la baronesa.

—No, a un hombre hay que mostrarle lo justo para que arda de deseo. Lo aprendí en la corte. Y creedme cuando os digo que funciona. Querréis que solo tenga ojos para vos, o si no, se buscará a otra y no podréis hacer nada. Esto también lo aprendí en la corte.

La mera idea de que Steph buscara a otra mujer la estremeció de pies a cabeza.

—Eso no puede pasar nunca.

—Entonces, tendréis que tentarlo y complacerlo. Los hombres como Steph rara vez se enamoran, para ellos el matrimonio es una obligación, un paso para conseguir herederos. Si lo satisfacéis lo suficiente no buscará a otra.

—Oh, Mary, yo supe lo que pasaba entre un hombre y una mujer porque irrumpí en la alcoba de mi hermano y él estaba con una mujer. Nadie me ha hablado de cómo satisfacer a un esposo en el lecho. No sé qué hacer... —mencionó totalmente compungida.

De pronto, el miedo la crucificó al pensar que su esposo podía buscar a otra si no lo complacía. Ella había sido una esposa impuesta; sus amantes, que seguramente tendría por la fortaleza, las habría

escogido porque eran mujeres que le gustaban. ¡Vaya, ni tan siquiera sabía si le agradaba como mujer!

—Yo puedo explicaros algunas cosas, milady —sugirió la doncella entre risitas pícaras.

—Sí, explícame lo que sepas, te lo ruego.

En eso estaba la doncella cuando apareció Steph. Él llevaba el cabello castaño mojado, la humedad provocaba que sus reflejos rojizos fueran más intensos. Se había dado un baño en el lugar donde lo hacían sus caballeros; había creído oportuno dejarle a su esposa la comodidad de la alcoba y de una bañera a rebosar de agua caliente. Había sido un viaje duro, debido al barro y al trayecto en sí, y más para ella, pues no estaba acostumbrada. Pero había aguantado, apenas se había quejado y lo había sobrellevado bien.

Eleonora estaba sentada esperando a su esposo. Cuando este entró, se levantó para recibirlo, entonces Mary hizo una reverencia a su señor y se fue de inmediato, consciente de que debía dejarlos solos. Al barón le temblaron las rodillas al contemplar el espectáculo sensual que ofrecía su esposa con su camisón casi transparente. A duras penas controló su miembro, que se alzó y se endureció. Sus testículos se hincharon y la zona se tensó provocándole un dolor placentero.

—¿Cenamos? —preguntó ella, con sus ojos preciosos clavados en la anhelante mirada de su esposo.

Steph cabeceó, tuvo que asimilar lo que su esposa le decía, pues todos sus sentidos estaban centrados en las curvas que se intuían bajo la ropa de Eleonora. Él quiso decirle que sí, pero su voz parecía haber desaparecido. Se preguntó si desear hasta la desesperación a su esposa era normal, pues él anhelaba como un loco adorar su cuerpo, pasear su dedos por los montículos de sus pechos, beberse el cálido placer que desprendían sus labios mientras empujaba su miembro entre sus piernas una vez detrás de otra. Ella se sentó y él hizo lo mismo, pero el tirón que experimentó su pene lo hizo gemir desbocado. ¡Dios santo, estaba tan excitado que temía explotar allí mismo para su vergüenza eterna!

—¿Te sucede algo? —preguntó la baronesa con inocencia al escuchar el jadeo de su esposo.

El barón alzó una de sus cejas, se sirvió un poco de vino y se lo bebió de un trago, pero ni así consiguió que su deseo menguara. La

frente empezó a perlarse de sudor por el esfuerzo que le suponía retener su semen en los testículos. Había decidido no presionar a su esposa esa noche, ya que prefería que descansara para que se recuperara antes de reclamar su cuerpo tentador. Pero en ese momento asumía que no lograría llegar vivo a medianoche. De hecho, miró la cama y no sabía cómo lograría alcanzarla sin estallar por el camino.

—Steph, ¿me has escuchado? —preguntó Eleonora ante su silencio, y al ver su mirada fija en el lecho—. Te he preguntado si te sucede algo.

El hombre la miró.

—No, nada, tenía sed, pero ya ha pasado —dijo con más pena que gloria el barón, mirando su copa vacía.

—Entonces empecemos —sugirió paseando sus ojos por la bandeja de carne asada y el pan recién hecho.

Eleonora le sonrió, y Steph apretó los dientes. Toda ella era tentación: sus sonrisas, sus gestos mientras se llevaba un trozo de pan a la boca. Se obligó a comer a fin de mantener ocupado sus sentidos en otra cosa, pero nada funcionaba. Fue entonces cuando ella cogió su copa, se mordió el labio inferior y bebió, para después relamerse una gota de vino que había quedado en su boca. Eso fue demasiado para un hombre que le bullía la sangre.

—No hagas eso... —dijo en un hilo de voz Steph—. O si no... —Se llevó la mano a su entrepierna, su miembro estaba tan duro que un leve roce provocaría el estallido final.

Ella clavó sus ojos en los de él, no entendía mucho de placer, solo estaba llevando a cabo algunas de las cosas que le había dado tiempo de enseñarle Mary, antes de que apareciera su esposo. Aun así creyó ver deseo en los ojos de este.

—¿Me...me deseas...? —preguntó ella con timidez, se levantó y a la luz de las velas y de las llamas del fuego, su piel resplandecía bajo la fina tela del camisón.

A Steph le sorprendió la pregunta, ¿cómo podía dudarlo?

—Con todo mi ser… —exhaló rotundo, deslizó sus ojos por el cuerpo de su esposa, afirmando sus palabras.

—¿Y siempre me desearás como ahora y no buscarás a otra?

El barón se levantó, le había sorprendido la pregunta. Rodeó la

mesa y la agarró por los hombros. En la mirada de su esposa brillaba la desconfianza.

—¿Por qué iba a desear a otra? Nora, eres mi esposa, no lo olvides nunca.

—Como si eso fuera suficiente, estamos casados por imperativo real. Aquí, en Bridgeman, debes tener amantes. Mi hermano las tenía en Galloway, todos los hombres tienen amantes. Seguramente son mujeres que te gustan, que escogiste con libertad; a mí no me escogiste.

Steph estalló a carcajadas. Ella hizo un mohín de disgusto, quiso apartarse de él, pero la atrapó agarrándola por la cintura y no pudo moverse.

—¡Oh, déjame, te estás burlando de mí! —espetó forcejeando—. A mí no me hace gracia.

—No me estoy burlando de ti.

Ella pareció que lo creía, porque se quedó quieta y le rodeó el cuello con sus brazos.

—¿Me lo prometes?

—Te lo prometo. Te aseguro que no quiero estar con ninguna otra salvo contigo.

La expresión de la baronesa se tornó inocente.

—Mary dice que debo complacerte para que no te vayas con otra, que en la corte...

—En la corte abunda el libertinaje sin escrúpulos. Siempre he huido de esos ambientes. Además, tú ya me seduces sin pretenderlo, pequeña, y ni siquiera te das cuenta. Solo tengo ojos para ti.

—Demuéstramelo. —Se atrevió a decir ella.

—Tienes que descansar, recuerda que aún arrastras secuelas del viaje y de la primera vez.

Eleonora negó con la cabeza.

—Ya no... —dijo en un tono meloso.

Era el permiso que necesitaba Steph para asaltarla con todos sus sentidos. No esperó ni un segundo más, todo él agonizaba, por lo que la cogió en brazos y la depositó en el mullido lecho de plumas.

Sus enormes manos acariciaron la piel de sus piernas, de sus muslos, de sus caderas… Sus labios recorrieron sus pechos y su lengua jugueteó con sus pezones. Ella no paraba de gemir; y cuando creía que

ya no podría aguantar más, su esposo tocó los pétalos de su femineidad. La mujer nunca pensó que se pudiera sentir tanto placer, y gimió fuerte cuando acarició el lugar empapado con la más sensual de las fragancias. Él atrapó de su boca sus jadeos agitados, reclamando sus labios con ferocidad.

Steph introdujo en su apretado interior un dedo, dos, tres… y empezó a moverlos mientras que con el pulgar acariciaba íntimamente el centro de su placer. Él la excitaba despacio, utilizó todas sus armas sensuales. Despertó en ella una pasión alocada, primitiva y ardiente. Se retorcía bajo su cuerpo; y cuando ya no pudo más, levantó las caderas demandando más de él.

—Tranquila, pequeña —gimió cerca de su oreja, agarró sus caderas para mantenerla quieta mientras él se situaba entre sus muslos y tomaba la posición correcta para introducir su miembro—. Ahora entraré dentro de ti.

Steph se abrió paso introduciendo el glande, se esforzó en ir con cuidado, pero ella se aferró a él para acercarlo más. El barón no pudo dominar su propio deseo y se hundió profundo. Una oleada de placer recorrió el cuerpo de los amantes, ambos respiraban entrecortadamente, Steph se retiró y después empujó con más fuerza, arrancando gritos de placer a Eleonora.

Él no podía detenerse, era incapaz y gruñó a la par que la embestía con descarnada necesidad. El ritmo de las caderas de Steph creció en intensidad cuando ella se arqueó: entraba y salía, entraba y salía, sin poder detenerse. Ambos habían perdido el control de sus cuerpos, el deseo feroz era quien guiaba a los amantes. Se habían entregado a la cópula en cuerpo y alma, llevándolos al límite, a gritar desesperados. Las pupilas de la pareja se agrandaron cuando las contracciones del sublime placer empezaron a cubrir el bajo vientre de él y de ella. Todo acabó en un estruendoso gemido, que los dejó maravillados y satisfechos. El deseo había ganado la batalla y languidecieron abrazados. Después se miraron, Steph le cubrió el rostro de besos y Eleonora le acarició la espalda.

El barón se obligó a salir de encima de su esposa. Había una parte de él tremendamente complacida; sin embargo, no se sentía orgullo de haber perdido el control de esa manera tan lasciva. Su cuerpo había dejado de pertenecerle y se había dejado llevar por unas emociones

que jamás había sentido. Él siempre había alardeado de su disciplina, se sentía orgulloso de un cuerpo que dominaba. Sin embargo, todo había cambiado.

La baronesa no podía dejar de observar a su esposo. Le asustó su silencio, se puso de costado, hincó un codo en el lecho y apoyó su mejilla en la palma abierta.

—¿He hecho algo mal? —preguntó.

Steph giró el rostro. ¿Cómo podía pensar tal cosa? ¡Pero si el lecho casi arde en llamas de tanta pasión! Contempló su melena revuelta, sus ojos azules brillantes de satisfacción, sus labios rojos por sus besos. Notó cómo su miembro se endurecía de nuevo, la deseaba con todo su ser, su corazón la reclamaba. No quiso pensar en nada más que no fuera en la beldad que estaba desnuda a su lado. La atrajo a su cuerpo y le susurró a los labios.

—Pues no lo sé, tendremos que probar de nuevo para saber si has hecho algo mal.

Capítulo 8

Eleonora y Steph recibieron los rayos del sol, que se colaban por la ventana, con una sonrisa en los labios. No era para menos, pues durante la noche habían satisfecho sus cuerpos anhelantes de todo. Ella aún seguía flotando en una nube y temía que, de un momento a otro, cayera de bruces al suelo. No podía creerse que su matrimonio, uno del que había intentado huir, le estuviera aportando una felicidad que nunca imaginó posible. En algún momento se estropearía; nadie podía ser tan feliz durante mucho tiempo, y mucho menos eternamente. Había visto demasiadas veces cómo de un día para otro se caía del cielo, para ser devorados por un infierno de penurias. Ella había probado la hiel de la vida cuando Barnard apareció en su vida.

Pero no quería pensar en ello, debía afrontar el futuro con su mejor cara, hacer que su vida junto a su esposo funcionara, y que ambos consiguieran conquistar una dicha al alcance de pocos. Eleonora se dio cuenta de que se había despertado demasiado optimista y que era mejor enfriar sus expectativas. Ambos estaban de lado, mirándose el uno al otro.

—Buenos días —saludó la baronesa, esbozó una sonrisa espléndida.

—¿Buenos días? —Él alzó la cabeza lo justo para mirar la ventana por donde entraban los rayos solares, y por la inclinación de la luz

supo que no era de mañana—. Creo que es mediodía.

Eleonora puso cara de sorpresa al tiempo que su esposo salía del lecho. Él se sentó, y ella observó su cuerpo fornido. La había poseído varias veces durante la noche, pero seguía sorprendiéndose que un cuerpo tan grande y unas manos igual de grandes pudieran darle tanto placer sin lastimarla. Sus músculos mostraban el resultado de años de entreno, su poder quedaba a la vista con cada flexión, y si ya con esa tarea tan simple como la de vestirse mostraba tanta fuerza, no quiso imaginar el aspecto que tendría su esposo luchando en el campo de batalla.

—¿Quieres que pida que nos suban el almuerzo aquí? —le preguntó Steph mientras se terminaba de vestir.

—No, bajaremos a almorzar en el gran salón. Ayer noche no cenamos con tu gente y no quiero que piensen que solo te quiero para mí, tú tienes responsabilidades que atender.

Él, que ya se había ataviado con las calzas, botas, la camisa y el veste, caminó hasta Eleonora y se sentó en el lecho. Le sonrió y acercó la mano de su esposa a sus labios, la besó con galantería. Después le dijo:

—Estamos recién casados, te aseguro que se hacen una idea de lo que hacemos aquí encerrados. ¡Engendrar un heredero requiere de tiempo! —comentó en un tono travieso—. Además, pueden estar unos días sin mí.

Ella se tapó la cara con las manos.

—¡No quiero ni imaginar los comentarios que están diciendo ahora mismo!

Steph rio.

—Supongo que lo dicen de todos los recién casados, no debes apurarte. Al menos no hablaran de estas cosas delante de nosotros, ¡y pobre de alguien que comente algo soez en tu presencia!

Se escuchó a alguien llamar a la puerta.

—¿Está despierta, milady?

—Sí, adelante, Mary.

La puerta se abrió y apareció la doncella para ayudar a la baronesa a vestirse. Llevaba en los brazos un vestido verde y un peyote entallado, con motivos geométricos, y ajustado en la cadera con un cinturón.

—Yo te espero abajo para almorzar juntos —manifestó el barón. Cuando abrió la puerta para salir, se acordó de un asunto—. Por cierto, en uno de esos baúles hay sedas para que te confecciones un guardarropa nuevo, y en otro hay joyas. En la primavera llegarán más barcos con telas, velos, adornos y joyas, y esas cosas que os gustan tanto a las mujeres.

Le sonrió y cerró la puerta una vez que salió. Eleonora se levantó de golpe, dio un paso para acercarse a los baúles, pero se detuvo al acordarse de que tenía que bajar a almorzar junto a su esposo; ya habría tiempo de escoger telas.

—Tenéis un esposo muy generoso, milady —dijo Mary.

Eleonora sonrió.

Sin más se reunió con Steph en el gran salón. Almorzaron, inmediatamente después atendieron los litigios de su gente, y para sorpresa de la baronesa, Steph tuvo en cuenta sus opiniones antes de tomar alguna decisión de cada caso. Sin duda, quería que se integrara a la dinámica de Bridgeman, que apreciara el lugar y a sus habitantes tanto como él. En aquel momento a ella le dio un vuelco su corazón al verlo tan claro como el agua: ese era su hogar, y el que estaba sentado a su lado era el mejor esposo que podía tener, al que empezaba a amar más que a su propia vida. Lo amaba. Y no tenía miedo, al contrario, una especie de calor inundó sus venas y se sintió más fuerte que nunca. Entonces sus miradas se cruzaron, y ella se preguntó si Steph sentía lo mismo que ella. Estuvo tentada a preguntárselo, pero se detuvo justo a tiempo, cuando pensó que un hombre como él no amaría nunca a una esposa impuesta. Era mejor conformarse con lo que tenía, aunque no pudo evitar que su corazón deseara que él algún día llegara amarla y que se lo confesara.

Después de atender los litigios, Steph le enseñó la fortaleza desde lo más alto de la torre del homenaje, la torre más elevada de la fortaleza. Eleonora se quedó boquiabierta ante el paisaje. La inmensidad del mar y de la bóveda celeste la hicieron sentir pequeña. La brisa salada inundaba sus fosas nasales de un aroma ya conocido por ella, pues su esposo olía de la misma manera: esa combinación suave a sal y a algas marinas impregnaba el cuerpo de su Steph como si fuera una segunda piel, porque él siempre había formado parte de ese lugar.

Desde esa altura podían apreciarse todos los ángulos de la fortificación. El patio de armas era el más grande; sin embargo, había otros más pequeños, por los que se accedía a los talleres del herrero, del carpintero, de los orfebres, armeros, alfareros, fabricantes de flechas... y a los hogares de los sirvientes y de algunos de los campesinos. Los otros poseían sus viviendas cerca de las hazas que cultivaban, y que también se atisbaban desde esa altura.

Después, abandonaron la torre del homenaje, Steph le quería enseñar sus dominios y cuáles eran sus fronteras. Agradeció salir de la vista de sus soldados; desde el primer momento en el que se casó con ella, había temido la reacción de sus hombres, y no se había equivocado. Se mostraban más idiotas que de costumbre, la contemplaban con la boca y los ojos abiertos; incluso había algunos de los que entrenaban que, cuando pasaron por delante, mostraron su agilidad con la espada en un intento de llamar la atención de la baronesa. Pero ninguno tuvo éxito, y más les valía, porque el castigo que hubieran recibido debido a sus celos no les habría gustado.

Lo cierto era que ella no se daba cuenta de la agitación que provocaba entre sus soldados; no era consciente de su belleza etérea. En el fondo sintió un gran alivio, porque no quería sacar la conclusión de que su esposa podía estar buscando amantes para pasar el rato, tal como había hecho su madre.

La pareja iba montada sobre Hércules y cruzaron bosques, colinas, prados... para terminar deteniéndose en una playa que también pertenecía al barón. A los lejos se divisaba Bridgeman, que ese día estaba rodeada por un ligera neblina debido a la humedad del otoño, y le otorgaba a la fortaleza un aire mágico, como si en aquel lugar vivieran hadas, príncipes y princesas. Dieron un paseo por la arena, las olas en constante movimiento iban y venían. A veces la espuma los salpicaba y les arrancaba risas.

Steph se sentó en una roca e instó a su esposa a que lo hiciera en su regazo. Hablaron del futuro, de las nuevas rutas de comercio que él quería abrir, de los hijos que tendrían y los nombres que les pondrían. Era tanta la felicidad que experimentaban, que Steph no pudo reprimir sentirla y la besó con intensidad. Le siguió una osada caricia, y otra, y otra, y otra más... El deseo los conquistó, y ella se puso a horcajadas sobre su esposo para que él la penetrara centímetro a centímetro.

Después lo cabalgó con ímpetu, con la fiereza de una mujer enamorada que quería sentirlo a todas horas. Y cuando terminaron entre jadeos y convulsiones placenteras, se abrazaron sobre la arena y dejaron que el sonido de las olas los envolviera y los transportara al mundo de los sueños.

Steph se despertó de golpe al notar algo frío en su mejilla. Empezaba a llover y maldijo para sus adentros, consciente de que se había quedado dormido en medio de la nada, expuesto a cualquier ataque. Miró a su esposa, que seguía durmiendo en sus brazos como si lo hiciera en el lecho. Sacudió la cabeza incapaz de creerse que fuera tan irresponsable, pues no solo corría peligro él, sino que si su esposa caía en malas manos, o los mercenarios de Barnard estaban cerca y aprovechaban aquella ocasión de oro para hacerlos prisioneros, lo perdería todo, porque ella se estaba convirtiendo en su punto débil y sus enemigos se valdrían de ello. Él mismo y sus caballeros en Tierra Santa habían utilizado a los hijos y mujeres de sus contrincantes para ganar batallas.

Steph despertó a su esposa, lo hizo bruscamente debido a lo enfadado que se encontraba. Ella lo miró con sus ojos medio adormecidos todavía; bostezó, estiró los brazos y le sonrió. Eso bastó para desearla de nuevo, y aún se enfadó más.

—¡Ya es hora de regresar! —voceó él.

La furia de su tono fue suficiente para que ella se apartara de su esposo y se levantara rápido de la arena. Se arropó con su capa para protegerse de la ligera lluvia que había empezado a caer.

—Creo que me he quedado dormida. ¿Y tú?

Él no respondió, y ella se estremeció al ver la ira reflejarse en sus ojos verdes. No entendía lo que había sucedido para que su esposo hubiera cambiado tanto en un intervalo de minutos. Había pasado de poseerla con ternura a mirarla con odio. Aun así no se atrevió a preguntar y dejó que él la ayudara a subir a los lomos de Hércules en silencio. Y en silencio hicieron el camino de regreso a la fortaleza.

Steph dejó a su esposa en la seguridad del castillo, y él puso de excusa que debía atender unos asuntos antes de que oscureciera. Lo cierto era que necesitaba alejarse, pues si se quedaba junto a ella temía sucumbir a lo que su cuerpo le pedía y su corazón le gritaba. Definitivamente se estaba volviendo loco, ¡ella lo estaba volviendo

loco! No podía dejar de pensar en esa mezcla de inocencia y atrevimiento que su esposa poseía. Ya lo había sorprendido nada más se había casado con ella, esa fuerza defendiendo a su hermano y a su padre, en el instinto de protección para con su doncella, incluso dispuesta a recibir el castigo. Toda ella era inusual: su sonrisa, el brillo pasional de su mirada azul, sus curvas perfectas, su aroma a flores de primavera... Y lo desarmaba, y cada día su necesidad por ella aumentaba a pasos agigantados. No era normal desear a una esposa con la furia que deseaba la suya. De hecho, no había conocido a ningún barón que amara a su esposa, ellas solo eran meros trámites para conseguir hijos, nada más. Y él debía centrarse en ese «nada más» antes de que todos se dieran cuenta de su punto débil y lo utilizaran para derrotarlo.

Llegó al patio de armas, donde estaban sus caballeros entrenando junto a los soldados. Estaban recogiendo, pues el sol se estaba poniendo y pronto oscurecería. Nígel fue el primero que lo vio, y le preguntó:

—¿Ya has regresado?

—Sí —contestó mientras ayudaba en la tarea de entrar las armas que habían utilizado en el torreón.

—Te ha llevado todo el día enseñarle a tu esposa tus dominios —mencionó Alfred en un tono burlesco, que con su acento italiano la chanza se remarcó aún más.

—Bueno, hay muchos rincones que enseñarle —añadió Morris a la puya, utilizando el mismo tono jocoso de su compañero—. ¿Quieres que mañana nos encarguemos de los entrenamientos otra vez? Seguramente tendrás más lugares que mostrarle. Nosotros nos ocuparemos de todo, y de que nadie te moleste.

Steph gruñó como un carnero enfurruñado como respuesta, miraba las armas, abstraído; estaba allí, desde luego, pero su mente permanecía en otro lugar.

—Tienes ojeras, te ha mantenido despierto toda la noche, ehhh —manifestó Nígel.

Todos rieron menos el barón, que apenas los escuchaba. Unos soldados entraron las últimas armas que quedaban en el patio.

—¿Qué te pasa, Steph? —preguntó Morris.

El barón pareció reaccionar. Contempló a su caballero, su mirada

ambarina expresaba amistad, siempre había sido un buen amigo, como los demás caballeros. Los miró a todos y agradeció tenerlos a su lado.

—Mañana me encargaré de los entrenamientos yo mismo —dijo Steph, estaba dejando sus obligaciones a un lado y no quería que sucediera, el recuerdo de su padre seguía pesando demasiado.

—Steph, nosotros entendemos que quieras pasar tiempo con tu esposa. —Se aventuró a decir el italiano.

El barón los contempló a todos manteniendo un largo silencio. Se preguntó si ellos se habrían dado cuenta de lo mucho que lo estaba afectando su esposa.

—¿Vosotros notáis que empiezo a tener un punto débil que no me puedo permitir? —preguntó de golpe, deseando saber la opinión de sus hombres de confianza.

Los caballeros se miraron unos a otros, en esa ocasión fueron ellos los que guardaron un largo silencio. Nígel, el más joven y más impulsivo, fue el que primero se atrevió a hablar.

—Nos estamos dando cuenta de que tu esposa te importa.

—¿Cómo os habéis dado cuenta?

—Por cómo la miras, por cómo la tocas y la cuidas —explicó Morris.

Steph cogió una flecha y acarició la punta.

—Empiezo a pensar que tener una esposa tan bella como Eleonora tal vez no sea tener suerte, sino una maldición.

Alfred tuvo la necesidad de suavizar la tensión del barón.

—Supongo que también es la novedad. Tal vez sea un encaprichamiento que pasará con el tiempo.

—Sí, es eso, seguro que se trata de eso, solo es la novedad, y espero que se me pase pronto —concluyó Steph, en un intento de buscar una solución a su problema, y le parecía una deducción acertada, dejó la flecha en el carcaj—. No me puedo permitir sentir nada por mi esposa. Vosotros sabéis tan bien como yo que cualquier punto débil será utilizado contra Bridgeman. Nosotros lo hicimos en el pasado con nuestros rivales.

—Sí, y no fue agradable —señaló Morris, meneó la cabeza al no querer recordarlo.

—Cuando me canse de poseerla y me dé un heredero, este

sentimiento desaparecerá, entonces me buscaré a otra que sacie mi deseo, y mi esposa dejará de importarme.

***

Eleonora estaba en la alcoba que compartía con su esposo y decidió que abriría los baúles para ver las telas que había, ya que tenía muchas ganas de confeccionarse un guardarropa nuevo. Abrió uno de los baúles y se encontró con prendas masculinas, sobre estas había una daga, la cogió y la acercó a la luz de la vela. Era una pieza exquisita, en cuyo mango de oro había incrustadas piedras preciosas. Se sentó en el baúl que había pegado al abierto y se preguntó qué historia habría tras la daga para que su esposo la guardara entre sus pertenencias.

En ese momento subía Steph para que Eleonora lo acompañara a cenar al salón, abrió la puerta y se encontró a su esposa sosteniendo entre su delicada mano el arma que había utilizado su padre para matar a su madre y después quitarse la vida. Su corazón dio un vuelco, la escena de cuando encontró a sus padres muertos en esa misma alcoba se hizo real en su mente. Una fuerza inusual en él lo obligó a acortar la distancia que lo separaba de su esposa a zancadas largas; cuando llegó a ella, le arrancó, literalmente, la daga de las manos. Eleonora se levantó asustada y, con la saliva atascada en su garganta, dio un paso atrás al percibir que la mirada verde de su esposo carecía de humanidad.

—¡No vuelvas a tocar mis cosas, ¿entendido?! —soltó a voz de grito el barón, tan fuerte que sus palabras resonaron entre las paredes de piedra como si fuera una bestia que aullara.

Ella no reconocía a su esposo en el hombre que se erguía frente a ella como si deseara estrangularla. Quiso salir corriendo, entonces miró la puerta con anhelo; sin embargo, no pudo dar un paso, para su frustración sus rodillas temblaban y sus pies habían perdido toda capacidad de andar debido a la sorpresa que le había supuesto conocer una parte de su esposo que hubiera preferido no advertir jamás.

Steph no dijo nada, se limitó a guardar el arma en el baúl y lo

cerró con tanta fuerza que emitió un gran estruendo. Después, dio media vuelta y salió de la alcoba dando un sonoro portazo, que provocó que ella diera un respingo de pavor. Eleonora observó la batiente de madera, ni tan siquiera la había mirado ni dado una explicación; quizá era lo que más le dolía. Estaba helada debido a la impresión, no entendía nada, y tuvo que acercarse al hogar para que las llamas calentaran su piel. Solo tenía ganas de llorar, pero incluso sus lágrimas parecían tener miedo del estallido de Steph, pues se quedaron dentro haciendo una bola pesada en su interior.

La baronesa estuvo largo rato analizando en su mente la escena vivida con Steph. Sin embargo, nada de lo sucedido revelaba el motivo de su comportamiento. Supo que su esposo seguía enfadado con ella porque Mary le llevó una bandeja con la cena, que dejó en la mesa. Su doncella tenía el rostro triste y apretaba los labios; aun así, con disimulo, la miró de soslayo. Eleonora dedujo que buscaba marcas de golpes; quiso reír, pero el miedo aún corría por sus venas y sus labios se negaron a alargarse.

Miró a la muchacha con cariño, entre ellas había florecido una amistad y no la consideraba una sierva, sino su amiga. De modo que no tuvo reparo en calmar sus temores, sabiendo que al no acudir al salón a cenar, Mary había deducido que algo malo había sucedido entre ellos.

—No temas, mi esposo no me ha hecho daño.

En los ojos castaños de la doncella brilló el alivio, incluso hundió los hombros, como si hubiera sido liberada de un gran peso.

—Lo siento, milady, si estoy siendo atrevida, pero su esposo no está en el salón cenando.

Eleonora había dado por hecho que el barón estaba en el salón, por lo que agradeció que su doncella la hubiera informado.

—Gracias, Mary, por mantenerme informada. ¿Sabes dónde está?

—Nadie sabe dónde está, milady. Solo dio la orden de que le subiésemos la cena. Joana tampoco ha bajado a cenar. Vuestra tía tampoco sabe dónde está el barón, y no ha prestado atención a las habladurías que circulaban sobre el asunto.

Eleonora aún no había hablado con Joana sobre su reacción cuando Steph se la presentó. No quería que la viera como a una enemiga y pensó que ese sería un buen momento para dialogar con la

muchacha. Echó un vistazo a la bandeja con la cena: pescado en escabeche, pan, queso y una jarra de cerveza.

—Y Joana, ¿sabes dónde está?

—Creo que se encuentra en su alcoba.

Eleonora decidió ir hasta allí y hablar con la jovencita. Debía apartar de la mente a su esposo antes de terminar loca de remate en busca de una explicación que no encontraba al estallido de Steph. Los pasillos y las escaleras de caracol estaban iluminados por teas colocadas estratégicamente en las paredes. Se dio cuenta de que en esas paredes había representaciones del emblema de la familia. De hecho, en todas las estancias que había estado hasta el momento estaba presente el blasón de Bridgeman, bordado en enormes telas que colgaban de paredes y techos; y sobre las puertas estaba esculpido en la piedra. Eran fieles testimonios de que los Bridgeman habían habitado en aquel lugar durante generaciones, incluso cuando ese inmenso castillo, impenetrable y seguro como muy pocos, había sido solo una fortificación de madera que se había transformado, poco a poco, en la magnífica edificación presente. Galloway no tenía tanta historia, pero la fortificación también era tan impresionante como la de Bridgeman. Solo esperaba que Steph pudiera expulsar a los nuevos habitantes, que con malas tretas se habían apoderado de algo que no era de ellos.

Cuando estuvo frente a la puerta de los aposentos de Joana, pensó que ella era la baronesa de Bridgeman, y que no tenía que pedir permiso para entrar donde quisiera. Sin embargo, ese gesto de autoridad no sería bien recibido por una muchacha con carácter, que la percibía como una intrusa. No quería que la jovencita la aborreciera aún más, por lo que llamó golpeando, con suavidad, la madera con los nudillos. Pero nadie le abrió, fue entonces cuando escuchó unas risas: sin duda esa muchachita no estaba sola. Volvió a aporrear la puerta, en esta ocasión con más fuerza, entonces las risas cesaron. Escuchó unos pasos, y la puerta se abrió.

Frente a ella había una muchacha de la misma edad que Joana, de cabellos rubios y ojos grises, que estaba comiéndose una manzana; debía tratarse de alguna amiga que vivía con su familia dentro de la fortaleza. La desconocida, al darse cuenta de quién era, abrió los ojos como platos mientras escondía a toda prisa la fruta detrás de su

cuerpo. Tragó la manzana que tenía en la boca con tanta precipitación que casi se atraganta, y se inclinó en una reverencia.

—Milady… —logró articular aguantándose la tos.

—Hola, ¿cómo te llamas?

La joven carraspeó.

—Ursula Latham, soy la hija de una de las cocineras.

Eleonora miró por encima del hombro de la muchacha y vio a Joana frente al fuego, sentada en una butaca, ignorándola por completo. Eleonora vaciló, a lo mejor no era el momento, ya que se lo pondría difícil, pero estaba dispuesta a conversar con ella para que viera que no era su enemiga, sino su amiga.

—¿Me dejas un momento a solas con Joana? —pidió la baronesa.

—¡Desde luego, milady! —exclamó Ursula—. Yo me voy a mi casa, mi madre me estará buscando.

Salió y se alejó rápido, entre trompicones, y Eleonora dedujo que su presencia la había puesto nerviosa. Suspiró, entró y cerró la puerta, se acercó a la chimenea y se sentó en la otra butaca. Las llamas parpadeaban en los ojos verdes de la muchacha, que con las pecas, le otorgaban un aire travieso.

—Eres una extraña para mí, y no quiero hablar contigo —declaró Joana, prestando atención a Eleonora por primera vez desde que entrara—. Y no pienso hacerte ninguna reverencia, ni tampoco llamarte milady.

Hablaba aferrándose a los brazos de su asiento, evidenciando que su presencia la perturbaba. Joana era atrevida, parecía no tener miedo a las represalias, aun así la baronesa lo intentaría.

—Estamos en familia, no hace falta que me trates con tanta formalidad —pidió Eleonora.

Aguardó a que su interlocutora le soltara algún comentario detestable, buscando enfadarla. Pero Joana se mantuvo con la mirada fija en las llamas. Lo cierto era que la baronesa se sentía desconcertada, sin saber muy bien qué decir, pero no le molestaba dar el primer paso, así que decidió hablar de lo que de verdad importaba.

—He venido a verte porque no entiendo el motivo por el cual me odias tanto.

Joana volteó el rostro y la miró sin emoción alguna en el rostro o en la mirada. En el último momento alzó la barbilla en un gesto

rebelde.

—Steph se iba a casar conmigo cuando fuera mayor —manifestó con lágrimas en los ojos—. Tú lo has estropeado todo.

—¿Te dijo él que se casaría contigo?

Joana apretó los labios.

—No, pero lo daba por hecho —confesó al fin.

—¿Ese era tu sueño?

—¡No! ¡Sí! —Bufó desesperada—. No lo sé...

Eleonora empezó a entender lo que le pasaba a esa jovencita.

—¿Crees que mi presencia hará que Steph se olvide de ti?

Joana dejó de aferrarse en los brazos de su asiento, entrelazó las manos sobre su regazo y agachó la cabeza.

—Sí... —sollozó ella—. Se olvidará de que existo.

—Él nunca haría algo parecido. —Eleonora se levantó, se agachó frente a ella, y posó sus manos sobre las de la muchacha en ademán cariñoso—. Además yo tampoco dejaría que lo hiciera. Eres parte de esta familia, y cuando tenga hijos tú tendrás que ayudarme a cuidarlos.

Joana posó su mirada en la de la baronesa, ya no brillaban de odio, sino que en su lugar había agradecimiento.

—¿Lo dices de veras?

—Sí, te quiero a mi lado y al lado de Steph, ambos te necesitamos.

Joana sonrió, era un primer paso importante. Eleonora se sintió satisfecha, realmente todo lo que le había dicho era cierto, y en el futuro se lo demostraría con hechos.

La baronesa salió de la alcoba de la muchacha mucho más animada. Por un rato había dejado de pensar en Steph, pero al tiempo que descendía los escalones meditaba en el asunto y necesitaba saber lo sucedido, pues parecía que la daga que había encontrado había descompuesto a su esposo por dentro. Sin duda había una historia detrás de aquella arma. Decidió buscarlo y preguntárselo, confiaba en él y sabía que no la lastimaría por muy enfadado que estuviera.

Al pasar por delante del salón familiar, que estaba ubicado frente a su alcoba, sintió ruido. Creyó que se trataba de su esposo, por lo que se aventuró a entrar. Pero él no estaba, era el fuego, que en su afán por devorar los troncos, chispeaba con alegría y le había dado la sensación de que había alguien. Sus ojos vagaron por el lugar, aún no

había visto esa estancia, y todo lo que contemplaba le agradaba. Había cuatro sillones de roble en cuyos respaldos estaba grabado el blasón de la familia, y los asientos estaban cubiertos por cojines bordados con motivos florales. A los pies de la ventana había una zona con almohadones que parecía muy cómoda y con mucha luz; sonrió al pensar que se pasaría muchas horas en ese rincón tan acogedor.

La voz de Margaret hizo que se diera la vuelta.

—Eleonora, ¿sabes dónde está mi sobrino? —preguntó.

—Es lo que también me pregunto yo, he oído ruidos y pensaba que estaba aquí.

La voz afligida de su sobrina le indicó a la tía que no se trataban de habladurías lo que había escuchado durante la cena. Realmente algo había sucedido entre la pareja.

—Anda, sentémonos un rato y hablemos —sugirió Margaret, posando su mano en el brazo de su sobrina.

Eleonora asintió y ambas tomaron asiento frente a la chimenea.

—¿Qué sucede, Eleonora? —preguntó sin preámbulos la tía—. Y no lo niegues, ninguno de los dos habéis bajado a cenar.

La baronesa echó su cuerpo hacia atrás y acomodó la espalda en el respaldo de su asiento. Pensó que no podía perder la oportunidad de averiguar la causa del enfado de su esposo por culpa de una daga.

—Abrí uno de los tres baúles, buscando las telas que me había ofrecido Steph para confeccionarme vestidos, me encontré una daga preciosa... —Eleonora se detuvo al ver el rostro lívido de Margaret, la piel de su frente se había plegado debido al esfuerzo que hacía por aguantar el llanto. Decidió ir directo al grano—. ¿Esa daga es importante? ¿Qué historia esconde? ¿Es por eso que Steph se ha enfadado tanto?

Eleonora se sintió culpable cuando vio el brillo de las lágrimas en los ojos verdes de la tía, no tardaron en deslizarse mejilla abajo.

—¡Oh, tía, no quiero entristecerte! —exclamó, afectada, la dama.

Margaret se limpió las lágrimas con el dorso de la mano.

—Tú no me entristeces, Eleonora. Lloro porque me duele saber que mi sobrino aún guarda sufrimiento en su corazón.

La baronesa se sentó de lado para poder mirar de frente a su interlocutora.

—Steph nunca me ha contado nada, no entiendo qué le pasa, y me

siento abrumada por no saber qué hacer. Quiero conocerlo todo por si puedo ayudarlo, es evidente que esa daga le recuerda a un episodio doloroso, ¿me lo puedes explicar?

Margaret se centró en su sobrina, le rogaba con la mirada y se sintió desfallecer. Se limitó a agarrarla de la mano y se la apretó.

—No soy yo quien tiene que explicártelo, él te lo contará cuando esté preparado.

Dicho esto se levantó y se marchó, dejando a una Eleonora aturdida, y aún más confundida que antes. Fue entonces cuando no pudo más y se echó a llorar con desconsuelo.

***

Era de noche y hacía frío. Ligeras nubes cubrían la bóveda oscura como si se tratara de un velo ondeante, y la luna era una mancha luminosa y difuminada. Steph hacía largo rato que permanecía quieto en las almenas de la torre del homenaje, dejaba que el ligero aire que soplaba a esa altura acariciara su cabello, se agitaba en una danza acompasada. Y a pesar de la baja temperatura él no tenía frío. Respiró hondo, el olor a salitre del mar se filtraba por la nariz, normalmente ese aroma calmaba sus pesares, pero ese día nada hubiera podido aliviar su sufrimiento.

Estaba ordenando sus sentimientos, pues, desde que se había casado, notaba que todo su interior se desmoronaba. Reconocía que sería fácil amar a una mujer como Eleonora, pero si lo hacía, se convertiría en un ser dependiente y él no quería eso, no quería ser el juguete de ninguna mujer, tal como lo fuera su padre, que había sido el hazmerreír de toda su gente. Incluso delegó sus obligaciones en otros sin experiencia que arruinaron Bridgeman, porque él estaba demasiado ocupado en satisfacer los caprichos de su madre. Y lloraba como un niño cuando ella lo rechazaba una y otra vez por alguno de sus numerosos amantes. Aun así, él adoraba a Oliver, fue un buen padre, el mejor que hubiera podido tener: comprensivo y bueno, y siempre lo hacía reír con sus ocurrencias.

Steph sacudió la cabeza, ver a su esposa con la daga que había

utilizado su padre para dar muerte a su madre y a él mismo no había provocado otra cosa que avivar su dolor, hasta el punto de revivir los recuerdos como si fueran presente en vez de pasado. La bilis le subía por su garganta y amargaba todos sus pensamientos. Se sentía como si hubiera perdido el rumbo.

El barón estaba luchando contra sí mismo, quizá era su batalla más sangrienta. Se negaba a sentir algo por su esposa, y tomó la decisión de proteger su corazón, envolviéndolo en una armadura impenetrable. Por supuesto, si Eleonora lo mantenía satisfecho en el lecho mientras concebían un heredero, no buscaría a otra que lo satisficiera, y a cambio le daría ricas recompensas. Cubriría su bonito cuerpo con las mejores sedas. Su cuello, sus muñecas y sus dedos lucirían las más espectaculares joyas. Tendría todas las doncellas y sirvientas que quisiera, y ella se sentiría la mujer más dichosa de Inglaterra. Ninguna dama renegaría de tanto lujo; de hecho, muchas, o mejor dicho casi todas, negociaban cada día con sus cuerpos. Y Eleonora no sería diferente.

—Steph...

La voz de su tía sacó al guerrero de sus pensamientos. Ya era de noche, por lo que le sorprendía verla allí. Al advertir que se abrazaba para resguardarse del frío, le dijo:

—Tía, vuelve a dentro, caerás enferma.

—Tú también puedes caer enfermo con este frío.

Lo cierto era que Steph apenas sentía las bajas temperaturas, su rabia lo protegía, como si llevara una piel de oso cubriéndolo por completo.

—Tu esposa está muy preocupada —mencionó la mujer cuando se acercó a él.

—¿Te lo ha contado?

—Sí. No culpes a Eleonora de los pecados de tu madre.

Steph achicó la mirada.

—Yo no estoy culpándola de nada —aseguró con un matiz duro en el tono.

—Sí, lo haces. Las estás culpando y la estás juzgando al mismo tiempo, y ella no haya hecho nada.

No añadió nada más; sin embargo, antes de salir de la vista de su sobrino, se dio la vuelta y miró la figura de este en la penumbra.

—Las cosas siempre suceden por algún motivo, y el destino te está brindando una oportunidad de olvidar y empezar a vivir. No la desaproveches. Buenas noches.

—Buenas noches, tía.

Su tía siempre había sido un referente: era la voz de su conciencia y lo había guiado hasta convertirse en el hombre que era. Reconocía que sin ella su dolor se hubiera convertido en una enfermedad en su cuerpo, que habría transformado su vida en un infierno. Quizá debería hacerle caso, quizá debía darle una oportunidad a Eleonora para que le demostrara que ella no era como su madre. Empezar a vivir era lo que necesitaba para dejar atrás su pasado. En realidad quería que su esposa lo amara, y que se lo susurrara mientras entraba y salía de su tentador cuerpo. Pero eso jamás ocurriría, nadie amaría a un hombre como él, al que llamaban Lord Feroz. Sin embargo, no podía evitar soñarlo; y si alguna cosa le había enseñado su tía era a perseguir los sueños, porque solo así se cumplían.

Capítulo 9

Steph se fue a su alcoba y se encontró a Eleonora dormida. Se acercó al lecho y la miró cautivado: la mejilla izquierda descansaba sobre la palma de su mano que se encontraba posada en la almohada. Su bajo vientre se contrajo, pues a la luz de las llamas de fuego su belleza resplandecía como si fuera el sol de un luminoso día. Sabía que le debía una disculpa por su estallido furioso cuando la vio sosteniendo la daga, pero no quería despertarla. Se desvistió sin hacer ruido y se metió en el lecho, lo hizo con cuidado. Sin embargo, ella, al notar un peso en la cama, se levantó de golpe, asustada. Él se limitó a abrazarla, la arrastró con él hasta que quedaron tumbados.

—Lo siento... —susurró Steph cerca de su oreja—. Tú no tienes la culpa de nada y descargué mi ira como si la tuvieras.

Se hizo un silencio, ella tenía los ojos abiertos; miraba, a través del dosel, la chimenea que tenía en la pared de enfrente. En realidad se estaba tomando su tiempo para cargarse de fuerzas con las que hacerle preguntas.

—Esa daga...

—Con esa daga mi padre mató a mi madre y después se quitó la vida clavándosela en el corazón.

Eleonora se sentó, él se colocó las manos entrelazadas en la nuca. A pesar de que la alcoba solo estaba iluminada por las llamas del

hogar, ella pudo apreciar el dolor en los ojos de su esposo.

—Lo siento. —Es todo lo que la baronesa pudo decir.

Steph giró la cabeza y la miró. A nadie le había contado lo sucedido ese día en el que era solo un crío de diez años. La imagen de sus padres muertos regresaba una y otra vez a su mente, como un tétrico recuerdo inolvidable. De hecho, él nunca tuvo la necesidad de olvidarlo, pero al conocer a Eleonora, todo eso había cambiado y quería dejar atrás su pasado para vivir feliz junto a ella. De modo que decidió que se lo explicaría, deseando en lo más profundo de su corazón que esos dolorosos recuerdos desaparecieran para siempre.

—La anterior baronesa era una mala mujer que humillaba a mi padre acostándose con otros hombres. Y un día no pudo con su dolor y la mató...

Siguió relatándole esa mañana en la que su padre y él habían decidido salir a cazar juntos para abastecer las despensas. Lo esperaba en el salón cuando escuchó los gritos. Le explicó cuando los encontró muertos, el dolor tan fuerte que se apoderó de todo su ser. Y después del entierro, él decidió presentarse ante el rey para convertirse en todo un guerrero y luchar a su lado antes de volver a Bridgeman hecho un hombre; su objetivo había sido recuperar el honor y la grandeza de los Bridgeman. Y con trabajo y esfuerzo lo consiguió con el pasar de los años; aun así, el sufrimiento seguía en su corazón.

—Debes olvidar el pasado, Steph. Solo te hace daño.

En ese instante, él se colocó de lado apoyándose en un codo, con la mano libre acunó el rostro de su esposa.

—Tendrás que ayudarme a olvidar...

Ella le sonrió y lo miró con adoración. Nunca llegó a imaginar que un hombre como su esposo podría pedirle ayuda alguna vez. Se sintió importante y se prometió no decepcionarlo nunca.

—Lo haré.

Se acordó de Mary y de lo que le había explicado sobre lo mucho que le gustaba a un hombre que le hiciera su esposa. Se quitó el camisón por la cabeza y Steph contuvo la respiración. Eleonora retiró las sábanas y se encontró a su esposo desnudo, su erección se alzó plena y ardiente, ofreciéndose a los pensamientos pasionales de la mujer.

Sin decir ni una palabra, y con la mirada fija en la de su esposo, se

colocó entre la piernas de Steph. Con las uñas acarició sus velludos muslos, desde las rodillas hasta los testículos al tiempo que inclinaba la cabeza. Steph jadeó como anticipación al sentir el aliento tibio de su esposa en el glande. La mujer, con una mano, agarró el miembro de su esposo; era tan grande que sus dedos no abarcaban su grosor. Entonces movió los dedos de arriba abajo; Steph notó su inexperiencia, aun así era un afrodisiaco para él, ya que no paró de gemir cuando ella encontró el ritmo. Jadeó desesperado cuando su lengua entró en contacto con su miembro, se dejó caer de espalda y levantó sus caderas instintivamente para penetrar su boca. La sensación era tan rematadamente placentera que con los puños agarró las sábanas en un intento de no tomar la cabeza de Eleonora, con intención de introducir su miembro hasta la garganta.

La mujer descendía y ascendía, sus labios resbalaban por el tronco una y otra vez. Steph levantó la cabeza, y la imagen de su esposa succionándolo mientras su cabellera revuelta acariciaba sus muslos no la olvidaría en la vida. No tardó en sentir sus testículos llenos, iba a explotar de un momento a otro. Entonces, ella agarró su miembro con las dos manos y las movió sin parar al tiempo que lamía la punta. Y ya no pudo contenerse, los temblores sacudieron su cuerpo mientras su pene vibraba de goce. Ella levantó la mirada, no podía dejar de contemplar cada mueca, cada jadeo del rostro de su esposo cuando llegó al máximo placer.

—Dios santo, ¿quién te ha enseñado esto? —murmuró entre gemidos él.

—Mary me ha instruido, aunque todavía soy torpe para estas cosas.

—Seguramente lo ha aprendido en la corte.

Ella sabía que al barón no le gustaba la corte e interpretó mal su comentario. Siempre decía que el poder y la lujuria más depravada posible iban de la mano, y que no le gustaba pasar mucho tiempo allí.

—¿No te ha gustado? —preguntó ella.

—¿Que si me ha gustado? ¡Practicaremos cada día!

Steph se levantó y tumbó de espaldas a su esposa en el colchón. La miró con adoración, ella era el motivo de sus desvelos; muy a su pesar la necesitaba y no quería reconocerlo. En ese instante su miembro volvía a hincharse, se coló entre sus piernas y la besó por todas partes.

Se deleitó en la tarea, sin prisa, y saboreó cada porción de piel antes de enterrar su rostro entre sus piernas. Lamió su sexo, abrió sus pétalos carnosos y hundió la lengua en su interior mientras ella encendía su sangre con sus gemidos.

Sin duda, Steph nunca había probado nada tan delicioso, podría pasarse toda la noche saboreando ese néctar afrodisiaco. Ella se arqueó y él tuvo que agarrarla de las caderas para seguir con sus lamidas húmedas y calientes, que enardecían a su esposa hasta la desesperación. Cuando notó que ella se convulsionaba, atrapada en un tornado de sensaciones, él la penetró en una embestida tan feroz que lo dejó sin aliento. Siguió arremetiendo una y otra vez hasta quedarse sin aire, no hubo paz para los amantes. Las pelvis chocaban con frenesí. Los gemidos crecían en intensidad a la par de las embestidas. Ella arañó su espalda en su afán de aferrarse a ese hombre que la volvía loca de deleite.

Y entonces Eleonora se agitó entre los brazos de su esposo, preparándose para el estallido final. Él la siguió y jadeó desesperado al sentir cómo su alma se unía a la de ella. Solo fue un segundo, pero la sensación que habían experimentado provocó que ambos se miraran, sorprendidos por la conexión que sentían sus cuerpos. Él la meció unos minutos, era incapaz de hablar, solo tenía necesidad de sentir su piel caliente pegada a la suya, para asegurarse de que no estaba en un sueño.

Pasaron un rato unidos, que les sirvió para relajarse. El fuego de la chimenea casi se había extinguido, por lo que Steph se levantó y lo avivó poniéndole un par de troncos. Después abrazó a su esposa pensando que lo que acaba de pasar entre ellos era lo más parecido a estar en el cielo.

Ella suspiró y acarició su torso desnudo, el vello le provocaba cosquillas en la palma.

—Estoy pensando que no me gustaría estar en otro lugar más que aquí —afirmó tras un bostezo, el sueño empezaba a conquistar el cuerpo de la dama.

—Me alegro, porque yo también me siento del mismo modo. —Le besó la frente.

Ella suspiró.

—Te amo, Steph.

El corazón del guerrero dio un vuelco. ¿De verdad lo amaba? Quería pensar que sí, que no era un amor efímero, sino eterno. Su corazón le decía que le contestara con un «yo también te amo», porque amaba sus manos por la manera como acariciaban su piel. Amaba sus brazos por cómo lo abrazaba. Amaba sus ojos por cómo la verdad brillaba en ellos. Quiso confesarle su amor, pero para su sorpresa su garganta quedó seca. Movió los labios, mas todo esfuerzo resultó en vano. Había como un muro en su interior que no lo dejaba avanzar; se trataba de una fuerza poderosa, demasiado real para ignorarla. Se giró y, sin pensarlo, posó su mano en el corazón de su esposa, era reconfortante notar como cada latido le decía «te quiero». Ella lo miraba ansiosa, esperando que admitiera que también sentía algo por ella.

—Duerme, Nora, duerme.

Y él se dio la vuelta sin comprender por qué no le podía confesar su amor a su baronesa. Por su parte, ella se sintió confundida, y la tristeza la invadió de pies a cabeza. Como una tonta reconocía que había esperado que Steph admitiera que la amaba también. Pero no había ocurrido y quiso volver atrás y borrar lo que acaba de suceder. Se quedó mirando el dosel, preguntándose si había hecho bien en confesarle lo que sentía. Y entre pensamientos se quedó dormida.

***

El otoño fue pasando día tras día. El clima cambió y se volvió frío y nevoso, e impedía que se pudiera trabajar en el exterior. Eleonora y Steph se pasaron el invierno copulando en su alcoba; el lecho, sin duda, era el lugar más cálido. No podían mantener ninguna conversación seria, pues cuando alguna palabra tenía algún significado tentador que recordara la manera con la que se tocaban, terminaban acariciándose y copulando hasta que no podían moverse del cansancio. En una ocasión estaban dando un paseo por el adarve cuando los muslos de Steph se pegaron a los de su esposa. Ese inocente roce provocó que él la arrinconara contra la almena, y lejos de las miradas intrusas, le levantó la falda y la poseyó allí mismo con

el sonido del mar de fondo.

Eleonora, lejos de sentirse escandalizada por su comportamiento, disfrutaba de cada segundo. Lo amaba, pero no se lo confesó nunca más, por miedo a encontrase otra vez con su silencio, pues no tenía ninguna expectativa de que su esposo la llegara amar alguna vez. Se conformaba con que la deseara; sin embargo, sabía que ese deseo desaparecería con el tiempo, cuando ella envejeciera o cuando estuviera encinta, o simplemente cuando se cansara de yacer con la misma mujer. La mera idea de que buscara a otra la descomponía por dentro. Intentaba no pensar en ello, pero cuando sorprendía a alguna moza joven y hermosa mirar a su esposo con deseo, los celos acudían a ella como si recibiera la mordida de un lobo.

Y un día, cuando sorprendió a su esposo hablando con una de esas descaradas, creyó que se rompería por dentro. El barón la vio, y cuando huyó salió a su encuentro. La alcanzó subiendo los escalones que llevaban a su alcoba.

—¿Nora, qué te sucede? ¿Por qué huyes de mí?

—Espero que al menos no me hagas pasar vergüenza cuando decidas meterte en el lecho de otra mujer, agradecería que fueras más discreto. —Steph rio a mandíbula batiente, cosa que la indignó más—. A mí no me hace gracia.

—No voy a meterme en el lecho de ninguna otra mujer —sentenció, acercándola a su cuerpo.

Ella se debatió, pero él era mucho más fuerte.

—¡Suéltame!

Él ignoró su orden y la llevó a volandas hasta el lecho, y ella se olvidó de todo cuando la desvistió. La besó por todas partes, la marcó con sus manos calientes, la penetró con frenesí. Sus cuerpos acrobáticos experimentaron nuevas posturas y dejaron que la imaginación los bañara con atrevimiento. Y cuando terminaron, cuando todavía él estaba dentro de ella, le susurró cerca de los labios:

—Tú eres la única mujer que deseo. No vuelvas a dudar de mí o me veré obligado a recordártelo.

Después Steph se vistió a toda prisa y fue a atender sus obligaciones. Ella se levantó feliz, ya que creía en sus palabras, de alguna manera se sintió especial. Se acercó a la ventana, estaba nevando y todo se estaba cubriendo de blanco. En el patio contempló

a David, a Ursula y a Joana en plena batalla de bolas. Todavía se acordaba de la charla que había mantenido con el escudero el día anterior, cuando lo había encontrado en el patio de armas...

—David, ¿te acuerdas de la conversación que mantuvimos en el campamento cuando nos conocimos?

El muchacho se había apresurado a peinarse sus rebeldes cabellos castaños, su rostro risueño se había sonrojado y había agachado la mirada.

—Claro, milady —había musitado, queriendo que la tierra se lo tragara.

—Creo que estaba equivocada, Joana no es una dama corriente, ella es muy especial.

David había levantado la mirada, en sus ojos brillaba la adoración.

—Sí, es muy especial, es… es la dama más especial de todas.

Eleonora había sonreído, en verdad Joana le había robado el corazón.

—A ella no le gustará que le recites poemas, ni que la alabes ni que le regales flores… A tu dama le interesan más los entresijos de una batalla y que la instruyas en el arte de la guerra.

David había puesto cara de estar pensando, sus labios se habían alargado en una larga sonrisa.

—Creo que tiene razón, milady.

Eleonora esbozó una sonrisa al acordarse de cómo el escudero se había alejado creyendo tener la solución para conquistar a Joana. Esa muchacha estaba dando muestras de poseer una rebeldía audaz, nada acorde con las finas maneras de una dama. Se enojaba cuando alguien, sobre todo David, la trataba como tal. Además, cada día estaba más interesada en los entrenamientos que impartía Steph que no en bordar y confeccionar vestidos.

La baronesa se apoyó en la pared, cruzó los brazos a la altura del torso y siguió observando al trío por la ventana un rato más. David solo tenía ojos para Joana, y ella para él; sin embargo, la que no parecía muy conforme era Ursula; percibió los celos cubrir la mirada gris de la muchacha. Pensó que solo eran críos que recién descubrían el mundo afectivo de las relaciones. Steph ya le había confesado que solo permitiría como pretendiente para Joana a un caballero con

futuro. Más le valía a David cumplir con los deseos del barón. Pero quizá las vidas de los tres tomarían caminos diferentes en unos años, y todos esos juegos y sueños quedarían en el olvido.

***

Y la primavera llegó vestida de colores y de perfumes. Resonaron de nuevo los cantos de los pájaros. Los días eran más largos y se respiraba felicidad. El rubio sol resucitó de su letargo invernal y acariciaba con sus cálidos rayos todo lo que tocaba.

Bridgeman se puso en actividad. Los campos empezaron a sembrarse. Los barcos, después de una larga ausencia debido a las condiciones duras del mar, entraron en el puerto cargados de mercancías, que se repartirían por las rutas por toda la zona.

Ese día, que había amanecido con un sol radiante, Eleonora había salido a pasear más allá de las murallas, junto a Mary y a Joana. Se sentaron en la hierba en lo alto de una loma, desde allí se atisbaba el horizonte, cómo el celeste del cielo casi se fundía con el azul del mar. Eleonora echó su cuerpo hacia atrás y se apoyó con las manos, miró a Joana, ese día estaba algo nerviosa y sus mejillas tenían un rubor de vergüenza.

—Joana, hoy estás algo alterada. ¿Se puede saber qué te sucede?

La jovencita, que estaba sentada en una roca, desojando una margarita, levantó la cabeza y miró a la baronesa.

—Se trata de David... —Suspiró al tiempo que sus mejillas ardían —. Ayer me dio un beso en la mejilla para despedirse. —Acompañó la revelación acercando su mano al lugar mencionado y lo acarició.

Mary y Eleonora emitieron unas «sonrisillas».

—¿Te agrada David? —preguntó Eleonora.

Joana se encogió de hombros, su mirada verde siempre mostraba un brillo pícaro, pero en esa ocasión brillaba la tristeza.

—Sí, me gusta mucho. Además me ha prometido que me enseñará a utilizar la espada y me explicará las tácticas que ha empleado Steph en el campo de batalla. Pero a Ursula también le gusta.

La doncella y la baronesa intercambiaron miradas cómplices.

—Aún sois muy jóvenes los tres, pueden suceder muchas cosas —mencionó la dama—. ¿Sabes que David se convertirá en caballero y se marchará a luchar antes de buscar esposa? Es su obligación y debes entenderlo.

Las lágrimas amenazaron con desbordarse de los ojos de la muchacha. Era la primera vez que Eleonora la veía tan compungida.

—Lo sé, por ese motivo no me hago ilusiones.

Eleonora no quiso que Joana se entristeciera más, por lo que se levantaron y fueron al pequeño puerto. Steph le había dicho que llegarían nuevas telas, hilos de oro y plata y joyas con las que confeccionar vestidos, y estaba ansiosa por verlas. Se cruzaron con unos marineros que habían descargado cajas; no le pasó inadvertida la mirada pasional que lanzó uno de ellos a su doncella, la observó y ella también se había percatado. Se acercó a Mary con disimulo.

—Creo que tienes un admirador... —susurró Eleonora.

Como respuesta, la doncella rio nerviosamente.

—¿Vos creéis que le intereso? —dijo retocándose el tocado de su cabello castaño y alisando su túnica beis con cenefas coloridas en los bordes de las mangas y del dobladillo.

—Mary, a ti también te confeccionaremos algunos vestido para que luzcas hermosa, así que tenemos mucho trabajo.

—¡Oh, milady, no puedo aceptarlo!

—No digas bobadas. —Rodeó con su mano el brazo de Mary y con el otro el de Joana—. Confeccionaremos vestidos para todas.

La doncella y la jovencita rieron complacidas y decidieron regresar al castillo para empezar la tarea de inmediato. Bueno, menos Joana que dijo que iría al patio de armas para ver los entrenamientos de los soldados. Pero mientras regresaban sobre sus pasos, Eleonora sintió como si tuviera clavados unos ojos a su espalda, se detuvo, obligando a sus dos acompañantes a que hicieran lo mismo. La baronesa giró su cabeza, miró aquí y allá, buscando esos ojos que intuía que la estaban observando. El miedo se apoderó de su cuerpo, la cabeza empezó a darle vueltas y un calor, nada agradable, subió de su barriga hasta su garganta. No pudo evitarlo, se inclinó y vomitó todo el contenido de su estómago. Después, una negrura espesa cubrió sus pensamientos y se sintió caer al suelo.

Eleonora alzó los párpados lentamente. La luz de la estancia dilató sus pupilas y se sintió renacer. Sus ojos recorrieron el lugar y se dio cuenta de que no estaba fuera, sino en su alcoba, en su lecho, y a su lado estaba Steph, que le refrescaba el rostro con un paño húmedo. La sonrisa de su esposo la reconfortó, e instintivamente se llevó la mano a su bajo vientre.

—¿Quieres vomitar de nuevo? —preguntó él acercándole una palangana.

—No, no creo que sea necesario —murmuró acariciándose el lugar.

Él levantó una ceja, dejó la palangana en la mesilla. Después se sentó junto a ella; en realidad se sentía confundido, pues su esposa estaba con el rostro ceniciento, evidenciando que se sentía mal, mas sonreía; una sonrisa que le cruzaba el rostro y que provocaba que su mirada resplandeciera como nunca.

La baronesa acercó la mano de su esposo a su vientre.

—Steph, creo que estoy esperando un bebé, nuestro bebé.

Esta vez fue el barón el que sonrió, una sonrisa amplia y cálida, sus ojos brillaron de anhelo.

—¿Estás segura? —preguntó, acariciando la zona.

—Sí, muy segura, hace dos semanas que tendría que haber sangrado. Me siento cansada, pesada, además se me están inflando los senos... Y el mareo de hoy y los vómitos que intuyo que voy a padecer son síntomas inequívocos.

—Bueno, teniendo en cuenta que hemos copulado como conejos durante el invierno, era de esperar.

Eleonora rio recordando los momentos placenteros vividos durante esos días. Se sentó, pero le sobrevino una arcada, trató de no vomitar de nuevo y tragó saliva. Él se dio cuenta y le remojó el rostro con agua fría.

—¿Mejor?

—Sí.

Abrazó a su esposo, se sentía tan feliz que no reprimió sus sentimientos.

—Te quiero, Steph, siempre te querré, ahora lo sé.

Su esposa percibió el respingo del hombre, era como si sus palabras fueran espinas que se clavaban en su cuerpo, y empezó a

llorar. Él se levantó y se quedó de pie al lado del lecho, mirándola.

—Tú no sientes lo mismo por mí, ¿verdad? —manifestó, levantándose también para observarlo a los ojos mientras esperaba que le respondiera.

Steph no quería ver a su dama triste, mas era consciente de que no podía darle lo que tanto ansiaba, todavía no. Había un muro en su interior que impedía que diera el salto. Tenía miedo de confiar en ella, de depositar su corazón en su mano. No quería darle la oportunidad de que algún día lo estrujara y le arrebatara su amor propio.

—Eres mi esposa, Nora, te debo respeto, y juro protegerte de todo mal. —El llanto de ella se renovó, trató de que no le afectaran sus lágrimas, y decidió que empezaría por mantenerse inflexible—. No me pidas algo que no puedo darte.

—En realidad tú no quieres una esposa.

—Tú tampoco ansiabas casarte, ¿o hace falta que te lo recuerde?

—No, pero mis sentimientos hacia ti se han ido transformado, y algo que nunca hubiera imaginado se hizo realidad: el deber se convirtió en amor.

—¿Hay alguna diferencia entre el deber y el amor? Porque yo no la veo: el deber es un acto de amor.

—O se ama o no se ama.

—No entiendo tu razonamiento, lo único que sé es que somos felices tal como estamos. Es más de lo que tendrías en otro matrimonio. El amor nunca es lo máximo en una relación, el deber es lo único que importa, sin deber no hay futuro.

—¿Acostarte conmigo es un deber, esposo?

—Sí, y gracias a ese deber ahora estás encinta, necesito un heredero; y mi esposa, o sea tú, me lo dará porque es su deber.

—Haces que el acto de concebir un hijo sea frío y carente de sentimientos. Entonces, doy por hecho que ya no te vas a acostar conmigo hasta que nazca nuestro bebé y pueda concebir de nuevo.

—¿Te niegas a satisfacerme?

—Tú mismo acabas de decirme que es mi deber concebir, y que una vez cumplido ya no hace falta seguir copulando.

—No pongas en mi boca cosas que yo no he dicho. Si no me satisfaces me veré obligado a buscar a otra.

—Candidatas no te faltan, ¿verdad?

—Ya basta, Eleonora. Te dije en una ocasión que solo deseo acostarme contigo.

—¿Entonces es mi deber saciar tu deseo también?

—Sí.

—¿Y qué hay de mi deseo de que me ames?

—Tus deseos no cuentan cuando hay tanto en juego, esposa.

—Solo quiero que me digas si me amas o no.

—¿Y si no te amo?

—¿Es eso lo que sientes por mí?

—No me has contestado, ¿y si no te amo?

—Lo soportaré.

—Bien, entonces será mejor que empieces a soportarlo desde ya.

***

Las siguientes semanas fueron tensas para Eleonora y Steph. Ella cumplía con las órdenes de su esposo e intentaba no cruzarse en su camino, y en la intimidad de la alcoba no se resistía a sus caricias. Él tendría que sentirse satisfecho, pues una esposa dispuesta dentro del lecho y obediente fuera de la alcoba era lo que todo hombre casado deseaba. Pero no era así, ni mucho menos. Echaba de menos a su esposa: sus conversaciones, sus risas, pero sobre todo la echaba de menos en el lecho. Atrás había quedado su entrega a él en cuerpo y alma. Se limitaba a yacer desnuda, y a pesar de su resistencia a sus caricias, en un intento por no sentir nada, conseguía que se excitara y gimiera de placer, pues ya sabía cómo tocarla y acariciarla para encontrar la respuesta que deseaba. Sin embargo, nada era como antes, cuando conseguía su rendición total a cada embestida. Se había convertido en un acto más instintivo que pasional, y ya no veía la diferencia entre ellos o una yegua y un semental copulando.

Aun así no dijo nada y se limitó a dejar que los días pasaran uno detrás de otro, deseando que fuera el tiempo el que curara la herida que había provocado en su esposa. No podía darle más de lo que ella deseaba, pues aún no estaba preparado y dudaba mucho de que ese día llegara.

Por su parte, Eleonora buscaba con que ocupar su tiempo para no pensar mucho en su esposo y en lo poco que ella le importaba. Solo era una obligación, o un deber, como siempre le subrayaba fríamente él. Nunca había planeado enamorarse de su esposo, pero había sucedido, y no sentirse correspondida la destrozaba a todos los niveles. En el fondo no debería extrañarle su comportamiento, pues después de darle muchas vueltas a la cabeza, concluyó que actuaba de aquella manera porque el único referente que tenía Steph era el de su madre, por tanto había asumido en su subconsciente que ella también podía llegar a ser como ella. Al tomar conciencia de ello todavía le dolió más su rechazo. Era otra muestra de que no la amaba, y dudaba de que alguna vez lo hiciera, pues cuando se ama, la confianza va de la mano, y él no confiaba en ella.

En fin, no había que darle más vueltas al asunto, tendría que aceptarlo y seguir viviendo, ¿y cómo? Todavía no lo sabía, solo esperaba que cuando naciera su hijo la mantuviera tan ocupada que no le diera tiempo a pensar nunca sobre el tema. De momento, esa función la cubría Mary, que se había enamorado de un atractivo marinero llamado Ryley, el mismo que le lanzaba miradas atrevidas cuando paseaban fuera de las murallas. Cada día su doncella la mantenía informada de sus avances en una relación que parecía cuajar. No tuvieron que pasar muchos días para darle la feliz noticia de que su marinero le había pedido que se casara con ella.

—¿Estás segura de que es lo que quieres, Mary?

—Sí, milady, amo a Ryley. Y él también, y para demostrármelo me ha dicho que dejará el mar y arrendará una haza para convertirse en campesino. Nos quedaremos en Bridgeman los dos.

—¡Oh, Mary, me haces muy feliz! —exclamó eufórica, agarrándole las manos.

—Milady, ahora solo hace falta que vos seáis tan feliz como yo.

—Ese día nunca llegará. Esa es la diferencia entre tú y yo. Tú has podido casarte por amor; yo, en cambio, lo tuve que hacer por imperativo real.

—Pero vuestro esposo os ama —mencionó muy segura la doncella.

Si no hubiera estado tan deprimida, Eleonora hubiera estallado a carcajadas.

—No, eso no ocurrirá nunca...

La dama se detuvo y se mantuvo en silencio, miró a un lado y a otro, alargó su mirada todo lo que pudo abarcar, pero no veía nada sospechoso en medio del bullicio del puerto y sus alrededores. Esa sensación de que la observaban se estaba haciendo muy habitual, y temía estar volviéndose loca. Sin embargo, a nadie le había contado nada de sus presentimientos, precisamente para que no la tomaran por demente.

—¿Milady?

Eleonora se llevó la mano a su vientre apenas abultado.

—Estoy cansada, ¿regresamos?

—Sí, milady.

Pero pronto, esa misma tarde, ella descubrió que no eran locuras. Y entonces su mundo dio un vuelco.

***

Eleonora y Mary emprendieron el camino a la torre del homenaje. Tuvieron que pasar por delante del patio de armas, allí estaban los soldados entrenándose, no le hizo falta mucho esfuerzo para sentirse atraída por un hombre en especial, y detectó entre esa marea de guerreros, con las espadas en mano y blandiéndolas con maestría, a su esposo, pues era el más grande de todos ellos con diferencia.

Estaba en la liza entrenando con un grupo de soldados, de un solo empujón los tiró a todos al suelo. Hacía días que su esposo no reclamaba sus caricias por la noche, e imaginaba que era debido a que no le resultaba atractiva con una barriga que crecía más y más. Lo echaba de menos íntimamente, y no reprimió su impulso de adorarlo con sus ojos; estaba solo vestido con unas calzas, el torso estaba descubierto, y el sudor por el esfuerzo provocaba que su piel, ya morena debido a horas de entrenamiento al aire libre, brillara bajo los rayos del sol. Los reflejos rojizos de su cabello castaño resaltaban más con la humedad de la transpiración, y los movimientos vertiginosos de la lucha provocaban que se agitaran de un lado a otro.

Él se detuvo a descansar un rato, con un paño se limpió el sudor de la frente. Con cada gesto, la musculatura de sus brazos adquiría un

aspecto poderoso. La visión erótica de su esposo le humedeció su sexo, y la necesidad de que la poseyera ardió en sus entrañas de mujer. Pero tal como había aparecido, desapareció cuando vio a una moza, cuyos pechos desbordaban por su escote, acercarse a su esposo ofreciéndole una jarra de cerveza. La desconocida le sonrió y él se la quedó mirando. Eleonora trató de no desmoronarse allí mismo, se llevó la mano a la boca, sintió cómo todo su ser se contraía de pena. Sin duda esa rebosante fémina era del agrado de su esposo, lo sabía por cómo él le había devuelto la sonrisa. Seguramente eran amantes, la tomaría en cualquier lugar, saciarían sus más bajos instintos, tal como había hecho con ella durante el invierno, cuando cualquier roce había sido incentivo suficiente para levantarle la falda. Mary pareció darse cuenta de su malestar, porque la agarró del brazo y le dijo:

—Milady, estáis pálida, será mejor que nos vayamos y os tumbéis un rato antes del almuerzo.

Ella asintió en el mismo momento en que Steph se dio cuenta de su presencia, sus miradas se cruzaron. Después el hombre centró su atención en la moza, le dijo alguna cosa que a esta no le gustó, pues salió corriendo del lugar, llevándose consigo la jarra de cerveza vacía.

El barón hizo ademán de salir al encuentro de su esposa, su mirada abatida lo había dejado desarmado, pero Eleonora se dio la vuelta y emprendió la marcha, dándole a entender a su esposo que no quería hablar con él. Ya era suficiente humillación que tonteara con otras delante de ella como para tener que sonreírle sus conquistas. En ese momento estaba furiosa y acabaría por gritarle delante de todos sus hombres, o incluso abofetearlo, que era lo que ardía en ganas de hacer. Steph no se lo permitiría; sin embargo, dado su estado, no lo creía capaz de castigarla. Aun así más valía no tentar a la suerte, pues como mínimo la mantendría encerrada en la alcoba durante unos días. Necesitaba sus paseos y hablar con la gente, y también hacerse cargo de sus obligaciones para mantener la mente ocupada.

Steph quería explicarle que nada había entre él y la mujer que se había marchado, solo había mostrado su agradecimiento por ofrecerle una jarra de cerveza. De acuerdo que sus contoneos, sus ojos lascivos y sus sonrisas sugerían que ella se estaba ofreciendo. Eran muchas las féminas que buscaban atraerlo a sus lechos, en busca de un amante que las cubriera de regalos. Sin embargo, solo su esposa había

conseguido satisfacerlo por completo, hasta el punto de rechazar a las mujeres más apetecibles que se cruzaban en su día a día.

Pero aparecieron sus tres caballeros, que habían dado una ronda por los límites de sus tierras para cerciorarse de que no había bandidos. Los barcos llegaban cargados de mercancías, había que distribuirlas por las rutas, y eran un jugoso reclamo para los que querían hacerse rico a costa del esfuerzo de otros, robando lo que no les pertenecía.

—Nos han dicho que querías hablar con nosotros —mencionó Morris, desmontó y los otros dos lo imitaron.

Steph se estaba poniendo su veste, cuando terminó, dijo:

—Morris y Alfred, mañana saldréis para Londres, le llevaréis una carta al rey donde le cuento que voy a asediar Galloway. Recuperaré lo que es de mi esposa, le prometí que vengaría a los suyos y ya va siendo hora de que lo haga.

—Al rey no le va a gustar tu decisión, recuerda que Rufus y Laurence fueron acusados de traición, hay pruebas, Steph —le recordó Nígel—. De algún modo Henry debe favorecer a Barnard por haberle desenmascarado a dos traidores, y no le exigirá que le devuelva el castillo a Eleonora. Precisamente te la entregó para que Barnard no la reclamara como suya, no quería dejarla desamparada y le buscó otro hogar.

—No me cuentes algo que ya sé —soltó el barón con un tono imperativo—. Tanto Henry como yo sabemos que Barnard es capaz de todo, y más si cuenta con la ayuda de Roberto. El rey me dijo que investigaría por su cuenta, en silencio y con cautela, a estas alturas tendrá noticias buenas o malas. Aun así quiero que entienda que asediaré Galloway con o sin su aprobación.

—¿Te vas a poner en una situación difícil por una mujer? —espetó Nígel.

—Esa mujer es su esposa —arguyó Morris.

—Cumpliremos tus órdenes, Steph, le entregaremos la carta al monarca —intervino Alfred, en un intento de suavizar el enfado entre Steph y Nígel.

—De regreso pasad por la abadía, si Loti está curada, traedla.

—Tanta atención por una mujer significa solo una cosa —habló Nígel en un tono grave.

Steph lo miró con atención.

—Va, listillo, dinos lo que significa —le preguntó el barón, retándolo, cruzando los brazos a la altura del torso.

Su tono era engañosamente tranquilo y la ira de su mirada verde advertía no hacerlo enfadar. Aun así Nígel dijo lo que pensaba.

—Amas a tu esposa y eso va a ser tu perdición. Los guerreros como nosotros no nos podemos permitir amar a ninguna mujer, no debemos tener puntos débiles.

Steph hizo rechinar los dientes. Ya hacía tiempo que algo había cambiado dentro de él desde que conociera a Eleonora. Poco a poco, ella se había filtrado en su interior y se había alojado en su corazón. Suspiraba al tenerla cerca. Por una sonrisa suya sería capaz de cualquier cosa. Dormir a su lado era como hacerlo cerca de un ángel. Y él la contemplaba como un bobo cuando creía que nadie lo estaba observando. Pero no podía permitirse amarla. Y lo dejaría claro, por lo que no tuvo reparo en replicar a su caballero.

—Estás exagerando, solo soy considerado con ella.

—¿Pero no ves que te estás engañando? —increpó Nígel, agitando los brazos al aire.

Steph dio un paso hacia su compañero con el fin de retarlo, pero Alfred se puso en medio.

—No hace ningún bien que los soldados vean esta escena —replicó el italiano.

Steph miró a su alrededor, eran el centro de atención. Siempre había sido cuidadoso, pues el respeto y la lealtad eran lo que inculcaba en los soldados que empezaban.

—Ya hemos terminado; Morris y Alfred, ya conocéis vuestra próxima misión. —Estos asintieron—. Y tú —dijo señalando a Nígel un tanto ofuscado— vete preparando para el entrenamiento de mañana, te haré sudar.

—Lo estoy deseando.

Los tres caballeros vieron a su líder alejarse. Morris sabía que solo cabalgando a Hércules hasta la extenuación lo ayudaría a calmar su obcecación. Más que nunca el barón se mostraba inflexible, y todos se habían dado cuenta de que su esposa le robaba el aliento. Sí, la amaba, pero no quería reconocerlo por miedo a terminar como su padre. No se daba cuenta de que Eleonora estaba muy lejos de ser

como su madre, pero hasta que él mismo no se diera cuenta de su error no había nada que hacer.

—Eres un bocazas, Nígel —sentenció Morris, dándole una colleja en la nuca.

—¡Ay! No ando equivocado en lo que digo.

—¿Que no? Tanto tú como él estáis equivocados —afirmó Alfred —. Steph ama a su esposa, pero no lo reconocerá por sus falsas deducciones, y tú estás errado porque ves el amor como un problema cuando es la solución a todos los problemas.

Nígel entornó los ojos y lo fulminó con su mirada.

—Esa expresión intelectual tuya es muy engañosa, ¡empiezas a decir estupideces!

Capítulo 10

Como la baronesa no necesitaba a su doncella para atenderla, la dejó marchar con Ryley, que la había invitado a dar un paseo. Ella decidió que se iría a tumbar un rato. Pero cuando se disponía a subir, una de las cocineras le informó que el carpintero tenía la cuna que le había encargado Steph a medio terminar y que necesitaba su aprobación para continuar, pues quizá quisiera hacer algún cambio en los detalles. Ella se emocionó; de hecho, la preparación del ajuar de su bebé era lo único que le provocaba sonrisas.

Como Mary ya se había marchado, buscó a Joana para que la acompañara, pero no la encontró. Steph le había ordenado que no quería que fuera sola a ningún lugar, ya que los mareos y los vómitos no cesaban a medida que la gestación avanzaba. Pero ese día su ánimo parecía renovado y sus molestias escasas, por lo que decidió acercarse sola al taller del carpintero. Además, hacía un día radiante de finales de primavera, y le gustaba caminar entre la gente; la detenían para ofrecerle sus respetos, y esa amabilidad y generosidad la ponía de buen humor. Casi estaba segura de que la gente de Bridgeman la apreciaba más que su propio esposo.

En fin, decidió no pensar más en ello, y se regañó mentalmente por darle tanta importancia mientras andaba pendiente abajo. No sabía lo que le sucedía, pero en cualquier situación terminaba

pensando en su esposo. Giró una esquina que llevaba al patio por donde se accedía al taller del carpintero, cuando se vio arrastrada hacia detrás de una carreta que estaba cargada de tinas de madera. Quiso gritar, pero una mano le tapó la boca. Eleonora tardó un par de segundos en acostumbrar sus ojos a la penumbra que ofrecía el escondite entre el lateral del carro y la pared.

—No grites, por favor...

Esa voz y unos ojos azules como los suyos la hicieron temblar. Casi se cae al suelo si no hubiera sido porque el desconocido la había sujetado por la cintura. Por lo menos tuvieron que pasar varios minutos antes de que pudiera hablar.

—¿La... Laurence? —preguntó en un tono nervioso, creyendo estar viendo un fantasma.

—Sí, Nora, soy yo… —Hizo una pausa—. Laurence.

Esa voz ronca era inconfundible. Ella tuvo que tocar su enorme cuerpo para cerciorarse de que su querido hermano estaba frente a ella, mirándola con lágrimas en los ojos. Acarició sus brazos cubiertos por una camisa beige desgastada, acarició sus mejillas cubiertas por una espesa barba. Su media melena rubia, otrora ondulada hasta los hombros, eran un manojo de cabellos encrespados. Aun así, ella percibía su sufrimiento a cada respiración, y su mirada parecía haber perdido toda chispa de vida. Sí, era su hermano, pero había cambiado y tenía el aspecto de un hombre derrotado que destilaba odio. Odio. En ese momento lo vio claro: estaba enfermo de odio.

—¡Creía que estabas muerto! —Se tiró a los brazos de su hermano y lo abrazó fuerte—. ¡Es un milagro que estés aquí!

—Hice creer a todos que había fallecido—explicó cuando ella se separó de él.

—Barnard dijo que una flecha te había alcanzado en el pecho y que caíste al río.

—Todo es cierto, pero la flecha solo me rozó, desde lejos dio la sensación de que me había dado de pleno. Y cuando caí al río nadé por el fondo hasta asegurarme de que estaba lejos de la vista de Barnard.

—¿Y dónde has estado todo este tiempo?

Él le acarició la mejilla.

—Buscándote, Nora. Cuando me enteré de que el rey te había

obligado a casarte con Lord Feroz, temí perderte a ti también. Me las ingenié para que el capitán de unos de los barcos de tu esposo me admitiera en su tripulación, era la única manera de poder entrar en la fortaleza con la excusa de traer las mercancías.

—Las habladurías sobre Lord Feroz son invenciones.

—¿Te ha pegado, Nora? ¿Te ha obligado a yacer con él? —preguntó entre dientes, mirando el vientre ligeramente abultado de su hermana; ella se llevó las manos al lugar.

—No, no me ha obligado, me trata bien, Laurence. No temas por mí.

—No me fío, Nora. En el momento que le des un heredero, él te verá como una traidora al rey.

Ella boqueó ante las palabras de su hermano; nunca, ni por asomo, había pensado que su esposo sería capaz de algo tan cruel. No, Steph jamás le haría semejante cosa. De acuerdo que no la amaba, pero nunca llevaría a cabo un acto tan ruin.

—No digas eso, Laurence. Steph no es como Barnard, además va a recuperar Galloway, me prometió que nos vengaría.

Su hermano soltó una risotada.

—No lo hará. Steph es amigo personal del rey, y no defenderá el honor de unos traidores; hacerlo significaría poner en un aprieto a Henry, y no lo toleraría. Si reclama Galloway no será para salvar tu honor, sino para defender lo que es suyo por matrimonio. Recuerda que eres la heredera y todo lo que es tuyo es de Steph ahora.

Definitivamente Laurence no era el mismo, incluso su tono de voz, en otro tiempo cálido cuando hablaba con ella, era frío y cortaba como el filo de una espada. Sin embargo, ella confiaba en su esposo.

—¡Yo creo en él! —exclamó la baronesa.

Laurence ignoró las palabras de su hermana.

—Estás cometiendo un error. Él no te quiere, si te quisiera no estaría hablando de forma tan amigable con las mozas de Bridgeman. Seguro que ahora que estás encinta busca otros lechos en los que desfogarse.

Así que la escena que había contemplado en el patio de armas con su esposo y la moza de atributos plenos no era casual, sino habitual. Quizá no era la única y yacía con otras también. Dios santo, las caricias que su esposo le había dado en el pasado quemaron en su piel,

al imaginar sus manos agasajando otros cuerpos en otros lechos. No pudo retener las lágrimas en su interior, se llevó una mano a la boca y lloró con desconsuelo.

Laurence se dio cuenta de que estaba provocando el llanto de su hermana con sus duras palabras. Pero mejor así que verse engullida por el monstruo de su esposo. Él no iba a permitirlo. Maldijo por lo bajo y alargó los pulgares a las mejillas de su hermana para arrastrar sus lágrimas.

—Él no vale tu llanto —aseveró, abrazándola—. Ahora estoy aquí y juro por Dios que voy a protegerte con mi vida. Llegué con el primer barco y llevo todo este tiempo vigilándote. Me resultó imposible colarme en la torre del homenaje para hablar contigo, Steph es bueno protegiendo lo que es suyo. He aprovechado este momento que estás sola.

No estaba loca, Eleonora respiró de alivio al darse cuenta de que la sensación de que la vigilaban no era fruto de su imaginación. Cogió de la mano a su hermano y lo instó a que lo acompañara, pero él se negó, quedándose quieto como una estatua.

—Ven conmigo, Laurence —pidió ella tirando de él—. Deja que te presente a Steph y hablad entre vosotros, verás que no es como piensas, incluso se alegrará al saber que estás vivo.

—¿Tú crees? Yo no, Nora. —En su voz había un matiz burlón que entristeció a su hermana, dio un paso atrás—. Quizá se pondrá furioso al saber que Galloway no te pertenece.

—¿Qué te ha pasado, Laurence? ¿Por qué me estás haciendo daño?

—Para que abras los ojos. He venido a buscarte, y no pienso irme sin ti; tarde o temprano, ambos terminaremos como nuestro padre si nos quedamos en Inglaterra.

Ella no quería huir, y tampoco que lo hiciera su hermano. Tenía esperanza de que todo se arreglaría y de que Steph los ayudaría. Quiso que entrara en razón.

—¿Y a dónde quieres que huyamos? No tenemos ningún lugar. Habla con Steph, por favor.

—No insistas, no hablaré con él y no le digas que estoy vivo, todos deben pensar que sigo muerto, o nos matará. Huiremos a Francia, allí tengo conocidos de Liliane que nos ayudarán.

Eleonora miró hacia su vientre y lo acunó en sus manos.

—Estoy encinta, Laurence.

—Eso no es problema. Cambiaremos de nombres, me haré pasar por tu esposo y criaremos a tu hijo entre los dos.

—Este bebé tiene padre.

—Lo sé, pero no querrás que se quede sin madre, porque si te quedas aquí no lo verás crecer.

Ella negó con la cabeza y empezó a llorar de nuevo.

—Steph no me haría ningún mal.

—Steph no te ama, Nora. Eres una esposa impuesta, cuando se canse utilizará el argumento de la traición como excusa para deshacerte de ti, apelando a que eres hija del traidor barón Rufus de Galloway. Es cuestión de tiempo.

Eleonora no quería escucharlo más, deseó marcharse a toda prisa de allí, pero Laurence la mantuvo sujeta.

—Por favor, Nora, recapacita en lo que te he dicho. No te revelo todo esto para lastimarte, sino para salvarte. Huyamos antes de que estés de más meses, entonces será tarde, no podrás viajar estando tan abultada sin poner en peligro tu vida y la del bebé.

Eleonora no quería marchare del lugar que consideraba su hogar, pero Steph no la amaba y no podía evitar que las palabras de su hermano cuajaran en su interior. La realidad de que podía estar en peligro provocó que su cuerpo temblara. Sus músculos los sentía agarrotados, tal como si estuvieran congelados. ¿Estaba a salvo en Bridgeman? Si tenía que responderse a la pregunta y ser sincera al mismo tiempo, reconocía que no del todo. Steph no la amaba y parecía estar muy cómodo en brazos de otras, solo era cuestión de tiempo, el tiempo que ella tardaría en darle un hijo varón. Después le estorbaría y planearía la mejor manera de deshacerse ella. Pronto tuvo claro lo que iba a hacer.

—Está bien, me iré contigo. Dime cuáles son tus planes.

Laurence no pudo disimular su suspiro de alivio. Acunó el rostro de su hermana entre sus grandes manos y le besó la frente.

—¿Podrías salir sola del castillo mañana al alba?

Ella se tomó unos segundos para planear una estrategia, concluyó que si podía conseguir que la confundieran con una sirvienta o campesina le sería fácil. Su esposo se marchaba antes de que saliera el

sol por el este. Además, a primera hora de la mañana hacía frío todavía, de modo que usaría una vieja capa para ocultarse ella y su embarazo, llevaría un par de cestos en las manos y nadie sospecharía.

—Sí, sé cómo hacerlo. Pero no creo que tan pronto las puertas del castillo estén abiertas todavía.

—Te estaré esperando en la poterna del castillo, me desharé de los soldados y abriré la puerta para que puedas salir.

—¿Y después qué haremos? —preguntó la hermana, necesitaba saber sus planes para sentir que hacía lo correcto.

—Tendré dos caballos escondidos para huir; después, cuando alcancemos la costa, navegaremos en un barco mercante que nos deje en la rivera francesa.

—¿De dónde sacarás los caballo?

—Los robaré.

Eleonora frunció el ceño.

—No vas a robar ningún caballo, Laurence.

—Ya que más da, Nora, estoy acusado de traición —inquirió encogiéndose de hombros—. Que añadan el de ladrón de caballos también no me supondrá una pena peor que la que me pondrían por traición.

—Si los cargos de traición se retiran algún día, no podrás negar el de ladrón de caballos, del que serás culpable, y te ahorcarán. Encontraremos una solución.

—Eres demasiado optimista, nunca me van a exonerar del delito de traición. Vivimos en una época injusta donde prevalece la fuerza del más poderoso frente a los que queremos vivir siendo justos. Solo somos meras piezas de ajedrez.

—Por favor, Laurence, no pierdas la fe —manifestó posando las manos en el torso de su hermano.

Laurence hundió los hombros al darse cuenta de que era importante para su hermana.

—Está bien, te haré caso, pero solo esta vez —claudicó de mala gana.

Por un momento, ella creyó que su hermano había regresado, ese que siempre estaba a su lado y la hacía sentir segura, que le arrancaba sonrisas cuando estaba enojada. Pero en sus ojos había nubes oscuras de odio, y supo que nunca más volvería a ser el mismo.

—Sobre todo no le digas a nadie que sigo vivo; si alguien se entera, me cazarán como a un zorro.

Eleonora abrazó a su hermano al darse cuenta del peligro que corría. Se despidieron y ella salió de su escondite. Se pasó la mano por la frente en un gesto nervioso, miró a un lado y a otro para asegurarse de que nadie la había visto salir. Vio alejarse a su hermano, y empezó a respirar con agitación. Su hermano estaba vivo. ¡Estaba vivo! La euforia le hizo levantar el rostro hacia al firmamento y agradeció al Todopoderoso que le hubiera devuelto a Laurence. Estaba tan centrada en agradecer a las fuerzas supremas su buena suerte, que soltó un grito de espanto al notar unan manos posarse en sus hombros. Se dio la vuelta y vio que era Steph. Su corazón dio un vuelco; si tan solo hubiera aparecido unos segundos antes, la habría descubierto junto a su hermano, escondidos entre el carro y la pared. ¿Qué hubiera hecho su esposo con su hermano?, sin duda lo habría apresado. Laurence era un traidor a ojos de Inglaterra, y el barón debía cumplir con su deber.

—Te he dicho que no permito que vayas sola a ningún lado —la reprendió él.

Ella trago saliva.

—El carpintero necesita verme... —explicó casi tartamudeando.

—Lo sé, fui a buscarte y no estabas, me informaron de que debías estar en el taller del carpintero.

Steph achicó los ojos y evaluó a su esposa: parecía nerviosa, estaba temblando y sus manos retorcían la falda del vestido. Dedujo que le escondía algo.

—¿Que ocurre, Nora? Estás nerviosa.

Ella abrió los ojos, miró al suelo para evitar verlo a los ojos.

—Na... da, no me ocurre nada.

Que no quisiera sostenerle la mirada y que hubiera empleado un tono tan tembloroso indicaban que mentía. Quiso insistir, pero ella pasó por su lado y empezó a andar, ignorándolo por completo. Él la agarró del brazo.

—El taller del carpintero está en dirección contraria.

Ella se detuvo y giró el rostro, se encogió de hombros.

—Lo sé, pero no me encuentro bien y prefiero regresar. Necesito tumbarme un rato.

—Si estás molesta por lo que has visto hace un rato cuando una mujer me ha servido una cerveza, quiero que sepas que no hay nada entre ella y yo.

Por fin Eleonora levantó la mirada y clavó sus ojos en los de él. Asintió, como si zanjara el asunto por completo, y echó a andar de nuevo, él la siguió.

—¿Qué tal te ha ido la mañana? —preguntó él, en un intento de buscar algún tema de conversación.

—Bien… —musitó, sin muchas ganas de conversación.

—Hace un rato he conocido a Ryley, el pretendiente de tu doncella. Y veo algo raro en él, no sé qué es, pero no me inspira confianza. Me gustaría que hables con Mary y te asegures de que ese hombre la hará feliz.

—¡Qué bien!

Steph arrugó el entrecejo, era evidente que no prestaba atención. Ni lo escuchaba, estaba como abstraída, como si no estuviera allí, sino en otro lugar.

—Hoy he visto un gato azul bailando con ratones amarillos —mencionó Steph.

—¡Oh, qué bien!

El barón agarró a su esposa de la muñeca para que se detuviera.

—¿Nora, me estás escuchando?

Ella lo miró arrugando la nariz.

—Claro, me has dicho que has visto un gato azul bailando con… —Se detuvo al comprender el sinsentido de todo—. ¿Me estás tomando el pelo? —preguntó enfadada.

—Estaba intentando averiguar si me prestabas atención. A ti te sucede algo, cuéntame de qué se trata y lo arreglaremos.

Ella apretó los labios. En su interior se desató una batalla; por un lado quería confesarle todo, pero por otro temía las represalias contra Laurence y contra ella. Acarició su barriga, y temió que Steph la separara de su hijo.

—Ya te he dicho que no me encuentro bien.

Y echó a andar de nuevo, a Steph no le quedó más remedio que seguirla. Intentó otra vez buscar un tema para una charla, aunque fuera banal, pero ella se negó; es más, ni tan siquiera cruzó alguna palabra con él. Sin duda, a su esposa le ocurría algo, pero ya

averiguaría el qué. Se limitó a caminar a su lado rumbo a la torre del homenaje, ambos en silencio, mientras saludaban a la gente inclinando la cabeza. Llegaron a su destino y ella se excusó y huyó, literalmente, a su alcoba.

Steph no era estúpido y sabía que escapaba de él y de sus preguntas, esa sensación no le gustó. En su mente afloraron los recuerdos de su padre cuando su madre lo rechazaba. La idea de que a su esposa le gustara otro hombre arrolló toda la bondad de su interior. No quería convertirse en un títere y no habría perdón si ella era como su madre.

***

Eleonora no podía simular como si nada pasara, y, por suerte, su embarazo le había dado la excusa perfecta para ausentarse durante la cena alegando malestar. Cuando su esposo acudió al lecho aparentó dormir. Escuchó cómo se desvestía, y al sentarse percibió el peso. Una vez dentro, el aroma a mar le hizo sonreír, siempre le había gustado. Pero se entristeció al pensar que esa sería la última noche en que disfrutaría de esa fragancia.

Los minutos fueron pasando. Después de lo que había sucedido entre ellos durante el día, creyó que él la reclamaría, que la desvestiría con ternura, que la besaría por todas partes buscando su reacción y que la penetraría con una dulzura que le haría arder las entrañas de placer. Sin embargo, esa noche ni tan solo la tocó para alivio de ella. Supuso que asumía que no se encontraba bien y prefería no molestarla. En el fondo, lo agradecía, porque si le hubiera hecho el amor, hubiera llorado, desconsolada, y se hubiera delatado.

Los minutos fueron pasando, y él se quedó dormido. Lo sabía por su respiración profunda y también porque no se movía. Por su parte, ella no pudo conciliar el sueño, a cada poco tiempo se sentaba y miraba a su esposo dormir. De vez en cuando alargaba la mano, quería acariciarlo, pero se detenía justo a tiempo al comprender que lo despertaría, y no quería que viera la traición reflejarse en sus ojos. Porque no podía sacarse de la cabeza la palabra «traición». ¿Qué otra

vocablo definía mejor lo que iba a hacer? Traicionaría a su esposo abandonándolo. Traicionaría a su Dios por incumplir el sagrado juramento del matrimonio. Traicionaría a su hijo por negarle a su padre.

Los rayos del amanecer salieron por el este e iluminaron levemente la alcoba. Ella se tumbó y, a los primeros movimientos que hizo su esposo, disimuló dormir. Escuchó cómo él se levantaba, siempre lo hacía con cuidado para no despertarla, y también se vestía sigilosamente por el mismo motivo. Después, la puerta se abrió y se cerró sin hacer apenas ruido. Sí, su esposo era de lo más considerado, y aún lo era más desde que se había quedado embarazada.

Esperó unos minutos antes de sentarse. Las ganas de llorar se atascaron en la boca de su estómago, no había podido despedirse de Margaret, Joana, David, Ursula y tantos otros a los que quería, pero hubiera sido una temeridad haberlo hecho. Sacudió la cabeza a fin de ahuyentar la tristeza. Y pareció funcionar.

A pesar de que su esposo no estaba, notaba su presencia por entre las cuatro paredes. El aroma a sal y a algas. El lado de su cama, revuelto y ligeramente hundido. El barro seco que habían dejado sus botas. Estuvo a punto de estallar en lloros. Pero se reprimió, consciente de que no podía perder ni un minuto más. Se vistió con una saya cómoda y poco vistosa a fin de no llamar la atención, y dos capas: una gruesa y otra desgastada y vieja para simular que era alguien del servicio. También cogió las joyas que pudo, que escondió por el interior del vestido, atadas con cintas. Ella y su hermano necesitarían dinero para comprar caballos y víveres, y para pagarse el pasaje que los llevara hasta las costas de Francia; y robar no entraba en sus planes.

Sin perder ni un minuto más, salió a hurtadillas del edificio, fue fácil engañar a los soldados apostados en la muralla que rodeaba la torre del homenaje. A pesar de que el sol casi había salido, la mañana era fresca y el vaho escapaba por su boca en forma de nubes. Aceleró el paso, nadie reparó en ella, pues una sirvienta no llamaba la atención. No tardó en dar con la poterna, y corrió hacia allí, estaba ligeramente abierta. Empujó la batiente de madera con fuerza y encontró a su hermano allí.

—¡Venga, vámonos antes de que noten tu ausencia! —exclamó él.

—Traigo joyas para comprar dos caballos y lo que necesitemos.

Él asintió, consciente de que eso les salvaría la vida.

—Como te has negado a que robe un par de caballos, he cambiado de plan. Debemos llegar a la playa, he conseguido un pequeño bote, y bordearemos la costa para despistar a Steph y a sus hombres cuando nos sigan. Sin montura nos darán caza rápido.

—¿No habrás robado el bote, verdad? —preguntó ella mientras lo miraba a ojos cegarritas.

—Tranquila, no lo he robado —mencionó mientras bufaba; su hermana, a veces, lo exasperaba—. Lo he ganado en una partida de dados ayer por la noche en el puerto.

—¿Y tú que apostaste?

—Dinero.

—¡Pero si no tienes dinero! —exclamó la baronesa.

—Ellos no lo sabían.

—¿Y si hubieras perdido? —censuró ella, su hermano se había vuelto demasiado temerario.

—Ahora estaría en el fondo del mar alimentando a los peces.

Eleonora gimió asustada solo de imaginarlo, quiso reprenderlo, pero no había tiempo que perder y Laurence la agarró de la mano, dando por finalizada la charla. Corrieron pegados a la muralla para no ser descubiertos por los soldados que hacían guardia en el adarve, caminando de un lado a otro; desde allí arriba quedaban dentro de su campo de visión. Cuando fueron conscientes de que ya nadie los vería, emprendieron el camino hacia el bosque, tan deprisa que la capucha de la capa cayó hacia atrás, dejando que hebras rubias onduladas se agitaran en el aire. Los pájaros habían iniciado el nuevo día cantando con brío, pero ninguno de los dos les prestó atención. La niebla de la mañana se diluía rápido debido al efecto de los rayos tibios del sol.

Apenas llevaban una legua cuando Eleonora se detuvo al advertir un golpecito en su vientre, era la primera vez que notaba a su hijo. Se detuvo y se llevó una mano al lugar. Las capas de ropa que llevaba no fueron impedimento para que ella, en la palma de su mano, sintiera el hormigueo que producían los golpecitos de su bebé. Sus ojos derramaron lágrimas de alegría, y entonces supo que le estaba hablando. Su hermano, que también se había detenido, la miraba intrigado.

—¿Qué sucede? —le preguntó, desviando su luminosa mira azul índigo a su vientre—. ¿Te encuentras bien?

Ella sonrió antes de contestar, Laurence se acercó a ella.

—Me encuentro mejor que nuca.

Su hermano la agarró del codo.

—Entonces sigamos, no hay tiempo que perder, aún nos queda media legua antes de llegar a la playa.

Ella se mantuvo quieta en el lugar.

—Mi bebé me pide que no lo haga, Laurence —explicó con sus manos abarcando su vientre—. No puedo marcharme, amo a Steph más que a mi vida y quiero que esté junto a su hijo.

—Nora, ya hablamos de eso...

—No, Laurence, tú decidiste por mí. —Ella lloraba y reía de alivio, había comprendido lo que de verdad quería en la vida—. Yo deseo estar al lado de mi esposo, de mi hijo y de los que vengan detrás de este.

—¿Steph desea lo mismo? —preguntó con sorna.

—No lo sé, pero no pienso traicionarlo ni a él ni a mi corazón.

—Te estás equivocando.

Ella suspiró, negó con la cabeza. Sabía que él no lo entendería.

—Es mi decisión, Laurence.

—¿Qué pasa si se han dado cuenta de tu huída? Steph no te lo perdonará y conocerás su peor versión.

—Eso no sucederá. Aún estoy a tiempo de regresar, nadie a esta hora sabe que no estoy en mi alcoba, no me molestan hasta que yo me levanto. Mi embarazo me da la excusa perfecta.

Dicho esto, se dio la vuelta y empezó a hurgar por sus ropajes, se sacó todas las joyas. Se volvió de nuevo y le entregó el pequeño botín a su hermano.

—Ten, esto te ayudará.

Él unió sus palmas y Eleonora depositó las joyas.

—Nora, por favor, no lo hagas, ven conmigo —pidió su hermano, en su rostro se evidenciaba su dolor.

Ella negó con la cabeza, después se puso de puntitas y lo abrazó. Se separó y, mirándolo fijamente a los ojos, le dijo:

—Nuestros caminos se dividen, Laurence. —Su voz temblaba debido al llanto—. No diré a nadie que estás vivo, estarás seguro y

podrás empezar una nueva vida.

Él conocía a su hermana, y sabía que no daría su brazo a torcer. Cuando tomaba una decisión nada ni nadie la hacían cambiar de opinión. Se guardó las joyas en un pequeño saco que llevaba encima y lo ató a su cinto.

—Te echaré de menos, hermanita —mencionó Laurence casi al borde del llanto, al tiempo que la abrazaba.

—Y yo.

Estuvieron un minuto largo, sabiendo que esos serían los últimos instantes que pasarían juntos. Después, ambos siguieron caminos opuestos, ninguno de los dos se dio la vuelta, conscientes de que si lo hacían no podrían con el dolor que experimentaban sus corazones.

***

Steph había dado las primeras órdenes del día a los soldados en el patio de armas. Morris y Alfred se habían marchado a Londres al amanecer y las señales que enviaba la madre naturaleza eran buenas. Estaría días sin llover, el clima sería benigno, por lo que los dos caballeros tendrían un viaje sin problemas.

Nígel ayudaba a Steph en los entrenamientos de esa mañana. Sin embargo, los pensamientos del barón estaban con Eleonora, pues la sensación de que le ocurría alguna cosa se había hecho demasiado evidente el día anterior. No había podido hablar con ella en la víspera, pues cuando fue a la alcoba, ya dormía; y en la mañana, como todos los días, se levantaba y no la despertaba a fin de que pudiera descansar un poco más. Pero pensaba mantener una conversación dentro de un rato.

La echaba de menos, echaba de menos acariciarla, poseerla con todos sus sentidos. Sin embargo, el embarazo le estaba causando demasiadas molestias, y había decidido no tocarla para evitar males mayores. Admitía que era un suplico acostarse a su lado, aspirar el aroma a flores de primavera de su cuerpo, que lo encendía nada más sus fosas nasales quedaban impregnadas. Pero temía lo peor, y si bien él escondía su preocupación, no podía dejar de pensar en que algo

saliera mal y perdiera el bebé, e incluso que ella perdiera la vida. Cuando pensaba en esa posibilidad, a su cuerpo lo sacudían unos escalofríos que lo dejaban sin aliento, porque por nada del mundo quería que a su esposa le sucediera nada malo. Sin ella la vida no tendría sentido. Los amaneceres serían sin sol. Las sonrisas dejarían de existir en su mundo.

Steph suspiró mientras miraba a sus soldados coger sus armas para el entrenamiento. Necesitaba que se hicieran fuertes, pronto asediaría Galloway y quería que estuvieran en plena forma. Pero esa mañana estaba ausente, no era tonto y reconocía en su interior que amaba a su esposa, mas no podía reconocerlo ante ella ni ante nadie, todavía no estaba preparado. Siempre le asaltaban las dudas cuando se acordaba de su padre y de su madre, la sensación de que podía acabar como su progenitor lo mantenía en una tensión dolorosa, porque nunca creyó posible que pudiera enamorarse de una esposa impuesta.

—¡Steph! —gritó Nígel, al tiempo le daba un empujón; el barón pareció reaccionar—. Hace un siglo que estoy llamándote.

Steph lo miró y cabeceó.

—¡Tengo en la mente muchas preocupaciones! —soltó con acidez.

—Sí, y tienen un solo nombre: lady Eleonora de Bridgeman.

El tono mordaz que empleó enfadó al barón.

—Mi esposa merece tu respeto. Vete con cuidado si no quieres que te eche —puntualizó Steph, levantado el dedo en ademán amenazante.

—Sé que lo harías, y es la prueba que demuestra que te has enamorado de tu esposa.

—No voy a hablar de estas cosas contigo.

—Lo sé, porque sabes que estás cometiendo un error —mencionó el caballero con dureza—. Ella te ha atrapado con su belleza y su sensualidad.

Steph cabeceó, le vinieron ganas de darle un puñetazo para borrar su expresión cáustica, lo estaba desafiando, bien lo sabía, pero lo dejó por imposible. Lo que menos necesitaba en esos momentos era enemistarse con sus hombres. De hecho, Nígel siempre le había dicho lo que pensaba y no debería tomárselo tan a mal, pondría su vida en sus manos sabiendo que no lo defraudaría. Junto a Alfred y Morris componían un equipo invencible y no quería romper una amistad que nunca lo había defraudado. Confiaba en él, y se lo demostraría.

—Necesito que me hagas un favor —pidió el barón.

Nígel asintió, su enfado se diluyó; su compañero lo necesitaba y no lo iba a defraudar.

—Sabes que puedes contar conmigo.

—Lo sé, por eso te lo pido.

—Dime, ¿qué necesitas? —preguntó Nígel, por algún motivo presentía que tenía que ver con la baronesa.

—Eleonora me esconde algo, necesito averiguar qué es.

—¿Quieres que la vigile? —preguntó sorprendido el caballero.

—Más o menos, pero no quiero que se dé cuenta. Sé que tienes a todas las mozas locas por tus huesos, y las que sirven a Eleonora saben lo que hace la baronesa a cada momento.

—Quieres que la vigile a través de ellas.

—Veo que me has comprendido. ¿Lo harás?

Nígel sonrió con picardía, una sonrisa muy típica de él. Pensó que nunca una misión le sería tan placentera.

—Ni lo dudes.

—Bien. —Steph miró el patio de armas lleno de soldados—. ¿Puedes encargarte de los entrenamientos por un rato? Quiero hablar con mi esposa.

—Sí, yo me encargo.

Steph se dirigió a la alcoba a pasos ligeros. A esa hora de la mañana estaría levantada, y si las náuseas la dejaban intentaría comer alguna cosa. Estaba dispuesto a averiguar el motivo por el cual su esposa no reaccionaba como de costumbre. Si una cosa había aprendido en la vida era que nada se solucionaba por sí solo, apartándolo a un lado como si no existiera. Había que terminar con el problema comprendiéndolo, y una vez hecho esto, atacar para eliminarlo.

Pero cuando abrió la puerta se la encontró vacía. Fue al salón familiar donde se reunían Margaret, Joana y su esposa, y varias costureras para coser; últimamente estaban todas atareadas con el ajuar del bebé y con los vestidos que había que agrandarle a Eleonora a medida que su vientre crecía; sin embargo, no encontró a nadie. Le preguntó a su tía, a Joana, a varias sirvientas y cocineras, pero nadie sabía dónde estaba. Empezó a preocuparse seriamente; Eleonora nunca se había marchado sin más, además cumplía la orden que le

había dado de que fuera acompañada a cualquier lugar. Se acordó cuando había ido sola al taller del carpintero el día anterior, por lo que se dirigió allí. Quizá había cometido la imprudencia de ir sola de nuevo, y como le sucediera en la víspera se había sentido indispuesta.

Pero tampoco estaba.

Fue a buscar a Nígel y a un grupo de soldados para mirar por los alrededores. Montaron en sus respectivas monturas y salieron de la fortaleza. Él temía que le hubiera sucedido algo malo, y en su estado era más grave todavía. El miedo se estaba apoderando de su cuerpo solo de imaginarla lastimada en algún lugar solitario. Prometió reprenderla severamente cuando la viera, por haber cometido tal temeridad; y se convertiría en su sombra a partir de ese día.

Lo cierto era que Eleonora no estaba muy lejos. Para acortar el camino quiso cruzar el bosque por otra vía más corta, con tan mala suerte que se había quedado atrapada entre unas zarzas. Dio un paso y sintió cómo la saya se rasgaba por la falda. Por suerte el destrozo había sido poca cosa y no se le arañarían las piernas. Después de muchos tirones y mucho esfuerzo que logró provocarle calor, consiguió abrirse paso y siguió avanzando. Ignoró las hierbas secas enredadas en su pelo y pegadas en la ropa, solo era consciente de que debía llegar a su alcoba antes de que alguien notara su ausencia. Cuando estaba a punto de dejar atrás el bosque, sintió unos gritos de hombres. Parecían alterados, creyó que eran campesinos a los que se les habría escapado algún animal. Sin embargo, cuando logró acceder al camino que cruzaba los campos sembrados y que llevaba al castillo, el corazón se le detuvo.

Capítulo 11

Steph frenó cuando le llamaron la atención unos matorrales que se movían con agitación. De pronto vio a su esposa, su mirada se deslizó por la figura de la mujer, entonces su respiración se agitó. Ella tenía el pelo alborotado, las mejillas rojas y la saya con hierbas secas pegadas. La sombra de la oscuridad cayó sobre sus pensamientos y endureció su corazón. No le llevó mucho llegar a una conclusión: su esposa se había encontrado con otro hombre y habían retozado sobre la hierba. En aquel momento entendió la agitación de su esposa el día anterior cuando la encontró sola. Sin duda, había quedado con su amante.

En un acto de rabia, y casi instintivamente, desenvainó la espada; el sonido estridente del acero resonó por entre los árboles como presagio de muerte. Desmontó, y Nígel lo hizo casi al mismo tiempo; los demás soldados se quedaron a una prudencial distancia sobre sus monturas.

Eleonora vio a su esposo acercarse a ella. En sus ojos verdes brillaba el odio y arrugó el entrecejo al no saber qué esperar. A medida que se acercaba, más aterrada estaba ella, más brillaba el reflejo del filo del arma de su esposo. Cuando estuvo a su altura, posó la punta en el corazón de ella. De pronto el bosque y sus alrededores enmudecieron, el ligero aire incrementó su velocidad y silbó por entre las hojas verdes. Steph se torturó al comprender que su esposa no lo

había amado nunca, que todo había sido una treta cuando se lo confesó; solo buscaba convertirlo en un títere de sus caprichos.

La historia se volvía a repetir como si se tratase de una maldición echada contra Bridgeman. A diferencia de su padre, no pensaba ser un juguete en manos de ella, se negaba a ser el hazmerreír de su gente, así tuviera que mantener a la baronesa encerrada bajo llave toda la vida. Es ese instante estaba fuera de sí, necesitaba derramar la sangre de los traidores, por lo que apretó la punta de su arma en el corazón de su esposa. Ella empezó a temblar y Steph sintió un placer morboso al saber que le tenía miedo. Más le valía, porque de todos los pecados, el único que no le perdonaría jamás era la infidelidad. Miró por encima de la cabeza de su esposa en un intento de captar alguna señal que le diera pistas de por dónde había emprendido la huida su amante. Tenía tan claro como el respirar que ese malnacido debía morir por su espada. Ella giró la cabeza y miró en la dirección que su esposo, pensando que había alguien detrás de ella; no se dio cuenta de que estaba cometiendo un error, pues a Steph no le cupo duda alguna de que estaba con otro.

—¿Quién es él? —preguntó en un tono tan cortante que hubiera sido capaz de agujerear la muralla.

Ella no entendió la pregunta, pero solo le llevó unos segundos comprender que él creía que estaba con otro hombre. Se llevó una mano al corazón al reparar que latía con desenfreno.

—Nadie... yo... yo... ¿No creerás…?

Steph envainó su espada.

—¡No mientas! —exclamó agarrándola por los hombros, la sacudió—. ¡Vuelvo a repetírtelo: ¡¿quién es?!

La agitaba con tanta fuerza que Nígel intervino apretando su hombro.

—¡Cálmate, Steph! ¡Está encinta, no seas el culpable de que pierda al bebé!

El barón estaba tan fuera de sí que ni siquiera era consciente de lo que hacía. Por suerte, las palabras de su caballero lograron abrirse paso entre su furia. La soltó de inmediato; ella sollozaba y dio un paso atrás para separarse de ese hombre que no reconocía, pero él no la dejó y la agarró con fuerza del brazo. Ella lo miró, rogándole con la mirada; sin embargo, él no le concedió ni un mínimo de

consideración. Tal vez las leyendas sobre Lord Feroz no eran ciertas, aun así, la mujer supo que, a partir de ese día, se harían realidad.

El barón señaló con la espada a tres soldados.

—Vosotros tres, quiero que ahora mismo sigáis el rastro del acompañante de mi esposa. Dadle caza, pero mantenedlo con vida. Quiero ser yo quien le clave la espada en el corazón.

Eleonora se revolvió como un animal que hubiera caído en una trampa. ¡Dios santo, su hermano corría peligro! Iba a pie, no a caballo. Debía darle tiempo a que pudiera alcanzar la playa para coger el bote y emprender la huída.

—¡No, no lo hagas, por favor, por favor! —rogó la baronesa.

Esas palabras aún encolerizaron más a su esposo.

—¡Silencio! ¿Estás suplicando por la vida de tu amante, esposa? ¡No podías caer más bajo!

La barbilla de Eleonora se agitaba a la par de su llanto desbocado, las rodillas le temblaban, mas su esposo la mantenía agarrada con fuerza del brazo, y evitó que se cayera al suelo.

—Levadla a la alcoba —ordenó el barón—. Y que dos guardias se queden apostados en la puerta para que no se escape.

Dos soldados desmontaron y la escoltaron. Steph no se dio la vuelta para mirarla, su corazón bombeaba veneno y las ganas de retorcerle su bonito cuello se hacían grandes en su interior.

—Te advertí que nunca se puede confiar en una mujer —mencionó Nígel.

—No estoy para sermones —rabió el barón—. Lo único que me calmaría en estos momentos sería matar al amante de mi esposa. —Lo dijo mientras envainaba su espada.

Sin añadir nada más, montó a Hércules. Junto a Nígel y los demás soldados barrieron el bosque, pero para sorpresa del barón, el desconocido sabía ocultar muy bien sus huellas, y los había despistado con marcas falsas, desviándolos de su camino. La certeza de que se trataba de un hombre listo aún enfureció más a Steph. Dejó a sus hombres para que siguieran con la cacería del desconocido; lo atraparía aunque le costara la vida, y le haría pagar por haber tocado a su esposa.

Decidió regresar a la torre del homenaje dispuesto a arrancarle a Eleonora el nombre de su amante. Pero antes debía calmarse, la

tentación de actuar con violencia se estaba haciendo fuerte en su interior. Así que cuando llegó al salón principal, pidió que le sirvieran una cerveza. No le habían pasado inadvertidas las miradas de sus gentes, seguramente la noticia de que habían encontrado a la esposa del barón en el bosque con supuesta compañía masculina ya habría corrido como el rayo por la fortaleza. No le extrañó que las personas que había en el salón desaparecieran rápido de su vista. Ni tan solo habían hecho la protocolaria reverencia, conscientes de que su furia podía alcanzarlos también.

Se bebió él contenido de un golpe, después se acercó a una de las chimeneas laterales de la estancia. Si bien en el exterior el clima cada día se hacía más cálido, en el interior las piedras guardaban el frío del invierno y se precisaba algo de calor. Pero la furia del barón era tan grande que el frío no tenía cabida en su cuerpo. Aun así, el danzar de las llamas le brindaba sosiego, y las miró en busca de algo de paz. Se quedó allí de pie, con las manos apoyadas en la repisa de piedra donde estaba esculpido el blasón de su familia. Las llamas iluminaban su rostro endurecido por el dolor que su corazón sentía.

Pasó al menos media hora cuando concluyó que podría mantener una conversación con Eleonora sin perder los estribos. Necesitaba una mente fría que fuera capaz de tomar las decisiones correctas. Con mucho vivido y con mucho aprendido de sus errores, sabía que la cólera llevaba a tomar malas decisiones. Su objetivo era averiguar la identidad del amante de su esposa, y debía saber quién era antes de que, empujado por su furia, cometiera la equivocación de matar a todos los hombres que se atrevieran a contemplar a su esposa, creyendo que uno de ellos podría ser su amante. Lo que sí tenía claro era que ambos pagarían: él con la vida, y su esposa... a su esposa le esperaba un castigo peor que la muerte. Esa certeza le arrancó una sonrisa, una que nada tenía que ver con la felicidad.

Steph subió los escalones. A pesar de que se sentía preparado para enfrentarse a su baronesa, el tramo en forma de caracol de las escaleras se le hizo más largo que de costumbre. Se detuvo frente a la puerta, los guardias apostados le hicieron una reverencia. En ese momento ella estaba sentada en el lecho, se aferraba al poste de la cama, era incapaz de moverse y no podía parar de llorar con desconsuelo.

El barón se adentró en la alcoba, cuando la dama captó su presencia se levantó. Se miraron, ella tragó saliva; los ojos de su esposo emanaban un odio despiadado, un escalofrío viajó por toda su columna y se quedó rígida como una estaca. Eleonora contempló cómo su esposo se acercaba a uno de los tres baúles y sacaba la daga responsable de la muerte de su padre y de su madre. Conocía la historia, porque él se la había contado, y temió el mismo final. Estaba tan asustada que las palabras no le salían.

Él se quedó mirando el arma, en su reflejo vio la escena de sus padres muertos cuando era apenas un crío. Pensó que sería muy fácil terminar de la misma manera, dejar que la muerte castigara a su esposa y a él mismo. Sacudió la cabeza y respiró profundo para sacarse tales pensamientos, y lo consiguió. Entonces se guardó la daga en el cinto, se acercó a su esposa y se detuvo a un metro de distancia.

—Quiero que me digas el nombre de tu amante.

Del tono de su esposo brotaba una energía tan feroz que ella sospechó lo peor. Con mucho esfuerzo logró moverse, y se acercó a la chimenea en un intento de aumentar la distancia que los separaba.

—No tengo ningún amante... —confesó con voz temblorosa, agachando la cabeza.

—¡No mientas, dime su nombre! —voceó acercándose a ella.

Eleonora levantó la mirada y reparó en los enormes puños apretados a los costados del barón. Un solo golpe y le rompería los huesos.

—¡Habla! —gritó él, con sus pupilas dilatas de cólera.

Ella dio un respingo, caminó hacia atrás protegiéndose el vientre con sus manos, sin prestar atención a las llamas de la chimenea. Si la pegaba no quería que lastimara a su hijo. Steph se acercó rápido a ella y la agarró antes de que el fuego alcanzara el bajo de su saya.

—¡No lo hagas daño a mi bebé! —exclamó entre sollozos desgarradores.

—Pequeña estúpida, por poco te quemas viva.

A Eleonora le llevó unos segundos reaccionar. Miró el fuego y negó con la cabeza al comprender que él la había salvado. La esperanza se renovó en su interior al entender que ella le importaba. Quizá tenía una oportunidad.

—No tengo ningún amante, ¡lo juro! —Alargó las manos para

acariciarlo, pero él le agarró las muñecas para evitar que lo tocara—. Yo te amo, Steph, no podría...

—¡Cállate! —la interrumpió—. No mientas, ¿qué hacías en el bosque sola, entonces? Juro que te sacaré la verdad como sea.

No había rastro de humanidad en su mirada verde, la dulzura de sus labios cuando se curvaban en una sonrisa había desaparecido. Él tenía el poder de destruirla, y le estaba confirmando que iba a utilizar dicho poder contra ella. Sin embargo, la baronesa no admitiría jamás tener un amante para salvar la vida por mucho que la torturara. Aun así, le confesaría que había estado a punto de traicionarlo, solo le podía ofrecer la verdad de sus actos.

—Estaba en el bosque porque quería escaparme. Tú no me amas, y es cuestión de tiempo que busques la manera de deshacerte de mí. Pero no pude... —Se llevó las manos al vientre y sonrió—. Tu hijo me hizo saber su desacuerdo con sus ligeros golpes, y decidí regresar y esperar el milagro de que algún día me quieras tanto como yo.

Steph deslizó su mirada hacia el vientre de su esposa, la mejilla tembló en un espasmo involuntario. No creía en sus palabras, todas estaban teñidas por la mentira; sin embargo, la duda sobre la paternidad del bebé aún no nacido fue un puñetazo en su estómago.

—Ya puedes rezar para que el hijo que llevas en tu vientre se parezca a mí... —soltó entre dientes, con una dureza que provocó que ella se quedara blanca como un lienzo.

Eleonora podía permitir muchas cosas de su esposo: aceptaba que la insultara, pero que dudara de la paternidad de la pequeña vida que albergaba su vientre fue demasiado. Sin planearlo, levantó la mano para abofetearlo, pero Steph tenía los reflejos de Satanás e interceptó la palma al vuelo. La respiración de Eleonora se agitó mientras clavaba su mirada en la de él, no se permitió ni pestañear. Él le sonrió con sorna como respuesta.

—Encontraré a tu amante y lo mataré delante de ti. Lo juro —clamó enfurecido el barón.

El ambiente se espesó tanto que hasta costaba respirar, ella negó con la cabeza. Se debatió entre guardar silencio o decirle que el desconocido era su hermano. Calculó las consecuencias, pues si se lo confesaba, sería cuestión de días que Barnard se enterara. Laurence se vería obligado a lidiar no solo con su esposo, también con el hombre

que asesinó a su padre y que quería verlo muerto. Mucho temía que no llegaría a tiempo al barco que lo tenía que llevar a Francia.

—Por favor, déjalo en paz... él... él es un buen hombre.

—¿Te importa? —preguntó sujetándole la muñeca con fuerza.

—Sí.

La soltó en un gesto agresivo, como si le diera repulsión tocarla, y Eleonora perdió toda esperanza de que algún día las cosas se solucionaran.

—¿Lo amas? —preguntó el barón en un tono helado.

Ella apretó los labios, se cargó de valentía y se dispuso a decir la verdad. A esas alturas no tenía nada que perder, puesto que lo había perdido todo.

—Sí, pero mi amor por él es diferente a lo que siento por ti.

Steph echó la cabeza atrás y rio, su risa era como un trueno a punto de descargar granizo del tamaño de puños.

—Tu intento por que te compadezca es patético, esposa —mencionó con retintín.

Ella ignoró sus palabras, dispuesta a que no la afectaran.

—¿Qué vas a hacer conmigo? —preguntó ella.

—Mereces la muerte. —Contempló su vientre—. Pero ese bebé no tiene la culpa de que su madre sea una ramera.

—¡Mátame si no me crees y acaba de una vez! —le gritó agarrándolo del veste, las lágrimas volvían a correr por su rostro.

—No voy a matarte. —Agarró las manos de su mujer y las separó de su cuerpo—. Quiero que sufras el resto de tu vida.

—Que no me ames es suficiente sufrimiento.

Steph ni la escuchaba, ya no creía en sus palabras. Se dio la vuelta y empezó a andar hacia la puerta, la abrió y respiró profundo, no se giró y se quedó de espaldas.

—De momento estarás encerrada en esta alcoba —dijo—. No recibirás la visita de nadie, yo me encargaré de traerte alimentos. Y cuando tengas ese bebé, me ocuparé de que el próximo sea mío de verdad.

Eleonora suspiró aliviada, al menos la mantendría viva un tiempo.

—Y cuando te dé un heredero, ¿qué harás conmigo?

—Te exiliaré al lugar más frío y solitario de Inglaterra.

***

Steph descendía los escalones, necesitaba salir y perderse por unas horas, pero su tía lo esperaba en el gran salón.

—¿Qué has hecho, Steph? —le preguntó iracunda Margaret tan pronto entró en la estancia, estaba sentada en una silla cerca de la mesa y se levantó.

—¿Qué quieres decir? —preguntó acercándose a ella.

—¿Te has vuelto loco? No puedes encerrar a tu esposa y hacer ver que no existe.

El sobrino dedujo que su tía estaba enterada de los últimos acontecimientos, y no entendía cómo no lo apoyaba, habiendo sufrido con el comportamiento de Cecily tanto como él.

—He hecho lo que tenía que hacer para que no se repitiera la historia.

—Eleonora no es como tu madre —decretó la tía con mucha seguridad.

—Estaba con otro hombre, y ella lo reconoce.

—Y tú das por hecho que estaba dando rienda suelta a la pasión. Te repito que ella no es como tu madre. Hay otro motivo por el que Eleonora estaba con otro. No solo lo pienso yo, tu gente también lo piensa, y los vas a poner en contra tuya si no arreglas esto como el debido. Ella se ha ganado el cariño de Bridgeman, y lo vas a perder todo.

Steph achicó la mirada, su mandíbula se puso rígida. Así que su gente estaba en contra de lo que estaba haciendo. ¡Dios santo, su esposa los había engatusado a todos!

—Créeme, tía, que ella no me ha querido dar ninguna explicación. Es más, me ha asegurado que ama a su amante.

Margaret se llevó la mano a la frente, sentía que empezaba a darle vueltas la cabeza.

—Esto no tiene ni pies ni cabeza. Solo sé que tu esposa no es tan ruin como lo fuera Cecily. Hablaré con ella, y antes de que acabe el día esto habrá terminado.

Pero Steph no le dejó dar un paso.

—No, tía, yo soy el barón de Bridgeman, el único señor y al que todos deben obediencia. Eleonora está encerrada en su alcoba y no

recibirá la visita de nadie. ¿Ha quedado claro?

Margaret miró a su sobrino como si no lo reconociera.

—Te estás equivocando, Steph. Vas a perderla, y cuando te des cuenta será tarde.

—Si no cumples con mis órdenes olvidaré que eres mi tía.

La amenaza arrancó un jadeo de sorpresa a Margaret, su rostro quedó lívido y se quedó sin habla. Su sobrino jamás se había comportado con ella de esa manera. No intercambiarían ninguna palabra más.

Steph estaba enfadado, y más creció su ira cuando salió y se percató de las miradas acusadoras de su propia gente. Tal pareciera que fuera él el que había cometido el pecado y no su esposa.

***

Era principios de verano, un día radiante, soleado y caluroso. La bóveda celeste mostraba un azul perfecto que brillaba con tanta intensidad que deslumbraba las miradas. Había pasado un mes desde que Steph encerrara a Eleonora en la alcoba. Mantuvo su decisión de que no recibiera visitas y él le llevaba la comida. Rara vez ella le dirigía la palabra, y cuando lo hacía era para contestar a sus preguntas con un sí o un no.

Steph sentía que la oscuridad cubría todo su ser. No hablaba con nadie de los pensamientos que tenía en su cabeza: se había aislado de todo el mundo. A su tía, que siempre era la oreja que escuchaba sus pesares, la había mantenido al margen. Incluso nadie mencionaba a su esposa delante de él, conscientes de que podían recibir un puñetazo. De acuerdo que la furia de los primeros días lo había consumido por dentro, y, además, había sido bien visible en su manera violenta de caminar o de dar órdenes. Sin embargo, su preocupación a esas alturas era otra, y empezó a meditar que castigando a su esposa se estaba castigando a él en la misma medida.

Estaba en la alcoba, contemplaba a Eleonora dormir con agitación. La tristeza parecía que se había asentado en el interior de ella como un parásito; se negaba a comer, y cuando lo hacía acababa

vomitándolo todo. Era como si su cuerpo no quisiera vivir; cada día estaba más pálida y delgada, a pesar del embarazo que creaba la falsa sensación de un cuerpo pleno.

Al principio creyó que se trataba de un ardid para ablandarlo, y luchó por que no lo afectara, pero pronto cambió de opinión al ver cómo la vitalidad iba abandonando el cuerpo de su esposa. Y a esas alturas su corazón sufría al contemplar su debilidad. Sus ojos preciosos, otrora llenos de vida y alegría, se apagaban. Tal como estaba de débil, si llegaba al término del embarazo, dudaba mucho que tuviera fuerzas para aguantar un parto. No quería que se muriera, y deseaba que el bebé que llevaba en las entrañas naciera y viera lo hermosa que era su madre. Aunque no fuera suyo, lo amaría como si lo fuera, esa era una de las promesas que estaba haciendo a su Dios a cambio de que la salud regresara al cuerpo de su esposa.

Se sentó en el lecho y posó las palmas en el vientre abultado. No tardó en notar sus movimientos, se agitaba; sonrió y predijo que sería fuerte. Acarició la barriga de su esposa y ella se despertó. A Eleonora le costó abrir sus ojos ojerosos, pero lo consiguió y se felicitó mentalmente, pues desde hacía unos días cualquier movimiento le costaba mucho esfuerzo. Él apartó las manos con rapidez, no quería que viera que se estaba desmoronando por dentro al verla en aquellas condiciones.

—¿Te encuentras mejor? —preguntó él.

—Sí.

Él sabía que mentía, ella giró la cabeza sobre la almohada; mirarlo a los ojos significaba ver su desprecio reflejado.

—Te traeré algo de comer.

—No.

—Tienes que comer algo —aseveró el barón.

Ella emitió un suspiro de fastidio. La dama sabía que se había encerrado dentro un caparazón; desde luego que no era la solución, pero no tenía ganas de nada, y mucho menos de hablar con su esposo.

—Vuelvo a tener nauseas... —Hasta hablar le suponía quedarse sin fuerzas, se movió para que sus músculos salieran de su letargo, pero se detuvo al sentir dolor—. Acabaré vomitando como siempre. Solo quiero dormir un rato más, déjame sola.

Pero su petición fue rechazada y Steph no se marchó.

—Nora...

Desde que la encerrara en la alcoba, nunca más la había llamado por su diminutivo, esa era la primera vez, por lo que la sorprendió y disparó todas sus alarmas. Pero al momento suspiró resignada: no, de ningún modo alberga ilusiones, ya no. Las lágrimas afloraron de nuevo, se puso de costado, de espaldas a él, para que no las viera. Aun así Steph era consciente de su llanto, pues su dorso se sacudía ligeramente.

Steph se levantó y miró, sin ver, por la ventana, perdido en sus meditaciones. No podía dejar de pensar en su esposa de día y de noche. Había intentado apartarla de su mente buscando a otras mujeres. Pero cuando las tenía desnudas frente a él, dispuestas a satisfacerlo, terminaba marchándose al darse cuenta de que no las deseaba. Se llevó las manos a la nuca y las entrelazó, debía ser sincero consigo mismo y aceptar que la amaba. Porque sí, porque amaba a su esposa hasta el punto de tomar una decisión que nunca un barón que se preciara tomaría. Sin embargo, nada de lo que poseía lo llenaba más que la vida de Eleonora, y si la retenía a la fuerza, los mataría a ella y al bebé que estaba en su vientre. Tomó aire y se cargó de resolución. Se dio la vuelta y se acercó al lecho, se volvió a sentar, cerca de ella.

—Por favor, Nora, mírame.

Ella se limpió las lágrimas, se giró, hizo el intento de incorporarse, pero estaba tan débil que él la ayudó, le colocó cojines en su espalda para que estuviera cómoda. Le agarró las manos y se las acarició.

—Nora, por favor, dime cómo se llama tu amante.

Ella miró las manos de ambos, estaban entrelazadas. No supo qué pensar, pero ya había perdido la ilusión por todo, en su pecho creció la sensación de pesadez y tuvo que esforzarse en respirar al darse cuenta de que le quedaban pocas fuerzas. Aun así sacaría valentía de donde fuera para darle la vida a su bebé, eso lo tenía claro.

—No te lo diré, recuerda que me dijiste que lo matarías —farfulló la baronesa.

—No lo haré.

Ella levantó la mirada, clavó sus ojos en los de su esposo. Tiró de sus manos para separarlas de las de él.

—¿Piensas encerrarlo en la peor mazmorra que tengas para que se

muera, poco a poco, de inanición?

Su tono era comedido, pero él detecto cierto matiz burlesco. No lo cogió por sorpresa; él, en la misma situación, tampoco se lo hubiera creído. Pero se esforzaría por hacerle entender que decía la verdad.

—No. Si lo amas dejaré que te vayas con él.

Ella creyó que le tomaba el pelo. Entrecerró los ojos, intentado adivinar las intenciones de su esposo.

—Lo dices para que me confíe y te confiese su identidad.

—Necesito dar con él para que te venga a buscar. —Hizo una pausa para respirar fortaleza antes de continuar—. Encontraré la manera de anular nuestro matrimonio y podrás buscar la felicidad con el hombre que amas, no antes de que nazca el bebé y vea a quién se parece. Solo pido eso, que esperes a que nazca. Te estoy diciendo la verdad, confía en mí.

—¿Me pides que confíe en ti cuando tú no me crees?

—Por favor, Nora, estoy hablando en serio.

A Eleonora le llamó la atención el brillo de dolor en los ojos de su esposo. No estaba mintiendo. ¿Por qué lo hacía?

—Yo también hablo en serio cuando te digo que al único hombre que amo es a ti.

—Me dijiste que amabas a tu amante, ¿recuerdas?

—Sí, lo recuerdo, y también te dije que lo amaba de otra manera... —Vio la mueca en los labios de su esposo—. ¿Ves cómo no me crees? Por favor, déjame sola.

—No es que no te crea. Estabas huyendo de mí, ¡con otro hombre!

—Sí, de acuerdo —reconoció ella—, estaba huyendo con otro, pero no pude hacerlo. Te amo demasiado y no quise que nuestro hijo creciera sin su padre.

—¿Nuestro hijo? ¿Estás segura?

La dama lo fulminó con la mirada. No permitiría que dudara de la paternidad del bebé que llevaba en sus entrañas.

—Sí, nuestro. Porque no puede ser de nadie más —soltó con dureza—. Me da lo mismo si me crees o no... —Negó con la cabeza, no, no era verdad, claro que le importaba lo que él pensara, y que dudara de su paternidad le laceraba el alma—. De hecho, nada de lo que diga te convencerá de lo contrario.

—Yo... —Se pasó la mano por la cara—. Si quieres quedarte

conmigo solo puede ofrecerte lo que ves: un hombre que duda de su esposa.

A Steph le costaba desprenderse del dolor que le había provocado su pasado. Él había querido a su padre por encima de todo; a pesar de ser el hazmerreír de todos, él lo quería. Su madre nunca quiso su estima, y fue fácil mantenerse al margen de sus ardides femeninos. Sin embargo, empezaban a pesarle sus recuerdos, le daba la sensación de que cargaba con los pecados de sus padres. Amaba a su esposa y no podía entregarse a ella por miedo a que se repitiera la historia.

En aquel instante, mirando a Eleonora, se daba cuenta de que su esposa nunca sería como Cecily. Todavía no había nacido el niño que ella ya lo amaba. Su madre nunca había amado a nadie salvo a ella misma. Aun así, existía una barrera que le impedía confesarle todo lo que sentía. Se trataba de un miedo angustioso de depositar su confianza en ella. Vivían tiempos difíciles, los aliados se convertían en enemigos de un día para otro. La decepción era un plato demasiado común entre los de su clase, y temía que Eleonora utilizara lo que sentía como arma en el futuro. Sin embargo, debía dar un paso adelante y ofrecerle a su esposa algo más que sus temores, sus exigencias y sus dudas respecto a ella.

Se agachó y rebuscó en su bota, Eleonora lo miraba con interés. El barón sacó la daga que guardaba en el interior, esa arma que les había quitado la vida a su padre y a su madre. Ella creyó que iba a matarla, quiso huir, pero estaba tan débil que no pudo. Sin embargo, esa no era la intención de su esposo, que con su mirada mostró su dolor por que ella lo hubiera creído capaz de tal cosa.

Entonces, lo que pasó a continuación dejó a Eleonora sin palabras.

Steph atrapó la mano de su esposa, besó su muñeca e inmediatamente después posó en su palma la daga de mango de oro con incrustaciones de piedra. La instó a cerrar los dedos para que la sostuviera.

—He guardado esta daga durante años, porque no quería olvidarme de lo ruin que puede ser una mujer, y de lo estúpido que puede llegar a ser un hombre por dejar que una mala mujer controle su vida. —Suspiró, hablaba sin apartar su mirada de la de ella—. Ya es hora de dejar atrás los recuerdos del pasado. Conserva esta daga para que te recuerde en lo que se puede convertir un hombre cuando deja

que el pasado y los errores de otros guíen sus actos.

Se levantó, anduvo hasta la puerta, su esposa lo siguió con la mirada. Se dio la vuelta, contempló el arma en la mano de la baronesa, después posó sus ojos en los de ella y le sonrió.

—A partir de ahora no estás confinada, le diré a mi tía, a Joana, a Ursula y a Mary que vengan a verte.

Abrió la puerta y la cerró. Ella se quedó observando la batiente, las lágrimas surcaron su rostro, después miró la daga, su mano temblaba, no sabía si de emoción o de alivio. Concluyó que de ambas cosas. Sonrió como hacía tiempo que no había podido debido a su dolor.

—Steph me ama. Ahora lo sé. ¡Me ama!

Capítulo 12

Eleonora se fue recuperando rápido. Los paseos que daba con Margaret en el jardín de Bridgeman, cerca de la torre del homenaje, la llenaron de vida. Se pasaba horas recolectando rosas, lirios, margaritas... y hacía ramos que ponía en jarrones, que después solía repartir por todo su hogar. En paralelo su vientre crecía, su retoño ya le daba patadas y eran muchas las veces que tenía que sentarse en el banco de piedra del jardín para recuperar el aliento.

—Va a ser tan fuerte como su padre —farfulló con humor mientras se restregaba la panza.

—Y guerrero, por lo que veo... —mencionó Margaret, sentándose a su lado y acariciando la espalda de su sobrina.

Steph, desde lejos, la miraba. Tenía tentación de acercarse y disfrutar de su compañía, pero se había hecho la promesa de no molestarla, de dejarle espacio para que pudiera decidir lo que quería. Si de verdad lo amaba sería ella quien propiciaría un acercamiento y le dejaría claro que era con él con quien quería estar. Pero por si el contrario su esposa lo rechazaba, se alejaría de ella e intentaría olvidarla. Sabía que sería una misión imposible, ella se había alojado en su interior para quedarse el resto de la vida. Y el día que emitiera el último aliento, lo haría pensando en ella y en lo mucho que la había amado.

Eleonora se dio cuenta de la presencia de su esposo y lo miró. Desde que había dejado su confinamiento no la había molestado en ningún sentido. Ni tan solo por las noches acudía a la alcoba de ambos, y sabía por su escudero que dormía en su salón privado ubicado en la tercera planta de la torre del homenaje. Margaret y Mary le habían contado que cada día preguntaba por ella, y que tanto su tía como su doncella le daban el parte de su estado físico y anímico.

Ella lo amaba, y él también, ya no tenía duda alguna. Pero su pasado lo tenía atrapado en un mar de angustia que no dejaba que creyera en su verdad. Pero si tenía que ser honesta, ella tampoco se estaba portando bien. Debería confiar en su esposo, y confesarle que el hombre con el que había tenido intención de huir era Laurence, su hermano. Eleonora sintió la dureza de la hoja de la daga en su muslo, la había colocado dentro de su media, atada con una cinta de cuero. Por algún motivo que desconocía necesitaba sentirla cerca, era como si una intuición le advirtiera no desprenderse de esta.

Eleonora tomó la decisión de abordar a su esposo y explicarle la verdad, ya iba siendo hora. Quería que entre ellos no hubiera secretos, necesitaba que confiara plenamente en sus palabras. Tal vez, de esta manera creyera en ella por completo, y la duda y el dolor que seguía viendo brillar en su mirada desaparecerían para siempre.

—Tengo que hablar con Steph —dijo Eleonora palmeando la mano de la tía, sorprendida consigo misma por estar dando el primer paso.

Esta asintió, y la baronesa se levantó. Caminó hacia su esposo con pasos firmes, era su manera de no mostrar nerviosismo, e ignoró el temblor de sus manos. En realidad se sentía incapaz de predecir un resultado en cuanto le dijera que el desconocido con el que había estado a punto de huir era su querido hermano. ¿Se alegraría de saber que Laurence estaba vivo de milagro? No lo sabía, y la incertidumbre era lo que la mantenía tan nerviosa. A lo mejor él partiría hacia Londres para informar al rey. O a lo mejor se limitaría a buscarlo con un ejército de sus soldados, como era su deber. En fin, ya estaba decidida, por lo que aumentó el ritmo antes de que alguna traicionera vocecita en su interior le dijera que se estaba equivocando.

Mientras ella se acercaba a él, este la miraba. Ese día su esposa había prescindido de la diadema con el velo, el sol daba de pleno en

su cabello semirecogido, parecían hilos de oro suaves y delicados. El embarazo estaba haciendo resaltar la belleza de su baronesa de una manera plena y seductora. No había nada en el mundo que le gustara más que la visión de su esposa embarazada caminando hacia él. Sus retinas se llenaron de su imagen, y supo que se convertiría en un recuerdo que jamás olvidaría.

Ella lo contemplaba mientras caminaba; de hecho, en ningún momento se dejaron de mirar el uno al otro. Cuando Eleonora estuvo a su altura, dijo:

—Necesito hablar contigo, ahora, si puede ser...

Steph le sonrió con afecto.

—Bien, hablemos. —De refilón contempló a su tía levantarse del banco y marcharse—. ¿Vamos a sentarnos? —le preguntó ofreciéndole su brazo.

La baronesa asintió y se encaminaron al banco. Ambos tomaron asiento uno al lado del otro, el aroma a rosas los recibió y fue una caricia a sus sentidos. Él no desperdició la ocasión de acercarse a ella, provocando que sus cuerpos se tocaran. La joven era plenamente consciente de la tibieza que desprendía su esposo y se llevó una mano al pecho cuando su corazón latió deprisa de emoción. No negaría que ella echaba de menos sus caricias, su cuerpo encima del suyo, sus labios por todas partes... Su cara debía mostrar con toda claridad sus pensamientos, porque Steph la agarró y la sentó sobre su regazo, ella rodeó el cuello de su esposo con los brazos.

—Te amo, Steph —confesó mirándolo fijamente a los ojos, para que el hombre pudiera ver que lo decía de veras.

De todas las palabras, esas dos eran las únicas que derribaban los muros de Steph.

—Nora... —mencionó él con suavidad, pegó su frente a la de ella.

Su corazón se agitó, lo notaba latir contra sus costillas. Quería admitir que él también, que la amaba como nunca había amado a nadie. Que cuando la miraba se quedaba sin aire. Que todos sus pensamientos eran para ella. Pero sus palabras quedaron a medio camino, porque la baronesa tomó la iniciativa y pegó sus labios a los de su esposo. Las lenguas se fusionaron y el ardor viajó por sus venas. El contacto se profundizó con ímpetu, ambos daban lo mejor de sí, pero duró hasta que sus pulmones se quedaron sin aire. Se separaron

para respirar, mientras jadeos de anhelo brotaban de los labios de ambos.

—¿Quieres que subamos a la alcoba para seguir hablado? —preguntó él con un matiz pícaro, anhelando como un loco cubrir a su esposa de besos y penetrarla lentamente con su hombría ya erecta; sería entonces cuando le confesaría que la amaba.

Ella estuvo tentada, pero si accedía, retrasaría una conversación que tenía pendiente con él. Le daría su confianza como si se tratara de una ofrenda de amor. No, no podía esperar más.

—Antes de eso, quiero hablarte de un asunto, Steph. Guardo un secreto y ya va siendo hora de que me sincere contigo.

Por el tono grave de su voz, el barón supo que se trataba de algo importante, por lo que asintió y se puso serio. Aunque ella le había confesado que lo amaba, quizá lo estaba interpretando mal y se trataba de otra cosa: ¿acaso aquel beso era su despedida o por el contrario era el principio de todo? Se puso nervioso, y se preparó para lo peor; casi daba por hecho que le confesaría que amaba más a su amante que a él. Su sangre hirvió por dentro, su parte más cruel quiso salir a la superficie, pero al recordar lo mucho que sufrió cuando la mantuvo confinada en la alcoba y de lo enferma que se puso ella, se controló. No tuvo más remedio que consolarse al pensar que saldría de dudas ya mismo.

Sin embargo, aparecieron David, Joana y Ursula. Esos tres siempre estaban juntos, donde iba uno, iban los otros dos. Se habían hecho inseparables, incluso las muchachas entrenaban con el escudero. En un principio Steph se negó; luchar no era para mujeres, les dijo, y ese comentario fue un suicidio por su parte. Las jóvenes, muy decididas, se le encararon sin medir consecuencias y tuvo que lidiar con la furia de ambas. En el fondo recocía que habían tenido más agallas que muchos de sus soldados; eso provocó que las admirara secretamente. Pero su cometido era impartir disciplina y hacerse respetar por todos, y al final las castigó a ambas a limpiar los establos durante una semana.

Sin embargo, Eleonora intercedió por las muchachas y le pidió que las dejara entrenar, que no había nada malo en ello, y que con toda seguridad se cansarían pronto. Entonces él no pudo rehusarse, ¿cómo negarle algo a su esposa? Le resultaba imposible hacerlo

cuando le pedía alguna cosa con esa voz aterciopelada, sugerente y tan tan melosa. Era como caer en un embrujo delicioso, de modo que dio su brazo a torcer. Pero lo que creyó que era un capricho que duraría un par de días se había convertido en una verdadera afición que las muchachas se habían tomado muy en serio, y tenía a dos futuras guerreras en sus filas.

Los tres hicieron una reverencia, Eleonora se había levantado y Steph también.

—Milord...

—Ahora no, David, estoy ocupado —dijo el barón, agarrando la mano de Eleonora, y empezaron a caminar a fin de encontrar un lugar íntimo para hablar.

—¡Milord, es importante! —insistió el muchacho.

Steph se giró y lo censuró con la mirada.

—He dicho que ahora no, sea lo que sea puede esperar —soltó con dureza, haciendo valer su condición de barón.

Hizo amago de marcharse, pero la impulsiva Joana intervino: corrió hacia la pareja y les cortó el paso colocándose frente a ellos.

Steph suspiró hastiado.

—Joana, no querrás que te castigue otra semana a limpiar los establos… —amenazó seriamente él.

Ella, en un gesto involuntario, se tapó la nariz; sin embargo, la amenaza no surgió efecto.

—¡Fuiste tú el que ordenó que te avisaran enseguida cuando Alfred y Morris llegaran! —exclamó furiosa con los brazos en jarras—. Están en el gran salón esperándote.

David, al ver el estallido de Joana, pensó en lo peor. El barón no era de los que dejaban sin castigo una falta de aquellas características, por lo que se colocó delante de la muchacha para protegerla, estaba entre ella y Steph.

—Milord... —Carraspeó nervioso el escudero, rojo de pies a cabeza—. Morris y Alfred os traen noticias importantes; bueno, supongo, aún no he hablado con ellos.

Eleonora se llevó la mano a la boca para esconder su risa, Steph arqueó una ceja, sin duda eran tal para cual.

—Salid de mi vista antes de que decida castigaros a los tres —avisó mirando a los muchachos uno por uno.

Los tres salieron rápido de allí.

—Tendremos que dejar nuestra charla para dentro de un rato —mencionó ella.

—¿Puede esperar? —preguntó acunando su rostro.

—Sí. Yo me quedaré un rato por aquí, quiero hacer más ramos.

Steph besó sus labios con frenesí. Quizá fuera el último beso, porque cuanto más pensaba, más seguro estaba de que ella estaba intentando no provocarlo para que la dejara marchar.

Se fue con la sensación amarga de que perdería a Eleonora. Como barón y como su esposo, tenía el derecho de matar a su amante y castigarla, de encerrarla de por vida y obligarla a engendrar a sus hijos aunque fuera a la fuerza. Pero no quería ser el culpable del sufrimiento que se reflejaría en los ojos de su esposa. La amaba, y lastimándola se lastimaba a él. Sería como vivir en un infierno. De ningún modo pensaba suplicarle una caricia, una sonrisa, un beso... como hiciera su padre, que se había obsesionado con su esposa hasta el último día. No quiso rumiar más en el asunto, y puso rumbo al gran salón.

Eleonora fue al lugar donde estaban los rosales, en el centro mismo del jardín. Escuchó unas voces y a lo lejos vio a Mary; Ryley iba detrás de ella, muy pegado a su espalda. Le resultó extraño, normalmente paseaban uno al lado del otro. Hacía un par de días que el marinero le había pedido permiso a Steph para establecerse con Mary en Bridgeman una vez casados, pero su esposo no lo veía claro y les aconsejó que siguieran con el noviazgo un tiempo más, hasta que estuvieran seguros por completo. Era otro asunto que tenía que hablar con el barón, no entendía el motivo por el cual no le agradaba Ryley; y Mary estaba completamente decidida a casarse con el marinero. Sonrió al concluir que el amor era impaciente; quizá sus prisas eran debidas a que querían experimentar cuanto antes la fase más íntima del matrimonio.

Pero la baronesa pronto se dio cuenta de que algo no iba bien, su sonrisa se congeló en sus labios cuando la pareja se acercó lo suficiente para ver las lágrimas de su doncella deslizarse por su mejillas. ¿Qué habría pasado?

Eleonora caminó a zancadas largas hasta ellos.

—Milady... —dijo entre sollozos su doncella.

La dama quiso acercarse a ella, pero la voz autoritaria de él la detuvo en seco.

—¡Quieta o la mato!

Eleonora miró a uno y a otro, no entendía nada. El marinero se retiró lo justo para enseñarle la daga que llevaba en la mano, con la que amenazaba a su doncella por la espalda. Miró los ojos negros de Ryley; ya no había el atisbo de dulzura con la que se había presentado frente a Steph para pedirle que lo dejara establecerse con Mary en Bridgeman. En su lugar brillaba la maldad, una maldad que reconoció de inmediato, pues era la misma que había percibido en los ojos de Barnard. La sangre abandonó su rostro y se quedó blanca de la impresión al deducir que ese hombre era uno de sus mercenarios y que había utilizado a Mary para acercarse a ella, a fin de encontrar la mejor oportunidad para matarla o llevársela por orden de su jefe.

—¿Qué quieres? —preguntó ella, dando un paso atrás, protegiendo en un abrazo su panza abultada.

—Barnard la está esperando escondido fuera de la fortaleza, milady. Venid conmigo, y como os atreváis a gritar o a avisar a alguien, juro que mato a vuestra doncella —amenazó apretando la punta de su arma en las costillas de la muchacha.

—¡No, milady, no lo hagáis! —gritó Mary.

—¡Cállate, zorra! —Ryley, con la mano libre, rodeó el cuello de la mujer al tiempo que apretaba la daga un poco más, le hizo una herida de la cual salió sangre—. ¡No me temblará el pulso si tengo que hundir la hoja de mi daga!

Eleonora, asustada y con el corazón encogido, alzó las manos y las agitó en el aire.

—¡Está bien, te acompaño, pero no le hagas daño!

La sonrisa fiera de Ryley paralizó a Eleonora. Tuvo que hacer acopio de todas sus fuerzas para echar a andar.

—Recordad, milady, que si me descubre mientras cruzamos la fortaleza hasta la salida, no duraré en matar a Mary y a vos con vuestro bastardo dentro.

—Si nos matas tú también morirás.

El marinero soltó una risa histriónica.

—No moriré solo, milady, vos, vuestro bastardo y Mary me acompañaréis al Infierno.

Si su comentario era para hacerle sentir miedo, lo había conseguido. Miró su vientre, no tenía otra alternativa que cumplir con lo que él le ordenaba.

***

Steph entró en el salón, Nígel también estaba con sus dos compañeros, permanecían sentados en la punta de una de las mesas, bebiendo cerveza y comiendo queso, pan y pastel de manzana de una bandeja. Por lo serio de sus rostros deducía que Nígel los había puesto al día de los acontecimientos vividos desde que se ausentaran. Se acercó al grupo y estos, al verlo, se levantaron, Steph hizo un gesto para que se volvieran a sentar, él hizo lo mismo en la punta de la mesa.

—¿Es cierto lo que nos ha explicado Nígel sobre tu esposa? —preguntó con su tono italiano Alfred.

El barón pensó que se refería al día en que había encontrado a Eleonora en el bosque, cuando huía con otro.

—Sí, y prefiero que no hablemos de ello.

—Steph, no es propio de ti esconder la cabeza como un avestruz —mencionó Morris.

—No lo hago. Estoy intentando que no me afecte... —Se sirvió cerveza y le dio un sorbo.

—Todos sabemos lo que les ocurrió a tu padre y a tu madre, así que no nos engañes —aseveró Morris.

Steph los miró nada sorprendido y arrugó el entrecejo.

—Siempre lo habéis sabido, lo veía en vuestros ojos. Pero yo no soy como mi padre —hizo una pausa— ni Eleonora es como mi madre.

Ese comentario sorprendió a los caballeros. Morris y Alfred se alegraron de que su compañero hubiera atacado el problema de una manera tan racional, muy lejos del temperamento feroz que mantenía en una batalla; sin duda amaba a su esposa. Sin embargo, Nígel no estaba de acuerdo, consideraba a todas las mujeres como objetos de placer que debían servir a los hombres sin protestar, y estuvo a punto de abrir la boca para soltar algún comentario nada halagüeño sobre el comportamiento de la baronesa. Pero Morris no lo dejó, dándole un

coscorrón en la nuca.

—Cierra la boca, Nígel. Nadie de los aquí presentes quiere saber tu opinión.

—¿Habéis podido traer a Loti? —preguntó Steph zanjando el tema.

Morris y Alfred se miraron y sonrieron.

—Loti está en los establos, descansando y dándose un festín —mencionó Alfred muy sonriente; a pesar de las horas que se había pasado sobre su caballo, su melena castaña seguía perfectamente peinada, ninguna hebra salía de su sitio—. Ha resistido el viaje como una campeona.

Steph sonrió al imaginar el rostro de su esposa cuando viera a su yegua.

—No le digáis nada a mi esposa, quiero darle una sorpresa. —Sus caballeros asintieron—. ¿Y qué noticias traéis de Londres?

—Muy buenas noticias, además las tenemos por escrito y selladas por el mismísimo monarca —informó Alfred.

—Henry encontró a los testigos de Barnard, los interrogó en persona y confesaron que el galés les había ofrecido dinero para que mintieran.

Steph sonrió, pero pronto la sonrisa se borró de sus labios.

—Lástima que sea tarde para Rufus y Laurence.

Los demás se contagiaron de su tristeza.

—Ya nada se puede hacer por ellos, están muertos —matizó Alfred.

—Pero Galloway pasa a manos de tu esposa —dejó Nígel mirando al barón—. Y como estáis casados pasa a ti de manera directa.

—Barnard no me cederá Galloway tan fácilmente, no tiene nada salvo esa fortificación que ha conseguido con ardides indignos de un noble.

—Todos lo sabemos, pero he traído por escrito la orden del rey de que quiere que la recuperes. Es una fortificación importante que Henry puede necesitar para que lo ayudes en un futuro.

—Entonces habrá que obedecer al rey —mencionó con un tono burlesco Steph, sabiendo que tenía el poder real que necesitaba para destruir a Barnard—. ¡Recuperaremos Galloway para que sirva a nuestro rey! —exclamó alzando su jarra, los demás lo imitaron y

brindaron entre gritos de batalla.

—¿Cuándo partimos? —preguntó Nígel con sus ojos brillantes por la emoción que suponía la perspectiva de una batalla.

—En cuanto lo tengamos todo listo —manifestó Steph.

El barón y sus caballeros empezaron a trazar varios planes a fin de asediar Galloway y atacarlo. Después fue de nuevo al jardín en busca de Eleonora para mantener la charla que había quedado pendiente, pero no estaba, y su frustración fue *in crescendo* cuando no la encontró por ningún lado. La sensación de ahogo se apoderó de su cuerpo al advertir cómo la misma situación se volvía a repetir. Si había desaparecido era porque se había escapado para reunirse con su amante. Apenas hacía unas horas su boca había pronunciado que lo amaba y sus labios lo habían besado con el ardor de una mujer enamorada. No entendía cómo su esposa podía ser tan retorcida, capaz de jugar con él de aquella manera. Casi era lo que lo enfurecía más, que fuera capaz de aquella vileza tan típica de las damas que habitaban la corte. Si bien había prometido que la dejaría marchar si no lo amaba, la realidad era que llevaba una criatura en sus entrañas y que podía ser suya. Solo le permitiría abandonarlo cuando naciera el bebé y viera a quién se parecía.

Sin demora, montó a Hércules, sus caballeros hicieron lo mismo y subieron a sus respectivas monturas, al igual que los soldados que los acompañarían, y salieron a buscarla. Era mediodía, aún disponían de varias horas antes de que anocheciera. Steph miró el cielo con anhelo, empezaban a surgir nubes, esa noche habría luna llena y podrían seguir buscando, pero si esa bóveda celeste se encapotaba, tendrían que esperar a que amaneciera. Tal vez era el destino que le estaba advirtiendo que lo dejara estar; sin embargo, cuando lo pensaba, su corazón latía desenfrenado, como si le susurrara que la buscara, que no dejara de buscarla nunca, porque para que siguiera latiendo necesitaba tenerla cerca.

Salieron por la barbacana a un ritmo vertiginoso, los cascos de los caballos golpeaban el suelo con tanta fuerza que lanzaban piedrecitas. El adusto rostro del barón evidenciaba que no regresaría hasta dar con su esposa. Cabalgaron por el valle en silencio y se adentraron en el bosque, se detuvieron para buscar huellas. No encontraron nada, y Steph se desesperó; en el instante que se acercaba a su montura

escuchó por encima del canto de los pájaros una voz femenina pidiendo ayuda.

Al barón le dio un vuelco el corazón, montó a Hércules de un salto y siguió los gritos junto a los demás. Sin embargo, cuanto más se acercaba, más seguro estaba de que esos gritos no eran de Eleonora. Y no se equivocó.

Encontraron a Mary malherida, atada a un árbol. La habían golpeado en la cara, tenía un ojo morado, una mejilla abierta, los labios inflados y parecía que le habían roto la nariz. Sollozaba con brío y temblaba tanto que se percibía a simple vista. Nígel se dispuso a cortar las cuerdas y Steph se arrodilló al lado de la doncella.

—Milord, milord... —farfulló, a pesar de tener los labios hinchados, mientras un hilo de sangre salía por la nariz; se agarró a los brazos del barón—. Ryley tiene a la baronesa.

—¿Ryley? —preguntó extrañado—. ¿Tu prometido?

Mary lloró desconsoladamente.

—Me utilizó, milord, para acercarse a la baronesa. Es uno de los mercenarios de Barnard.

Morris injurió en voz baja.

—Dios santo... —farfulló el italiano al darse cuenta de la gravedad del problema.

—¿Sabes dónde se la ha llevado? —preguntó Steph desesperado.

El barón notaba cómo la sangre se había espesado en sus venas. Estaba a un paso de perder la poca cordura que le quedaba, su esposa estaba a manos de un depravado cruel. No tendría piedad con Eleonora, su embarazo no lo detendría.

—No sé dónde se la ha llevado, Ryley me ha dejado viva para que os dé un mensaje de Barnard...

Mary tuvo que detenerse, la sangre de la nariz le llenaba la boca y escupió al sentir el sabor metálico en su lengua.

—¿Qué mensaje? ¡Habla!

—Dice que si lo seguís, matará a Eleonora y al bebé.

—Ese hijo de Satanás quiere asegurarse de llegar a Galloway —mencionó Nígel—. Sabe que tenemos más posibilidades de perder con un asedio que con una batalla.

—Precisamente hay que alcanzarlo antes de que llegue a la fortaleza —recomendó Alfred.

—¿Y si cumple la amenaza? —preguntó Morris—. Está loco, y si se siente atrapado, morirá matando.

Steph observó cómo uno de los soldados subía a Mary en su montura para llevarla de inmediato al castillo, donde la curarían. Vio cómo desaparecían por entre la espesura del bosque.

—Iremos detrás de Barnard —decidió el barón—. Tiene a mi esposa, ella es su única baza para salir triunfante. Se lo pensará antes de clavarle la espada.

El dolor que experimentaba Steph se asemejaba al de ser quemado vivo. Nada en el mundo le produciría más daño que perder a su esposa. Trató de no enloquecer de rabia, más que nunca debía mantener su cabeza fría para acabar de una vez por todas con su enemigo. Calculó sus posibilidades: su fuerza residía en el número de soldados, eran muchos más que los mercenarios de Barnard. Sin embargo, no debía confiarse, porque ese engendro del demonio tenía ventaja al tener a su esposa en sus manos. Y como se atreviera a lastimarla, haría que su muerte fuera lenta y dolorosa.

Steph y los demás escucharon un caballo que se acercaba a la carrera, todos desenvainaron sus espadas, el sonido resonó por entre los árboles, y se pusieron en posición de ataque. El desconocido no tardó en dejarse ver saliendo por entre unos árboles. Se detuvo a unos diez metros de ellos e hizo que su semental blanco se encabritara. Steph supo de inmediato que no se trataba de Barnard, ese hombre era tan alto y corpulento como él. Vestía una capa oscura, a pesar de que hacía un día algo caluroso llevaba la capucha, que mantenía su rostro en la oscuridad. Aun así se percibía su cabello rubio y su barba del mismo color. Por entre la abertura de la capa se advertía una cota de malla reluciente.

El desconocido fue acercándose lentamente, y cuando estuvo frente a Steph, desmontó. Fue entonces cuando echó la capucha atrás y unos ojos azul índigo brillaron por encima de la luz del día. Steph se quedó boquiabierto, esos ojos... ese azul índigo… era el mismo color de los preciosos ojos de su esposa. Steph apoyó la punta de su espada en el torso del desconocido, este no se movió ni un milímetro y lo desafió con una sonrisa engreída.

—Dime que no eres un fantasma que ha salido de su tumba —pidió Steph.

Ese comentario dejó a sus hombres perplejos y arrancó una sonrisa al desconocido.

—No, soy de carne y hueso.

Su voz sonaba fría y dura. Steph envainó su espada ante las miradas, aún más desconcertadas, de sus hombres.

—Tienes los mismos ojos que tu hermana.

—¿Te has vuelto loco, Steph? —preguntó Nígel, mirando a su amigo como si no lo reconociera.

El barón de Bridgeman miró a sus hombres.

—Este es Laurence —soltó muy seguro, arrancando susurros entre sus soldados.

Nígel miró por el suelo, como buscando alguna cosa.

—¿Has perdido los sesos, Steph? Todos saben que Laurence está muerto.

Morris, que nunca fallaba, le dio una colleja.

—Tú sí que has perdido los sesos, patán. A pesar de la barba, se parece a nuestra baronesa, fíjate en sus ojos —pidió mirando a Laurence y le sonrió—. Sin duda es su hermano.

Nígel se restregó la nuca, empezaba a estar harto de los golpes de su compañero. Desvió la mirada al desconocido y contempló sus ojos, tal como había sugerido Morris. ¡Vaya! Eran calcados a los de Eleonora. En ese momento se sintió idiota.

Sin embargo, Steph contemplaba a su cuñado con el ceño fruncido, su cabeza era un hervidero de preguntas, preguntas de las cuales creía tener la respuesta. Aun así quería asegurarse.

—Fuiste a Bridgeman a buscar a Eleonora para llevártela.

—Sí, pero ella no quiso venir conmigo. Me dijo que te amaba y que no quería separar a su hijo de su padre.

Steph hizo rechinar los dientes. Por una parte sentía un gran alivio, pero por otra la decepción cubrió su ser porque su esposa no había confiado en él. Aunque si tenía que ser sincero consigo mismo, admitía que gran parte de culpa era suya. Le había dado a entender a su esposa que no la amaba y que jamás la amaría, entonces no le debería extrañar que no se hubiera fiado de él. Se prometió que eso cambiaría en cuanto la recuperara. Dio un paso adelante para intimidar a Laurence, había querido llevarse a Eleonora, y era algo que no debía olvidar.

—Ella es mi esposa, tú ya no tienes derechos sobre ella —mencionó en un tono desafiante.

Laurence no se amilanó y dio otro paso al frente, en un gesto retador.

—Ella es mi hermana, mi único familiar vivo. Haré lo que tenga que hacer para mantenerla a salvo...

—Eleonora ya está a salvo a mi lado —lo interrumpió.

—¿A salvo de Lord Feroz?

Ese comentario hizo que los ojos verdes del barón brillaran de furia, como si fueran dos bolas de fuego.

—Cuidado con lo que dices, o me olvidaré de que eres mi cuñado y te atravesaré con mi espada —amenazó llevando su mano a la empuñadura de su arma.

—Tendrás que ponerte a la cola, recuerda que me han acusado de traición.

Steph quiso decirle que ya no había tal acusación, que los testigos habían confesado. Por como lo miraban sus caballeros sabía que estaban esperando que se lo dijera. Pero estaba rabioso porque él había querido arrancar a Eleonora y a su hijo de su lado. De modo que guardó silencio ante la estupefacción de Morris, Nígel y Alfred.

—No estoy aquí por ti, Steph, sino por mi hermana. Gracias a ella sigo vivo, me entregó unas joyas para que pudiera escapar de Inglaterra.

—Entonces, ¿qué haces todavía en la región?

—Ya te lo he dicho: mi hermana me retiene aquí.

Si bien su impulso era no contarle nada sobre Eleonora, concluyó que él era el hermano de su esposa.

—Barnard tiene a Eleonora, no podrás verla —contó el barón.

—Lo sé. Mientras huía, me topé con Barnard y sus mercenarios. Me quedé a investigar, y cuando supe que venían a Bridgeman, fue fácil adivinar su plan de matar o hacer prisionera a mi hermana, ella es la única heredera de Galloway. —Miró por encima del hombro de Steph y calculó, más o menos, el número de soldados—. Sé dónde está escondido, puedo llevarte hasta allí. Los superas en número y será fácil ganarles.

A Steph no le gustaba admitir que necesitaba a su cuñado para que lo ayudara; sin embargo, hizo de tripas corazón y decidió ser

sincero. Ordenó que sus caballeros y soldados envainaran sus espadas.

—No puedo atacarlo —manifestó el barón—. Me ha advertido a través de la doncella de mi esposa que, si me acerco, los matarán a ella y a mi hijo. Un paso en falso y tu hermana estará muerta. Y no lo voy a permitir.

Laurence maldijo en voz baja, agachó la cabeza y se llevó una mano a la nuca en un gesto de desesperación, bufó sonoramente. Steph no se perdía ningún gesto ni ninguna reacción, Eleonora le importaba y sabía que la protegería con su propia vida sin dudas. Ya lo hizo una vez, y lo haría tantas veces como fuera necesario.

—Podemos intercambiarla por mí —sugirió Laurence—. Cuando sepa que sigo vivo, le resultaré una presa demasiado tentadora.

—Tal vez, pero no liberará a Eleonora tan fácilmente, con toda seguridad trazará un plan para hacerlos prisioneros a los dos. Y él tiene ventaja... —Giró la cabeza y miró a sus soldados, instintivamente acarició la empuñadura de su espada, que colgaba de su costado—. Sabe que haré lo que sea, y mi ventaja quedará reducida a nada, ya que conoce mi punto débil.

Laurence achicó los ojos; un hombre con poder, como el que tenía el barón de Bridgeman, no podía permitirse el lujo de amar a nadie a fin de no tener puntos débiles. Así que no le costó llegar a una conclusión.

—Amas a mi hermana, te has enamorado como un bobo. —Chasqueó la lengua; que Lord Feroz estuviera enamorado sin duda acababa con el mito de hombre cruel y sin escrúpulos—. Gran error para un hombre como tú. No solo Barnard tiene ventaja sobre Galloway, si juega bien sus cartas podría quedarse con Bridgeman.

Steph no prestó atención a la ofensa ni tampoco quiso escuchar los comentarios a voz baja de sus caballeros, de alguna manera también se sentían ofendidos. Se limitó a fulminar a su cuñado con sus ojos verdes a modo de advertencia, porque una segunda ofensa le valdría una justa.

—¿Vas a llevarme al escondrijo de esa rata o no? —preguntó el barón sin miramientos—. El tiempo juega en nuestra contra. Dentro de unas horas se hará de noche y cabalgar resultará más complicado.

Laurence se dio la vuelta, montó a su caballo y gritó:

—¡Seguidme!

Capítulo 13

Steph, Laurence, Morris, Nígel y Alfred estaban escondidos entre la vegetación de una loma, escudriñando el campamento de Barnard y sus mercenarios. Habían dejado atrás los soldados, a fin de que ningún sonido ajeno a los que solían haber en el bosque alertara a sus enemigos. Entre el barullo de los mercenarios caminando a un lado y a otro, lograron encontrar a Eleonora. Estaba recostada en una roca, con las manos y los pies atados. Su melena estaba despeinada y en su bello rostro se podía adivinar su miedo. Barnard estaba solo a un par de metros de ella, sentado frente a una fogata, afilando con esmero su espada. De tanto en tanto echaba un vistazo rápido a la mujer en un intento de intimidarla. Steph tenía su corazón en un puño, casi no podía respirar y su rostro permanecía contraído provocando que pequeñas arrugas se formaran en las comisuras de sus ojos y boca.

—Está a punto de hacerse de noche —mencionó en voz baja el barón, el sol ya se había ocultado tras la montaña y quedaban en el ambiente los últimos resquicios de luz—. Debemos actuar ya.

—Podemos esperar hasta que amanezca —sugirió Nígel—. Y lanzarnos en tropel sobre ellos; si lo hacemos rápido nos dará tiempo de llegar a ella y liberarla.

El barón estaba desesperado, era algo perceptible incluso a simple vista, y sabía que tomar decisiones en esas condiciones nunca liberaría

a Eleonora, sino todo lo contrario.

—Tu esposa podrá soportarlo, Steph, no cometamos una estupidez —declaró Nígel, que empezaba a admirar a su baronesa por la fidelidad que le profesaba a su esposo. Nunca había conocido a una mujer que fuera capaz de dejar todo atrás por el amor de un hombre, siempre había creído que no existían. Miró el cielo—. Necesitamos oscuridad para que no nos vean acercarnos, hay gruesas nubes que van en aumento, y quizá la luna llena quedará oculta durante un rato. Debemos trazar el plan perfecto para cuando ocurra.

En ese momento ella se movió y captó la atención de su esposo. La baronesa agitó su melena y la llevó a un costado, tenía las manos atadas por las muñecas, con el hombro intentaba acariciarse la mejilla, su mueca de dolor fue más que evidente. Entonces, en ese momento, Steph percibió los moretones violetas y rojizos en la mejilla de su esposa. Tuvo que exhalar varias veces para no gritar como un loco.

—Voy a matarlo con mis propias manos —farfulló entre dientes, agarrando con el puño la hierba de sus manos.

—Cálmate, no cometas una locura —advirtió Morris, expresando con su mirada ambarina su malestar por ver a su baronesa en esas condiciones.

—Si Barnard sigue con sus costumbres de siempre —empezó a decir Laurence— habrá escondido un grupo de hombres formando un círculo a varios metros de distancia en torno al campamento para mantenerlo vigilado. Fue gracias a esto que nos descubrió a mi padre y a mí en nuestra huída...

Se detuvo al recordar a su progenitor. Aún escuchaba sus gritos de dolor cuando Barnard lo torturó delante de él antes de matarlo. Todavía no sabía cómo había conseguido escapar hasta el precipicio antes de que le ocurriera lo mismo que a su padre. Una vez libre corrió como nunca antes y no le quedó más remedio que saltar al vacío cuando salieron a su caza y dieron con él. Fueron numerosas las flechas que pasaron silbando por su lado antes de que se lanzara al río hacia un futuro incierto.

—Para llegar hasta Eleonora habrá que deshacerse de los que hacen guardia —mencionó Alfred en voz baja.

—Id vosotros; mientras lo hacéis, puedo arrástrame hasta Eleonora, rodear la roca y liberarla —dijo el barón—. Lo he hecho en

muchas ocasiones, ya tengo experiencia.

Laurence miró fijamente a Steph, por muy descabellado que fuera, algo le decía que podía poner la vida de su hermana en sus manos. Le hizo un gesto suave con la cabeza, Steph se lo devolvió; era como si hablaran a través de los pensamientos. Debían confiar el uno en el otro para salvar a Eleonora.

—Sí, es buen plan, pero tal como ha sugerido Nígel, esperaremos a que sea de noche y que las nubes cubran la luna. Mejor que no nos vean —sugirió Laurence.

Todos asintieron, se replegaron entre unos arbustos y empezaron a evaluar los posibles inconvenientes, pues había que calcular todos los pasos a dar y sincronizarse entre ellos para coger desprevenido a Barnard y sus mercenarios. Todavía el sol seguía ocultándose, por lo que tuvieron que esperar a que la noche cayera sobre ellos.

Steph nunca había sido consciente, hasta ese momento, de lo lentamente que podía transcurrir el tiempo. No podía evitar mirar el cielo, deseaba que se oscureciera de una vez por todas. A cada momento la angustia por Eleonora se cernía sobre él; la frustración por no rescatarla de inmediato pesaba como una enorme roca, que lo aplastaba sin contemplaciones. Laurence hacía rato que lo observaba, se dio cuenta de su estado de ánimo, y tuvo que reconocer, a regañadientes, muy a regañadientes, que su hermana siempre estaría segura a su lado, porque él la amaba. Dejó a un costado la aversión que sentía por su cuñado, se acercó y le dijo:

—La rescataremos sana y salva.

Steph asintió.

—Barnard es mío —matizó el barón con sus ojos verdes brillando furiosos—. Si lo cogéis, no lo matéis —ordenó mirando a sus caballeros y a Laurence—. Quiero hacerlo yo.

—Yo no soy ninguno de tus hombres, no te debo obediencia ciega —increpó Laurence, sus ojos eran dos ranuras por cuya abertura emanaba cólera—. Juré que vengaría a mi padre, y nadie se interpondrá en mi venganza —sentenció entre dientes—. Barnard es mío.

Steph y Laurence se miraron desafiantes, eran como dos titanes midiéndose las fuerzas. Si no hubieran estado donde estaban, pendientes del rescate de la baronesa, sin duda habrían terminado

batiéndose con las espadas. Pero ambos eran conscientes de que no era el momento, aunque en el aire flotó la advertencia de hacerlo en cuanto ella estuviera sana y a salvo.

***

A Eleonora le dolía el cuerpo debido a la cabalgata a la que la había sometido Barnard. Pero su malestar, en ese instante, era poco importante ante la realidad oscura que le esperaba. De hecho, no tenía mucha confianza y dudaba mucho que llegara a sobrevivir muchos días. Que estuviera encinta era un pequeño problema que su captor no tenía en cuenta. Barnard solo deseaba llegar cuanto antes a Galloway y encerrarla para chantajear a su esposo. Él se lo había dicho sin pestañear, mientras sobaba sus pechos y mostraba una sonrisa dentada de esas que ponían la piel de gallina. Ella se había resistido y lo había escupido, y eso le había valido un guantazo que la había derribado al suelo. No contento con su estallido, la había amenazado con que su embarazo no impediría que él y sus hombres disfrutaran de su cuerpo.

Eleonora, en aquel momento, notaba la carne de su mejilla dolorida e inflada, pero se negó a llorar; tenía que ser fuerte por su hijo, no podía fallarle y derrumbarse. Pensó en su esposo y sus fuerzas se renovaron. Debía soltar sus manos y alcanzar la daga que llevaba atada en el muslo. Tenía sus miembros dormidos debido a lo fuerte que la habían amarrado, y a pesar del dolor que notaba, empezó a tirar de las cuerdas que constreñían sus muñecas con disimulo, para no atraer la atención; pero solo logró lacerar su piel. Ya había oscurecido y la luna brillante estaba oculta detrás de una capa gruesa de nubes. Si bien el día había sido cálido y agradable, la noche era fresca y se precisaba un poco de lumbre para calentarse y para cocinar algo de carne que habían cazado. A ella no le habían dado nada, quizá la querían matar de hambre lentamente, y notaba cómo las tripas le rugían.

La luz ocre de las llamas proporcionaba un poco de claridad en el campamento, y las figuras recortadas de los mercenarios en la oscuridad no resultaba una visión nada reconfortante. Tenía a Barnard

sentado frente al fuego, a un par de metros de ella; se negó a mirarlo, pues le horrorizaba el brillo maquiavélico de su mirada castaña. Los demás estaban vigilando por los alrededores, y había un pequeño grupo atendiendo a los caballos.

Su captor se levantó y se acercó a la mujer. Ella dejó de tirar de sus ataduras, creyó que la había visto y que iba a pegarle de nuevo. Cerró los ojos y esperó el golpe, pero este no llegó. Abrió los párpados y lo primero que vieron sus ojos fueron sus botas, siguió alzando la vista hasta encontrarse con la mirada fría del galés.

—¿La semilla que crece en tu vientre es de tu amante o del engendro de tu esposo? —preguntó con dureza.

Ella no contestó, maldijo a Ryley por tenerlo tan bien informado de lo que sucedía en Bridgeman. Solo le había contado a Mary que era de su esposo, pues nadie sabía que el desconocido con el que se quería fugar era su hermano. En ese momento se alegró de haber guardado el secreto tan celosamente, pues si ese malnacido se enteraba de que Laurence seguía vivo, no lo soportaría e iría en su busca. Se limitó a girar el rostro para cortar el contacto visual que tanto la asustaba. Sin embargo, él no le dio tregua, se acuclilló frente a ella, agarró la barbilla de la mujer con tanta fuerza que Eleonora gimió de dolor. Supo que al día siguiente tendría cardenales con la forma de sus dedos, y la obligó a mirarlo.

—¡Contéstame, perra arrogante! —chilló Barnard.

Eleonora movía la cabeza de un lado a otro, se debatía como una fiera por liberarse del agarre doloroso, pero él apretó sus dedos con más fuerza y tuvo que detenerse. Cerró los párpados con ímpetu, pensó que si le decía la verdad, su hijo correría más peligro, ya que Barnard lo utilizaría para someter a su capricho a Steph. Por el contrario, si conseguía que dudara de la paternidad de su bebé, quizá la mantendría con vida hasta su nacimiento para averiguar si se parecía a su esposo. Y en ese tiempo ella podría encontrar la manera de escapar, o que Steph pudiera rescatarla. Confiaba en su esposo, no le quedaba duda alguna de que la amaba; aunque no se lo hubiera dicho, era algo que ella notaba. Y su corazón no podía estar tan equivocado: él intentaría rescatarla. Abrió los párpados y se enfrentó a esa mirada que tanto la perturbaba.

—¡No sé de quién es! —contestó al fin con una furia que hasta a

ella la sorprendió.

La risa histriónica de su captor heló la sangre de la mujer. Dejó de aferrarla por la barbilla, para pasear un dedo por sus labios, ella sintió arcadas.

—Así que eres una mujer a la que le gusta gozar en los lechos de todos. Creo que nos vamos a divertir mucho…

No añadió nada más y se levantó, ella soltó el aire que retenían sus pulmones. Lo vio alejarse, dedujo que estaba buscando un lugar donde orinar. Al menos lo había perdido de vista. En ese momento captó un sonido, ¿o quizá era una voz? Al instante notó que las cuerdas que sujetaban sus muñecas se aflojaban. ¿Qué estaba pasando?

Eleonora advirtió que alguien la agarraba de debajo las axilas y la arrastraba hacia la parte oscura de la gran roca. Estuvo a punto de gritar, pero una mano tapó su boca.

—Pequeña, soy yo, no grites.

La baronesa dejó escapar con fuerza el aire que retenían sus pulmones, ella lo abrazó.

—Steph…

—Chist, no hables o nos oirán —mencionó él, mientras cortaba las cuerdas de los pies. Ella suspiró aliviada al sentir cómo la sangre volvía a circular por sus miembros, él le señaló unos árboles—. Quiero que vayas hasta aquellos árboles, unos metros al frente encontrarás unos troncos podridos cubierto por matorrales, escóndete allí y no salgas, escuches lo que escuches.

Ella asintió, pero antes de marcharse, le dio un beso.

—Te quiero, Steph… —Se llevó la mano al vientre—. Ve con cuidado, ambos te necesitamos.

Él le acarició la mejilla, no quería perderla, ella era su futuro, su razón de ser, su estela en el cielo. Advirtió cómo una presión se diluía en su interior y respiró mejor que nunca, era como renacer de las cenizas.

—Yo también te quiero, pequeña. —Con ojos brillantes de emoción, miró su abultado vientre—. Pronto estaremos juntos. —Se inclinó y besó su tripa.

Eleonora no quería llorar, pero lágrimas de felicidad salieron por sus ojos. Obedeció a su esposo y avanzó, percibió en el ambiente cómo

la luna llena salía de entre las nubes. Se detuvo al escuchar el grito de alarma de Barnard, inmediatamente después el ruido del chocar de las espadas se alzó por entre el silencio nocturno. Ella no pudo seguir y corrió hacia el campamento, se escondió tras la roca y espió; por suerte, las llamas del fuego y la luna redonda y brillante que había salido de detrás las nubes ofrecían una visión clara del combate.

Contempló, al tiempo que aguantaba la respiración, cómo Steph se abalanzaba sobre Barnard, y en paralelo varios de los mercenarios hacían lo mismo sobre el barón. Eran siete contra uno, y Eleonora temió lo peor. Pero su esposo era grande y fuerte como un elefante, se movía como un tigre, con ademanes veloces, ágiles y letales. Su espada y su cuerpo se habían convertido en uno solo. En un abrir y cerrar de ojos mató a dos sesgándoles el cuello con su afilada arma. Se movía tan deprisa que parecía que se alzaba del suelo y volaba. Nadie hubiera creído que llevaba encima más de cuarenta kilos repartidos entre cota de malla, almófar, gambesón, yelmo, espada y escudo. Sus mandobles eran letales y consiguió derribar a otro clavándole el arma en el estómago.

Los silbidos del acero de sus contrincantes cuando se agitaban en el aire no perturbaban a Steph, todo al contrario: salvar a su esposa enardecía sus sentidos y le instaban a dar lo mejor de sí. No le quitaba el ojo de encima a Barnard; de hecho, no era muy bueno blandiendo su arma, en una lucha cuerpo a cuerpo solo le llevaría unos segundos acabar con él. Sin embargo, para su frustración, no podía dar muerte al galés cuando tenía que luchar contra todos los demás. Hizo rechinar los dientes al tiempo que renovaba sus esfuerzos, quería derrotarlo cuanto antes, pero primero debía quitarse de encima a sus mercenarios. De momento lo tenía todo controlado, y no le llevaría mucho más, pero, para su desesperación, aparecieron de la nada cuatro contrincantes más. Supuso que debían ser algunos de los que estaban vigilando por los alrededores y que sus caballeros no habían podido neutralizar. Se percató de la risa de Barnard, era evidente que había decidido escaparse y veía una oportunidad mientras sus mercenarios lo tenían ocupado. Sin embargo, él no se lo puso fácil, y lo siguió a la par que luchaba con los demás con brío.

Un ruido en la oscuridad alertó a Eleonora. Miró en su dirección y vio una enorme figura oscura que se acercaba a Steph. Creyó que iba a

atacar a traición a su esposo, se hizo con la daga que llevaba en el muslo y salió de su escondite con intención de detenerlo. Pero el individuo, a medida que se acercaba a las llamas del fuego, quedó iluminado y se percató de que se trataba de Laurence. Eleonora abrió la boca, sorprendida, y al cabo de un segundo chilló asustada cuando notó una mano que tiraba de sus cabellos. Un instante después, se encontró con la espalda pegada en el torso de Barnard, cubierto por una cota de malla, y con la afilada hoja de su espada rozando su garganta.

—¡Basta o la mato! —El aullido resonó por el bosque y su eco lo devolvió.

El chocar de espadas se detuvo en el acto, Eleonora ocultó la mano en la que llevaba la daga pegándola a la falda de su saya. Era con la única ventaja que contaba, por nada del mundo quería que su captor la viera. En ese momento llagaron Alfred, Morris y Nígel. Steph y Laurence caminaron hacia Barnard mientras que los caballeros hacían de muro, reteniendo a los mercenarios que todavía no habían caído.

—¡Deteneos! —amenazó Barnard, ellos obedecieron y una risa cruel salió de su garganta, apretó la espada en el cuello de la dama—. Ahora ella es mía, milord.

Pasaron por lo menos unos segundos más para que el galés se diera cuenta de la presencia de Laurence. Su rostro perdió todo color, por un momento creyó que estaba ante la presencia de un fantasma que había acudido a martirizarlo. La espada tembló en su mano, solo fue un instante de duda, la impresión se disipó al segundo al darse cuenta de que era un ser de carne y hueso.

—¡Tú! —aulló mirando a Laurence—. ¡Estás vivo! ¡¿Cómo es posible?!

—Cometiste un error dándome por muerto, pienso recuperar lo que es mío —aseguró Laurence.

Barnard pensó en sus posibilidades mientras barría el lugar con su mirada castaña. Sabía que sus oportunidades eran escasas. Lo habían atrapado como a un animal en una trampa. Aun así se iría causando el mayor daño posible.

—¡Tienes la misma suerte que una rata! —exclamó escupiendo veneno por sus ojos, una sonrisa maquiavélica cruzó su cara—. Si

muero, ella y su bastardo vendrán conmigo.

El silencio siguió a las palabras del galés, ella solo podía escuchar los latidos desenfrenados de su corazón y la respiración pesada del salvaje que tenía a su espalda. Meditó qué hacer mientras apretaba la empuñadura de su arma en su puño. Si era lo suficientemente rápida conseguiría herirlo lo necesario para poder escapar, pero si no, moriría, y con ella el bebé de sus entrañas. No pudo evitar que las lágrimas cubrieran sus ojos.

Los ojos de Steph relampaguearon de furia al ver cómo la mano libre del galés acariciaba los senos de su esposa mientras esbozaba una mueca maligna, más acentuada debido a los rasgos duros de su rostro.

—¿Qué se siente, milord, al contemplar cómo mis manos acarician tu tesoro más preciado?

Eleonora sentía asco de esas manos que la ultrajaba, empezó a alzar con lentitud el puño que sostenía la daga. Steph masculló una maldición por lo bajo y dio un paso hacia a él, pero Laurence lo agarró del brazo y le dijo:

—No cometas ninguna estupidez.

Esas palabras lograran calmar apenas la rabia del barón. En ese momento ambos guerreros vieron el destello de las llamas relucir en el acero de la daga que sostenía la baronesa. Steph abrió los ojos desmesuradamente al tiempo que miraba a su esposa y negaba con la cabeza. Ella entendió el mensaje, pero apretó los labios al comprender que solo tenía una oportunidad antes de que su captor la matara. Si una cosa tenía clara era que Barnard sabía que no vería un nuevo día y la arrastraría hacia el Infierno porque, matándola a ella y a su bebé, destrozaría a Steph para toda la vida. De modo que respiró profundo para cargarse de valor, y en un movimiento rápido de muñeca, llevó el arma hacia el puño que sostenía la espada.

Barnard gritó de dolor al sentir cómo seccionaban los tendones de sus dedos, su mueca maligna se esfumó. Ese segundo fue todo lo que necesitó Eleonora para apartar el filo de la espada de su garganta, girarse y, con un movimiento seco y seguro, clavar la daga en el corazón del galés. Ni la cota de malla habría evitado un ataque de tan cerca y con tanta seguridad. El filo había penetrado entre los eslabones sin ofrecer ninguna resistencia. La espada de Barnard cayó al suelo al perder su mano toda la fuerza. Su cuerpo no se sostenía,

dio varios trompicones hacia atrás, para terminar cayendo encima del fuego. Sus ojos abiertos atestiguaban que la vida había dejado de latir. Steph corrió hacia su esposa y la abrazó, prometiéndose en silencio que nunca más la dejaría sola. Mientras, Laurence, Alfred, Morris y Nígel se encargaban de que los demás mercenarios no se acercaran a la pareja y siguieran el mismo camino que el galés en pocos minutos.

—¿Estás bien, pequeña? —preguntó el barón, acarició el moretón de su mejilla—. ¿Te duele?

Ella no contestó, tenía sus ojos azul índigo fijos en Barnard, las ropas de su cuerpo empezaban a arder. Él se dio cuenta y le bloqueó la visión.

—Oh, Steph… —mencionó al tiempo que tomaba conciencia de lo que había hecho, miró sus manos, temblaban por lo nerviosa que estaba—. He matado a una persona, soy… soy una asesina. No puedo evitar que mi conciencia me esté reprendiendo por matar a alguien fríamente.

El barón le levantó el mentón con el dedo.

—No te preocupes, solo pasa con el primero.

Ella entrecerró los ojos.

—¿Que me estás insinuando, esposo? —preguntó con un matiz de enfado en la voz—. ¡No pienso matar a nadie más!

Se escuchó la risa de Laurence.

—Tú y yo peleándonos por quién iba a matar a ese hijo de perra… —mencionó este en un tono burlón, mirando a su cuñado.

Steph no pudo evitar reírse también, de refilón miró la daga que se estaba prendiendo junto con Barnard. Era un final digno para un arma que le había causado tanto sufrimiento. Ciertamente era hora de dejar atrás los recuerdos del pasado y crear otros nuevos que escribieran un futuro lleno de felicidad. A pesar de que sus caballeros y su cuñado lo estaban mirando, no reprimió sus sentimientos.

—Te quiero, pequeña…

La luna llena provocó que el azul índigo de los ojos de su esposa brillara como dos piedras preciosas. La besó con ardor, prometiendo en ese contacto un futuro lleno de amor y pasión.

La baronesa estaba tan emocionada que tuvieron que pasar unos segundos más para que cayera en la cuenta de que su hermano no se había escapado.

—Laurence, ¿qué haces todavía aquí? —Agarró a su esposo por el veste—. Steph, deja que mi hermano se marche, no es ningún traidor.

Laurence y el barón se miraron.

—Lo sé, tu hermano no es ningún traidor —aseguró Steph, la expresión de su esposa mostró sorpresa, por lo que añadió—: El rey lo ha exculpado, los testigos mintieron, fueron sobornados, no solo por Barnard empujado por Roberto, sino por el barón que linda con Galloway, que era aliado de tu padre y también se sumó al engaño. Laurence es el nuevo barón de Galloway.

Eleonora rio de felicidad y se tiró a los brazos de su hermano, lo abrazó fuerte.

—Solo siento que papá no esté vivo para que pueda ver que se ha hecho justicia —mencionó ella.

—Y yo —dijo un emocionado Laurence.

—Quiero que seas nuestro invitado en Bridgeman —pidió Steph mirando a su cuñado.

Laurence observó a su hermana, después a Steph, también les dedicó unos vistazos rápidos a los caballeros. Su hermana estaba segura en Bridgeman y sería feliz.

—Gracias, pero me voy a Galloway —dijo al fin el nuevo barón.

—Laurence, por favor, piénsatelo… —pidió su hermana, compungida al saber que no disfrutaría de la compañía de su hermano.

Laurence besó una mejilla de su hermana y se marchó. Ella lo siguió con la mirada hasta que su gran silueta desapareció en el bosque.

Steph abrazó a su esposa, ella lloraba por la partida de su hermano. El barón era consciente de que su cuñado estaba siendo devorado por una oscuridad que solo el tiempo, o la venganza, podría curar. Sin embargo, no compartió sus pensamientos con su esposa, sabedor de que se preocuparía en exceso. Solo el destino y sus acontecimientos podrían intervenir.

—No te preocupes, pequeña. Aunque Laurence y yo no hemos comenzado con muy buen pie, sé que algún día seremos buenos amigos, y buenos aliados del rey Henry. Y eso sucederá cuando pueda desprenderse de su dolor. —Le limpió las lágrimas con el pulgar—. En Bridgeman te espera una sorpresa, ¿vamos?

Su esposa sonrió y emprendieron la marcha. Cuando llegaron y vio a Loti en el establo, los gritos de alegría se escucharon por toda la fortaleza.

***

En Bridgeman los días fueron pasando. A Mary le costó desprenderse del sufrimiento que le había dejado Ryley, pero la inestimable amistad que tenía con Eleonora la ayudó en el proceso.

Y llegó el otoño, y el barón y la baronesa fueron padres de un hermoso niño al que bautizaron con el nombre de Oliver en honor al progenitor de él, al que tanto había amado.

Steph siempre había creído que la fuerza de un guerrero se medía con la destreza con la que blandía su espada para dar muerte a sus enemigos. Pero había estado equivocado, se dio cuenta cuando conoció a Eleonora. Porque la fuerza de un guerrero residía en su capacidad de amar y ser amado. Esa era la única fuerza que hacía latir su corazón. Y a esa fuerza brindaría su lealtad a partir de ese instante hasta el fin de sus días.

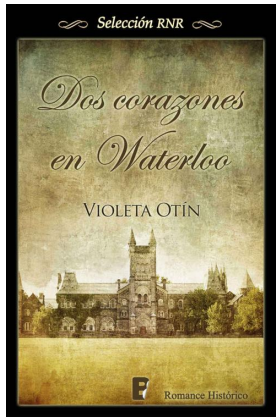
Margaret sintió una gran dicha al ver a su sobrino y sobrina tan felices. El pasado había quedado atrás. Mary, la dulce y bondadosa doncella, recuperó la felicidad cuando apareció por Bridgeman un comerciante que la hizo su esposa, y la cubrió de sedas y de joyas. Loti vivió feliz sus últimos días paseando por la dehesa junto a las ovejas, cabras y vacas. Con el pasar del tiempo, el escudero David fue enviado a la corte para que siguiera con sus entrenamientos. Le prometió a Joana que regresaría cuando fuera caballero y entonces pediría su mano.

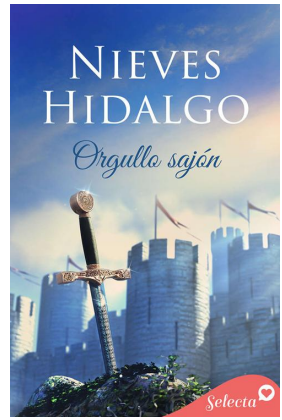
FIN

Si te ha gustado

La lealtad del guerrero

puedes disfrutar de estas

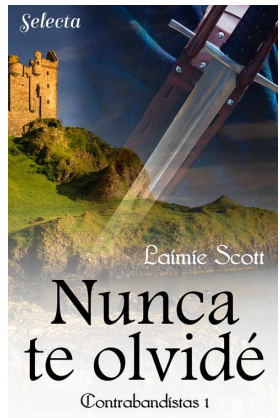




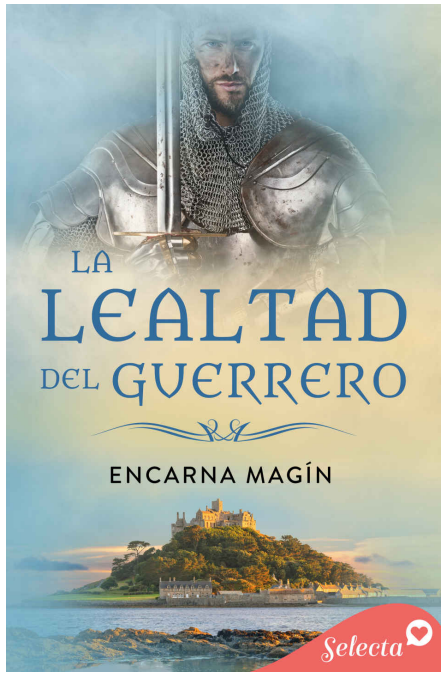
NIEVES
HIDALGO
Palabra de escocés
Selecta

La enfermera
del enemigo
LAURA MARS
Selecta

SANDRA BREE
SOLO PODRÍA
AMARTE
A TI
Selecta


Selecta
Laimie Scott
Nunca
te olvidé
Contrabandistas 1

Juró que jamás la amaría, pero nunca creyó que le costaría tanto cumplir su promesa.



Por lealtad al rey, el barón Stephen de Bridgeman decide casarse con con lady Eleonora de Galloway. Se mentaliza de que **ella solo es un medio para conseguir un heredero para su feudo**, y a pesar de que siente algo cuando la conoce, promete que nunca se enamorará de su esposa por temor a acabar como su padre. Pero **no puede evitar que su duro corazón se ablande cuando la tiene cerca**, y teme perder la batalla más importante de su vida.

Lady Eleonora de Galloway está sola, todo le ha sido arrebatado: su familia y su hogar. Acude a su rey para que la ayude, pero la obliga a casarse con el barón de Bridgeman. Los relatos de crueldad sobre su esposo no son nada halagüeños; no puede evitar tenerle miedo, y no sabe si sobrevivirá a un matrimonio que no desea. Sin embargo, **nunca creyó que un guerrero implacable y feroz con el enemigo, la besaría y la acariciaría con tanta ternura**. Y sin darse cuenta el temor se convierte en deseo y en amor.

La pasión estallará entre ellos, y la conquista será dulce. Pero

Stephen luchará desesperado contra sus sentimientos y Eleonora deberá elegir entre su esposo o familia. Sabe de antemano que cualquier decisión que tome destrozará su corazón.

Encarna Magín nació en Girona. Actualmente vive en Banyoles rodeada de su marido, el amor de su vida, sus tres hijos y un perrito de lo más travieso. Le encanta leer, aunque la debilidad por la novela romántica la ha llevado a iniciarse en el precioso oficio de la escritura. Siempre tiene en mente nuevas historias. Historias que hilvana entre girasoles y al lado de la chimenea de su hogar, y de las que espera que sus lectores disfruten tanto leyéndolas como lo hace ella escribiéndolas.

Penguin Random House Grupo Editorial

Edición en formato digital: enero de 2022

© 2022, Encarna Magín
© 2022, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Diseño de portada: Bárbara Sansó Genovart
Imágenes: Istockphoto y Depositphotos

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-18646-02-7

Conversión digital: leerendigital.com

Facebook: penguinebooks
Facebook: SomosSelecta
Twitter: penguinlibros
Instagram: somosselecta
Youtube: penguinlibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro.»

Emily Dickinson

Gracias por tu lectura de este libro.

En **Penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.

Penguinlibros.club

Penguin Random House Grupo Editorial

Penguinlibros

Índice

La lealtad del guerrero

Prólogo
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13

Si te ha gustado esta novela
Sobre este libro
Sobre Encarna Magín
Créditos